

La historia intelectual frente al desafío del "giro global"

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano Ricardo Manetti	Secretario de Investigación Jerónimo Ledesma	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert
Vicedecana Graciela Morgade	Secretaria de Posgrado Claudia D'Amico	Marcelo Topuzian María Marta García Negroni
Secretario General Jorge Gugliotta	Secretario de Transferencia y Relaciones Interinstitucionales e Internacionales Martín González	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas Hernán Inverso
Secretaria de Asuntos Académicos Sofía Thisted	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Raúl Illescas Matías Verdecchia Jimena Pautasso
Secretario de Hacienda y Administración Leandro Iglesias	Subsecretario de Hábitat e Infraestructura Nicolás Escobari	Grisel Azcuy Silvia Gattaioni Rosa Gómez
Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez
		Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Saberes

ISBN: 978-631-6597-04-5

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2024

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Gonzalez, Martín Pedro

La historia intelectual frente al desafío del giro global : nuevos debates y
propuestas / Martín Pedro González ; Juan Manuel Romero ; David Armitage. - 1a
ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y
Letras Universidad de Buenos Aires, 2024.

366 p. ; 22 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN 978-631-6597-04-5

1. Historia. 2. Revoluciones. I. González Martín Pedro - Romero, Juan Manuel.

II. Armitage, David. III. Título.

CDD 306.09

La historia intelectual frente al desafío del "giro global"

Nuevos debates y propuestas

Martín Pedro González y Juan Manuel Romero

David Armitage, Keith Michael Baker, Gregory Claeys,
Franz Fillafer, Martín Pedro González, Julia McClure,
Juan Manuel Romero, Quentin Skinner y Richard Whatmore



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Índice

Capítulo 1

Introducción: la nueva historia intelectual y el desafío del "giro global" 9
Martín Pedro González y Juan Manuel Romero

Capítulo 2

Los orígenes de los derechos de los trabajadores: republicanism, comercio
y la construcción de la moderna teoría social en Gran Bretaña, 1796-1805 43
Gregory Claeys

Capítulo 3

Revolución 1.0. O cómo revolución fue revolucionada 115
Keith Michael Baker

Capítulo 4

Contextualismo, historia intelectual global y neoliberalismo: una
conversación con Quentin Skinner 181
Franz Fillafer; Julia McClure y Quentin Skinner

Capítulo 5

El giro internacional en la historia intelectual 227
David Armitage

Capítulo 6

¿Un mundo conectado? De la unidad de la historia a la historia global 263

Franz L. Fillafer

Capítulo 7

El estado de la historia intelectual: lo local y lo global 335

Richard Whatmore

Los autores y las autoras 361

Capítulo 1

Introducción: la nueva historia intelectual y el desafío del “giro global”

Martín Pedro González

Juan Manuel Romero

1.1. Presentación

El lector tiene en sus manos una compilación de artículos de historia intelectual escritos por especialistas internacionales. Nos interesó acercar al público hispanoparlante traducciones en español inéditas de textos de algunos de los principales representantes de la nueva historia intelectual y agregar también un panorama de los más recientes debates historiográficos.¹ Los debates vinculados al impacto del llamado “giro global” en la historiografía intelectual —y en la historiografía en sentido amplio— permiten habilitar una reflexión productiva acerca de la actualidad de la disciplina, sus potencialidades y sus limitaciones.

Desde finales del siglo pasado, la historia intelectual se destacó en un conjunto de nuevas corrientes que emergieron o cobraron fuerza hacia la década del sesenta, y movilizaron

1 Todas las traducciones son originales y las llevamos a cabo los compiladores. Agradecemos a los autores la cesión de versiones de sus artículos para ser parte de esta obra en español. Agradecemos también el empeño de Eliana Galanda en las tareas de corrección y edición final del manuscrito.

la crisis y el cuestionamiento de los viejos paradigmas históricos. Alimentada por un diálogo cercano con la historia política y la historia cultural, resurgidas también en ese contexto, la agenda de la historia intelectual renovó las concepciones de la vieja historia de ideas y aportó una nueva sensibilidad al tratamiento de los textos —literarios, filosóficos, políticos— así como al abordaje de los agentes productores —escritores, intelectuales, publicistas, viajeros, editores, traductores—, en sus intenciones y sus múltiples contextos (Chartier, 1992; Darnton, 2010; Dosse, 2007).

En la Argentina la historia intelectual ganó lugar a partir de los nuevos desarrollos habilitados por el contexto democrático abierto en 1983, que implicó en el país un nuevo proceso de profesionalización y especialización de la historiografía a la vez que una importante actualización de los programas de investigación (Altamirano, 2005; Palti, 2003). Desde la década de 1990, a partir, por ejemplo, de los desarrollos del Centro de Historia Intelectual radicado en la Universidad Nacional de Quilmes (que publica desde 1997 la revista *Prismas. Revista de Historia Intelectual*) y de importantes emprendimientos colectivos (como las publicaciones y jornadas organizadas por el Proyecto Iberoamericano de Historia Conceptual, *Iberconceptos*) diferentes tradiciones y enfoques vinculados con la historia intelectual cuentan con especialistas, referentes y promotores. Sin embargo, la cantidad de textos de autores internacionales traducidos al español, disponibles para un público más amplio es todavía limitada. Hasta el momento se han editado en castellano algunas obras importantes de los referentes de la nueva historia intelectual (Quentin Skinner, John Dunn y John Pocock en el mundo anglosajón, Reinhart Koselleck para la historia de los conceptos de cuño alemán, y el francés Pierre Rosanvallon con su programa de historia conceptual de

lo político), pero quedaron otras figuras de relevancia fuera del alcance de la mayoría del público interesado.² Esta compilación se inscribe así como un aporte en esa dirección que ofrece traducciones de textos y discusiones de notoria actualidad y relevancia.

1.2. La “nueva historia intelectual”

A partir de la gran renovación historiográfica de finales de los años sesenta, la historia intelectual se constituyó como un campo de investigaciones dinámico y vigoroso, que consiguió con éxito desplazarse desde los márgenes hacia el centro del interés de los historiadores. Una parte de ese dinamismo puede quizás explicarse por la naturaleza interdisciplinaria de estos enfoques. Desde sus inicios hasta hoy, la historia intelectual se alojó en una zona de frontera con límites imprecisos, entre la historia, la filosofía, los estudios literarios y los estudios culturales, entre otras disciplinas. Según señaló el profesor Donald J. Kelley, el movimiento de la historia intelectual se desarrolló albergando en su interior una constante oposición entre los enfoques “internalistas” —o “intelectualistas”— y “externalistas” —o también llamados “contextualistas”—. El primero de ellos es el que se propone estudiar la lógica interna de las ideas y los conceptos, y sus propias dinámicas. El segundo, en cambio, busca situar las ideas en su propio contexto —geográfico, temporal, lingüístico— y tiende a prescindir del

2 Entre las obras asociadas publicadas en el medio local deben destacarse las de la editorial de la UNQUI, universidad en la que por otra parte se encuentra radicado uno de los principales núcleos de investigadores del área de América Latina. Dicha editorial publicó *Lenguaje, política e historia y Hobbes y la libertad republicana*, de Quentin Skinner. Por otra parte, Elías Palti compiló en esa misma colección una obra de espíritu similar, destinada a presentar traducciones originales de un debate reciente: Palti (1998), y Rosanvallon (2003).

supuesto de continuidad, más propio del primer tipo de enfoque (Kelley, 2017).

La vieja historia de las ideas fue en sus orígenes uno de los frutos del árbol de la Ilustración. En la República de las Letras, el medio cultural generado por el movimiento ilustrado, comenzaron a producirse artículos, ensayos y trabajos en campos que se definían ya como “historia de las ideas”, “historia de la cultura” o “historia de la civilización”. La *Historia Critica Philosophiae* (1742-1744) de Johann Jakob Brucker había constituido un modelo para el nuevo género de historia de la filosofía. Ya en el siglo XIX, el romanticismo y la nueva sensibilidad historicista profundizaron estos desarrollos y convirtieron estos géneros en campos y disciplinas asentados, con códigos y lógicas propios.³ A comienzos del siglo XX, el estudioso estadounidense Arthur Lovejoy promovió el History of Ideas Club en la Universidad John Hopkins, que dio lugar a debates e intervenciones de académicos e intelectuales de diversa procedencia. En 1933, Lovejoy dictó las conferencias que se publicaron poco después como *La gran cadena del ser*, a la postre su obra más relevante (Lovejoy, 1983).⁴ Filósofo de formación, el estadounidense realizó sus estudios sobre las grandes ideas —las grandes preguntas y respuestas de la historia del pensamiento humano— enfocándose en las continuidades que existían desde la antigüedad hasta su propio tiempo. Lovejoy distinguía la historia de la filosofía de la historia de las ideas, la cual debía estar dedicada a las ideas singulares y su impacto en el pensamiento colectivo. Su programa, dirigido a organizar un ambicioso mapa de los grandes sistemas de ideas, tuvo un notable

3 Para un análisis de los cambios en la sensibilidad histórica de la Ilustración al historicismo puede verse el estudio de Franz L. Fillafer presente en este volumen. Además, sugerimos: Burrow, J. (2006); Whatmore, R. (2016: [especialmente] pp. 21-38).

4 Sobre la historia de las ideas en los Estados Unidos, véase: Menard, L. (2002).

impacto y, en 1940, Lovejoy fundó el prestigioso *Journal of the History of Ideas*, el cual resultó también clave para la consolidación del nuevo campo de estudios.

Sin embargo, el punto de partida de la renovación de los estudios de historia intelectual puede remontarse a la producción durante la década del sesenta de los miembros de la llamada Escuela de Cambridge: John Pocock, John Dunn y Quentin Skinner. En particular, resultaron influyentes un conjunto de artículos de discusión metodológica publicados entre 1962 y 1969⁵ que, si bien partían de una serie de análisis previos fundamentales,⁶ permitieron resituar

-
- 5 Nos referimos a Pocock, J. (1962); Dunn, J. (1968) y Skinner, Q. (1969).. Hay edición en español de todos los textos: Pocock, J. (2011a). La historia del pensamiento político: un estudio metodológico. *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Akal, pp. 19-34; Dunn, J. (1999). La identidad de la historia de las ideas. Velasco Gómez, A. (coord.), *Resurgimiento de la teoría política en el siglo XX: Filosofía, historia y tradición*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 195-220. El artículo de Skinner fue tan importante que, de hecho, hay dos versiones y hay edición en español de ambas: el artículo original "Significado y comprensión en la historia de las ideas" se publicó en el año 2000 en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4, pp. 149-191, mientras que la versión revisada se publicó en el 2007 en *Lenguaje, Política e Historia*, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 109-164. Para una discusión sobre la relevancia del texto original y las críticas a la reelaboración posterior, véase Whatmore, R. (2016: 44-47) y Wottoon, D. (2003).
- 6 Es justo reconocer, además de esos tres artículos de carácter metodológico, por lo menos dos antecedentes importantes. En primer lugar, los célebres estudios introductorios escritos por Peter Laslett (1915-2001) a dos reediciones de los clásicos trabajos de Sir Robert Filmer (*Patriarcha, or the Natural Power of Kings*) y John Locke (*Two Treatises of Government*). Laslett, un historiador que dedicó sus principales esfuerzos intelectuales en los campos de la demografía histórica y que discutió mano a mano con E. P. Thompson sobre el carácter de la familia y la dinámica de funcionamiento de la sociedad inglesa durante la modernidad temprana, realizó, sin embargo, un aporte fundamental para la historia intelectual y sus estudios a las obras de Locke y Filmer todavía hoy siguen siendo una lectura necesaria. En efecto, Laslett marcó los primeros pasos de este nuevo campo intelectual, al descubrir —a partir de una multiplicidad de fuentes documentales— que tanto Locke como Filmer habían escrito sus textos en un momento, pero que estos no se habían publicado inmediatamente, sino más adelante en el tiempo. Así, se hizo posible pensar y diferenciar entre el momento de escritura de un texto y el momento de su publicación como dos instancias diferenciadas que, necesariamente, tienen que entenderse en sus propios y específicos contextos. Los estudios preliminares se publicaron originalmente en Laslett, P. (1949). Preface. *Patriarcha and other Political Works by Sir Robert Filmer*, Blackwell; Laslett, P. (1964). Introduction. *John Loc-*

el debate en torno a cómo conceptualizar las prácticas y el oficio de los historiadores. A estos textos siguió una notable producción académica que generó profundas repercusiones en las formas de encarar el estudio de la historia de las ideas en todo el mundo (Whatmore, 2016: 41-43),⁷ en una revolución teórica y metodológica que todavía hoy sigue afianzándose institucionalmente a partir de la creación de centros de investigación y revistas especializadas en historia intelectual.⁸

ke. Two Treatises of Government. A Critical Edition with an Introduction and Apparatus Criticus, Cambridge University Press (hay edición en español: Laslett, P. (2006). Estudio preliminar. La Revolución inglesa y los Dos Tratados sobre el Gobierno de Locke, en Locke, J. *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*, Tecnos. Sobre la obra de Laslett, sugerimos, además: Laslett, P. (1987). *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza.

Además de estos estudios preliminares pioneros, hay toda una serie de análisis históricos que marcaron la senda de las preocupaciones teóricas y metodológicas que fundaron la Escuela de Cambridge. En este sentido, libros como *Ancient Constitution* de J. G. A. Pocock (1957), los estudios sobre el pensamiento republicano en el siglo XVIII de Caroline Robbins (1959) o la interpretación que Bernard Baylin (1967) realizó sobre los fundamentos intelectuales de la revolución de independencia norteamericana, anticiparon algunas de las preocupaciones e incomodidades con los abordajes que Skinner denominará como el paradigma tradicional en la historia de las ideas, y que ya podían prefigurarse en estos análisis pioneros que cuestionaban aspectos del "canon" de grandes textos en la historia de las ideas.

- 7 Si bien el "nuevo canon" de la historia intelectual reconoce tres perspectivas seminales en la escuela alemana, francesa y anglosajona, en estas páginas desarrollaremos esta última, ya que los textos que forman parte de esta compilación dialogan esencialmente con el paradigma de Cambridge. Para excelentes análisis introductorios sobre las tres perspectivas, sugerimos: Palti, E. (2007a); Palti, E. (2007b); Gordon, P. (2014); sugerimos especialmente los distintos textos compilados en Dominic Lacapra y Steven Kaplan (eds.). (1982) y Kelly D. (2017).
- 8 Quizá sea interesante repasar algunas empresas editoriales que señalan este crecimiento. Desde el envío inicial de las pioneras *Journal of the History of Ideas* (fundada por Lovejoy en 1940) y *Lychnos* (editada por Johan Nordström desde 1936 en la Universidad de Uppsala), hoy tenemos una gran cantidad de *journals* académicos dedicados a la historia intelectual y que empezaron a aparecer desde mediados de la década de 1980: *Intellectual History Newsletter*, *History of European Ideas*, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, *Res Pública. Revista de historia de las ideas políticas*, *Modern Intellectual History*, *Journal of Interdisciplinary History of Ideas*, entre otras publicaciones. Este proceso de afianzamiento institucional está estudiado y desarrollado por Whatmore en *What is...?* (2016: 26, 27, 83-97).

Aún a riesgo de pecar de esquemáticos o reduccionistas, y sabiendo que es muy difícil resumir casi medio siglo de reflexiones metodológicas en poco espacio, creemos que es posible diferenciar los aportes que Quentin Skinner y John Pocock realizaron a la disciplina a partir de sus diferentes intereses. Skinner se propuso tratar de descubrir lo que un autor “estaba haciendo” en un texto, acercándose al problema de la relación entre texto, contexto e intencionalidad. En contraste con otras aproximaciones, el historiador de Cambridge ha planteado que el estudio de los textos por sí mismos para desentrañar el significado de una idea o razonamiento es imposible: las palabras son actos, cuyos usos —y sus consecuencias— establecen su significado. Según esta perspectiva, el error de la historia de las ideas, practicada, por ejemplo, por Lovejoy y sus seguidores, era suponer que las ideas eran constantes en sus significados. Esta historia “tradicional”, descrita con ironía y acidez por Skinner en su influyente artículo “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, identificaba “un canon de textos clásicos” que habrían legado grandes doctrinas “permanentes” a la humanidad, por lo que su estudio supondría focalizar “en sus argumentos [...] examinando lo que tienen para decirnos acerca de las cuestiones perennes” (Skinner, 2007: 110). Por el contrario, la propuesta de Skinner hace hincapié en la necesidad de situar a las palabras en contextos ideológicos y lingüísticos específicos como el elemento fundamental que permite abandonar la historia de las ideas entendidas como compartimentos estancos, para avanzar hacia una historia del pensamiento político que recupera intenciones y significados en diferentes momentos.

El otro gran referente de la Escuela de Cambridge es J. G. A. Pocock, cuya trayectoria recupera el artículo del Prof. Richard Whatmore que contiene este volumen. Si la provocación original de Skinner había residido en la idea de

intención, en la copiosa obra metodológica de Pocock, la prioridad reside en los lenguajes. Tanto en sus investigaciones históricas como en sus reflexiones metodológicas, Pocock busca “enunciar una teoría que explique qué buscamos cuando decimos estar estudiando la historia del pensamiento político” y “cuál sería el método más adecuado para hacerlo”. Diferenciando el abordaje de los filósofos del de los historiadores del pensamiento político, preocupados por la existencia de “una relación significativa entre la teoría y la acción políticas”, propone que son los “lenguajes los que permiten que el pensamiento político se convierta en una actividad teórica autónoma” plausible de que se la investigue y analice a partir de la búsqueda de “los elementos estereotípicos de la estructura y tradición que una sociedad utiliza para canalizar el pensamiento sobre lo político” (Pocock, 2011a: 19, 25, 30, 32). Cada uno de estos lenguajes ejerce una fuerza paradigmática sobre los argumentos de un autor que “presentará selectivamente información que considerará pertinente para la conducción y el carácter de la política, y promoverá la definición de problemas y valores políticos de algunas maneras y no de otras” (Pocock, 2001: 151). Así, y a pesar de las agrias reflexiones del neozelandés sobre las consecuencias de su propia elección del término “paradigma”,⁹ su énfasis en los lenguajes políticos de la temprana modernidad europea y en cómo se fueron transformando y modificando a nivel atlántico es un aporte fundamental para el desarrollo de la historia intelectual como disciplina.

La producción historiográfica y las reflexiones metodológicas de Skinner y Pocock han generado numerosos

9 En uno de sus más brillantes artículos metodológicos, Pocock se lamentaba por aquel “día en el que debían alternar las nubes y los claros, y decidí denominar a estas entidades ‘paradigmas’. No merece la pena mencionar muchos de los problemas que me planteó esta iniciativa carente de gusto artístico ni gran parte del debate que se desató”. Véase J. G. A. Pocock (2011b: 85).

entusiastas y también detractores.¹⁰ En este marco de influencias, Gregory Claeys (1953) ocupa también un rol destacado en los estudios de historia intelectual. Doctor de la Universidad de Cambridge y profesor de Historia del Pensamiento Político en la Royal Holloway University de Londres, es también miembro de la Academia Europea y *chair* de la Utopian Studies Society. En las últimas décadas se dedicó principalmente al campo de los *utopian studies* (González, 1983: 35-72), aunque su objeto original de investigación fue el período comprendido entre la Revolución francesa y mediados del siglo XIX, desde una perspectiva afín a la historia intelectual heredera de la Escuela de Cambridge. Publicó una gran cantidad de artículos en revistas especializadas y libros, centrados fundamentalmente en la historia de la literatura utópica y del radicalismo en Inglaterra.¹¹ Editó, además, dos tomos de la prestigiosa colección Cambridge Companion, uno dedicado a la historia de la literatura utópica y otro —junto a Gareth Stedman Jones— a la historia del pensamiento político del siglo XIX.¹² Por último, es también destacable la labor que ha realizado como compilador y editor de más de 50 volúmenes de documentos y fuentes primarias, entre las que se incluye un volumen sobre utopías inglesas de la Ilustración en la célebre colección *Ideas in Context* dirigida por Quentin Skinner, Richard Rorty, J. B. Schneewind y Wolf Lapenies.¹³

10 Para un panorama general sobre la recepción crítica de la metodología de Skinner, sugerimos: Palti, E. (2010); Bevir, M. (1991) y Whatmore, R. (2016: 54-57). También recomendamos especialmente los artículos compilados en James Tully (ed.). (1988). Para indagar en las diferencias entre la perspectiva de Pocock y la de Skinner, sugerimos: Whatmore, R. (2015: 97-112); Whatmore, R. (2006: 109-129)

11 Véase: G. Claeys (2002; 2010; 2007; 2011; 2018; 2022a y 2022b). De *Searching for Utopia: The History of an Idea*, hay edición en español: (2011). *Utopía. Historia de Una Idea*, Ediciones Siruela.

12 Véase: G. Claeys, (ed.) (2010) y G. Claeys y G. Stedman Jones (eds.) (2011). Además, editó en 2005 la *Encyclopedia of Nineteenth-Century Thought* (Routledge) y en 2013 *Encyclopedia of Modern Political Thought* (SAGE/CQ Press).

13 Véase: G. Claeys (ed.). (1995) y obras de su autoría (1989; 1997; 1994; 2000; 2009; 2005; 1995).

El artículo que forma parte de la presente compilación es una muestra cabal de la influencia y las ramificaciones que la renovación metodológica de la historia intelectual tuvo en jóvenes historiadores a finales del siglo pasado. En “Los orígenes de los derechos de los trabajadores: republicanismo, comercio y la construcción de la moderna teoría social en Gran Bretaña, 1796-1805”, Claeys se centra en las cruciales décadas de 1790 y 1800 en el pensamiento social y político británico. Este período es particularmente difícil de abordar, debido a la compleja interacción entre la política doméstica inglesa y los sucesos revolucionarios globales, lo que constituye un escollo difícil de sortear para los historiadores; el propio Pocock planteó estas dificultades en múltiples artículos sobre las relaciones entre *manners*, virtudes, *politeness*, comercio e Ilustración británicos en la segunda mitad del siglo XVIII.¹⁴ Claeys retomará esas herramientas metodológicas y disquisiciones conceptuales para proponer un acercamiento novedoso al problema del radicalismo político.

A partir de resaltar el rol fundamental que tuvo la propiedad en los debates políticos, Claeys analiza en el artículo a

14 Nos referimos, fundamentalmente, a las investigaciones que Pocock viene realizando desde mediados de la década de 1980, desde sus trabajos sobre el carácter de la Ilustración en Inglaterra hasta su último gran proyecto intelectual, que David Armitage ironizó en una reseña como *The Pocockiad*: una cruzada personal para situar a Edward Gibbon, el autor de *The Decline and Fall of the Roman Empire* (seis volúmenes publicados entre 1776 y 1789), en sus múltiples contextos. Gracias a la extraordinaria longevidad del historiador, *Barbarism and Religion* logró emular a su par ilustrado, con seis volúmenes editados entre 1999 y 2016. Además de la obra de Pocock, véase: D. Armitage (2000: 54-55). y B. Young (1999: 208-216). Hay algunas ediciones en español de los textos de Pocock posteriores a *The Maquiavellian Moment*: Pocock, J. G. A. (2002). Clero y comercio: la Ilustración conservadora en Inglaterra; El pensamiento político en el mundo atlántico de habla inglesa: la crisis imperial; Ilustración conservadora y revolución democrática: los casos de Norteamérica y Francia desde una perspectiva británica; y Virtudes, derechos y *manners*: un modelo para historiadores del pensamiento político. *Historia e Ilustración: doce estudios*. Marcial Pons.

una serie de autores radicales (Thomas Paine, John Telwall, William Godwin y Charles Hall) para poner en diálogo sus interpretaciones y cuestionar el clásico marco interpretativo de los debates políticos modernos, aquel que enfrenta a un republicanismo arcaico, fundado en valores humanistas y las sociedades antiguas, con un liberalismo moderno, comercial y transformador. Al poner el foco en este puñado de autores radicales, entonces, Claeys ofrece un marco interpretativo novedoso que, alejándose de las tradicionales interpretaciones del pensamiento socialista y radical, sitúa sus textos en sus contextos lingüísticos específicos, tratándolos ante todo como “ejemplos de dos tipos de respuestas republicanas radicales a las afirmaciones sobre la superioridad comercial moderna y al crecimiento del hambre y la pobreza en Gran Bretaña durante la década de 1790”.¹⁵ Así, Claeys realizó un aporte muy importante a la historia intelectual como disciplina y resituó las plumas del republicanismo radical de la era revolucionaria en un contexto diferente al que tradicionalmente se las había adscrito.

Esta intención de cuestionar consensos y discutir paradigmas, elemento central de la historia intelectual en la clave interpretativa de la Escuela de Cambridge, también podemos encontrarla en los trabajos de Keith Michael Baker, un historiador británico formado en las Universidades de Cambridge y Londres, pero que desarrolló su trabajo como investigador y docente en las Universidades de Chicago y Stanford. Fue presidente de la American Society for Eighteenth-Century Studies, director del France-Stanford Center for Interdisciplinary Studies de la Universidad de Stanford, miembro de la American Academy of Arts and

15 Claeys, G. (1994) “Los orígenes de los derechos de los trabajadores: republicanismo, comercio y la construcción de la moderna teoría social en Gran Bretaña, 1796-1805”, artículo incluido en el presente volumen.

Sciences y la American Philosophical Society, y coeditor del prestigioso *The Journal of Modern History* de la Universidad de Chicago, así como también miembro del comité editorial de otras revistas académicas como *History of European Ideas* y *French Historical Studies*. La extensa obra de Baker refleja un diálogo fructífero y novedoso entre las perspectivas de la nueva historia intelectual inglesa y la renovación historiográfica originada en las tesis revisionistas de François Furet (1927-1997).

Acaso su aporte más reconocido sea *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, un libro obligatorio para el estudio del pensamiento político francés y un cabal reflejo de la transición entre la denominada “interpretación social” de la Revolución francesa hacia un paradigma centrado en lo político. Este cambio de enfoque, que Baker denominaba como “un cambio de Marx a Tocqueville” (1990: 1), generó muchas polémicas en los estudios históricos franceses, a partir de un desplazamiento de los enfoques de historia social anclados en *Annales* y el marxismo, hacia una concepción de la Revolución como una creación cultural y un acontecimiento político.

Baker se reconoce como deudor de esta perspectiva y como un discípulo directo de François Furet, sobre todo a partir del vínculo cercano que el historiador francés estableció con distintas universidades estadounidenses durante las décadas de 1970 y 1980. Protagonista inequívoco de los festejos por el bicentenario de la Revolución, el provocador *Pensar la Revolución francesa*¹⁶ de Furet llevó a un re-

16 Tal y como reconstruye el propio Baker en un homenaje realizado tras el fallecimiento de Furet, el historiador francés había encontrado en la Universidad de Chicago un ámbito de trabajo privilegiado durante el último cuarto del siglo pasado (véase: Baker [2000]). Producto de los cursos y seminarios que dictó en esa casa de estudios es que terminó de escribir buena parte de su obra posterior al célebre *Pensar la Revolución Francesa*.

descubrimiento de lo político como un aspecto central para conceptualizar al proceso revolucionario como acontecimiento político y creación cultural, así como también para caracterizar a la sociedad del Antiguo Régimen. El propio Baker resume poderosamente el programa intelectual del historiador francés al señalar —en un momento en el que el vínculo fundamental entre Estado y sociedad estaba siendo cuestionado— que:

el propósito de Furet era recuperar el carácter fundamental de la Revolución francesa como un fenómeno político, como una profunda transformación del discurso político que implicó nuevas y poderosas formas de simbolización política que se tradujeron en modos de acción política radicalmente novedosos, tan insólitos como imprevistos. (Baker, 2006a: 92)

El aporte de Baker a la historia intelectual puede resumirse en dos campos interrelacionados. El primero pone en diálogo las nuevas perspectivas revisionistas de la historia francesa con la historiografía inglesa de Cambridge y sus énfasis en los lenguajes y la teoría política. Baker recuperó “los procesos mediante los cuales se inventaron los principios y prácticas revolucionarias en el contexto de una monarquía absoluta” (Baker, 1990: 3), planteando la existencia de un espacio conceptual que generó una

Baker editó los tomos *The Political Culture of the Old Regime*, junto a Mona Ozouf, Colin Lucas y Francois Furet, que recopilaban una serie de coloquios que se dictaron en Chicago y Oxford en 1986 y 1987, con motivo del bicentenario de la Revolución, y que indagaban en las consecuencias que el proceso revolucionario francés había tenido para la creación de la cultura política moderna de la mano de grandes intelectuales, como J. G. A. Pocock, Bronislaw Baczko, Pierre Manent, Claude Lefort, Pierre Rosanvallon y Maurice Agulhon, entre otros. Véase: Baker, K., Lucas, C., Furet, F., y Ozouf, M. (eds.). (1987-1989) y Furet, F., y Ozouf, M. (eds.). (1988) (hay edición en español: Furet, F., y Ozouf, M. (eds.). [1989]. *Diccionario de la Revolución francesa*, Alianza).

estructura de significados y una serie de prácticas y discursos que desde 1789 en adelante se definieron como características del Antiguo Régimen. Propuso así el concepto de “cultura política” como elemento cohesionador para acercarse al campo lingüístico y simbólico que se inaugura con la Revolución, dentro del cual los distintos grupos e individuos actúan y articulan sus reclamos. Perdido todo horizonte de estabilidad, símbolos cohesionadores o significados compartidos, “durante la Revolución francesa el lenguaje fue ‘dejado vacante’ de un modo en el que normalmente no aparece” (Baker, 2006a: 93). Fue en esa situación particular, señala Baker, cuando los propios actores se dieron cuenta de la radical importancia del lenguaje como articulador de sus demandas y la posibilidad de una transformación revolucionaria de la realidad:

el cambio político es, a su vez, esencialmente una cuestión de cambio lingüístico; una transformación del discurso mediante el que las demandas pueden ser legítimamente hechas; una transferencia de la autoridad lingüística mediante la que se reafirman o se desautorizan esas demandas. (Baker, 2006a: 94)

Baker retomó así buena parte de las reflexiones que Quentin Skinner y, sobre todo, J. G. A. Pocock habían realizado sobre la centralidad del lenguaje para la comprensión de procesos históricos, y las aplicó al caso específico de la Revolución francesa y la sociedad antiguo-regimental. Precisamente, son estos estudios específicos sobre historia de los lenguajes políticos en Francia los que constituyen el segundo gran aporte de Baker para la historia intelectual. Entre sus trabajos, destaca su análisis sobre la obra filosófica, política y social del Marqués de Condorcet en el marco del pensamiento ilustrado, la historia social del Antiguo

Régimen y los orígenes ideológicos de la Revolución francesa.¹⁷ Este protagonismo puede verse en su autoría del artículo sobre los lenguajes políticos de la Revolución francesa en la monumental *Cambridge History of Political Thought*, obra en la que realiza una síntesis de lectura obligatoria para aquellos interesados en la tensión entre los *languages e idioms* durante la revolución, particularmente entre 1787 y 1794, cuando el vínculo entre poder y sociedad aparecía quebrado y profundamente cuestionado:¹⁸ “los actores revolucionarios eran particularmente conscientes del poder del lenguaje” y “pugnaban constantemente para instituir un nuevo orden político y social” (Baker, 1990: 9). Así, Baker enfatizó el carácter profundamente complejo e indeterminado de los procesos revolucionarios, en los que los lenguajes y las culturas políticas se encuentran inmersos en una dinámica conflictiva que genera cruces y diálogos novedosos e innovadores.

En este volumen, presentamos un artículo inédito en español, en el que Baker comenzó además a definir un tercer aporte a la disciplina: el análisis comparado de las revoluciones. “Revolution 1.0” se publicó originalmente en el año 2013 en *Journal of Modern European History* de la Universidad de Chicago y más tarde fue la base para el artículo introductorio de la compilación *Scripting Revolution. A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, que Baker realizó junto con Daniel Edelstein, profesor de los Departamentos de Francés, Historia y Ciencia Política de la Universidad de Stanford.¹⁹ Pero Baker se acerca además al

17 Recomendamos: Baker (1975) y Baker (ed.) (1987). Destacan además sus artículos: 1978: 701-711; 1981: 281-303; 1982: 197-219; 1987: 205-246; 1991: 32-53.

18 Véase Baker, K. (2006: 626-659). Sugerimos, además: Baker (2011: 165-197).

19 Publicado originalmente como Baker, K. (2013). Revolution 1.0. *Journal of Modern European History*, vol. 11, pp. 187-220; (2015) Revolutionizing Revolution. Baker, K. y Edelstein, D. (eds.), *Scripting Revolution. A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, Stanford University Press, pp. 71-102.

tópico desde una metodología novedosa, aprovechándose de las herramientas de búsqueda y bases de datos digitales como ARTFL (American and French Research on the Treasury of the French Language), EEBO (Early English Books Online), ECCO (Eighteenth-Century Collections Online) y la Evans Early American Imprint Collection. Así, analizando los diversos significados que fue adquiriendo “revolución” —y otras palabras del campo semántico— entre la Revolución Gloriosa de 1688 en Inglaterra y el proceso revolucionario francés, entre la cultura política del antiguo régimen y los primeros años de la revolución, Baker plantea precisamente que “revolución”, como palabra y como concepto político, “fue revolucionada”, e incorporó nuevas dimensiones y prácticas a su propia definición.

Este artículo se convirtió, además, en el germen de la producción intelectual de Baker en la última década, en la que centró sus denodados esfuerzos en el estudio de las revoluciones de la época moderna y contemporánea en clave comparativa. En el libro que compiló junto a Dan Edelstein planteó la posibilidad de pensar un *revolutionary script*, un “guion revolucionario” que se conformó a partir de las experiencias políticas y teorizaciones intelectuales durante las revoluciones modernas europeas, y que, luego, fue reinterpretado entre los movimientos de mediados del siglo XIX y la Revolución rusa, hasta que sus ecos y proyecciones llegaron al Mayo francés o la Primavera Árabe. La obra de Baker supone así una búsqueda constante por ampliar el espectro analítico de la historia intelectual, retomando los procesos sociales, políticos y culturales en la larga duración y con una escala potencialmente global, junto con una notable capacidad para la lectura de documentos históricos y su puesta en diálogo con las transformaciones históricas.

La producción de los historiadores intelectuales tiene como rasgo destacado una reflexión sistemática sobre las

cuestiones historiográficas y metodológicas que son propias de este campo. El mismísimo Quentin Skinner ofrece, en la entrevista que aquí presentamos, realizada en 2015 por los historiadores Franz Fillafer y Julia McClure, un detenido *racconto* de los problemas clásicos que abordó en su obra, y una mirada fresca y actualizada de los rumbos actuales de la investigación.²⁰ Skinner recupera las preguntas sobre la “intención” y sobre el “contexto” y precisa una vez más el modo en que concibe esos problemas, reconociendo además el desafío que la obra de los posestructuralistas —que tanto ha influido en la corriente francesa de historia intelectual— presenta a la hora de destacar la naturaleza ambigua del lenguaje. En diálogo franco con sus colegas, Skinner destaca los alcances de la obra de John Pocock, reflexiona sobre el enfoque de las obras clásicas de Le Roy Ladurie y Carlo Ginzburg, y sobre sus diferencias con ellos. Finalmente, revela su interés por las derivas actuales de la disciplina y las propuestas de una nueva generación, en cuya formación es evidente la huella del maestro. Estas aparecen expresadas en las preguntas que desde una multiplicidad de líneas se intersecan en torno de la cuestión global y su significado para la historia intelectual.

1.3. La historia intelectual frente al “giro global”

En la introducción a su volumen *Global Intellectual History*, de 2013, Samuel Moyn y Andrew Sartori señalaban la demora con la que los historiadores intelectuales habían registrado la relevancia para su propio campo del llamado “giro global”. Explicaban esto por un conjunto de razones. Por un

20 Nos referimos a Fillafer, F. L., y McClure, J. Contextualismo, historia intelectual global y neoliberalismo. Una conversación con Quentin Skinner. Traducción presente en esta misma edición.

lado, aparecía como razón la relativa marginalidad de la historia intelectual en los principales medios académicos de occidente, dominados por otras agendas historiográficas. Por el otro, destacaban también la relativa independencia de un subcampo poblado mayoritariamente por historiadores dedicados al período de la modernidad temprana y ajenos en este sentido a las tradiciones más conservadoras de la historia nacional que el giro global se proponía horadar y discutir (Moyn y Sartori, 2013).

La historia global se había constituido en el comienzo del siglo XXI como una agenda novedosa y de rápido crecimiento en los centros de investigación de la disciplina con mayor visibilidad, especialmente en los Estados Unidos. Sin embargo, muchos de sus principios no eran necesariamente nuevos. Partían de una vieja premisa que señalaba las limitaciones de las historias nacionales —noción crítica compartida, por ejemplo, por los pioneros de la historia social francesa—,²¹ actualizada ahora por los desafíos de la llamada “globalización” y la necesidad de herramientas metodológicas capaces de aprehender las características de los procesos allí implicados. El contexto internacional que emergió con el final de la Guerra Fría, con su promesa de un nuevo mundo sin fronteras, había impactado en la visión de los investigadores. En 2006 se lanzó en Cambridge el *Journal of Global History*, en cuyo editorial William Gervase Clarence-Smith, Kenneth Pomeranz y Peer Vrie señalaban el patente malestar que causaba entre los historiadores la creciente fragmentación y dispersión de las investigaciones. La revista se inauguraba entonces con la ambición de superar ese estado de cosas.²² En una tónica similar, el nú-

21 Véase en este sentido la reticencia de Pomian respecto de la novedad del “giro”: K. Pomian (2009: 14-40).

22 Véase Clarence-Smith, W. G., Pomeranz, K., y Vrie, P. (2006).

mero presentaba un ensayo pionero de Patrick O'Brien, titular del programa de Historia Global de la Universidad de Londres, en el que aparecían esbozadas ya las diferentes alternativas que una historia global podría ensayar, desde la antigua historia mundial a la historia de la globalización, pasando por la historia comparada y la historia de las conexiones. "Las comparaciones y conexiones son los estilos dominantes de la historia global", afirmó O'Brien (2006).

Esta pluralidad de opciones —tributarias, a su vez, de diferentes tradiciones historiográficas— la recuperó más recientemente Sebastian Conrad en una comprensiva obra de síntesis sobre estas nuevas tendencias. Para saldar las tensiones propias de estas divergencias y de la inestabilidad constitutiva de una agenda de investigaciones así conformada, Conrad propuso una definición de la historia global entendida como un "enfoque particular" —antes que como un tema o campo definido— útil para la investigación de distintos objetos y problemas (Conrad, 2018). Algunas importantes obras, como la premiada *El imperio del algodón* de Sven Beckert (2017) y la ambiciosa *La transformación del mundo: una historia global para el siglo XIX* (Oesterhammel, 2015), pusieron de relieve el potencial de estas perspectivas.

A juzgar por algunos indicios, es posible que la resistencia registrada por Sartori y Moyn haya comenzado a revertirse: entre ellos se cuentan la publicación de algunas obras de referencia, el anclaje institucional de la historia global en la forma de institutos y equipos de investigación, seminarios permanentes, jornadas, simposios y conferencias, la multiplicación de la cantidad de artículos vinculados con alguna de las formas de la historia intelectual global en órganos como la *Modern Intellectual History* o en *History and Theory*, la aparición de revistas específicamente dedicadas a

la temática como el *Global Intellectual History Journal*, cuyo editor en jefe es el Prof. Richard Whatmore, entre otros.²³

También el tomo compilado por Moyn y Sartori, resultado de un congreso con el mismo título celebrado en Nueva York en abril del 2010, debe incluirse en esta lista como un aporte relevante a la consolidación de la misma agenda disciplinaria que toma por objeto. El examen de las intervenciones allí presentes revela, sin embargo, que estos avances no se dieron en el sentido de un programa de investigación coherente y unificado. Por el contrario, las reflexiones metodológicas sobre la historia intelectual global han subrayado la convivencia bajo ese marco conceptual contenedor de distintos y alternativos modelos. La misma definición de “lo global” y sus usos posibles aparecen en ellos como unas de las principales divergencias, de la que surgen luego otras.

Una primera concepción, por ejemplo, presenta lo global como una categoría analítica al servicio de los historiadores que la emplean para expandir el marco de un problema. Una segunda propuesta supone que lo global constituye una propiedad del objeto investigado, que configura de esa forma una escala particular del proceso histórico. Finalmente, lo global aparece también como un concepto nativo, utilizado por distintos actores que son a la vez objeto de indagación.²⁴ Estas diferentes alternativas se vinculan además con tradiciones historiográficas y de pensamiento ricas y, en

23 Véase: Moyn, S., y Sartori, A. (eds.) (2013). La Freie Universität Berlin y Humboldt-Universität Berlin junto a la Fundación Alemana de Investigación Científica (DFG) promueven la Graduate School Global Intellectual History; Kelley, D., (2005); el Departamento de Historia de la Universidad de Cambridge sostiene también un seminario dedicado a la “Global Intellectual History”: <https://www.hist.cam.ac.uk/event-series/global-intellectual-history> (accedido en junio del 2023); en Holanda, el Huizinga Institute organizó en 2019 una escuela de verano titulada: “Macro versus Micro: The Challenges of Global Intellectual History”.

24 Para un análisis de las diferentes tradiciones que se entroncan con estas concepciones y sus implicancias, ver la “Introducción” de Moyn Sartori. Véase también Sebastian Conrad (2018).

algunos casos, antiguas, como la historia mundial, la filosofía de la historia o la historia comparada, entre otras.

Un abordaje panorámico de las contribuciones de dicho volumen revela también un sesgo geográfico: los historiadores que allí participan tienen, salvo excepciones, su anclaje institucional en un puñado de entidades académicas estadounidenses de las ciudades de la costa este con un fuerte predominio de la Universidad de Columbia. Además de servir como indicio para un examen más cuidadoso de las posiciones en el campo de los referentes de una corriente,²⁵ la procedencia de las contribuciones se vincula también con el énfasis en las perspectivas noratlánticas de la historia intelectual que son allí revisadas. Jeremy Adelman presentó una crítica a este efecto paradójico de la historia global: quienes afirmaban la interconexión del mundo y atravesaban fronteras con sus investigaciones estaban a la vez reafirmando el carácter local y situado de sus propias agendas, consolidando al inglés como *lingua franca* académica de la historia global. En este sentido, Adelman (2017) afirmó: “La historia global no sería posible sin la globalización del inglés”.

Por otro lado, en cuanto a la revista dirigida por el Prof. Whatmore, la veintena de números publicados entre el 2016 y principios del 2022 ofrecen también un mapa posible de los recorridos del “giro global”. Allí, es posible observar una marcada primacía de una perspectiva insular, emparentada a la vez con la tradición “clásica” de la historia intelectual inglesa y con las ramificaciones de la vieja historia imperial, un campo arraigado en las universidades británicas que encontró en los canales de la historia global una vía posible

25 En una compilación de ensayos ya clásica, Gerard Noiriel examinaba con cuidado las estrategias político-institucionales que se encontraban detrás de las propuestas del llamado “giro lingüístico” las cuales habilitan una ponderación matizada de sus impactos en la disciplina. Para más información, recomendamos: Noiriel (1996). Véase también: Palti (1998).

para su renovación.²⁶ En ese sentido, en numerosas ocasiones, lo global aparece en la publicación a través de la presentación de trabajos dedicados a la recepción o la circulación de ideas por el continente asiático.

El primer número del segundo año de la publicación presentó un *dossier* especial con aportes de carácter teórico-metodológico, resultado también de un congreso con el nombre de Global Intellectual History realizado en la Universidad de Erfurt, Alemania, en julio del 2016. También allí se destaca la heterogeneidad de las perspectivas, que justifica que Martin Muslow en su presentación del conjunto afirme que la historia intelectual global constituía todavía “una disciplina en desarrollo” en la que se yuxtaponen la diversidad característica de las tradiciones de historia intelectual preexistentes con la de los nuevos enfoques (Muslow, 2017a: 1-2). Así, mientras el propio Muslow teorizaba sobre la “globalización de las ideas” (Muslow, 2017b: 67-87), Carlo Ginzburg contrastaba casos espacialmente desconectados con un enfoque que bautiza como “etnofilológico” (Ginzburg, 2017: 3-17), Knud Haakonssen y Richard Whatmore se preguntan por la relación entre las nuevas perspectivas y el tipo de historia intelectual practicada por John Pocock (Haakonssen y Whatmore, 2017: 18-29), y el Prof. Sanjay Subrahmanyam aboga por una historia intelectual global que trascienda con sus enfoques los límites de Occidente (Subrahmanyam, 2017: 30-48).²⁷

26 Véase, S. Akita (2002).. Una interpretación de estos cambios puede encontrarse en L. Colley (2005). Cabe aquí recordar los señalamientos de Christophe Charle para el caso francés, en el que la agenda de los investigadores aparecía como extensión de las instalaciones coloniales francesas (Charle, 1995).

27 Para otras consideraciones críticas respecto de la historia global en su conjunto puede verse: Levi, G. (2018: 21-35). Un comentario a las propuestas de Subrahmanyam puede verse en Sartori, A. (2015: 97-112).

Este último aporte se suma a otras interesantes intervenciones polémicas del autor sobre el tema. En su aguda re-
censión crítica del volumen compilado por Moyn y Sartori,
Subrahmanyam, referente de lo que llama “historia conec-
tada”, mostró sus reservas respecto de la trivialidad con la
que se incorporaba el concepto “global” a títulos y descrip-
ciones, y sus potencialidades como herramienta analítica.
Además, señaló allí la preexistencia de una larga tradición
de historiografía con aspiraciones emparentadas y volvió a
desafiar el eurocentrismo de algunas perspectivas en una
línea tributaria de las visiones de Ranahit Guha (2002), el
historiador indio pionero de los estudios subalternos.

De cualquier forma, vale decir también que la pertinencia
de estas contribuciones polémicas es a la vez sintomática
de la relevancia de la discusión y de sus aportes a una re-
visión crítica del instrumental conceptual con el que trabajan
los historiadores. Así, la historia intelectual global remite a
una pléyade de programas de investigación posibles, des-
de el estudio de tradiciones políticas en diferentes lugares
del mundo, la circulación y recepción de ideas, las redes in-
telectuales internacionales, los viajeros y traductores, o la
propia indagación de las tradiciones de historia mundial y
la historia de la globalización, entre otros posibles tópicos.
Esa proliferación, si bien todavía no consigue constituir un
todo coherente que dé fuerza a una corriente unívoca, po-
see, sin embargo, algunos componentes aglutinantes. Tiene
detrás un fondo común en el que se conjuga un cuestiona-
miento crítico del anclaje nacional de las historiografías y
señala como vigente un conjunto de interrogantes metodo-
lógicos que enriquecen las perspectivas de investigación:
las preguntas por el espacio, la temporalidad y la escala de
los procesos históricos.

En el artículo que se incluye en el libro que presenta-
mos aquí, David Armitage discute lo que llama “el giro

internacional” en la historia intelectual, al que considera como “quizás el movimiento historiográfico más transformador desde el surgimiento de la historia social en los años sesenta”. Allí, Armitage vuelve sobre el contexto de emergencia de la disciplina histórica para explicar las limitaciones del “nacionalismo metodológico”, y saludar la potencia y posibilidades de un “giro internacional” o “global” en las investigaciones de historia intelectual.²⁸ “Lo internacional” aparece aquí como una instancia específica de la imaginación histórica y de las tradiciones de pensamiento, que debe ser también historizada:

Historizar las concepciones del espacio —de lo nacional, lo internacional, lo transnacional, y lo global— podría de hecho constituir una agenda implícita para la historia intelectual después del giro internacional, del mismo modo en que historizar las concepciones del tiempo fue un proyecto importante para la historia intelectual para los siglos XIX y XX. Esta agenda lleva inexorablemente a preguntarse qué podría significar que la historia intelectual tome un giro global.²⁹

Armitage, autor de un importante ejercicio de investigación en esta clave, *The declaration of independence. A global history*, fue además el animador junto a Jo Guldi del *The History Manifesto*.³⁰ La singularidad del manifiesto comienza por su plataforma de publicación, ya que se trató del primer texto online de acceso abierto publicado por Cambridge University Press. La obra constituye una intervención deliberadamente provocativa dirigida al campo de los

28 Una contribución temprana a estos debates puede encontrarse en Armitage (2011: 63-82).

29 En Armitage, D. (2023). *El giro internacional en la Historia Intelectual*; presente en esta edición.

30 Véase: Armitage, D. (2007) y Armitage, D. y Guldi, J. (2014).

historiadores profesionales, especialmente a los miembros de la academia estadounidense. Aunque allí no aparece una reflexión explícita acerca de la historia global y sus aportes, el ambicioso texto sintoniza sin dudas con muchos de sus presupuestos, en la medida en que abogaba por la relevancia de la “gran historia”, por un retorno de la llamada “larga duración” y por una historiografía comprometida con los problemas planteados por la crisis del presente.³¹

En una tónica emparentada con las reflexiones del artículo de Armitage sobre la cuestión de “lo internacional” en la historiografía, presentamos un texto del historiador austríaco Franz Fillafer que reflexiona sobre la crisis de los esquemas de la “historia universal” y la emergencia de la “historia global” como consecuencia de un proceso de conexión e integración del mundo. Especialista en la historia intelectual de la Ilustración, Fillafer retoma así una línea de reflexiones que fue central para el desarrollo de la tradición alemana de la historia intelectual: la historia conceptual de Reinhart Koselleck (2004). El historiador alemán, analiza aquí el modo en que los historiadores del siglo XVIII integraron a sus esquemas la noción de un “proceso histórico mundial” como una pieza central para la afirmación de nociones seculares capaces de discernir entre diferentes épocas globales.³² Pone así en discusión los presupuestos epistemológicos de una problemática historiográfica de antiguo arraigo que tiene entre sus capítulos centrales al pensamiento de la Ilustración, a las respuestas del

31 La revista *Annales* dedicó un número especial a la discusión de las propuestas de Guldi y Armitage (2015). Véase también: Armitage, D. (2012: 493-507). 7

32 Fillafer ha realizado además otras contribuciones de interés al campo que comentamos ya que ha coeditado un ambicioso tomo sobre la historia global del positivismo: en ese caso, se trata de una compilación de artículos que abordan diferentes casos nacionales o regionales que ofrecen en su conjunto un panorama integral de la corriente filosófica. Feichtinger, J., Fillafer, F. L. y Surman, J. (eds.) (2018).

historicismo, y que se expresa en la actualidad a través del llamado giro global. En este sentido, afirma, que los historiadores globales “siguen fieles al mandato de sus antepasados del siglo XIX de que cada época debe entenderse en sus propios términos y de hecho la interconexión global aparece como el contexto dinámico, el principio interno e integrador del período moderno”.³³ Por ello, la puesta en discusión de sus supuestos resulta una premisa clave de cualquier historiografía que se pretenda renovadora:

la idea de un pasado global puede ser un obstáculo más que un conducto para el mutuo reconocimiento y la igualdad en todo el planeta. Si queremos desarmar los supuestos que estructuran la globalidad, cuestionar la premisa de que el mundo tiene una sola historia es una buena manera de comenzar.³⁴

Finalmente, Richard Whatmore ofrece un balance del “estado de la historia intelectual” al momento del impacto del giro global. Whatmore, que, como señalamos, es uno de los artífices de la vitalidad del movimiento a través de la publicación de *Global Intellectual History Journal*, defiende a la historia intelectual de las críticas de relativismo o de la supuestamente intrascendente vocación anticuaria, y se constituye en abogado de su relevancia en el presente:

En muchos aspectos, la historia intelectual es la forma de investigación histórica más adecuada para nuestro mundo global. Los historiadores intelectuales están acostumbrados a lidiar con largos períodos de tiem-

33 En Fillafer, F. L. ¿Un mundo conectado? De la unidad de la historia a la historia, presente en esta edición.

34 Ibid.

po, con la traducción de ideas a través de las culturas y su adaptación necesaria a las nuevas circunstancias, con la inevitable revisión de las ideas y con sus malos entendidos.³⁵

Whatmore ha desarrollado algunas de estas ideas en su obra *What is intellectual history?*, en la que ensaya una caracterización histórica de esa tradición a la vez que plantea sus propias perspectivas metodológicas en un registro propositivo. En el artículo que el lector encontrará como cierre de este libro, el autor se enfoca en las trayectorias y propuestas de la “primera generación” de historiadores intelectuales, John Pocock, Quentin Skinner y John Dunn. Los aportes de Pocock, pero sobre todo los caminos abiertos por la obra del historiador húngaro Istvan Hunt, especialista en el pensamiento político y económico de David Hume y Adam Smith, constituyen para él antecedentes o modelos posibles para “una forma más grande y ambiciosa de historia intelectual global”.

Si la historia intelectual mantiene sus promesas como agenda de investigación se debe, al menos en parte, al vigor de las discusiones historiográficas, metodológicas y políticas, que es todavía capaz de suscitar. Esperamos que este libro sea una contribución a estos debates y otros futuros por venir. Es valioso, entonces, retomar el apasionado llamado de Whatmore en sus conclusiones:

Por ser la historiografía que tiene el potencial de decirle la verdad al poder y de desafiar formas aún dominantes de escritura histórica, que buscan sostener el *statu quo* actual favorecido por los políticos de turno o promover proyectos revolucionarios utópicos, po-

35 En Whatmore, R. El estado de la Historia Intelectual: lo local y lo global; presente en esta edición.

demos decir que vale la pena ser un historiador intelectual, tanto local como global.³⁶

Bibliografía

- Adelman, J. (2017). What is Global History Now. Aeon, 2 de marzo. Disponible en: <https://aeon.co/essays/is-global-history-still-possible-or-has-it-had-its-moment>.
- Akita, S. (2002). From imperial history to global history. *Gentlemanly Capitalism, Imperialism and Global History*, Palgrave.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI.
- Armitage, D. (2000). The Pocockiad. *Lingua Franca*, 10, 3 (3).
- Armitage, D. (2007). *The declaration of independence. A global history*, Harvard University Press.
- Armitage, D. (2011). Globalizing Jeremy Bentham. *History of Political Thought*, 32(1), pp. 63-82.
- Armitage, D. (2012) What's the Big Idea? Intellectual History and the Longue Durée. *History of European Ideas*, 38/4, pp. 493-507.
- Armitage, D. y Guldi, J. (2014). *The History Manifesto*, Cambridge University Press.
- Armitage, D. y Guldi, J. (2015). La longue durée en débat. *Annales*, núm. 2, abril-junio.
- Baker, K. (1975). *Condorcet. From Natural Philosophy to Mathematics*, University of Chicago Press.
- Baker, K. (1978). State, Society and Subsistence in Eighteenth Century France", *Journal of Modern History*, 50, pp. 701-711.
- Baker, K. (1981). Enlightenment and Revolution in France: Old Problems, Renewed Approaches. *Journal of Modern History*, 53, pp. 281-303.
- Baker, K. (1982). On the Problem of the Ideological Origins of the French Revolution. LaCapra, D., y Kaplan, S. (eds.). *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Cornell University Press, pp. 197-219.

36 Ibid.

- Baker, K. (1987). Politics and Public Opinion under the Old Regime: Some Reflections. Censer, J., y Popkin, J., (eds.). *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*, Universidad de California Press, pp. 205-246.
- Baker, K. (1990). *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge University Press.
- Baker, K. (1991). Reason and Revolution: Political Consciousness and Ideological Invention at the End of the Old Regime. Feingold, M., y Bienvenu, R. (eds.). *In the Presence of the Past. Essays in Honour of Frank Manuel*, Kluwer.
- Baker, K. (2000). In Memoriam: Francois Furet. *The Journal of Modern History*, 71:1, 1-5.
- Baker, K. (2001). Transformations of Classical Republicanism in Eighteenth-Century France. *Journal of Modern History*, pp. 32-53.
- Baker, K. (2006a). El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución francesa. *Ayer*, 62, 2, pp. 89-110.
- Baker, K. (2006b). Political Languages of the French Revolution. Goldie, M., y Wokler, R. (eds.), *The Cambridge History of Political Thought*, Cambridge University Press, pp. 626-59.
- Baker, K. (2011). Enlightenment Idioms, Old Regime Discourses, and Revolutionary Improvisation. Van Kley, D., y Kaiser, T. (eds.), *From Deluge to Deficit: The origins of the French Revolution*, Stanford University Press, pp. 165-97.
- Baker, K., Lucas, C., Furet, F., y Ozouf, M. (eds.). (1987-1989). *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, 3 vols., Pergamon.
- Baylin, B. (1967). *The ideological origins of the American Revolution*, Harvard University Press. (Hay edición en español: Baylin, B. [1972]. *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Paidós).
- Beckert, S. (2017). *El imperio del algodón. Una historia global*, Crítica.
- Bevir, M. (1991). *The Logic of the History of Ideas*, Cambridge University Press.
- Burrow, J. (2006). Intellectual History in English Academic Life: Reflections on a Revolution. *Palgrave Advances in Intellectual History*. Whatmore, R. y Young, B. (eds.). Palgrave.
- Charle, C. (1995). Ser historiador en Francia: ¿una nueva profesión? en François Bedarida (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, Éditions de la Masion des sciences de l'homme.

- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación*. Gedisa.
- Claeys, G. (1989). *Thomas Paine: Social and Political Thought*, Unwin Hyman.
- Claeys, G. (1994). *Utopias of the British Enlightenment*, Cambridge University Press.
- Claeys, G. (ed.). (1995). *The Political Writings of the 1790s*. William Pickering.
- Claeys, G. (1995). *The Politics of English Jacobinism: Writings of John Thelwall*, Pennsylvania State University Press.
- Claeys, G. (1997). *Modern British Utopias, 1700-1850*, Pickering & Chatto.
- Claeys, G. (2000). *Restoration and Augustan British Utopias*, Syracuse University Press.
- Claeys, G. (2002). *Citizens and Saints: Politics and Anti-Politics in British Early Socialism*. Cambridge University Press.
- Claeys, G. (2005). *The Owenite Socialist Movement: Pamphlets and Correspondence*, Routledge.
- Claeys, G. (2007). *The French Revolution Debate in Britain: The Origins of Modern Politics*. Palgrave Macmillan.
- Claeys, G. (2009). *Late Victorian Utopias*, Pickering & Chatto.
- Claeys, G. (2010). *Imperial Sceptics: British Critics of Empire, 1850-1920*. Cambridge University Press.
- Claeys, G. (ed.). (2010). *The Cambridge Companion to Utopian Literature*, Cambridge University Press.
- Claeys, G. (2011). *Searching for Utopia: The History of an Idea*. Thames & Hudson Ltd.
- Claeys, G. (2018). *Marx and Marxism*. Pelican.
- Claeys, G. (2022a). *Utopianism for a Dying Planet: Life After Consumerism*. Princeton University Press.
- Claeys, G. (2022b) *John Stuart Mill. A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Claeys G., y Stedman Jones, G. (eds.). (2011). *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge University Press.

- Clarence-Smith, W. G., Pomeranz, K., y Vrie, P. (2006). Editorial. *Journal of Global History*, núm. 1, Cambridge Press.
- Colley, L. (2005). ¿Qué es la historia imperial ahora?. Cannadine, D. (comp.) *¿Qué es la historia ahora?*, Universidad de Granada.
- Conrad, S. (2018). *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*, Crítica.
- Darnton, R. (2010). *El beso de Lamurette*. FCE.
- Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los Intelectuales, historia intelectual*. Universitat de València.
- Dunn, J. (1968). The Identity of the History of Ideas. *Philosophy*, n.º 43, pp. 85-104.
- Feichtinger, J., Fillafer, F. L. y Surman, J. (eds.). (2018). *The Worlds of Positivism: A Global Intellectual History, 1770–1930*, Palgrave.
- Furet, F., y Ozouf, M. (eds.). (1988). *Dictionnaire critique de la Révolution française*, Flammarion.
- Ginzburg, C. (2017). Ethnophilology: two case studies. *Global Intellectual History*, 2:1, 3-17, agosto.
- González, M. (1983). Una historia sobre las historias de utopía: en torno a la construcción de un campo académico. *Historiografías, revista de historia y teoría*, 20, julio-diciembre de 2020, pp. 35-72.
- Gordon, P. (2014). Contextualism and Criticism in the History of Ideas. *Rethinking Modern European Intellectual History*, McMahon, D., y Moyn, S., (eds.). Oxford University Press, pp. 32-55.
- Guha, R. (2002). *History at the Limit of World-History*, Columbia University Press.
- Haakonsen, K. y Whatmore, R. (2017). Global possibilities, in intellectual history: a note on practice. *Global Intellectual History*, 2:1, 18-29, agosto.
- Kelley, D., (2005). Intellectual History in a Global Age. *Journal of the History of Ideas* 66, núm. 2 (abril), <https://www.gih.global-history.de/index.html> (accedido en junio del 2023).
- Kelley, D. J. (2017). *The Descent of Ideas. The history of intellectual history*. Routledge.
- Koselleck, R. (2004). *historia/Historia*, Trotta.
- Lacapra, D. y Kaplan, S. (eds.). (1982). *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Cornell University Press.

- Laslett, P. (1949). Preface. *Patriarcha and other Political Works by Sir Robert Filmer*, Blackwell.
- Laslett, P. (1964). Introduction. *John Locke. Two Treatises of Government. A Critical Edition with an Introduction and Apparatus Criticus*, Cambridge University Press.
- Levi, G. (2018). Microhistoria e Historia Global. *Historia Crítica* núm. 69, pp. 21-35.
- Lovejoy, A. (1983). *La gran cadena del ser*. Historia de una idea. Icaria.
- Menard, L. (2002). *El Club de los Metafísicos*. Destino.
- Moyn, S., y Sartori, A. (eds.) (2013). *Global Intellectual History*, Columbia University Press.
- Mulsow, M. (2017a). New perspectives on global intellectual history. *Global Intellectual History*, 2:1, 1-2, agosto.
- Mulsow, M. (2017b). A reference theory of globalized ideas. *Global Intellectual History*, 2:1, 67-87, agosto.
- Noiriel, G. (1996). *Sobre la Crisis de la historia*, Cátedra.
- O'Brien, P. (2006). Historiographical traditions and modern imperatives for the restoration of global history. *Journal of Global History*, núm. 1, Cambridge Press, pp. 3-39.
- Oesterhammel, J. (2015). *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX*, Crítica.
- Palti, E. (1998). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Unqui.
- Palti, E. (2003). La historia intelectual latinoamericana y el malestar de nuestro tiempo. *Anuario IEHS*, núm. 18.
- Palti, E. (2007a). Las nuevas tendencias en la historia político-intelectual. Daniel Brauer (ed.). *La historia desde la teoría. Vol. 2.*, Prometeo.
- Palti, E. (2007b). La nueva historia intelectual y sus repercusiones en América Latina. *Historia Unisinos*, 11, 3, pp. 297-305.
- Palti, E. (2010). La revolución teórica de Skinner, y sus límites. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 35, pp. 251-265.
- Pocock, J. G. A. (1957). *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, Cambridge University Press. (Hay edición en español: Pocock, J. G. A. [2011]. *La Ancient Constitution y el derecho feudal*, Tecnos).

- Pocock, J. (1962). *The History of Political Thought: A Methodological Enquiry. Philosophy, Politics and Society*. Laslett, P., y Runciman, W. G. (eds.). Barnes and Noble.
- Pocock, J. G. A. (2001). Historia intelectual: un estado del arte. *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 5, p. 151.
- Pocock, J. G. A. (2011a). La historia del pensamiento político: un estudio metodológico. *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Akal, pp. 19-34.
- Pocock, J. G. A. (2011b). La reconstrucción del discurso: hacia una historiografía del pensamiento político. *Pensamiento Político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Akal.
- Pomian, K. (2009). World History: Histoire globale, histoire universelle. *Le Débat* 154, núm. 2, pp. 14-40.
- Robbins, C. (1959). *The Eighteenth-Century Commonwealthman. Studies in the Transmission, Development, and Circumstance of English Liberal Thought from the Restoration of Charles II until the War with the Thirteen Colonies*, Harvard University Press.
- Rosanvallón, P. (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. FCE.
- Sartori, A. (2015). Intellectual History and Global History. En Young, B. y Whatmore, R. *A Companion to Intellectual History*, Wiley/Blackwell, pp. 97-112.
- Skinner, Q. (1969). Meaning and Understanding in the History of Ideas. *History and Theory*, 8, pp. 3-53.
- Skinner, Q. (2007). Significado y comprensión en la historia de las ideas. *Lenguaje, Política e Historia*, Universidad Nacional de Quilmes, p. 110.
- Subrahmanyam, S. (2017). Beyond the usual suspects: on intellectual networks in the early modern world. *Global Intellectual History*, 2:1, 30-48, agosto.
- Tully, J. (ed.). (1988). *Meaning and Context: Quentin Skinner and his Critics*, Princeton University Press.
- Whatmore, R. (2006). Intellectual History and the History of Political Thought. *Advances in Intellectual History*, Whatmore, R., y Young, B. (eds.). Palgrave, pp. 109-129.
- Whatmore, R. (2015). Quentin Skinner and the Relevance of Intellectual History. *A Companion to Intellectual History*, Young, B., y Whatmore, R. (eds.). Wiley/Blackwell, pp. 97-112.

Whatmore, R. (2016). *What is Intellectual History?* Polity Press.

Wootton, D. (2003). The Hard Look Back. *Times Literary Supplement* (edición publicada el 4 de marzo).

Young, B. (1999). The Enlightenments of J. G. A. Pocock. *History of European Ideas*, 25, 4.

Capítulo 2

Los orígenes de los derechos de los trabajadores: republicanism, comercio y la construcción de la moderna teoría social en Gran Bretaña, 1796-1805*

Gregory Claeys

Durante mucho tiempo se ha reconocido que la década de 1790 constituyó un partaguas en el pensamiento europeo sobre la relación entre gobierno, comercio y derechos de propiedad. Había razones tanto materiales como intelectuales para esta transformación. En Gran Bretaña, el período que comienza con las guerras napoleónicas presenció un giro dramático en el crecimiento económico, que aumentó considerablemente el poder social y económico de las clases medias dedicadas al comercio y la producción. El período, sin embargo, también experimentó una constante amenaza de hambrunas, peores que las que

* Partes de este artículo se presentaron primero en el seminario "Power and Responses to Power" ("El poder y las respuestas al poder") dictado en el Shelby Cullom Davis Center, Universidad de Princeton, Princeton, Nueva Jersey, en abril de 1990 y en el encuentro de la Conference for the Study of Political Thought (Conferencia para el Estudio del Pensamiento Político) titulada "Images of the Enlightenment" ("Imágenes de la Ilustración") en la Universidad de Nueva York en abril de 1990. Expreso mi agradecimiento a Istvan Hont, John Pocock, Alan Ryan, Lawrence Stone, Dorothy Thompson, Edward Thompson y a los referentes del *Journal of Modern History* por sus comentarios y críticas. [Nota de traductores: El texto original es Claeys, G. (1994). *The Origins of the Rights of Labor: Republicanism, Commerce, and the Construction of Modern Social Theory in Britain, 1796-1805*. *Journal of Modern History*, 66, 2, University of Chicago, pp. 249-290].

se habían visto en el siglo anterior, y con la publicación de *Essay on Population* de Malthus (1798) en particular se dio inicio al debate moderno sobre la pobreza. La combinación de estos desarrollos con los intensos debates sobre la naturaleza e implicancias de la Revolución francesa le dieron todavía más trascendencia. Esto a su vez coincidió con un estallido masivo de agitación radical en la que por primera vez puede observarse una participación plebeya masiva, y que algunos han pensado que también instigaba una revolución en Gran Bretaña.¹ El resultado fue uno de los períodos más turbulentos en la historia británica moderna.

En consecuencia, esta era generalmente se toma como el punto de partida del pensamiento económico socialista;² de las concepciones tanto radicales como liberales del estado de bienestar originadas en particular con el republicanismo *painita*;³ del conservadurismo moderno (dado el impacto y los principios de las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* de Edmund Burke, 1790) y, a medida que la reputación de Adam Smith crecía rápidamente, de las teorías *whig* postsmithianas de la moderna sociedad comercial de *laissez-faire*.⁴ Ya a mediados de la década de 1790, como he argumentado en otros lugares, los reformadores más moderados habían cedido gran parte del discurso *whig* tradicional sobre los derechos naturales y un contrato social original, después de una lucha considerable, a cambio de una retórica del radicalismo de la clase trabajadora, que mantuvo esos temas

1 Roger Wells ha señalado el peligro de la revolución en Wells, R. (1983). La evidencia que hace hincapié en la estabilidad está detallada en Christie, I. (1985).

2 El cual comenzó con el influyente Menger, A. (1899).

3 Véase, por ejemplo, mi obra Claeys, G. (1989b). Sugiero también la introducción a mi edición de 1992 de Thomas Paine, *Rights of Man*. Sobre el origen de la idea moderna de pobreza, véase especialmente Poynter, J. R. (1969) y Himmelfarb, G. (1984).

4 Véase especialmente Burrow, J. (1988); Collini, S., Winch, D. y Burrow, J. (1983).

hasta bien entrado el siglo XIX. En cambio, los reformadores de clase media se movieron rápidamente hacia un nuevo ideal liberal dominado por la economía política clásica (que también tenía muchos partidarios conservadores en 1815) al que asistieron varias formas de utilitarismo.⁵ La creciente importancia de las leyes económicas en el pensamiento político liberal quedó garantizada a finales de la década, con el asalto completo al derecho de los pobres a la caridad y el rechazo de la teoría social “especulativa” en el Ensayo de Malthus. Gran parte del espectro del pensamiento político moderno, con su barrido familiar, aunque a menudo engañoso, de “derecha” a “izquierda”, surgió en este período. Y generalmente se admite, en consecuencia, que la oposición central entre los discursos “republicanos” o cívicos humanistas basados en la virtud y los discursos de derechos liberales” sobre la sociedad, el comercio y la política, que a menudo se supone que dominaron gran parte del pensamiento político británico del siglo XVIII, o bien desaparecen en este período o adoptan formas muy diferentes.⁶

Las actitudes hacia la propiedad fueron claramente centrales en muchas de estas transformaciones. Sin embargo, si bien los orígenes del liberalismo político y económico del siglo XIX están ahora bastante bien documentados, pocas lecturas atentas sobre los principales textos radicales de esta época se han centrado en sus teorías sobre la propiedad, especialmente a la luz de la considerable y compleja

5 Véase mi artículo Claeys, G. (1990).

6 La perspectiva del “republicanismo” o humanismo cívico está mejor representada por J. G. A. Pocock (sugiero Pocock, J. G. A. [1985: 215-310]), la perspectiva “liberal” desde el lado estadounidense por Appleby, J. (1976: 3-26) y el lado británico por I. Kramnick en “Religion and Radicalism: English Political Theory in the Age of Revolution” y “Republican Revisionism Revisited”, ambos ahora reeditados en su *Republicanism and Bourgeois Radicalism: Political Ideology in Late Eighteenth Century England and America* (1990).

producción académica sobre fines del siglo XVIII y la ahora muy enriquecida literatura sobre los debates revolucionarios en Gran Bretaña durante la década de 1790.⁷ Esto implica la consideración de algunos temas que han tendido a ignorarse en las recientes controversias en esta área. Una reconstrucción más cuidadosa de la evolución del radicalismo plebeyo nos mostrará, entre otras cosas, que centrarnos en una oposición del pensamiento “liberal” al “republicano” no nos lleva muy lejos al explicar algunos de los cambios intelectuales cruciales de este período. Como en el siglo anterior, hubo muchos tipos diferentes de republicanos que escribieron en este período y los más radicales entre ellos, en particular, mezclaban libremente aspectos de las teorías basadas en derechos y virtudes en apoyo de la soberanía popular. También adoptaron muchas concepciones diferentes sobre la libertad o la intervención económica. Además, el término “liberal” aún no había alcanzado ningún estatus político reconocible, aunque muchos de los conceptos a menudo asociados con él estaban en uso. Mi objetivo aquí es explorar cómo las actitudes hacia el comercio, en particular, dividieron a los radicales y revelaron diferencias cruciales en su republicanismo. Sin embargo, quiero mostrar que, a pesar de estos desacuerdos, los radicales llegaron en este período a aceptar como reclamos cada vez más centrales la justa recompensa de las clases trabajadoras (escritores como Smith también habían compartido tales súplicas sobre la base de la justicia y la humanidad).⁸ Incluso innovaron, al vincular tales demandas con una explicación de la pobreza de las clases trabajadoras. Esto a su vez generó una descripción sorprendentemente nueva de la relación entre

7 Estos trabajos recientes incluyen a Dickinson, H. T. (ed.) (1989); Philp, M. (ed.) (1991); Deane, S. (1988) y C. y Small, I. (eds.) (1989).

8 Por ejemplo, Smith, A. (1976: [1] 86, 91).

los trabajadores asalariados y sus empleadores, destinada a volverse crucial para el radicalismo y el socialismo del siglo XIX. Resumiré mis argumentos principales antes de pasar a un examen más detallado de los textos relevantes.

Me enfocaré principalmente en cuatro obras “representativas”, claves de este período: dos tratados republicanos procomerciales — *Agrarian Justice* de Thomas Paine (1796) y *The Rights of Nature against the Usurpations of Establishments* de John Thelwall (1796) —y dos más hostiles al comercio— *The Enquirer: Reflections on Education, Manners and Literature* de William Godwin (1797) y *The Effects of Civilization on the People in European States* de Charles Hall (1805)—. Ciertos tratamientos inadecuados de estos textos, que están entre las obras más conocidas del radicalismo contemporáneo, abundan en las historias más antiguas del pensamiento radical y socialista del período.⁹ Pero hasta ahora no se han tratado como ejemplos de dos tipos de respuestas republicanas radicales a las afirmaciones sobre la superioridad de la sociedad comercial moderna y al crecimiento del hambre y la pobreza en Gran Bretaña durante la década de 1790. Fueron estos dos impulsos los que transformaron las doctrinas del radicalismo del siglo XVIII, que estaban muy (aunque no exclusivamente) en deuda con la tradición cívica humanista, hacia una descripción muy diferente de la sociedad. J. G. A. Pocock ha establecido completamente la omnipresencia del republicanismo maquiaveliano o neoharringtoniano en la Gran Bretaña del siglo XVIII, así como la adaptación gradual de muchas de sus líneas a las demandas de una sociedad comercial (Pocock, 1975).¹⁰ Aunque su popularidad a veces se

9 Por ejemplo, Beer, M. (1919: 101-132). Godwin y Hall también son el punto de inicio de *The Right to the Whole Produce of Labour* de Menger.

10 [Nota de traductores: Hay edición en castellano: Pocock, J. G. A. (2002). *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*].

niega, algunos contemporáneos supusieron que “el espíritu republicano”, al menos en el sentido de una hostilidad general hacia la monarquía, había ganado terreno de manera constante desde la ascensión de Jorge III y prevalecía “predominantemente entre las clases subordinadas y más numerosas” (Andrews, 1789: 7).

Ciertamente, esto todavía era ampliamente cierto a principios de la década de 1790, aunque no se pueden descartar las afirmaciones de la popularidad de los leales a la Corona (Dickinson, 1989: 103-125). Pero se ha prestado poca atención a las formas en las que el paradigma republicano, en oposición a las actitudes hacia la realeza, se transformó a la luz de los acontecimientos y debates de la década de 1790. Aunque algunos habían tomado una visión mucho más radical de los derechos de propiedad, la mayoría de los republicanos anteriores al tratar de evitar la tiranía y preservar el control popular habían enfatizado la superioridad de los terratenientes virtuosos, independientes y con gran conciencia cívica, por sobre los cortesanos corruptos, los comerciantes especulativos y los disolutos habitantes de la ciudad. Preocupados por enfatizar el valor de la participación cívica de los pocos virtuosos en la causa de la libertad, rara vez eran democráticos o receptivos a las demandas de los pobres por algo más que la caridad cristiana. Sin embargo, a principios de la década de 1790, partes de esta teoría se forjaron en una forma distintiva de radicalismo plebeyo, en particular, al extender la noción de la deseabilidad de la independencia a las clases trabajadoras en general. Esto es ampliamente aceptado por los historiadores. Sin embargo, durante la década considerada aquí, el nuevo radicalismo democrático de principios de la década de 1790 se transformó a su vez en un enfoque novedoso y agudo sobre la condición y los medios de vida de las clases trabajadoras, nunca analizadas cuidadosamente por escritores republicanos

radicales. Es esta segunda transformación, que resultaría fundamental para el pensamiento radical y socialista del siglo XIX, la principal preocupación de estas páginas.

Las diferentes reacciones al comercio tratadas aquí representan el desarrollo de dos tendencias muy diferentes en el republicanismo británico frente a los rápidos cambios económicos y al debate sobre la Revolución francesa en sí misma. Para distinguir estos hilos, necesitamos delinear brevemente las variedades del republicanismo en este período. Aunque todos estaban en deuda en diversos grados con las tradiciones de Maquiavelo y Harrington, y más recientemente con las de Algernon Sidney, Walter Moyle y Henry Neville, había al menos cuatro tipos de escritos republicanos a fines del siglo XVIII en Gran Bretaña.¹¹ La mayoría de los republicanos, en principio, no buscaban tanto abolir la monarquía como reforzar el componente popular en el gobierno. Los más moderados adoptaban una república como la mejor garantía de libertad pero solo en teoría, resignados a una monarquía constitucional como práctica más inmediata y a la espera de que la corrupción existente pudiera reducirse y que los Comunes se fortalecieran contra la interferencia monárquica y gubernamental (por ejemplo, la historiadora Catherine Macaulay y, en su momento más especulativo, David Hume [1994]).¹² Ante el creciente movimiento democrático de la década de 1790, todavía insistían a menudo en que Gran Bretaña era una república (Jones, 1793: 18). Un segundo grupo buscaba

11 Sobre el republicanismo británico durante el siglo XVIII, véase, además, Robbins, C. (1959) y, más recientemente, Houston, A. (1991). Linda Colley ha señalado el argumento de que algunas posturas del "partido country", que se sobreponen a varios temas republicanos, pueden también identificarse con los *tories* en Colley, L. (1982). Las conexiones entre el republicanismo y el milenarismo se exploran en Fruchtman, J. Jr., (1983). Hay también comentarios muy útiles en Higonet, P. (1988) y Pangle, T. (1988).

12 Sobre Macaulay, véase Hill, B. (1992).

abolir la monarquía, ampliar la representación parlamentaria y revivir la virtud cívica a través de una ley agraria. Condenando el lujo como la principal causa de corrupción, estos escritores también buscaban restringir el comercio y regular los precios (por ejemplo, James Burgh [1764; 1994]). Más preocupado por promover la virtud que por una mayor participación, especialmente en las clases trabajadoras, la mayoría de los republicanos de este período, como en el siglo XVII— y como ha subrayado Caroline Robbins— eran “en ningún sentido democráticos” (Robbins, 1969: 49).¹³ Un número enfatizaba, por ejemplo, la necesidad de limitar el tamaño de las ciudades (por ejemplo, Andrew Fletcher [1779: 111]). Un tercer grupo más extremo y más utópico extendió este programa aún más hacia diversas formas de republicanismo platónico y cristiano. Incluyeron planes para la propiedad colectiva de la propiedad (Wallace, 1758: 101), la gestión de los ingresos de la tierra mediante parroquias (Thomas Spence),¹⁴ e incluso propuestas para restringir el trabajo a cuatro horas diarias y la abolición del dinero.¹⁵

Frente a estas tendencias, un cuarto grupo —que en última instancia se revelará como el más influyente— buscaba una república representativa moderna con sufragio masculino casi universal y un comercio prácticamente ilimitado, con quizás alguna variación en una ley agraria (por ejemplo, Thomas Paine). Esta última forma de republicanismo, mucho más democrática y procomercial, aunque anticipada por los puntos de vista de hombres como Joseph Priestley, se popularizó ampliamente a principios de la

13 En su “Sketch of a Democratical Form of Government”, Catharine Macaulay parece confirmarlo (véase Macaulay, C. [1767: 29-39]).

14 Sobre Spence, véase más adelante en este artículo.

15 Por ejemplo, en *Equality a Political Romance* (1802), un tratado utópico editado por John Lithgow en los Estados Unidos, que debe mucho a los debates anglo-escoceses contemporáneos sobre la propiedad.

década de 1790 por la extraordinaria controversia sobre los mucho más estrictamente antimonárquicos *Rights of Man* de Paine (1791-1792).¹⁶ Todos los republicanos del siglo XVIII habían buscado una mayor virtud pública, coincidiendo con Montesquieu y otros en que esta era la base del gobierno popular (Montesquieu, 1990: 126). Pero muy pocos creían que una república pura pudiese abrazar a un estado grande o relativamente avanzado y prefirieron con Rousseau presumir que un país pequeño y pobre como Córcega era más adecuado para una constitución republicana. Por el contrario, *Rights of Man* de Paine se basaba en el modelo de los jóvenes Estados Unidos y promovía una república de prácticamente cualquier extensión, que se lograría mediante el sufragio universal masculino, una constitución escrita que emanase de una convención a lo largo de líneas americanas, instituciones representativas que gobiernen a través de un ejecutivo electo, la abolición de los monopolios aristocráticos y anglicanos, y la expansión ilimitada del comercio. Incluso aquellos republicanos cercanos a Paine que aconsejaban una regulación del comercio considerablemente mayor, como el médico de Londres William Hodgson, no dudaron de que una república comercial democrática a lo largo de líneas americanas modificadas era la mejor forma de gobierno (Hodgson, 1795; 1994: 199-248). A mediados de la década de 1790, los miembros de este grupo frecuentemente se llamaban a sí mismos “demócratas”.¹⁷

Sin embargo, a partir de este período, la creciente evidencia sirvió para poner en duda los pronósticos de los

16 El entusiasmo de Priestley por la libertad comercial se fundaba en una lectura de *Wealth of Nations* (Priestley, 1803: 24, 305). En esas mismas lecciones planteó su preferencia por una forma de Gobierno republicana (338-339).

17 En un texto de Eaton, l. (s. f.), se definía “demócrata” como “aquel que prefiere aquella forma de Gobierno, en la cual el poder supremo está en el pueblo, que lo ejerce a través de las personas de su propio orden, dispuestas para tal propósito” (Eaton, s. f.: 1).

republicanos más optimistas, procomerciales y democráticos. Por varias razones, comenzó a producirse un cambio entre los republicanos radicales a partir de un análisis que atribuía centralmente las penurias de las clases trabajadoras a la corrupción gubernamental —especialmente los impuestos excesivamente pesados sobre inquilinos y pensionistas—, con una nueva preocupación por la situación de pobreza de los trabajadores asalariados. Este cambio de enfoque de ninguna manera fue completo, ya que el *cobettismo* y varias otras formas de radicalismo continuaron criticando contra la “vieja corrupción” hasta bien entrada la década de 1830. Algunas variedades del cartismo tomaron un reclamo similar, al igual que algunas secciones de la *Anti-Corn Law League* (Rubinstein, 1983: 55-86). Sin embargo, una nueva preocupación por los salarios como fuente de pobreza se convertiría, a través del socialismo temprano, el marxismo y el anarquismo, en uno de los desarrollos más incisivos en el pensamiento radical de la era moderna, y esto representa una reevaluación fundamental de las implicaciones del poder económico para la sociedad y la política. Argumentaré en estas páginas que, para rastrear con precisión el surgimiento de este cambio, necesitamos comprender cómo partes de la herencia republicana, y particularmente la noción de independencia, se repensaron a la luz de los debates radicales sobre el comercio en la década de 1790. Los republicanos anteriores a menudo se preocupaban por que el comercio extensivo corroyese la virtud cívica o el patriotismo del que dependía la forma republicana (Montesquieu, 1990: 140-141). En 1789, sin embargo, esas ansiedades ya no estaban tan extendidas y muchos republicanos estaban dispuestos, con Paine, a aceptar el comercio más o menos en sus propios términos. Casualmente, muchos artesanos y comerciantes estaban involucrados en el radicalismo popular, y vieron poco sacrificio al intercambiar una medida de

virtud cívica por un mínimo de sociabilidad comercial y la promesa de opulencia y mayor igualdad social. A pesar de tales prejuicios, sin embargo, se sometió a los reformadores radicales a una campaña de propaganda hostil masiva, que alcanzó su punto máximo entre 1792 y 1794, en la que se dedicaron cientos de escritos a frustrar sus objetivos. Muchos de estos tratados “antijacobinos” insistían en que los logros del comercio se basaban en la estructura de clases existente, por lo que desaparecerían ante la igualdad social que los demócratas esperaban que acompañase una nueva constitución y un electorado enormemente expandido. Una opulenta sociedad comercial y una forma republicana de gobierno eran, a los ojos de los defensores “antijacobinos” de la constitución británica, simplemente incompatibles.

En general, los radicales no contrarrestaron esta acusación con mucho éxito, aunque la guerra contra Francia y la subsiguiente contaminación de los principios de reforma por asociación con el enemigo cargaron los dados contra ellos. Su causa perdió un terreno considerable como consecuencia. Sin embargo, a partir del debate de principios de la década de 1790, surgieron alternativas republicanas tanto comerciales como anticomerciales que se basaron en tendencias similares del republicanismo prerrevolucionario y es en su configuración en la que me concentraré aquí. No dispuestos a admitir que el comercio requería una considerable desigualdad social o a renunciar al comercio, y regresar a formas más clásicas y agrarias de republicanismo, algunos demócratas de mediados de la década de 1790 buscaron difundir los beneficios del comercio más ampliamente y determinar con mayor precisión cómo las clases trabajadoras podrían beneficiarse más de su aumento. Tanto Thomas Paine, que también estaba respondiendo a los acontecimientos en Francia, como John Thelwall, sostuvieron (y esto fue para ambos un nuevo argumento en 1796)

que debería garantizarse que las clases trabajadoras tengan el derecho de acceder a una *proporción* del aumento de la riqueza en la sociedad en general. Además, después del año de la hambruna de 1795, el problema de la pobreza comenzó a aumentar aún más, como lo haría durante la mayor parte del próximo siglo. Pero Paine y Thelwall argumentaron que no solo se debería proporcionar a los pobres una red de seguridad para salvarlos de la indigencia, sino también que las demandas de justicia ahora reemplazarían a las de la caridad. Por lo tanto, el problema clave era establecer y asegurar estas afirmaciones, que constituían un cambio esencial hacia ese enfoque en los derechos, ya no a la caridad, sino al producto del trabajo que debía ser central para el socialismo y que se alejaba claramente de la mayoría de los énfasis radicales anteriores en los derechos históricos, civiles y constitucionales. No obstante, las concepciones de derechos más antiguas, especialmente en relación con la noción de un contrato original, serían cruciales, como veremos, para establecer estas nuevas demandas de derechos, que son fundamentales para nuestra comprensión del legado de la Revolución francesa en Gran Bretaña.

Esta nueva gama de preocupaciones no se limitaba a los republicanos procomerciales, ya que algunos que eran menos optimistas sobre el comercio también buscaban redefinir sus ideales a la luz de las circunstancias cambiantes y el intenso debate de principios de la década de 1790. En particular, buscaron preservar la virtud cívica y la independencia individual instando al derecho de los trabajadores pobres a una mayor independencia intelectual, personal y de ocio. Mientras que la estrategia de los republicanos procomerciales estaba, como veremos, más arraigada en la ley y la filosofía moral, la de los republicanos anticomerciales estaba, irónicamente, más en deuda con la economía política. Utilizando una nueva definición de riqueza como el

poder para comandar el trabajo, derivado principalmente de Adam Smith, William Godwin y Charles Hall, en particular, sostuvieron que el crecimiento del comercio y las manufacturas, especialmente los bienes de lujo, simplemente obligó a los pobres a trabajar más. Esto, enfatizó Godwin, los privó de tiempo para el ocio y el aprendizaje. Para Hall, la manufactura, al obligar a los trabajadores a obtener empleo urbano, disminuyó su oportunidad de obtener una subsistencia básica de la tierra. Por lo tanto, aunque sus motivos divergieron, Godwin y Hall por igual abogaron por un retorno a una sociedad de trabajo principalmente agrícola y una mayor independencia personal e igualdad (Godwin, inicialmente muy en deuda con la concepción de Rousseau de las virtudes de las sociedades tempranas, llegó a dudar de las ventajas de algunos tipos de simplicidad). Al igual que Paine y Thelwall, ambos ayudaron a redefinir un lenguaje republicano más antiguo de corrupción y virtud al extender su aplicación a las clases trabajadoras. Para ambos, el mayor trabajo de los pobres era en sí mismo una indicación de dependencia corrupta más que, como habían creído los republicanos anteriores, natural para una sociedad de rangos. Si los republicanos modernos buscaban así igualar los beneficios del comercio, Hall y Godwin, entre otros, buscaban abolir toda dependencia innecesaria al volver a una sociedad en gran medida precomercial. Sin embargo, tanto los argumentos pro como anticomerciales del republicanismo radical demostraron una mayor conciencia del problema de la pobreza y las demandas de las clases trabajadoras que no había estado presente en el radicalismo británico de principios de la década de 1790. Su redefinición de las fuentes de pobreza y las demandas de los trabajadores, entonces, constituye uno de los principales puntos de inflexión hacia el pensamiento social y político moderno.

2.1. Thomas Paine y John Thelwall: simplicidad, lujo y sociedad comercial

Aunque Paine y la mayoría de sus seguidores eran republicanos “modernos” que buscaban el libre comercio en una república democrática representativa, la acusación de que tales propuestas —encapsuladas en el temor a la “igualdad” — socavarían la moderna opulencia agrícola y comercial, resultó central en los debates ideológicos de principios de la década de 1790. Crucial para el éxito de la campaña masiva de propaganda lealista de 1791-94 fue la acusación, publicitada prominentemente por la *Association for Preserving Liberty and Property against Republicans and Levellers* de John Reeves, de que el republicanismo implicaba inevitablemente la restauración de la sociedad a su primitivo estado natural y, en particular, que la apelación de Paine a los derechos naturales por sí sola implicaba regresar a una sociedad natural porque “nivelar” las desigualdades existentes también subvertiría la opulencia en que se apoyaban (Claeys, 1989b: 154-164). Este argumento tuvo éxito en parte debido a un malentendido generalizado e intencionado de la propuesta de Paine —y esto fue, en cierto sentido, el corazón del argumento republicano moderno— de que una sociabilidad comercial reemplazase el rol que la virtud cívica desempeñaba en el republicanismo harringtoniano. En efecto, a Paine se lo criticó simplemente como republicano primitivista debido a la fuerza de su apelación a los derechos naturales y su potencial recepción a la luz del rápido crecimiento del movimiento popular radical de principios de la década de 1790.

Esta interpretación de las intenciones de Paine distaba de ser acertada. En la segunda parte de *The Rights of Man* había propuesto ayudar a los niños, los ancianos y los pobres a través de un impuesto progresivo a la herencia. Este derecho

de alivio se defendía sobre la base de que ya había otros impuestos que se pagaban, y en el deber del gobierno de proporcionar fondos “para la instrucción de los jóvenes y el apoyo de la vejez”. El principal objetivo de Paine, ciertamente, era socavar la aristocracia terrateniente y redistribuir la carga fiscal de manera más justa. Pero no deseaba limitar la propiedad justamente ganada, sino solamente la que derivaba de poco o ningún esfuerzo. Solo se prohibirían los ingresos de la propiedad de la tierra “más allá de la adquisición probable a la cual la industria puede extenderse”, así como “su acumulación por legado” (Paine, 1945: [1] 434). Para nuestros propósitos, es crucial enfatizar que Paine estaba aquí casi exclusivamente preocupado por las grandes propiedades como la instancia principal del “robo” que causó la pobreza. La base de sus reclamos tributarios era tanto tradicional como innovadora. Uno de los objetivos principales de *The Rights of Man* era extender, endurecer e institucionalizar los deberes hacia los pobres ordenados por los escritores de leyes naturales y transformar los derechos a la caridad que generalmente eran imperfectos o voluntarios en derechos a la justicia duros y perfectos, exigibles por el gobierno. Pero a pesar de esta variación sobre la ley agraria, Paine se preocupó menos que la mayoría de los republicanos por la amenaza del lujo a la virtud, y se calificó a sí mismo como “no enemigo de la vestimenta elegante o de moda, o del disfrute moderado de esos artículos de indulgencia que nos proporcionan desde el extranjero” si también estuviesen gravados como la agricultura. En mil años, Estados Unidos podría “estar como Europa está ahora” despojada de sus libertades. Mientras tanto, esto no era motivo de preocupación. (Paine, 1945: [1] 387, 355, [2] 350, 358, 1348-1349).

Los “países viejos” como Gran Bretaña y Francia, sin embargo, eran otro asunto. En 1796, Paine llegó a creer que su pobreza era endémica y que se debía contrarrestar con

una redistribución aún mayor de los ingresos fiscales existentes y de los rendimientos de las propiedades de tierras más grandes. Pero, en comparación con *The Rights of Man, Agrarian Justice Opposed to Agrarian Law and to Agrarian Monopoly*, hacía reclamos mucho más radicales por el derecho de los pobres a eso que Paine ahora definía como riqueza común, en especial mejoras agrícolas, indudablemente inspiradas en parte por los puntos de vista del comunista igualitario francés Graco Babeuf, que se hicieron ampliamente conocidos después de su fallida conspiración en 1795-1796 (Rose, 1978: 230-232). Paine planteaba ahora que la pobreza se originaba en parte en salarios inadecuados y una opresión económica en la que participaban todos los empleadores, no solo tribunales corruptos y aristócratas, y menos en los fuertes impuestos que había enfatizado anteriormente. Este giro anunciaba una preocupación creciente en relación con el estado de las clases trabajadoras en general y no solo con los pobres; la delineación de sus consecuencias para el republicanismo es mi principal preocupación en este artículo.

Un aspecto central en los nuevos reclamos de *Agrarian Justice* fue la discusión de Paine sobre la comunidad original de propiedad ordenada por Dios. Aquí distinguió por primera vez entre “propiedad natural”, legada por el creador del universo “como la tierra, el aire, el agua” y la “propiedad artificial” creada por la humanidad. La igualdad en esto último era “imposible; para distribuirla equitativamente sería necesario que todos hubieran contribuido en la misma proporción, lo que nunca puede ser el caso; y si fuera este el caso, cada individuo se aferraría a su propia propiedad, como su parte correcta”. Pero sobre la “igualdad de propiedad natural [] el tema de este pequeño ensayo”, Paine insistía en que “cada individuo en el mundo nace en él con reclamos legítimos sobre cierto tipo de propiedad o

su equivalente” (Paine, 1945: [I] 606-607). Este “derecho de nacimiento”, pensaba Paine, todavía se reconocía entre sociedades primitivas como los indios norteamericanos. Pero si bien las primeras sociedades ignoraban felizmente “esos espectáculos de miseria humana que la pobreza y el deseo presentan a nuestros ojos en todos los pueblos y calles de Europa”, tampoco tenían “esas ventajas que se derivan de la agricultura, las artes, la ciencia y las manufacturas”. Para retener estos beneficios a la vez que se evitaban los males del progreso, era necesario reconocer “el primer principio de la civilización [] por el cual la condición de cada persona nacida en el mundo, después de que comienza un estado de civilización, no debería ser peor que si hubiera nacido antes de ese período” (Paine, 1945: [I] 609-610, 619). Así, Paine propuso que los propietarios pagasen una suma global, así como una anualidad a todos los privados de sus derechos de nacimiento. Gran parte de su nuevo plan para gravar los bienes inmuebles aparentemente dependía de la concesión de este derecho de restitución.

La siguiente proposición de Paine fue muy polémica dado su deísmo escéptico, pero aun así la usó para apuntalar una nueva noción de derechos de propiedad.¹⁸ Me refiero a la afirmación de que “la tierra, en su estado natural, no cultivado, fue y siempre habría sido, la *propiedad común de la raza humana*”, y cada hombre había “nacido para la propiedad” de la tierra. Si esto era cierto, solo “el valor de la mejora”, no la tierra misma, era “propiedad individual”, aunque era “imposible separar la mejora hecha por el cultivo” de lo que la tierra misma proporcionaba. Paine podría haber argumentado que en algún momento no había sido

18 En *The Age of Reason*, había criticado cualquier relato no histórico de la Creación en Génesis, que era la fuente de las especulaciones de la ley natural sobre las intenciones divinas (Claeys, 1989b: 196-208).

la industria, sino la herencia, la que generó desigualdades inaceptables en la riqueza. Ahí fue donde *The Rights of Man* había dejado el asunto pendiente. O podría simplemente haber definido “un límite a la propiedad, o a su acumulación por legado”. En cambio, ahora justificaba un impuesto sobre toda la riqueza de la tierra, sin tener que medir la “mejora”, argumentando que cada propietario de la tierra le debía a la comunidad una “renta de la tierra”. Sobre este principio, y no en la mera condena del excesivo “lujo” de las grandes propiedades, se basaba el nuevo plan impositivo de Paine (Paine, 1945: [I] 610-611).

Esta no era, simplemente, una afirmación de que la tierra históricamente se había tenido en común alguna vez, sino también que el legado *intencional* original de Dios en la creación era legarles la totalidad de la tierra a todos. Esto iba más allá del mero reconocimiento de un estado histórico de la naturaleza con derechos de uso común (y, por supuesto, hubo desacuerdos sobre qué derechos habían existido entonces). En este sentido, la invocación de la divinidad le dio a la argumentación de Paine un pedigrí importante. Porque esta estrategia era central para los relatos de la propiedad fundados en la jurisprudencia natural, que desarrollaban la afirmación bíblica de que, en la Creación, el dominio sobre la tierra recaía en el primer hombre y mujer y todos sus descendientes. Sin embargo, en la década de 1790, la mayoría de los cristianos —y probablemente los principales juristas naturales que Paine leyó, como Grocio y Pufendorf— creían que Dios había otorgado la tierra a todos en común solo negativamente, es decir, para desarrollarse individualmente a medida que surgiera la necesidad (principalmente por la presión de población). De esta interpretación surgieron las explicaciones del progreso de la propiedad a las que se adhirieron la mayoría de los principales teóricos sociales escoceses durante el siglo XVIII. Esto implicaba que Dios no había

tenido la intención de constituir una comunidad positiva de propiedad donde los bienes permanecieran en común a perpetuidad (Grotius, 1925: 186; Pufendorf, 1934: 537).¹⁹

Agrarian Justice hizo eco de estos relatos sin llegar a una conclusión comunista. Pero Paine, continuando con la tendencia por la cual, como observó Mirabeau, los revolucionarios estadounidenses habían “opuesto los derechos naturales de las personas a todas las tonterías de los derechos civiles en las convenciones establecidas en su contra” (Mirabeau, 1972: 18), también rechazó una interpretación de la propiedad común como un hecho meramente histórico y “negativo”. En cambio, insistió en que debían mantenerse los derechos de propiedad en común, promoviendo un derecho de propiedad coetáneo que se oponía a cualquier tipo de teoría etapista que suponga que una serie de contratos posteriores pudiesen haber negado el derecho natural. Los textos de derecho natural generalmente reconocían la validez recurrente de los derechos originales de propiedad común en un aspecto crucial. Para algunos, al menos, si los necesitados se enfrentan al hambre, podrían invocar el derecho de caridad de los ricos y podrían exigir que se les venda el grano al precio normal de mercado, e incluso (algunos añadían) podían robar legítimamente en los casos de extrema necesidad. Pero la concepción de Paine sobre la aplicación de los derechos originales al mundo moderno fue más amplia que esto y solo tuvo éxito debido al fundamento

19 Solo un puñado de escritores tardíos del siglo XVIII se oponían a la conclusión de la “comunidad negativa”, principalmente William Ogilvie y, hasta cierto punto, Robert Wallace, Thomas Reid y Thomas Spence. Véase Ogilvie, W. (1781: 11); Wallace, R. (1758: 38-40, 66); Spence, T. (1793: 21-22) y (1797). Sugiero, además, mi texto *Machinery, Money and the Millennium: From Moral Economy to Socialism, 1815-1860* (1987: 1-33) y, sobre la teoría de las cuatro etapas, Meek, R. (1976). Para discusiones sobre la propiedad anteriores a este período, véase además Larkin, P. (1930); Home, T. (1990), que se centran sobre todo en los derechos a la caridad antes que en los productos del trabajo, Ryan, A. (1984) y, más recientemente, Buckle, S. (1991).

teológico de su modelo de trabajo. El hombre no había hecho la tierra, y “aunque tenía el derecho natural de *ocuparla*, no tenía derecho a *ubicar como su propiedad* a perpetuidad ninguna parte de ella; tampoco el Creador de la tierra abrió una oficina de tierra, desde donde los primeros títulos de propiedad se habrían emitido” (Paine, 1945: 611). Desde que comenzó la práctica del cultivo, los monopolios de la tierra habían desposeído al menos a la mitad de la población de su porción del suelo. Si se los compensara con quince libras a los veintiún años (o aproximadamente el salario de medio año para un trabajador agrícola) y 10 libras anualmente desde los cincuenta años en adelante, se produciría una “revolución en el estado de la civilización” análoga a una revolución republicana en el gobierno (Paine, 1945: 612-613, 621).

Para fortalecer aún más este argumento, en *Agrarian Justice* también planteó otras dos demandas en nombre de los desposeídos. La primera, el “principio de civilización” de Paine, invocaba la existencia de un contrato original tácito al afirmar que “ninguna persona debería estar en una peor condición cuando nace bajo lo que se llama un estado de civilización, de lo que habría sido si hubiera nacido en un estado de naturaleza”. De ser necesario, “se debía hacer una provisión” restando de la propiedad una porción de igual valor a la herencia natural que otro ha absorbido” (Paine, 1945: 613-620). En segundo lugar, Paine sugirió que, mientras Dios les daba la tierra a todos, la propiedad personal era “el efecto de la sociedad”, sin la cual nadie podía adquirir más de lo que sus propias manos podían producir. En consecuencia, los ricos debían “en principio de justicia, gratitud y civilización, dar una parte de esa acumulación de nuevo a la sociedad desde donde vino todo”. Al igual que el principio de la civilización, este argumento secular tenía como objetivo reforzar los derechos basados en la teología. Pero también permitía que toda propiedad, no solo la tierra, pueda ser

gravada o apropiada para el bien común. Los fondos, o bonos del gobierno, con los cuales se atendía la deuda nacional, por ejemplo, que Paine deseaba gravar, enfrentaban una carga de responsabilidad social que la intención divina aparentemente no les había asignado, ya que Génesis se había referido a corto plazo solo a la propiedad de tierras y no a la especulación financiera. La riqueza derivada de la industria era igualmente responsable. Por lo tanto, aquí se presentó un reclamo de justicia para los trabajadores asalariados que no podía deducirse de la intención divina, que se refería solo a los sin tierra y que era difícil de deducir (debido a la vaguedad del precepto) del principio de la civilización. Esta preocupación por el trabajo asalariado representó un desarrollo dramático en la teoría de la justicia de Paine y claramente surgió de la creencia de que “la acumulación de propiedad personal es, en muchos casos, el efecto de pagar muy poco por el trabajo que lo produjo; la consecuencia de lo cual es que la mano de obra perece en la vejez y el empleador abunda en riqueza” (Paine, 1945: 442).

Paine desarrolló tres argumentos a favor de la redistribución de la propiedad en *Agrarian Justice*. Estuvo de acuerdo en que la propiedad de la tierra surgió con el cultivo y que no existía “en el primer estado del hombre, el de los cazadores, ni en el segundo estado, el de los pastores”, donde la propiedad era solo en bandadas y rebaños. Pero instó a una interpretación más amplia de las consecuencias del legado divino de una propiedad para todos, yendo más lejos que otros juristas naturales. Planteó la extensión del derecho, no solo de los necesitados, sino de todos los que no tienen tierra, a recibir una parte de cualquier mejora en la tierra a perpetuidad, no solo de bienes de subsistencia durante una hambruna. Esta variación de los reclamos fundados en el lenguaje de la ley natural, a favor de la sustitución de derechos blandos o imperfectos a la caridad por un derecho

general de subsistencia de los necesitados, puede leerse, si lo deseamos, como la transmutación de un derecho imperfecto a la caridad para los pocos hambrientos en un derecho perfecto a la asistencia de las clases trabajadoras desposeídas en general (Paine, 1945: 611).²⁰ Los dos argumentos adicionales de Paine, uno basado en un principio de civilización, el otro en un deber general que los ricos tenían con la sociedad, daban a sus reclamos un alcance mucho mayor que lo que permitían sus deducciones de la intención divina, aunque sin estar centrado en el reclamo (a menudo asociado con Locke) del trabajador a una proporción de su producto debido al trabajo que invertía en el mismo.

Después de que Paine huyese a Francia a fines de 1792 para evitar ser encarcelado por sedición, la principal pluma republicana de Gran Bretaña fue la de John Thelwall, un escritor interesante y relativamente sofisticado cuyas opiniones recibieron un descuido indebido de los historiadores de este período. Nacido en Covent Garden en 1764, fue aprendiz de mercader de seda, sastre y, más tarde, estudiante de teología, medicina y derecho. Thelwall se convirtió en profesor, periodista y panfletista político, y atravesó un juicio por traición en 1794. Absuelto después de seis meses de prisión, siguió siendo uno de los líderes de la *London Corresponding Society*, la principal organización de reforma en Gran Bretaña durante la década de 1790.²¹ Entre sus diversos escritos poéticos, literarios y políticos, fue *The Rights of Nature against the Usurpations of Establishments* (1796) el que replanteó el problema de los derechos de la mayoría a la subsistencia y la propiedad. Al igual que Paine (aunque, al menos inicialmente, probablemente no conocían los

20 Véase, por ejemplo, Grotius, (1925: 188-189), para los orígenes de esta concepción.

21 Una perceptiva evaluación de sus logros intelectuales puede verse en Hampsher-Monk, I. (1991: 1-20). También es útil Gallop, G. (1986: 3-20). Además, sugiero Claeys, G. (1995).

tratados del otro),²² Thelwall argumentó que las demandas republicanas de una mayor igualdad social podrían conciliarse con la creciente opulencia de Gran Bretaña mediante una distribución más justa de la riqueza a las clases trabajadoras. Pero mientras se convertía en uno de los principales republicanos democráticos procomerciales que escribieron en la década de 1790, Thelwall siguió manteniendo importantes argumentos estoicos y una aversión al lujo en sus puntos de vista, especialmente en los tres volúmenes de ensayos y poemas publicados como *The Peripatetic* en 1793.²³ En sus conferencias de Londres de 1795-1796, Thelwall todavía enfatizaba la necesidad de modales más abstemios, estoicos y republicanos, instando a sus oyentes a

trabajar para abolir el lujo [...] Permítanos entrar en nuestras propias casas, en nuestras propias mesas, para exhortar a nuestros amigos, para advertir a nuestros enemigos, para persuadir a la humanidad de que descarte esos adornos de oropel y superfluidades ridículas que debilitan nuestras mentes y conllevan enfermedades voluptuosas en los ricos, mientras que enfermedades de una descripción aún más calamitosa abruma a los órdenes oprimidos de la sociedad,

22 *Agrarian Justice* se escribió en el invierno de 1795-96, y se publicó más tarde ese año en París. Una edición londinense apareció en 1797. Una copia de las lecciones políticas de Thelwall (actualmente en la Cambridge University Library), publicadas como *The Tribune* en 1795-1796 (Londres), está dedicada "al Ciudadano Thomas Paine, con el respeto y sincera admiración del autor", aunque no hay forma de saber si Paine, que permaneció en París hasta 1802, la recibió o no.

23 En *The Peripatetic*, Thelwall ponía el énfasis en tópicos pastorales, agrarios y anticomerciales. Se lamentaba del paso del tiempo y añoraba una época en la que la tierra se dividía en pequeñas porciones, los amos y los trabajadores "estaban tan cerca que podían sentir simpatía por las desgracias del otro" y "la reciprocidad del cariño podía racionalmente esperarse", a la que siguió una nueva era que culminó con la concentración de la riqueza y la tierra (1793: [1]: 145). En un poema titulado "Al lujo", escrito en 1704, Thelwall castigaba las "malezas nocivas" del lujo que amenazaban la libertad, que solo podría subsistir con una "pobreza virtuosa". En "La simplicidad de las costumbres", también, alababa "aquellas antiguas costumbres, simples y severas" cultivadas particularmente en Esparta (Thelwall, J. [1822: 169-170]).

por la escasez resultante de esta extravagancia. Por lo tanto, déjennos que administremos para el alivio de aquellos que, teniendo los mismos poderes de disfrute que nosotros mismos, tienen derecho, al menos, a una participación equitativa de todos los elementos esenciales de la vida, que son producto de su trabajo (Thelwall, 1795: [1] 13).

La noción de “una participación equitativa de todos los elementos esenciales de la vida, que son el producto de su trabajo”, como veremos, se volvería particularmente importante en los *Rights of Nature* de Thelwall. Sin embargo, en sus conferencias, Thelwall también enfatizaba en su aceptación del comercio y abogaba por el fin de la escasez mediante el establecimiento de la libertad universal de comercio de productos excedentes. A lo largo de este período, además, sus opiniones sobre el lujo parecen haber sufrido más alteraciones. Contra el plan (que recuerda fuertemente a la posición de su amigo William Godwin en la primera edición de su *Enquiry Concerning Political Justice*, de 1793) para reducir el trabajo humano a media hora al día mediante la abolición de los lujos y la producción de las necesidades, Thelwall ahora ponía el énfasis en que los edificios, los libros, las pinturas y otras cosas similares eran intrínsecamente buenas, siempre que no machacasen a los pobres (Godwin, 1793: [2] 823). Por lo tanto, sin descuidar los efectos del lujo en las costumbres, Thelwall veía la principal amenaza menos en una tendencia a engendrar corrupción moral y política que a exacerbar la desigualdad social (una conclusión, ya veremos, a la que Godwin llegó aproximadamente al mismo tiempo). Incluso reimprimió uno de sus poemas tempranos de *The Peripatetic* en que calificaba al comercio de “dudoso” y “parcialmente bueno” porque a menudo engendraba la guerra y sus lujos degeneraban en monopolio. Pero parece que su principal preocupación ahora era más los efectos

monopolísticos del comercio que las consecuencias morales del lujo (Thelwall, 1795: [2] 8).

Este cambio en los puntos de vista de Thelwall hacia una postura más cercana al comercio ciertamente resultó, en parte, de la lectura de *Wealth of Nations*, lo que lo llevó (en un grado mucho mayor que al resto de los otros radicales) a tomar las categorías de la economía política y, especialmente, el importante lenguaje del “trabajo productivo e improductivo”.²⁴ Cuando en varias conferencias de 1795 examinaba las causas de la escasez de provisiones en este año cercano a la hambruna, Thelwall se mostraba de acuerdo con Smith en que la “riqueza real” solo radica en “la cuantía de necesidades y comodidades reales” y elogiaba “el sistema de comercio equitativo, justo y racional” que exportaba excedentes solo después de satisfacer la demanda local. “Mi idea sobre los primeros y genuinos principios del gobierno justo, con respecto a la agricultura”, afirmaba, es “producir la mayor cantidad de cosas necesarias para la vida y promover la distribución más equitativa de esos artículos”. La agricultura no debe apuntar al “comercio” o ser presa de los “especuladores adinerados”, sino que debe satisfacer “la comodidad y el alojamiento de la gente”. Elogiando el ideal de “gradaciones imperceptibles de rango, donde lentamente y paso a paso se eleva [] hasta que toda la sociedad queda conectada por intereses inseparables” como un estado superior incluso a cualquier “edad de oro de igualdad absoluta”, Thelwall argumentaba que esto solo sería posible cuando la competencia hacía imposible el monopolio. La especulación, “la búsqueda ansiosa de la opulencia entre una clase de personas”, había erosionado los

24 Véase mi texto de 1985, “The Reaction to Political Radicalism and the Popularization of Political Economy in Early Nineteenth Century Britain: The Case of ‘Productive and Unproductive Labour’”, en Shin, T. y Whitley, R., *Expository Science: Forms and Functions of Popularization*, pp. 119-136.

efectos morales de un “proceso de intercambio justo y equitativo” (Thelwall, 1795: [2] 38, 46, 59, 66-67, 150; [3] 38-39).

Adoptar un comercio “justo” e ilimitado implicaba una nueva mirada sobre el lujo y su relación con la virtud. Refiriéndose a un plan de C. B. Wadstrom que proyectaba la colonización de una porción del territorio africano mediante la distribución de la producción solo de acuerdo con los deseos reales en lugar de los “artificiales”, Thelwall señalaba que así se planteaba “el importante dilema de la simplicidad o el lujo”. Pero, luego, argumentó de manera crucial que el lujo introducido a través del comercio no corrompe inevitablemente a una nación. El republicanismo ateniense, por ejemplo, había surgido de una “virtud generosa y magnánima” que una nación comercial también podría poseer y que se derivaba menos de la pobreza absoluta que de limitar la dependencia de sus ciudadanos. Tal independencia, enfatizó, se produjo solo cuando los individuos cosecharon “las ganancias de sus esfuerzos individuales” y donde la verdadera libertad de comercio bajó los precios hasta el punto de que solo se podía obtener “una ganancia de vida”. Pero la libertad comercial en una república todavía requería de la libertad civil y política, que, a su vez, descansaba en “una simplicidad de costumbres, una fortaleza de carácter y un sistema moral puro y generoso”. En la actualidad, estos atributos, confesaba Thelwall, se encontraban con mayor frecuencia en países no comerciales como Suiza. Cuando habían florecido en repúblicas anteriores, como en la antigua Grecia, esto se debía solo a que el comercio había aumentado la independencia de todos al “haber producido la misma ventaja para todos los ciudadanos de la comunidad”: “Todos los hombres participaban no solo del trabajo, sino también de la ganancia [] cuando el rico comerciante, el gran propietario de tierras y las clases altas de la sociedad pueden disfrutar de más lujos y vivir en una

gran pompa, la tendencia de las leyes e instituciones de la sociedad debería ser tal que el trabajador también tenga su proporción de ventaja, pueda comer con más comodidad, pueda dormir en una cabaña mejor y que también sea capacitado para brindarle a su descendencia una mejor educación y un mejor conocimiento de sus derechos y deberes” (Thelwall, 1795: [3] 43, 46, 248).²⁵ La pregunta crucial para Thelwall, por lo tanto, era cómo replicar tales condiciones en una sociedad comercial moderna.

A diferencia de algunas interpretaciones, considero que *Rights of Nature* es una considerable refinación de una nueva visión de Thelwall sobre un republicanismo comercial igualitario.²⁶ Su premisa central era ahora que cada hombre y mujer tenía “un reclamo sagrado e inviolable, que surge de la máxima fundamental sobre la cual se apoyan todos los bienes, para algunas comodidades y placeres, además de las necesidades de la vida, y para algún ‘ocio tolerable para tales discusiones y algunos medios de dicha información’, que pueden conducir a una comprensión de sus derechos; sin los cuales nunca puede entender sus deberes”. Esta es una clara apelación al derecho de los pobres y las clases trabajadoras a una mayor independencia. La sociedad tenía el deber “no solo de *proteger*, sino de mejorar [énfasis propio] los placeres físicos, morales e intelectuales [] de toda la

25 Para una posible fuente de esta visión de los griegos, véase Jones, W. (1777: 191-192). La nación de que el mejor comercio era aquel que nutría de mucho empleo para todos y abundaba en salud y fuerza para los habitantes, así como también era el “más cierto”, también era compartida por escritores como Capel Loff (1779: 120-121). Pero Loff también se oponía al lujo, e insistía que “el lujo en una república no debe dejar de existir en el instante en que aparece, o bien desaparecerá la república” (Loff, 1779: 106).

26 Charles Cestre, el biógrafo de Thelwall, asumía que “apuntaba principalmente a reducir el exceso consumo de lujos por parte de los pocos, para incrementar la participación de las necesidades de los muchos” (Cestre [1906: 59, 61]) y veía al comercio, como mucho, como dudosamente bueno. Esto era cierto para principios de la década de 1790, pero debe revisarse considerablemente luego de 1794-1795.

población del estado. Debería expandir las facultades, aumentar las simpatías, armonizar las pasiones y promover el bienestar general” (Thelwall, 1796: [1] 16 y [2] 46).²⁷ El principio se defendió en *The Rights of Nature* de cuatro maneras. Primero, Thelwall propuso que todos tenían “naturalmente un reclamo igualitario de los elementos de la naturaleza”, de los cuales la luz, el aire y el agua en particular seguían siendo comunes (“naturalmente” aquí significaba tomar a cada individuo como una “abstracción”, desprovista de lazos sociales y políticos, con los derechos naturales determinados por deseos, facultades y medios). Esto implicaba que cada persona también poseía “*el derecho a ejercer sus facultades sobre esos poderes y elementos, para subordinarlos a sus deseos y propiciarlos para sus placeres*”. Este derecho, sin embargo, se aplicaba a todos y aquellos que lo monopolizaban violaban los derechos de los demás, ya que la posesión de todos los derechos sociales implicaba un deber recíproco de garantizar derechos similares para otros (Thelwall, 1796: [2] 39-42).²⁸ Por lo tanto, el primer argumento de derechos de Thelwall era que, dado que todos habían compartido esta herencia natural en el estado de naturaleza, la sociedad debe compensar su pérdida posterior (Thelwall, 1796: [2] 38-39). Como hemos visto, este argumento es muy similar a *Agrarian Justice* de Paine. También se hizo eco, aunque en una forma más secular, de la descripción familiar de la ley natural de la Creación y de la intención de Dios de que los frutos de la tierra siempre deben suministrarse a todos

27 En resumen, debe promover activamente los fines de “la sociedad”, como Pufendorf usaba el término, y como Paine había concluido en *Rights of Man*, o seguir la obligación de mejorar al cuerpo y el alma, como Hutcheson había planteado, o los “talentos”, en los términos de Sharp (Hutcheson, [1755: [2] 111-112]; Sharp, [1777: 23]).

28 Los escritores que argumentaban en torno a la ley natural estaban de acuerdo en que la principal obligación de la propiedad no era limitar los derechos de los otros a disfrutar de lo propio. Véase, por ejemplo, Rutherford, T. (1754: [1] 138-139).

sus habitantes. Pero esta también fue la más teológicamente orientada de las afirmaciones de Thelwall, ya que sus otros argumentos se centraron únicamente en el consentimiento social y la reconstrucción de los “derechos de los trabajadores”.

Thelwall llegó a esta conclusión sobre la herencia natural al revisar el progreso de la sociedad a través de las etapas salvaje, pastoral y agrícola. Planteaba que en el estado pastoral solo habían poseído rebaños y que la apropiación de la tierra vino después de la introducción generalizada de la agricultura. A partir de entonces, si la propiedad era el “fruto de la industria útil”, “los medios para ser útilmente trabajadas” seguían siendo “el derecho común de todos”. Esto claramente implicaba un derecho al trabajo y a recibir una recompensa razonable por ello, y era el segundo pilar en que apoyaba sus afirmaciones (Thelwall, 1796: [2] 54-55).²⁹ Pero, si bien la agricultura trajo muchos beneficios, la tierra fue apropiada por “conveniencia moral y política”, no simplemente por ocupación o trabajo. Esto puso fin a la distribución relativamente equitativa de la propiedad que había prevalecido durante mucho tiempo (Thelwall, 1796: [2] 62). La invención de la primogenitura, y la protección gubernamental del privilegio y la riqueza ayudó a dividir a la sociedad en propietarios y trabajadores, y unos pocos monopolizaron las ventajas aseguradas por el trabajo de todos. Thelwall admitió que regresar a la igualdad de la propiedad de la tierra era imposible. La pregunta, por lo tanto, era qué derechos tenían los trabajadores en el sistema existente. Y estos, argumentaba, descansaban en “la triple base de la naturaleza, del *contrato implícito* y los *principios de asociación civil*” (Thelwall, 1796: [2] 77-86).

29 Es probable que aquí Thelwall haya seguido la argumentación de Blackstone sobre la evolución de la propiedad (Blackstone, 1902: [2] 1-9).

Los derechos naturales de los trabajadores se basaban en el hecho de que, como “hombres” (las mujeres no entraban en la discusión), eran herederos de “las recompensas comunes de la naturaleza”. Sin embargo, al nacer, cada uno descubrió que “su herencia está enajenada y su derecho común apropiado”, aunque cuando los individuos trabajaron en los elementos comunes de la naturaleza conservaron el derecho a las “ventajas” de su industria. Pero, en todas partes, donde la desigualdad había generado claras distinciones entre propietarios y trabajadores, la sociedad aún era “responsable [] de un equivalente de lo que la sociedad se había llevado”. Porque, en lugar de basarse en el derecho natural, la posesión permanente de la tierra era meramente conveniente y se basaba especialmente en la tendencia de la propiedad privada a aumentar la producción. Sin embargo, tal conveniencia no invalidaba un derecho previo que poseía el trabajador, argumentó Thelwall (sobre la base de un principio inexplorado de reciprocidad), para recibir tanto como originalmente le había dado a la sociedad, así como para emplear sus facultades beneficiosamente. Cualquier acuerdo injusto, “extorsionado por el poder de un opresor” por salarios inadecuados, era, por lo tanto, moral y políticamente nulo: la base genuina de la propiedad aquí no era la conveniencia sino solo el trabajo (Thelwall, 1796: [2] 54-79).³⁰ Pueden rastrearse ecos lockeanos en esta argumentación (Tully, 1980).³¹ Pero el camino de Thelwall ya no podía transitarse, dado que tocaba una

30 Esta visión de la ley natural planteaba así que los contratos que tendían a arruinar a la comunidad ya no eran vinculantes, (Grotius, 1925: 125; Hutcheson, 1753: 168). Thelwall reflexionaba sobre los estudios de leyes que había tomado, como “un exceso [] de la glosada y barbárica jerga de la ley”. Aquí mencionaba a Grotius y Pufendorf, y frecuentemente citaba a Blackstone, aunque con cierto disgusto por “Sir W. Blackstone y la fraternidad del Lincoln's Inn” por su servil devoción a las antiguas costumbres (Thelwall, 1796: [2] 24; [3] 110).

31 Debería decirse también que algunos investigadores han encontrado un derecho general a la subsistencia, previo a cualquier tipo de trabajo, también en Locke (Ashcraft, 1987: 88).

serie familiar de tópicos en el camino hacia una súplica moderada por justicia social sin alterar la distribución existente de la propiedad. Como bien sabía, su argumentación se hacía aguda, abrupta y dramática. Estableció así un curso para un relato generalizado sobre el trabajo asalariado que fue mucho más allá de las teorías de cualquiera de sus predecesores.

Hasta ahora, como hemos visto, Thelwall abogó por una redistribución de la propiedad primero para compensar la pérdida de la herencia natural y segundo en reconocimiento de la naturaleza recíproca del trabajo social. El tercer y más llamativo argumento de Thelwall para la redistribución se basaba en la noción de un “pacto implícito” en el que todos habían entrado tácitamente al abandonar el estado de naturaleza, y que eso era ahora relevante para cualquier acuerdo entre el trabajador y el empleador.³² Este acuerdo, como hemos visto, era el único medio por el cual Thelwall consideraba que el comercio y el republicanismo podían compatibilizarse, porque le permitía al trabajador un derecho al producto de su empleador *proporcional* a las ganancias del empleador. En consecuencia, la posición del trabajador tenía que mejorar con la creciente opulencia de una sociedad comercial. Este contrato estaba “implícito en la misma distinción entre trabajador y empleador [] por la razón de la cosa y las reglas de justicia moral”, específicamente porque el capital no podría ser productivo sin trabajo y viceversa. La sociedad, insistía Thelwall, se había constituido para el bien general. La humanidad había dejado el estado de naturaleza por “la comodidad y la abundancia de todos” en lugar de una ventaja particular y el cultivo también requería un trabajo común. Cuando los pocos ricos tiranizan sobre los muchos, “no es un pacto de asociación civil, sino una anarquía perversa y sin ley”, análoga al estado presocial, que

32 Para el trasfondo del concepto de “pacto implícito”, véase Birks, P. y MacLeod, G. (1986, 46-85).

altera “la naturaleza misma” de la tenencia del propietario al sustituirla por usurpación y saquear la posesión legítima.³³ Para Thelwall, sin embargo, la civilización implicaba que el trabajador tenía derecho no solo a la subsistencia sino también a la educación de su familia y su mejora y participación en “todos los dulces de la sociedad pulida”. Los derechos de la sociedad, por lo tanto, no se fijaron en la opinión de Thelwall, sino que, en cierto sentido, ahora estaban indexados a la inflación de las necesidades. En consecuencia, los derechos “naturales” también aumentaron y ahora abarcaban el producto del comercio y la manufactura, así como la agricultura (Thelwall, 1796: [2] 80-82, 45, 76; Blackstone, 1902: [3] 159-167).

Vemos aquí cuán importante fue el argumento sobre la intención original de los fundadores de la sociedad civil. Para Grocio, por ejemplo, la defensa de los derechos de necesidad se basaba en la suposición de que estos eran los que habrían establecido los fundadores de la propiedad privada. Para Pufendorf, un “acuerdo tácito” permitió la introducción de la propiedad privada, mientras que para Locke este contrato reconocía la mezcla original del trabajo con las materias primas que fundaron la propiedad (Grotius, 1925: 238-293; Pufendorf, 1735: 135-136; Hutcheson, 1755: 330; Locke, 1970). Sin embargo, y tal y como ha enfatizado Istvan Hont, cuando los teóricos de la “comunidad negativa” ponían el acento en un surgimiento gradual e histórico de la propiedad privada, era menos probable que aceptasen la dependencia de un contrato; Hutcheson, por ejemplo, simplemente negó la necesidad de asumir un pacto como ese (Hont, 1987: 270).³⁴ Sin embargo, para Thelwall, un “con-

33 Esta argumentación puede ser deudora de Paine (1992: 171).

34 Sobre Grotius y la introducción de un contrato en la transición desde la propiedad común, véase *Natural Rights Theories* de Tuck, (1979: 77).

trato implícito” proporcionaba el cuarto gran pilar de su argumentación, un derecho proporcional del trabajo a las ganancias del capital, y requería un rol mucho más contemporáneo para el contrato original de lo que los escritores anteriores estaban dispuestos a asumir. Esta fue una reafirmación contundente de una teoría del contrato que abarcaba las relaciones económicas mucho más claramente que las reglas generales de asociación civil.

Los dos primeros argumentos de Thelwall eran claros paralelos de los dos principios de “progreso” y “deber social” que Paine promovía en *Agrarian Justice*. Ambos coincidían en que la compensación por la pérdida de una herencia natural justificaba una mayor igualdad de propiedad. Sin embargo, lo que era particularmente distintivo de *Rights of Nature* —y lo que más claramente indicaba su aceptación del progreso comercial— era la opinión de que un trabajador podía reclamar una proporción de las ganancias del empleador porque la sociedad se basaba en el trabajo común. Aquí Paine, aunque se mostraba de acuerdo en que “la propiedad personal es el efecto de la sociedad”, proponía el pago de una suma fija a todos en ciertos momentos de sus vidas como restitución por esa pérdida originaria. Este era un enfoque estático, orientado al bienestar y la subsistencia de los más pobres. Debido a su énfasis en la base laboral de la propiedad, Thelwall, a través de la regla de la ventaja proporcional, consideró el problema de cómo lidiar con los salarios en general y cómo elevar el nivel de vida de las clases trabajadoras a medida que la sociedad se enriquecía de forma progresiva. Ciertamente, esto significó darle un mayor énfasis al problema de la producción manufacturera (sobre el cual planificó dar una conferencia) que Paine. De lo contrario, estos puntos de vista serían notablemente similares y hubiesen constituido un alejamiento importante de los tratamientos republicanos anteriores sobre la limitación

de la propiedad de tierras por una ley agraria. En cambio, tanto Paine como Thelwall adoptaron, aunque solo tentativamente, un nuevo enfoque radical de la riqueza comercial y manufacturera que permitió, a Thelwall en particular, insistir en una afirmación dramática (dados sus persistentes impulsos estoicos) de que él “extendería la civilización: incrementaría el refinamiento” a la par que se satisfacen las demandas de la justicia social (Thelwall, 1796: [3] 83-84).

Dada su importancia en este nuevo énfasis, la regla de ventaja proporcional de Thelwall merece un examen más detallado. En términos generales, este argumento tenía dos objetivos. Primero, de acuerdo con su dictamen de que la sociedad no solo debe proteger sino también mejorar el bienestar de todos, la estrategia jurídica de Thelwall puede describirse como un intento de socializar los relatos existentes sobre los derechos de propiedad al considerar que todas las relaciones de propiedad no se dan entre amos y siervos, sino entre iguales con consentimiento, como hermanos en una familia, aunque posean propiedades menos que iguales.³⁵ La obligación social aquí tomaba prioridad por sobre los derechos asignados por el sistema de rangos, lo que para Thelwall conducía a una explotación económica que explícitamente calificó de “antisocial” en sus efectos. Desde el punto de vista de la ley natural, esta estrategia invocaba énfasis familiares en la interdependencia de todos los rangos y el deber primordial de los ricos de apoyar y reconocer las demandas de los pobres, aunque desde una perspectiva mucho más radical que ponía más énfasis en la intención de los fundadores de la sociedad en conservar un sentido de su base comunitaria. Además, este nuevo énfasis de Thelwall era una interpretación *republicana* radical

35 Grotius, por ejemplo, distinguía entre sociedades de iguales, como los hermanos, o desiguales, como la de amo y esclavo (Grotius, 1925: p. 4).

de las discusiones jurisprudenciales sobre el contrato que extendió la “política” a la “sociedad” al adaptar las ideas del contrato político original al sistema existente de relaciones laborales. Esta estrategia requería una teoría de la igualdad política original, una concepción de la relevancia continua de una explicación particular de cómo se había formado la sociedad y un énfasis lockeano y smithiano en el valor del trabajo en la producción.

El argumento de Thelwall se fundaba también en una reinterpretación más estrictamente legalista de las relaciones contractuales existentes, un movimiento para el cual su propia breve formación jurídica le proporcionó cierta preparación. Su afirmación de que toda propiedad era de naturaleza social y, específicamente, que la agricultura se basaba en el trabajo social, era solo una reelaboración de la doctrina de la ley natural de principios del siglo XVIII que planteaba que la principal ventaja de la sociedad radicaba —como lo expresó Hutcheson— en la división del trabajo y el consecuente aumento de la producción y el conocimiento. Y esta era, también, una de las bases de la sociabilidad comercial de Smith (Hutcheson, 1755: 288).³⁶ Pero Thelwall aplicó la idea de la sociabilidad de manera bastante diferente en *The Rights of Nature*. Al enfatizar las contribuciones equitativas de capital y trabajo, claramente no concibió la relación de amo y sirviente (la base de la mayoría de las discusiones sobre las relaciones salariales) simplemente en términos de un compromiso contractual de intereses; porque esto hubiese significado, como en el caso de Burke, que no existirían más conflictos de intereses entre el empleador y el empleado una vez que se hubiesen acordado los salarios (Burke, 1887: [5] 139). En cambio, Thelwall retomó la problemática de la ley de asociación y la discusión

36 Para Smith, véase Haakonssen, K. (1981).

sobre la búsqueda de ganancias comunes, y asumió que esta era la parte del “contrato implícito” que justificaba la ventaja proporcional en la distribución de ganancias.³⁷ El trabajo asalariado, por lo tanto, ya no debía concebirse como lo define normalmente el mercado, es decir, por la utilidad del trabajo y el número de trabajadores, como habían sostenido Thomas Rutherford y otros discípulos británicos de Grotius. Esta interpretación permitía el pago de meros salarios de subsistencia, e incluso menos si la caridad complementaba los salarios, como solía hacer (y ofrecía poca o ninguna recompensa para aquellos que no podían trabajar, cuando Malthus retomó la teoría). En cambio, el trabajo asalariado encarnaba no solo un “contrato de beneficio mutuo” (para usar el enunciado de Rutherford), sino un pacto mutuo fundado en las reglas de “participación comparativa” o ganancia proporcional. Esta era, para Thelwall, la única forma de relación contractual totalmente compatible con la obligación general de beneficio mutuo del pacto social (que Rutherford, por ejemplo, admitía que no debería violarse) (Rutherford, 1754: [1] 231, 214, 276 y [2] 255). Esto significaba que el contrato implícito se basaba en los principios de asociación civil en general, que el estado de la naturaleza se había dejado atrás solo para una ventaja común y no particular (Thelwall, 1796: [3] 80). Y esta era claramente la única definición de empleo compatible con una forma de republicanism igualitario, democrático y procomercial, en opinión de Thelwall.

El problema clave aquí era, por supuesto, la cuestión de qué derecho tenía alguien para usar la “propiedad” de los

³⁷ Esto también implicaba la restitución de lo que Thelwall definía claramente como la equidad natural, cuya protección Grotius y otros también entendían como uno de los objetivos originales del establecimiento de la propiedad privada. Uno de los mejores argumentos contemporáneos sobre esta relación pertenecía a William Watson en *A Treatise of the Law of Partnership* (1794). Sobre la asociación entre capital y trabajo, véase especialmente pp. 135-137.

demás (que para Thelwall incluía la mano de obra) para su propio beneficio. Para Pufendorf, cuyo análisis sobre la ley natural era uno de los más conocidos en la Gran Bretaña del siglo XVIII, encontramos tanto una súplica por una “igualdad justa” en las relaciones contractuales como, más específicamente, el mandato de que en las asociaciones “cuando se realice cualquier labor en el mejoramiento de cualquier producto, la cual es puesta por otro, se supone que tiene una parte de la cosa en sí misma, que es proporcional a la mejora que ha recibido”. Pero Pufendorf admitía que existían muchos tipos de “ventajas accesorias”, incluso cuando la industria humana aumentaba el valor de una mercancía, que pertenecía al dueño de la propiedad, y no al trabajador. Y, por supuesto, esta era la comprensión habitual del trabajo asalariado (Pufendorf, 1735: 162-163, 169, 140-141). Pero los socios, coincidían los escritores del derecho natural, tenían derecho a un retorno de cualquier empresa proporcional a su contribución, ya sea en trabajo o capital.³⁸

Lo que evidentemente hizo Thelwall fue imaginar todos los contratos de trabajo en estos términos y así extendió la regla de la ventaja proporcional a todos. Tanto Locke como Smith habían demostrado la importancia del trabajo para la producción. Pero, aunque Thelwall estaba de acuerdo en que la base genuina de la propiedad era el trabajo y que el trabajador agrícola era el verdadero cultivador, no presentó ningún reclamo por “todo el producto del trabajo” (la posición que, en el conocido, pero demasiado teleológico libro de Anton Menger, comenzó el debate del siglo XIX sobre los derechos de los trabajadores). En cambio, su preocupación era únicamente los derechos recíprocos y proporcionales, o una equivalencia basada en la constitución de la sociedad para el beneficio de todos. La propiedad de la tierra se

38 Una posición mantenida, por ejemplo, en Paley, W. (1831b: 37).

fundaba no solo en el trabajo, sino también en una conveniencia moral y política prevista por los primeros contratos que fundaron la sociedad y en un derecho natural a la propiedad otorgado por Dios (Thelwall, 1796: [2] 76). Sin embargo, la cuestión crucial aquí no era qué derechos habían existido en el estado de la naturaleza, donde el trabajo podría o no haber dado un derecho a la propiedad, sino cuáles continuarían existiendo en etapas sociales posteriores. Para Thelwall, estos se fundaban tanto en el trabajo como en “los medios para ser útilmente laboriosos”, que era el derecho común de todos, así como los derechos de proporcionalidad y equivalencia basados en el contrato implícito y la constitución de la sociedad como empresa colectiva.³⁹ Thelwall, por lo tanto, no solo se hizo eco de las discusiones jurisprudenciales del reclamo de subsistencia de los pobres. Prácticamente todos los escritores de leyes naturales habían admitido que los pobres tenían derecho a recibir apoyo a través de su trabajo.⁴⁰ Pero mientras escritores como Ogilvie reconocían que el derecho a las mejoras de la propiedad de la tierra, el derecho a un retorno proporcional de toda la propiedad, en cualquier forma de relación laboral,

39 Así, resolvía el problema lockeano del derecho al producto del trabajo de otros por fuera de los materiales comunes de la naturaleza. Para Locke, la mezcla del trabajo con la propiedad común había originado la propiedad privada en el estado de naturaleza. Pero el trabajo de los sirvientes correspondía a sus dueños en futuros estados sociales, incluso si esos sirvientes habían realizado el trabajo en tierras comunes. Para Thelwall, ningún sirviente debería jamás tener que trabajar en esas condiciones desventajosas. Véase Locke, *Two Treatises of Government* (Ashcraft, 1987: 306-307). Blackstone apenas reconocía que, en devolución por su trabajo, un sirviente merecía un salario (Blackstone, 1902 [1]: p. 428).

40 Para Hutcheson, “el indigente debe poder sobrevivir con las compensaciones que recibe” por su trabajo (Hutcheson, 1755: [2] 1). Grotius insistía en que los pobres deberían tener el derecho a suplir sus necesidades si pagaban un precio justo (Grotius, 1925: [1] 252). Pufendorf planteaba que en casos de extrema necesidad era necesario ir más allá de los derechos (Pufendorf 1735: 87-88). Para Richard Cumberland, ningún derecho de dominio podía borrar las necesidades de los inocentes (Cumberland, 1727: 68). Paley también reconocía los derechos imperfectos de los pobres a la caridad de los ricos en la base de una intención divina (Paley, 1831a: 20, 50).

se generaba solo como consecuencia de una asociación (por ejemplo, cuando un individuo prestaba dinero a otro para usarlo con fines de lucro y, por lo tanto, tenía derecho a una parte del beneficio), tales afirmaciones eran claramente imposibles en una relación de servidumbre (Ogilvie, 1781: 12; Hutcheson, 1755: [2] 71; Pufendorf, 1735: 168-169). En consecuencia, Thelwall tampoco intentó revivir una “economía moral” de precios y salarios justos, ya que los salarios debían ser proporcionales a las ganancias, no al costo de la vida. En cambio, propuso una nueva visión de la justicia económica centrada en las relaciones contractuales entre el trabajador y el empleador.⁴¹

2.2. William Godwin y Charles Hall: ocio, trabajo y poder

La mayoría de los radicales británicos en la década de 1790 probablemente aceptaban las premisas del republicanismo comercial y esperaban, como Thelwall y Paine, ver sus beneficios más ampliamente distribuidos. Algunos, sin embargo, eran considerablemente más escépticos sobre la capacidad de los fines republicanos de resistir la expansión del comercio y advirtieron además que un incremento del comercio simplemente anunciaba una degradación más profunda de los pobres. Tales preocupaciones se habían expresado antes de la revolución por varios radicales

41 Pero, a diferencia de las visiones del socialismo owenita posteriores, que se centraban en esa relación contractual entre empleador y empleado, la teoría de Thelwall no imponía la necesidad de que exista un intercambio exacto de cantidades iguales de trabajo en los contratos para que cumpliera con la justicia. En términos de Grotius, Thelwall demandaba contratos beneficiosos, con un grado limitado de igualdad, y el owenismo contratos que garantizaban igualdad completa (Grotius, 1925: [2] 65). Sobre las relaciones entre el temprano socialismo británico y la jurisprudencia natural, y la idea de “cooperación” y la idea de camaradería y asociacionismo como una nueva forma de sociabilidad, véase Claeys (1989a: 23-62).

conocidos, en su mayoría disidentes, mucho más propensos a las denuncias puritanas del lujo. Richard Price —probablemente el más célebre exponente— imaginó una sociedad modelo, situada precariamente entre la barbarie y la modernidad, no más desarrollada que el nuevo estado de Connecticut. El influyente republicano James Burgh fue aún más hostil al comercio, incluso instando prácticamente a una renuncia completa al comercio como la principal amenaza para la estabilidad social. La prevalencia de este tipo de puntos de vista indica que la hipótesis del “radicalismo burgués” aplicada a la disidencia británica en este período deja de lado una parte crucial de esta tradición.⁴² Para estos republicanos, la virtud podría mantenerse solo en un estado principalmente agrícola que limitara formas más dañinas del comercio y la división del trabajo (Price, 1779: 277-280; Burgh, 1994: 10).⁴³ En la década de 1790 y en el cambio de siglo, tres escritores, en particular, reforzaron tales opiniones: los radicales agrarios Thomas Spence, William Godwin y Charles Hall. Un examen de sus puntos de vista demuestra cómo los debates sobre el comercio en este período forzaron la remodelación del republicanismo, tanto anti como procomercial.

Los puntos de vista de Spence se tratarán aquí de manera relativamente breve, ya que fueron objeto de considerable atención en los últimos años.⁴⁴ Como Paine, Thelwall

42 Isaac Kramnick ha resaltado el carácter de “clase media” de buena parte del radicalismo angloamericano del período. Para Kramnick, el “radicalismo burgués” era “la cultura de la clase media disidente” (Kramnick, 1990: 27-28). Pero William Godwin, descrito por el autor como un “burgués radical” (63), buscó en su primera edición de *Political Justice* volver hacia una sociedad primitiva y precomercial, en la que el intercambio se aboliría: difícilmente se pueda calificar su postura como “burguesa”.

43 La más conocida crítica del lujo en Gran Bretaña durante el siglo XVIII fue de Brown, J. (1757-1758). Para un panorama general, véase Sekora, J. (1977).

44 Me refiero a Chase, M. (1988) y McCalman, I. (1988). También hay dos ediciones de sus textos: Thomas Spence, T. (1982). y Gallop, G. (ed.) (1982).

y la mayor parte de los otros radicales del período, Spence partía de la premisa de que originalmente la propiedad era común (sus fuentes incluían la Biblia, Locke y Pufendorf) y, luego, “unos pocos usurpadores y tiranos” la monopolizaron lentamente (Spence, 1793: 8). Pero Spence protestaba porque ningún otro reformador estaba dispuesto a reconocer las implicancias completas de este hecho. Paine y sus seguidores habían apuntado por error “toda su artillería a los reyes, sin golpear como Spence en la raíz de cada abuso y de cada queja”, planteaba, afirmando en 1796 que Thelwall tampoco había ido lo suficientemente lejos como para reafirmar los derechos de hombre (Spence, s. f.: 2; 1796: 2). Una vez que todos se dieran cuenta de que sus derechos comunes aún se conservaban, estos podrían reclamarse, con cada parroquia reorganizada como una corporación para poseer y administrar la tierra. Las granjas se arrendarían a particulares y los ingresos se utilizarían para pagar los gastos, incluidos los del parlamento nacional (Spence, s. f.: 11-12; 1803: 13, 26). La parroquia debía ser la unidad básica de la organización social porque, entre otras razones, era una comunidad demasiado pequeña para hacer la guerra a otros, y debido a que Spence insistía en el control local —en lugar de provincial o nacional— sobre las propiedades y los impuestos (puede presumirse que incluía el control público sobre la educación, la atención médica y las políticas sociales para los pobres).

Spence consideraba que el monopolio de la tierra era “la madre de todos los demás monopolios”, ya que una vez que la tierra se hubiera redistribuido por igual, “las granjas serían tan pequeñas que los agricultores difícilmente serían lo suficientemente ricos como para acumular mucho, ni serían tan pocos en número como para combinarse y aumentar el precio de sus productos”. Los graneros públicos harían que el acaparamiento de maíz no fuese rentable,

mientras que la escasez de otros bienes podría evitarse de manera similar. Esta concentración en los resultados de la desigualdad de la propiedad de la tierra dejó a Spence poco dispuesto a examinar más detenidamente el funcionamiento del comercio. Si bien imaginaba una disminución tanto en la cantidad de fabricantes de manufacturas como en los comerciantes, Spence pensaba que seguiría existiendo un comercio considerable e incluso sugirió —algo inconsistentemente dada su expectativa de que el número de manufacturas podría disminuir— que el buen gusto se extendería a toda la población lo que conduciría a una mayor demanda de una amplia gama de bienes (Spence, 1803: 21, 37, 43). De hecho, consideraba que la abolición de los impuestos y de los monopolios de tierras sería un estímulo tan grande para la actividad mercantil, que los comerciantes y fabricantes podrían vender sus productos a un precio tan bajo como para garantizar un “amplio comercio exterior y nacional”. Si bien todas las demás formas de propiedad, excepto la de la tierra, estaban permitidas en su sistema futuro, Spence, de hecho, estaba poco preocupado por el comercio o las relaciones salariales y reconocía felizmente que cualquiera sería libre de “contratar sus servicios y su tiempo”, a excepción de la esclavitud (Spence, 1978: v; 1803: 73). Incluso una década después, sus seguidores insistieron de manera similar en que “los terratenientes —¡y solo los terratenientes!—, son los opresores del pueblo, los zánganos de la colmena” y al igual que Spence, creían que después de que su plan se hubiera implementado “comercio e intercambio, liberado de impuestos, revivirá y se extenderá de inmediato” (Society of Spencean Philanthropists, 1815: 3).⁴⁵ Spence y los spenceanos permanecieron así en el ala extrema y radical agraria de la tradición harringtoniana. No estaban interesados en gran

45 Véase también: Evans, T. (1816: 31).

medida en el comercio y las manufacturas, y no se movieron hacia esa concepción emergente de la explotación del trabajo asalariado que es mi enfoque principal aquí.

Las opiniones de William Godwin tenían cierta afinidad con las de Spence, pero eran considerablemente más sofisticadas. Nacido en Wisbech en 1756, Godwin fue ministro disidente, periodista y novelista, y, por un breve período, estuvo casado con Mary Wollstonecraft. Particularmente en su primera edición (1793), su *Enquiry Concerning Political Justice* proponía una reversión gradual a una sociedad mucho más simple, relativamente igualitaria en términos de la propiedad, y muy poca división del trabajo o intercambio. Solo una sociedad así, insistía Godwin, reduciría el trabajo individual al mínimo y, por lo tanto, permitiría el tiempo libre necesario para la independencia intelectual. El objetivo de la sociedad era, por lo tanto, no crear más riqueza como se entendía comúnmente. Siguiendo a Smith, Godwin definió la riqueza no como una mercancía material, sino como el trabajo o el poder de mandar sobre él. Debido a que toda la riqueza era “el producto de la industria humana”, ser rico significaba simplemente “poseer una patente que autorizaba a un hombre a disponer del producto de la industria de otro hombre”. Godwin quería defender el derecho de los pobres a la asistencia por parte de los ricos, especialmente en lo que respecta a la comida. Pero también consideraba que la mayoría de las formas de empleo y caridad simplemente disminuían aún más la posibilidad de ilustración de los pobres porque no estaban liberados de la carga del trabajo. Por lo tanto, rechazó claramente la preocupación predominante del siglo XVIII por garantizar que los pobres siguieran siendo industriales (Godwin, 1976: 621, 710).⁴⁶ Este enfoque de la relación

46 Sugiero, además: Fumiss, E. S. (1965).

entre propiedad e independencia incluía un componente republicano importante, aunque el deseo de Godwin de extender la independencia —concebida como ocio y logros intelectuales— para la población como un conjunto fue mucho más allá de las formas convencionales de republicanismo.⁴⁷ En cambio, su ideal exigía no solo una severa y puritana restricción del lujo, sino también la remodelación completa de la sociedad para proporcionar la máxima independencia individual. Por esto se lo suele caracterizar como el primer anarquista (Wallace, 1758: 50-52).⁴⁸

Sin embargo, a fines de la década de 1790, a la luz del desarrollo del debate sobre la revolución y el creciente horror ante el giro de los acontecimientos en Francia, Godwin se convenció de que su posición anterior sobre la propiedad parecía socavar los derechos de propiedad existentes al plantear que la disposición de la riqueza debería depender únicamente del deber. Además, también temía que *Political Justice* pudiese potencialmente invitar al despojo por parte de la mayoría sin educación; no definía las necesidades con suficiente claridad; y subvertía el arte, la literatura y la cultura al eliminar su base económica. Al aceptar parte del argumento antijacobino contra Paine, Godwin comenzó a reconocer el valor de algunas comodidades y lujos, y a alejarse de ese abrazo incondicional del primitivismo que había atraído tanto a sus primeros seguidores como Wordsworth, Coleridge y Southey. Entre los cambios sustanciales en las ediciones posteriores de *Political Justice* (1796, 1798), por lo tanto, Godwin reforzó los reclamos de propiedad existentes contra la amenaza de una revolución violenta. También recordó a los ricos sus deberes hacia los

47 Sobre su postura política, Godwin se reconocía a sí mismo como "en principio un republicano, en la práctica un *whig*" (Paul, 1876: [2] 266).

48 Godwin reconoce su deuda con Wallace y Ogilvie en *Political Justice* (Godwin, 1793: 729).

pobres y trató de definir formas genuinamente virtuosas de ser caritativos (Claeys, 1984: 81-101).

The Enquirer: Reflections on Education, Manners, and Literature (1797) aclaró aún más el problema de conciliar una distribución más justa de la propiedad con una necesidad universal de independencia a la luz de las opiniones cambiantes de Godwin. De sus seis ensayos sobre temas económicos, “Of Avarice and Profusion” nos preocupa particularmente, ya que demuestra los esfuerzos republicanos para reconceptualizar los problemas de la pobreza y el trabajo asalariado a mediados de la década de 1790.⁴⁹ Aquí Godwin trata de determinar si el hombre de medios avaro o profuso actúa en el mejor interés de la sociedad. Rechazaba rotundamente la idea de que cualquier autoridad central debiese dirigir el trabajo de todos a cambio de mantener un stock común del cual pudiese aprovisionarse cada uno, al plantear que esta imposibilidad de confiar en el esfuerzo individual era algo fatal para la independencia y la individualidad, “las características genuinas de una existencia intelectual” (Godwin, 1797: 168-169). No obstante, esta aparente súplica por libertad económica no implicaba que alguien pudiese mantenerse ocioso mientras otros trabajasen. Esto obligaba a algunos a trabajar de forma gratuita para satisfacer todas las necesidades requeridas, lo que minaba el propósito de la existencia humana en general, siendo el “trabajo mecánico y diario” el “enemigo más mortal para todo lo que es grande y admirable en la mente humana” (Godwin, 1797: 171). Tampoco significa que los ricos simplemente podrían distribuir parte de su riqueza de manera caritativa para compensar su inactividad. Adoptando

49 Fue precisamente el debate con su padre sobre este mismo tópico, lo que llevo a Malthus a escribir su célebre *Essay on Population*. Los otros ensayos de Godwin son: “Of Riches and Poverty”, “Of Beggars”, “Of Servants” y “Of Trades and Professions” (Godwin, 1797).

el carácter de un hombre profuso, Godwin negaba que la máxima de que “un hombre rico debería estar a la altura de su fortuna” fuese apropiada. Los ricos, por supuesto, intercambiaban dinero por trabajo, pero “el dinero es el representante y el medio de intercambio de bienes reales, no es un bien real en sí mismo. Los salarios del trabajador y el artesano siempre han sido pequeños; y, siempre que la desigualdad extrema de las condiciones subsista, siempre seguirá siéndolo. Si el hombre rico aliviase sustancialmente las cargas de los pobres [] debe ser asumiendo una parte de su trabajo y no estableciéndoles tareas. Todo otro alivio es parcial y temporal” (Godwin, 1797: 173).

Solo una división tan justa del trabajo permitiría a los pobres un mayor ocio, “la verdadera riqueza del hombre”. En particular, cada nuevo lujo simplemente se sumaba al trabajo adicional de los pobres. Porque si “no hay riqueza en el mundo” más que “el trabajo del hombre”, la denominada “mal llamada riqueza” era “simplemente un poder conferido a ciertos individuos por la sociedad, para obligar a otros a trabajar para su beneficio”. Godwin aquí claramente se basaba en debates anteriores sobre los efectos nocivos del lujo, en los que (por ejemplo, Adam Ferguson) se había argumentado que un aumento del lujo significaba que “los pobres están obligados a practicar artes y los ricos son recompensados”. Se requería algo de trabajo para producir los bienes necesarios para la vida, pero aún se exigía más para las comodidades y lujos. Cuanto más se buscaba a los últimos, más trabajaban los pobres, sus salarios ahora eran poco más por diez horas de trabajo que antes por ocho (Godwin, 1797: 167, 177; Ferguson 1793: 409; Brown, 1757-1758: [1] 153-161). Por lo tanto, los ricos podrían ayudar a los pobres al emplearlos en “dividir la tierra y cultivar sus útiles producciones”. Pero simplemente pagarles para trabajar no era de ayuda. El hombre avaro, concluía estoicamente

Godwin, al menos reconocía que las necesidades de los ricos no eran mayores que las de los pobres. Pero llevado al extremo, su sistema destruiría no solo el lujo sino también las artes. Esto era un claro tiro por elevación para los republicanos más agrarios, así como una marcada retracción de gran parte del primitivismo anterior de Godwin, particularmente cuando se ve en el contexto de los cambios en *Political Justice*. Por lo tanto, a diferencia de la primera edición de *Political Justice*, *The Enquirer* aceptaba el creciente intercambio de mercancías, pero solo si no implicaba más trabajo para los pobres. Al igual que Paine y Thelwall, Godwin se enfrentó claramente al problema de conciliar el crecimiento comercial con las necesidades de los pobres. Aparentemente ya no creía que el progreso implicara el abandono de una sociedad comercial. En cambio, ahora estaba más preocupado por establecer un medio justo para mejorar a los pobres dentro del sistema de intercambio existente, en lugar de retratar un mundo idealizado y utópico de independencia republicana autosuficiente.

El otro principal teórico republicano anticomercial de este período tenía una definición similar de la riqueza como poder. Este aspecto era central en un libro que a menudo es identificado con los orígenes del socialismo británico.⁵⁰ *The Effects of Civilization on the People in European States* (1805), del médico de Tavistock, Charles Hall, sostenía que el curso general de la “civilización” (el crecimiento de la ciencia, las comodidades y los lujos) era reducir las masas a la pobreza y privarlas de su “parte original

50 H. S. Foxwell duda que Hall haya conocido el trabajo de Godwin porque no lo cita (en la introducción a: Menger, 1899: xxxiv). J. R. Dinwiddy dice que Hall probablemente había leído a Godwin (Dinwiddy, 1976: 256-65) (reimpreso en Dinwiddy, J. R. [1992]. *Radicalism and Reform in Britain, 1780-1850*). George Mudie discute en profundidad *The Effects of Civilization on the People in European States* (1805) de Charles Hall (de aquí en más denominado como *The Effects*) en el primer periódico socialista importante, *The Economist* (vol. 1, n.º 4 [17 de febrero de 1821], pp. 49-50).

de las cosas”.⁵¹ El punto de partida de Hall, la pérdida de la igualdad de derechos sobre la propiedad, era similar a la de Paine y Thelwall, y tuvo cierta correspondencia con Spence sobre sus propuestas.⁵² Pero fue el primer republicano en desarrollar detalladamente lo que veía como los efectos duales de la manufactura, tanto directamente a través de las nuevas formas de trabajo en las fábricas e indirectamente al privar aún más a los trabajadores de su derecho a una parte del producto del suelo.⁵³ Además, Hall planteó la más amplia defensa de una república anticomercial de este período, yendo incluso más allá de Spence en su deseo de erradicar las desigualdades de riqueza personal y propiedad de la tierra y, a diferencia de Godwin, permaneciendo inquebrantablemente opuesto a la sociedad comercial (Hall, 1805:27).⁵⁴

Muchas de las objeciones de Hall al comercio y las manufacturas modernas ampliaron las implicaciones críticas de la definición social de riqueza de Godwin. Castigando a Smith por no aclarar lo suficiente sobre la naturaleza de la riqueza, Hall la calificaba como la posesión de aquellas cosas que podrían obtener y ordenar el trabajo de los hombres

51 La fuente principal de Hall para la historia de la pobreza parece haber sido F. M. Eden, *The State of the Poor*, 3 vols. (s. f., 1797). Eden planteaba que los pobres trabajaban más duro que hace cien años, pero que también tenían más comodidades “si las comodidades de los trabajadores dependiesen de la demanda de trabajo” (Eden, 1797: 406-407). Se conoce muy poco de la vida de Hall. Nació aproximadamente en 1738, estudió medicina en Leyden y practicó en Tavistock durante una buena parte de su vida. Presionado por una relativamente pequeña deuda en 1816, fue encarcelado y probablemente murió luego de ser liberado en 1825.

52 Reimprimí estos materiales en: (agosto de 1981) *Four Letters between Thomas Spence and Charles Hall. Notes and Queries* 28:4, pp. 317-321.

53 Sin embargo, Ferguson había comenzado a hacerlo (1793: 301-340). Thelwall también intentó tocar el tema de las manufacturas en sus conferencias, pero finalmente nunca las dictó.

54 Hall criticó a Spence por mantener “toda la propiedad individual excepto [] la de la tierra”, y agregó que “esta riqueza [] se convierte en poder que lo ejercerán los poseedores sobre los no poseedores” (Hall a Spence en: [agosto de 1981] *Four Letters between Thomas Spence and Charles Hall. Notes and Queries* 28:4, p. 318).

o, en una palabra, “poder”.⁵⁵ Comenzando ese largo cambio hacia el determinismo económico que caracterizaría gran parte del radicalismo moderno, aquí se le dio un peso claramente mayor al poder social que al político. Porque el poder de la riqueza, pensaba Hall, era mayor que el de cualquier monarca absoluto. Su maldición para la sociedad moderna era simplemente producir una mayor degradación de los pobres. Hume se había equivocado (en *Of Refinement in the Arts*) al presumir que todos los rangos de la sociedad se volvieron más pulidos y sociables a través del aumento de las relaciones sociales y la necesidad de acompañamiento mutuo que acompañó el desarrollo de la sociedad comercial (Hume, 1903: 275-288). Esto era cierto únicamente para los ricos. Y también Smith, quien había proclamado con tanto orgullo la abolición de la dependencia feudal como uno de los grandes logros de la sociedad comercial, no había previsto “esta nueva especie de dependencia del orden inferior respecto de los ricos, que se establece en su lugar, en la mayoría de los estados civilizados”. Además, los pobres también sufrieron directamente por las nuevas ocupaciones a las que se vieron obligados, porque las manufacturas modernas degradaban las mentes y deformaban los cuerpos de sus operarios. Para cualquier republicano neoclásico (pero también estamos en el umbral de la crítica humanista de Marx de la división del trabajo en los *Manuscritos económicos y filosóficos*), tales efectos fueron una amenaza muy grave para la vida a largo plazo de la nación. Entre sus efectos, señalaba que tienden a “disminuir la estatura del hombre, deforman su cuerpo, enervan y disminuyen su fuerza y actividad y su

55 Sobre Hall, véase Dinwiddy (1976); Menger (1899: xxxi-viii, 47-51); Beer (1919: [1] 126-132). A pesar de que muchas veces se llamaba a sí mismo erróneamente socialista, *The Effects* de Gall era bien conocido entre los socialistas tempranos, que reimprimieron sus obras en 1814, 1820 y 1850. La tercera edición se publicó con el título *An Enquiry into the Cause of the Present Distress of the People*. Una cuarta edición fue reimpresa por el owenite cristiano John Minter Morgan.

capacidad de soportar dificultades, y con todos estos efectos en su cuerpo, deprimen el espíritu y el vigor de su mente y, por lo tanto, en todos los aspectos, no lo hace apto para la guerra". Desde esta perspectiva marcial, la producción de manufacturas también socavó la libertad del estado, aunque los motivos de Hall fueron más humanitarios que estrictamente patrióticos (Hall, 1805: 157). Las advertencias de Smith sobre la "corrupción y dependencia casi total del gran cuerpo del pueblo" que resultaría de una división diminuta de trabajo, a menos que los gobiernos mitigaran sus efectos, se retomaron aquí al igual que lo hicieron otros escritores contemporáneos (Smith, 1776: [2] 366-367; Winch, 1978).⁵⁶ Además, afirmaba Hall, las manufacturas tomaban cada vez más empleo de la agricultura y, por lo tanto, reducían la producción de alimentos, lo que generaba escasez y disminuía el tamaño de la población. El comercio, estimulado aún más por las manufacturas, a menudo exportaba alimentos que los pobres necesitaban al tiempo que devolvía lujos que no podían consumir. En resumen, las manufacturas inicialmente habían ayudado a romper el monopolio de la aristocracia al fomentar el intercambio de tierras por otros productos, pero ahora habían forjado una dependencia aún mayor para los pobres que coronaba una nueva tiranía que era principalmente de naturaleza económica (Hall, 1805: 70-73, 84-86, 115, 131-134).

Así, el análisis de Hall sentaba las bases de la teoría del desarrollo industrial que, a través del marxismo y otras formas de socialismo y anarquismo, predominaría en el radicalismo europeo de los siglos XIX y XX. Un elemento central de esta teoría fue el nuevo papel desempeñado por el poseedor de capital, el fabricante o "capitalista", como

56 "Los trabajadores comunes ganan poco o nada con el exorbitante avance del comercio" (Brown, 1757-1758: [1] 192).

ahora se le iba a llamar.⁵⁷ Aquellos cuya riqueza era móvil y se basaba únicamente en el crédito o el dinero, en lugar de la tierra, siempre habían sido objeto de sospecha para los escritores republicanos, ya que sus lealtades podían ser tan fluidas como su riqueza, en lugar de estar arraigadas en el suelo de su propia nación (Pocock, 1975: 462-505). Para Hall, una buena parte de los poderes de los capitalistas descansaba en sus capacidades para comandar sobre las necesidades de la vida, ya que los propietarios deseaban productos refinados y veían a los fabricantes y comerciantes simplemente como “agentes [] a quienes delegan una parte de su autoridad; es decir, les entregan, por así decirlo, una parte de las necesidades de la vida, que sus propiedades producen; la disposición de las cuales les da el mando sobre el trabajo de los pobres” (Hall, 1805: 72).⁵⁸ Fue especialmente este efecto negativo en la producción de alimentos lo que convirtió al capitalista en un parásito. Todas las formas de trabajo, de hecho, eran “inútiles e improductivas” si al disminuir las necesidades dañaban a los pobres. Así, Hall adaptaba la distinción de Adam Smith entre trabajo productivo e improductivo. Al mismo tiempo, de una manera casi fisiocrática, consideraba que los artículos de primera necesidad eran valiosos, en lugar de todos los productos materiales que se intercambiaban en el mercado (cuya provisión, planteaba Smith, aseguraba que cualquier forma de trabajo fuese “productiva”). No es de extrañar, entonces, que algunos de los principales críticos de Smith en este

57 Junto a Godwin, Hall hace un importante uso temprano de esta palabra, a pesar de que no está asociada de forma exclusiva con la manufactura industrial. Godwin usa “capitalista” en *Political Justice* (1793: 622). El *Oxford English Dictionary* data el primer uso de la palabra a mediados del siglo XIX. Eden también contraponía entre “capitalista monetario” y “propietario de tierras” (Eden, 1979: [1] 407).

58 Sir James Steuart también intentó calcular cuál era el mínimo porcentaje de población que era necesario para mantener la producción agrícola; véase Steuart, J. (1767: [1] 51-55).

período retomasen la noción de distinción productivo/improductivo para asegurar que “las ideas plausibles pero falsas y peligrosas de Smith habían llegado incluso a las clases analfabetas” (Hall, 1805: 38-52, 157; Gray, 1817: 234).⁵⁹

Para contrarrestar el creciente poder de los capitalistas, Hall deseaba defender el derecho de los pobres a regresar a la agricultura. Al igual que Paine y Thelwall, estaba de acuerdo en que Dios había destinado la tierra para el bien común de sus criaturas y argumentó (contra Hume, Paley y Blackstone) que todos conservaban cierto derecho a una parte de ella. Originalmente, la tierra se había mantenido en común, y los individuos de la humanidad habían nacido inalienablemente “igual e independiente los unos de los otros”, al menos en el sentido de poseer una igualdad de derechos. Para eliminar las desigualdades existentes, Hall propuso una ley agraria. Si cada familia tuviera aproximadamente treinta y seis acres, podría subsistir con el producto de su propia mano de obra sin poder acumular demasiado.⁶⁰ Al abolir la primogenitura y gravar fuertemente a las manufacturas refinadas, el capital volvería a la agricultura. Quedaría la maquinaria solo para la producción de manufacturas a gran escala. Un incremento de la mano de obra en el campo aumentaría dramáticamente la producción agrícola y mitigaría cualquier amenaza futura de hambruna. Cuando todos trabajasen solo para sus propias familias, además, las leyes serían pocas y el comercio exterior mínimo.

59 Para Ferguson, “El valor de cada persona [] debe calcularse a partir de su trabajo; y el del trabajo en sí mismo, a partir de su tendencia a procurar y amasar los medios de subsistencia. Las artes empleadas en cosas superfluas deberían prohibirse, a excepción de cuando su producto se puede intercambiar con otras naciones por *commodities* que puedan emplearse para mantener bienes útiles para el público”; pero Ferguson también admitía que tal estado era virtualmente imposible de alcanzar y que muchos individuos “superfluos” debían ser tolerados (Ferguson, 1793: 396, 397).

60 William Ogilvie había propuesto dividir la tierra en esquemas de cuarenta acres (Ogilvie, 1781: 92-100) y James Burgh en bloques de 35 a 50 acres (Burgh, 1994: 107).

Por lo tanto, el tiempo libre estaría disponible para la mejora mental de la mayoría, aunque Hall pensaba que algunas personas selectas podrían preservar los idiomas, las artes y las ciencias, y estaba mucho menos interesado en los logros intelectuales que Godwin (pensaba que “ya había demasiadas” obras de arte). La simplicidad garantizaba principalmente la justicia social y la autosuficiencia, en lugar de —como planteaba Godwin— la sinceridad de los modales y la independencia intelectual. Al igual que muchos republicanos, Hall señalaba que una mayor igualdad de propiedad había resultado en la longevidad de la constitución judía y la espartana, y de la colonia jesuita en Paraguay (Hall, 1805: 65-68, 107, 214-216, 262-266, 283, 281, 307).

La palabra de Hall es la afirmación más poderosa del republicanismo neoclásico de este período y conforma el primer texto radical que confronta sustancialmente con la fabricación de manufacturas como una nueva forma de actividad económica. Su solución demuestra el atractivo recurrente de los modelos primitivistas; el sesgo contra el comercio era importante para William Cobbett, así como para muchas otras ramas del radicalismo del siglo XIX, y los seguidores de Owen ciertamente conocían bien el texto.⁶¹ Sin embargo, aquí nos interesa principalmente la discusión de Hall sobre la relación de la riqueza con el poder de los trabajadores. Porque es aquí, una vez más, donde podemos ver elementos de la nueva teoría social radical de la sociedad industrial de principios del siglo XIX que se construye a partir de componentes radicales republicanos y del derecho natural. Esto proporcionó un elemento vital de continuidad paradigmática y terminológica. Pero este

61 Véase, en general, *Culture and Society* de Williams, R. (1961) y *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit* de Wiener, M. (1985). El contexto rural del pensamiento de Cobbett se analiza en Dyck, I. (1992).

lenguaje, a su vez, se reformuló en reacción a las nuevas circunstancias sociales y económicas que, para Hall y otros, no podían adaptarse a las teorías antiguas.

Para Hall, esta nueva definición de la riqueza como el poder para dirigir a los trabajadores era ahora el principal medio para explicar cómo los pobres se volvieron cada vez más dependientes a medida que la sociedad se volvía más opulenta. Esto formó la base de su reconfigurada teoría republicana radical de la corrupción como dependencia, en la que la dependencia de los pobres —que la mayoría de los republicanos anteriores había asumido que era natural y necesaria— ahora se consideraba siempre un síntoma de degeneración en lugar de estabilidad. Este punto de vista reflejaba las críticas anteriores de Adam Ferguson, en particular, sobre la creciente degradación de los pobres.⁶² Pero en lugar de aceptar que los beneficios generales de la sociedad comercial superaban sus ventajas, como lo había hecho Ferguson, Hall adoptó el punto de vista del nuevo republicanism democrático de la década de 1790, así como sus preocupaciones sobre las implicaciones del comercio para las súplicas republicanas de una mayor igualdad social y sobre los medios por los cuales se podría generar dicha igualdad. Hall, así como los otros escritores con los que hemos tratado aquí, comenzó a reemplazar un enfoque centrado en la desigualdad de la propiedad de la tierra —el gran problema para los republicanos anteriores— por una concepción más general de los orígenes de la desigualdad. Como “poder sobre el trabajo de los pobres”, la riqueza para Hall permitió “una compulsión absoluta por parte de los amos” y convirtió a los ricos en meros compradores de mano de obra. En cuanto a Thelwall, esto volvió nugatoria la noción de cualquier pacto voluntario de igual ventaja porque el trabajador

62 Por ejemplo, Ferguson, A. (1966: 183).

no recibió un equivalente para su trabajo. También fue el punto de partida del análisis económico considerablemente más sofisticado del socialismo owenita, que se centró en la naturaleza de los intercambios comerciales (Claeys, 1987: 93-98). La naturaleza abstracta de la definición de riqueza de Hall y su reducción virtual de todas las formas de trabajo al poder sobre el trabajo, le permitieron tratar por primera vez todas las formas de riqueza como aspectos de una relación única y sistemática de trabajador a no trabajador. Todo el capital, “la riqueza con la que se lleva a cabo cualquier negocio”, era “poder sobre el trabajo de los pobres”, de modo que incluso los tenedores de acciones tenían poder sobre el trabajo futuro de los pobres (Hall, 1805: 318, 321). Hall reconocía que la inversión creaba una demanda de trabajo. Pero, al igual que Godwin, vio ese empleo como beneficioso solo cuando suplía las necesidades directas del hombre al aumentar la producción de alimentos. Los ricos, por lo tanto, no contribuyeron en nada al intercambiar dinero por el trabajo de los pobres (Hall, 1805: 42, 146, 103).

El foco puesto por Hall en las fuentes generales de desigualdad lo llevó a afirmar que el comercio, en lugar de integrar a las sociedades satisfaciendo necesidades mutuas —como sostenían republicanos procomerciales como Paine—, simplemente exacerbó el conflicto de intereses entre ricos y pobres. El interés del comprador y el vendedor era “en todos los casos, opuesto”: el comprador buscaba dar lo menos, el vendedor obtener la mayor cantidad posible (y, por supuesto, había muchos antecedentes de esta opinión, que era la base de una gran parte del pensamiento socialista posterior en Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y otros lugares). De acuerdo con su definición de riqueza, Hall definió a ricos y pobres como simples compradores y vendedores de mano de obra, y estimaba que los pobres solo recibían aproximadamente una novena parte del valor de

su mano de obra después de restar la renta, las ganancias y los impuestos. Este esfuerzo por medir qué proporción del producto del trabajo recibió el trabajador fue indiscutiblemente un punto de inflexión crucial en la teoría social moderna. Anteriormente, la mayoría de los republicanos habían enfatizado que la carga impositiva de un gobierno corrupto era la principal fuente de angustia económica y habían invocado la pérdida de su herencia de la tierra común como el principal foco de reclamos en nombre de los derechos de los pobres. Ahora, las relaciones contractuales y económicas eran cada vez más centrales para el nuevo análisis radical de la pobreza, aunque de ninguna manera se dejaron de lado las teorías competidoras (Claeys, 1989a: 150-152). Este fue el cambio esencial en el énfasis del período que estamos examinando aquí. Godwin ya había afirmado en 1793 que el campesinado recibía solo una vigésima parte de su producto. Pero el intento de determinar exactamente cómo se dividió el producto del trabajo, si se tienen en cuenta la renta, las ganancias y otras deducciones mucho antes de la publicación de los *Principles of Political Economy and Taxation* de Ricardo (1817), fue prominente en el owenismo y, posteriormente, en el análisis del capitalismo de Marx. Este cambio analítico también fue crucial para el eclipse más amplio de “política” por parte de la “sociedad” y la “economía”, que fue quizás la característica más destacada de la teoría social europea del siglo XIX (en Saint-Simon, Comte, Spencer y muchos otros) en comparación con el siglo anterior (Hall, 1805: 111).

Aunque es evidente en todos los escritores examinados aquí, esta conceptualización de los términos de causalidad económica fundamental —si no determinismo— era aún más clara en los escritos de Hall. Todavía se puede entender a Hall como un defensor de la doctrina harringtoniana de que el poder seguía a la distribución de la propiedad en

la sociedad. El poder económico, a sus ojos, implicaba automáticamente otros tipos de control social y político. Los ricos eran una aristocracia que mantenía las riendas de las formas de poder legislativo, judicial, eclesiástico y de otros tipos, independientemente de la forma de gobierno (y este argumento continuó conmocionando a muchos republicanos contemporáneos hasta que la existencia de problemas y crecientes desigualdades en los Estados Unidos se hizo ampliamente conocida) (Claeys, 1989a: 152-161). Sin embargo, al menos con respecto a Gran Bretaña, Hall consideraba esta cuestión como algo obvio para los lectores educados. El propio Smith, como les recordaba Hall, había admitido que el gobierno civil estaba “en realidad instituido para la defensa de los ricos, contra los pobres”. Pero Hall también sabía que su reducción del poder a la propiedad era mucho más dramática que la de Smith. Los mayores peligros de las formas sociales de tiranía sobre las políticas nunca lo delineó más claramente que en el capítulo de *The Effects of Civilization* titulado “Del poder”, en el que describía el control sobre el trabajo de los pobres como la fuente de todo otro poder. Más abiertamente que en cualquier otro texto en este período, esta afirmación reducía la estructura social a las relaciones sobre el trabajo. El poder, insistía Hall, podría descansar en la opinión, las armas o la riqueza. De estas formas, la última era menos accesible para las personas, rara vez era amable con ellas y era la más difícil de escapar de su yugo. Los republicanos anteriores, como Rousseau, habían advertido que la desigualdad destruiría las instituciones republicanas y Hall estuvo de acuerdo en que la distribución de la propiedad era mucho más importante que las instituciones políticas particulares que poseía una nación (Rousseau, 1987: 180). En consecuencia, no era importante si los “gobiernos modernos” eran republicanos o monárquicos. Prácticamente todos se “apoyaban en

la riqueza en manos de unos pocos” y fueron, por lo tanto, aristocracias de riqueza en todo menos en el nombre. Por lo tanto, la corrupción se debió principalmente a la distribución desigual de la propiedad, en lugar de los abusos judiciales o partidistas o los efectos del lujo en los modales. Hall agregó en otro texto que el poder que los ricos poseían políticamente a través de su capacidad para corromper a los electores, aunque mucho menos criticado por los radicales, era ciertamente tan importante como el uso corrupto por parte del gobierno de fondos públicos (Hall, 1811: 26).

Esto llevó a Hall a una sorprendente conclusión, que presagiaría muchos de los debates políticos del próximo siglo. Paine había sostenido que la forma de gobierno no era importante siempre que se asegurase el control democrático, pero confiaba firmemente en la vitalidad del modelo estadounidense. Más escéptico, Spence se había preguntado “¿qué significa si la forma de gobierno es monárquica o republicana mientras se puedan adquirir propiedades?”. Pero, como hemos visto, solo le preocupaban los efectos de una desigualdad en la propiedad de la tierra (Spence, 1803: 16). Hall rechazó más enfáticamente incluso el control político popular, el gran objetivo de todo reformador radical, caracterizándolo como irrelevante. Así, probablemente fue el primer escritor republicano británico en criticar la “naciente aristocracia de los Estados Unidos”, al ver ese desarrollo como una ilustración obvia de que la riqueza “universalmente [] pone el poder en manos de quienes lo tienen”. Quizás influenciado por las críticas radicales a la creciente desigualdad de la era federalista, comenzó una crítica importante hacia los Estados Unidos como modelo para las grandes desigualdades inherentes —no incidentales o evitables— del republicanismo comercial moderno en general. Este modelo negativo, que descubrieron los historiadores del impacto del ideal estadounidense en Gran

Bretaña, seguirá siendo crucial para los argumentos socialistas a lo largo del siglo XIX y más allá (Crooks, 1965: 153). El gran modelo de finales del siglo XVIII, la revolución estadounidense, ya se conjuraba con un halo de duda. Tanto para los liberales continentales como británicos, Estados Unidos seguía siendo, en algunos aspectos deliberadamente a pesar de los desarrollos franceses, el ejemplo republicano de mayor importancia para todos los radicales europeos, ya que había sido central en la defensa de las instituciones republicanas presentadas por Paine y Thelwall (Hall, 1805: 75, 184-191, 248-259).⁶³

Con la definición de Hall del antagonismo comercial y de los intereses fundamentalmente irreconciliables entre ricos y pobres, el lenguaje de la confrontación de clases — tan central en la mayoría de las formas de radicalismo del siglo XIX— estaba esencialmente en su lugar. Por supuesto, las “clases”, si ya no son “rangos” y “propiedades”, todavía se nombraban a partir de definiciones como productores útiles/consumidores inútiles y trabajadores productivos/improductivos en lugar de una definición de carácter más sociológico (Briggs, 1960: 43-73; Jones, 1982). Estos términos, sin embargo, estaban muy cerca del lenguaje del socialismo que surgiría quince años después.⁶⁴ Como una

63 La fuente de Hall para esta visión de América parece haber sido *New Travels in the United States of America, Performed in 1788* (Londres, 1792) de J. P. Brissot. Pero mientras que Brissot enfatizaba que la virtud americana dependía fundamentalmente de la vida en el campo, y solo le preocupaba la aristocracia esclavista sureña, él esperaba que se aboliera la esclavitud (Brissot, 1792: xix-xxi, xxxi, 281).

64 Menger escribió que “Hall puede ser considerado como el primer socialista que vio en la renta y el interés una apropiación injusta de la ganancia de los trabajadores, y quien explícitamente reclamó que los trabajadores tengan más del producto de su trabajo” (Menger, 1899: p. 48), y veía a Hall como un “socialista”, porque si bien no planteaba la producción común, sí buscaba que el estado posea toda la tierra y la parcele. El segundo punto, sin embargo, es meramente una ley agraria. El primero captura la visión de Hall, con la excepción de que debe verse en los términos de la definición de riqueza como el poder de comandar a los trabajadores, sin lo cual su teoría

anticipación de los puntos de vista de Owen, los supuestos de Hall solo carecían de una descripción de los intereses opuestos como “competencia”, un mayor énfasis en la sociabilidad como meta de la sociedad, y el objetivo de la producción y la propiedad comunitaria. Al igual que los socialistas owenitas que escribieron después de 1820, Hall focalizó su explicación de la abstracción del producto del trabajo en la incapacidad de los ricos de dar a los pobres un equivalente genuino (en mano de obra o bienes útiles) para su trabajo. Esta cuestión, como hemos visto, la abordó brevemente Paine, pero fue el elemento clave en los intentos de Thelwall, Godwin y Hall para redefinir el republicanismo en este período. Fue centralmente contingente en la definición de riqueza como el poder para mandar el trabajo. El tema de la tierra seguiría siendo central en una variedad de formas del radicalismo agrario y liberalismo del siglo XIX (para J. S. Mill, Herbert Spencer, Henry George y otros). Pero un enfoque en la industria y el trabajo asalariado desplazaron, en su mayor parte, las preocupaciones en la moderna teoría social.

No obstante, hubo cierta continuidad entre este cambio analítico y ciertos temas clave en las formas anteriores de republicanismo. La explicación de Hall de la abstracción del producto del trabajo definió la corrupción en términos de dependencia y degradación de los pobres en lugar de la pérdida de libertad política en un sentido más constitucional fundada, por ejemplo, por el crecimiento de la tiranía. La desigualdad social, un tema importante entre los anteriores escritores republicanos, ahora eclipsaba otras explicaciones sobre la degeneración de los regímenes

de la apropiación injusta carece de sentido. Godwin, podría agregar, veía el reclamo de “todo el producto del trabajo” como un hecho moral (Godwin, 1793: 710-711), dado nuestro deber de distribuir la propiedad con justicia.

republicanos (sin embargo, en cuanto a Maquiavelo y Harrington, la incapacidad de los degradados —y ahora especialmente de los pobres trabajadores de las manufacturas— para servir como milicia implicaba una mayor amenaza de tiranía o conquista). Hall veía tal dependencia como el principal enemigo de la autosuficiencia republicana, asumida esta última en un sentido individual y nacional, y a su vez definió la dependencia como trabajo forzoso más allá de un mínimo necesario generado por la desigualdad de la riqueza. Esta teoría se basaba en discursos anteriores sobre los efectos degradantes del lujo en la sociedad y de las manufacturas y la división del trabajo en los pobres, y siguió siendo una explicación republicana reconocible sobre la corrupción. Pero se centraba en la relación del trabajo de los pobres con la riqueza de sus empleadores, más que en el libertinaje, la codicia y los modales corruptos de los órdenes medios y superiores y los gobiernos que funcionaban principalmente para proteger sus intereses (Ferguson, 1793: 433-436). Como Smith, cuyas simpatías (aunque no su política práctica) eran republicanas, Hall también se basó en la suposición radical del siglo XVIII (a menudo discutida por los disidentes) de que la ociosidad y la corrupción estaban íntimamente asociadas y que el “ingreso no derivado del trabajo” que provenía, por ejemplo, de la especulación bursátil, era inmoral, inestable y políticamente amenazante. Esta yuxtaposición entre los ociosos y los trabajadores estaba claramente en el centro de la interpretación “activista” de la influyente y controvertida distinción productivo/improductivo de Smith. Exigía mano de obra real y activa (o productos útiles, especialmente alimentos) de quienes se reunían en el mercado como el único equivalente aceptable de cambio, y para Hall esto también estaba implícito en la definición de riqueza como el poder de comandar sobre la mano de obra.

2.3. Conclusión

En respuesta a los desarrollos comerciales y manufactureros, una amenaza de pobreza mayor que cualquiera que se haya presenciado previamente durante el siglo XVIII, y los impulsos democráticos de las revoluciones estadounidense y francesa, el pensamiento republicano radical británico sufrió un cambio fundamental durante 1796 y 1805. Los principales republicanos procomerciales en la década de 1790 (Paine y, más a regañadientes, Thelwall) buscaron cada vez más reconciliar la creencia en los beneficios del comercio con el deseo de difundir sus ventajas más ampliamente, y tenían en cuenta la creciente percepción de que esa pobreza era generada a menudo no por terratenientes rapaces y gobiernos corruptos sino por la explotación sistemática del trabajo asalariado. Esto se lograba al extender los derechos reconocidos a la subsistencia hacia un derecho generalizado a las comodidades, el ocio y la educación basado en las intenciones de Dios con respecto a los derechos de propiedad originales, la voluntad de los creadores de la sociedad civil y una participación cada vez mayor para el trabajo de toda opulencia, y aquí era Thelwall quien proporcionaba la explicación más clara del derecho del trabajador a las ganancias de los empleadores. Tanto Paine como Thelwall aceptaron, en cierto sentido, fines comerciales “liberales” sobre la base de la búsqueda de derechos. Pero ambos buscaron igualmente cumplir objetivos democráticos republicanos al dar a las clases trabajadoras y pobres más independencia, y ambos vieron esto como la base de una política “virtuosa”.

Por el contrario, entre los republicanos anticomerciales, Godwin y Hall propusieron una nueva forma más igualitaria de republicanismo neoclásico, al argumentar que el progreso del comercio y las manufacturas cargaban a los

pobres con más trabajo, y sostuvieron que solo una división mucho más simple del trabajo y del sistema de intercambio, así como una reducción dramática en el lujo, permitirían la independencia universal. Tanto Godwin como Hall reaccionaron claramente contra el crecimiento de la pobreza en este período y al debate sobre los méritos de la sociedad comercial. Ambos acordaban que el simple aumento de las oportunidades de emplear a los pobres no les dio ni mayor independencia ni una subsistencia más barata. Y ambos se centraron en la posesión de la riqueza per se, en lugar de las desigualdades en la propiedad de la tierra, para explicar la creciente angustia de los pobres. Guiado por una fe intensa en el progreso de la razón, así como por nociones disidentes y republicanas de la virtud, Godwin apuntó más a la independencia intelectual, la cual, a fines de la década de 1790, creyó que requeriría de una base material más compleja para el logro cultural de lo que había apreciado anteriormente. Hall, más preocupado por la mayor dependencia de los pobres introducida por la industria manufacturera, deseaba basar la independencia en la propiedad autosuficiente de la tierra, en la que la cultura propia desempeñaría un papel secundario. Sin embargo, ambas formas de republicanismismo igualitario enfatizaban la necesidad de abolir la división compleja del trabajo para garantizar la autosuficiencia, en lugar de, como lo habían hecho Paine y Thelwall, la conveniencia de extender la opulencia para apuntalar la independencia. Además, tanto el análisis del comercio de Godwin como el relato del comercio y la manufactura de Hall retomaron y adaptaron la concepción smithiana de que la riqueza implicaba la capacidad de controlar la fuerza laboral y ambos lo enmarcaron dentro de una demanda de independencia universal. Pero esta concepción de la riqueza todavía puede verse como una extensión de las máximas de Harrington

de que el poder político seguía el equilibrio de la propiedad en cualquier nación y que la libertad exigía una relativa igualdad de propiedades (Harrington, 1977: 169).

Las formas de republicanismo tanto pro como anticomerciales recobradas en la década de 1790 agregaron dos nuevos tipos de republicanismo igualitario a las escuelas de radicalismo anteriores al siglo XVIII y tomaron el creciente poder de la riqueza comercial y manufacturera como su punto de partida. El discurso más basado en los derechos de Paine y Thelwall, como hemos visto, esencialmente “democratizó” el comercio como un medio para reconciliar el intercambio con el republicanismo; la estrategia de Thelwall, en particular, se centró en las relaciones del trabajo con el capital para explicar los orígenes de la pobreza. El mayor énfasis en la independencia autosuficiente en el republicanismo de Godwin y Hall, por el contrario, amplió el lenguaje de la corrupción para abarcar a los pobres en las sociedades comerciales y manufactureras, y democratizó el ideal republicano de independencia virtuosa al extenderlo de los pocos propietarios a los pobres. Ambas respuestas republicanas reflejaron el mayor igualitarismo del radicalismo de la era revolucionaria francesa, así como la creciente centralidad del comercio y los debates sobre la pobreza en las divisiones entre los reformadores. Ambos demostraron un nuevo enfoque radical en las formas de propiedad, contrato y recompensa del trabajo que demostrarían ser centrales para el radicalismo y el socialismo del siglo XIX. Su contraste revela que la mera yuxtaposición del “republicanismo” con el “liberalismo” como un medio para clasificar las principales corrientes del pensamiento político británico radical en este período es de utilidad limitada, si no por otra razón que las profundas diferencias entre los republicanos en sus actitudes hacia el comercio. Además, cada uno reconoció que las clases trabajadoras ahora tenían que

verse, especialmente a la luz del legado de Smith, como creadoras de riqueza con reclamos de justicia en lugar de caridad y advirtieron acertadamente que la creciente indigencia de los pobres desposeídos representaba una amenaza fundamental para toda forma de gobierno moderno. La preocupación por la tierra seguirá siendo central en muchas formas de radicalismo europeo del siglo XIX. Pero la desplazarán, y a veces groseramente, un enfoque en el trabajo que surgió por primera vez en esta década y que se convertirá en el sello distintivo de las teorías más radicales de la sociedad industrial.

Bibliografía

Andrews, J. (1783). *An Essay on Republican Principles, and On the Inconveniences of a Commonwealth in a Large Country or Nation*.

Appleby, J. (1976). Liberalism and the American Revolution. *New England Quarterly* 49, pp. 3-26.

Ashcraft, R. (1987). *Locke's "Two Treatises of Government"*. Allen & Unwin.

Beer, M. (1919). *A History of British Socialism*. Bell and Sons.

Birks, P. y MacLeod, G. (1986). The Implied Contract Theory of Quasi-Contract: Civilian Opinion Current in the Century before Blackstone, *Oxford Journal of Legal Studies* 6, pp. 46-85

Blackstone, W. (1902). *Commentaries on the Laws of England [1765-69]*. R. Welsh.

Briggs, A. (1960). Language of Class in Early Nineteenth-Century England. Briggs, A y Saville, J. (eds.), *Essays in Labour History*. Macmillan, pp. 43-73.

Brisson, J. P. (1792). *New Travels in the United States of America, Performed in 1788*.

Brown, J. (1757-1758). *An Estimate of the Manners and Principles of the Times*, 2 vols.

Buckle, S. (1991) *Natural Law and the Theory of Property: Grotius to Hume*, Oxford University Press.

- Burgh, J. (1994). *An Account of the First Settlement, Laws, Form of Government, and Police, of the Cessares, A People of South America*. Reimpreso en Claeys, G. (ed.) *Utopias of the British Enlightenment*. Cambridge University Press.
- Burke, E. (1887). Thoughts and Details on Scarcity. *Works, Nimmo*, v. 5: p. 139.
- Burrow, J. (1988). *Whigs and Liberals: Continuity and Change in English Political Thought*. Clarendon Press.
- Cestre, C. (1906). *John Thelwall*.
- Chase, M. (1988) *The People's Farm: English Agrarian Radicalism, 1775-1840*, Clarendon Press.
- Christie, I. (1985). *Stress and Stability in Late Eighteenth-Century Britain: Reflections on the British Avoidance of Revolution*. Clarendon Press.
- Claeys, G. (1984). The Effects of Property on Godwin's Political Justice. *Journal of the History of Philosophy*.
- Claeys, G. (1987). *Machinery, Money and the Millennium*. Princeton University Press.
- Claeys, G. (1989a). *Citizens and Saints: Politics and Anti-Politics in Early British Socialism*. Cambridge University Press.
- Claeys, G. (1989b). *Thomas Paine: Social and Political Thought*. Routledge.
- Claeys, G. (1990). The French Revolution Debate and British Political Thought. *History of Political Thought* 11, núm. 1, pp. 59-80.
- Claeys, G. (1995) *The Politics of English Jacobinism. Writings of John Thelwall*, Pennsylvania University Press.
- Colley, L. (1982). *In Defiance of Oligarchy: The Tory Party, 1714-60*. Cambridge University Press.
- Collini, S., Winch, D. y Burrow, J. (1983). *That Noble Science of Politics: A Study in Nineteenth Century Intellectual History*. Cambridge University Press.
- Crooks, D. P. (1965). *American Democracy in English Politics, 1815-1850*. Clarendon Press.
- Crossley, C. y Small, I. (eds.) (1989). *The French Revolution and British Culture*. Oxford University Press.

- Cumberland, R. (1727). *A Treatise of the Law of Nature*.
- Deane, S. (1988). *The French Revolution and Enlightenment in England*. Harvard University Press.
- Dickinson, H. T. (1989). Popular Conservatism and Militant Loyalism. Dickinson, H. T. (ed.). *Britain and the French Revolution 1789–1815*. Macmillan, pp. 103-125.
- Dickinson, H. T. (ed.) (1989). *Britain and the French Revolution*. MacMillan.
- Dinwiddy, J. R. (1976). Charles Hall, Early English Socialist. *International Review of Social History*, 21, pp. 256-265.
- Dyck, I. (1992). *William Cobbett and Rural Popular Culture*. Cambridge University Press.
- Eaton, I. (s. f.). *A Political Dictionary for the Guinea-less Pigs*.
- Eden, F. M. (s. f., 1797). *The State of the Poor*.
- Evans, T. (1816). *Christian Policy the Salvation of the Empire*.
- Ferguson, A. (1793). *An Essay on the History of Civil Society*.
- Ferguson, A. (1966). *An Essay on the History of Civil Society*. Edinburgh University Press.
- Fletcher, A. (1979). *Selected Political Writings and Speeches*. Scottish Academic Press.
- Fruchtman, J. Jr., (1983). *The Apocalyptic Politics of Richard Price and Joseph Priestley*. *American Philosophical Society*.
- Fumiss, E. S. (1965). *The Position of the Labourer in a System of Nationalism*. A. M. Kelley.
- Gallop, G. (ed.) (1982). *Pigs' Meat: The Selected Writings of Thomas Spence*. Spokesman.
- Gallop, G. (1986). Ideology and the English Jacobins: The Case of John Thelwall. *Enlightenment and Dissent*, 5, pp. 3-20.
- Godwin, W. (1793). *Enquiry Concerning Political Justice*, 2 vols.
- Godwin, W. (1797). *The Enquirer: Reflections on Education, Manners, and Literature*.

- Godwin, W. (1976). *Enquiry Concerning Political Justice*. Kramnick, I. (ed). Pelican Classics.
- Gray, S. (1817). *All Clases Productive of National Wealth*.
- Grotius, H. (1925). *De Jure Belli et Pacis* (1625). Clarendon Press.
- Haakonssen, K. (1981). *The Science of a Legislator: The Natural Jurisprudence of David Hume and Adam Smith*, Cambridge University Press.
- Hall, C. (1805). *The Effects of Civilization on the People in European States*.
- Hall, C. (1811). *Monthly Magazine*, 32.
- Hampsher-Monk, I. (1991). John Thelwall and the Eighteenth-Century Radical Response to Political Economy. *Historical Journal* 34, pp. 1-20.
- Harrington, J. (1977). *The Political Works of James Harrington*. Cambridge University Press.
- Higonnet, P. (1988). *Sister Republics: The Origins of French and American Republicanism*. Harvard University Press.
- Hill, B. (1992). *The Republican Virago: The Life and Times of Catherine Macaulay*. Oxford University Press
- Himmelfarb, G. (1984). *The Idea of Poverty: England in the Early Industrial Age*. Knopf.
- Hodgson, W. (1994). The Commonwealth of Reason. Claey's, G. (ed.). *Utopias of the British Enlightenment*. Cambridge University Press.
- Home, T. (1990). *Property Rights and Poverty: Political Argument in Britain, 1605-1834*. University of North Carolina Press.
- Hont, I. (1987). From Pufendorf to Adam Smith: Sociability, Commercial Society and the Four Stages Theory. Pagden, A. (ed.). *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*, Cambridge University Press, p. 270.
- Houston, A. (1991). *Algernon Sidney and the Republican Heritage in England and America*. Princeton University Press.
- Hume, H. (1903). *Political Essays*.
- Hume, H. (1994). The Idea of a Perfect Commonwealth. Reimpreso en Claey's, G. (ed.). *Utopias of the British Enlightenment*. Cambridge University Press.

- Hutcheson, F. (1755). *A System of Moral Philosophy*.
- Jones, W. (1793). *The British Constitution of Government, Compared with That of a Democratic Republic*.
- Jones, W. (1777). *The Spirit of Athens*.
- Jones, G. S. (1982). *Languages of Class*. Cambridge University Press.
- Kramninc, I. (1990). *Republicanism and Bourgeois Radicalism: Political Ideology in Late Eighteenth Century England and America*. Cornell University Press.
- Larkin, P. (1930). *Property in the Eighteenth Century*. Cork University Press.
- Locke, J. (1970). *Two Treatises of Government*. Laslett, P. (ed.). Cambridge University Press.
- Loff, C. (1779). *Elements of Universal Law*.
- Macaulay, C. (1767). *Loose Remarks to Be Found in Mr. Hobbes' Rudiments of Government and Society*.
- McCalman, I. (1988). *Radical Underworld: Prophets, Revolutionaries and Pornographers in London, 1795-1840*, Cambridge, University Press.
- Meek, R. (1976). *Social Science and the Ignoble Savage*. Cambridge University Press.
- Menger, A. (1899). *The Right to the Whole Produce of Labor*. Macmillan.
- Mirabeau, M. (1792). *Speeches of M. Mirabeau the Elder*. Dublin Cengage Gale.
- Montesquieu. (1990). *Political Writings*. Hackett Publishing Company.
- Ogilvie, W. (1781) *An Essay on the Right of Property in Land*.
- Paine, T. (1945). Foner, P. (ed.). *Complete Writings*. The Citadel Press, 2 vols.
- Paine, T. (1992). Claeys, G. (ed.). *The rights of man*. Hackett Publishing Company.
- Paley, W. (1831a). *Principles of Moral and Political Philosophy*.
- Paley, W. (1831b). Principles of Moral and Political Philosophy. *The Works of William Paley*,

- Pangle, T. (1988). *The Spirit of Modern Republicanism: The Moral Vision of the American Founders and the Philosophy of Locke*. University of Chicago Press.
- Paul, C. K. (1876). *William Godwin, His Friends and Contemporaries*. Henry S. King.
- Philp, M. (ed.) (1991). *The French Revolution and British Popular Politics*. Cambridge University Press.
- Pocock, J. G. A. (1975). *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princeton University Press.
- Pocock, J. G. A. (1985). *Virtue, Commerce and History*, pp. 215-310. Cambridge University Press.
- Poynter, J. R. (1969). *Society and Pauperism: English Ideas on Poor Relief, 1795-1834*. University of Toronto Press.
- Price, R. (1779). *An Essay on the Present State of the Population*.
- Priestley, J. (1803). Lectures on History and General Policy. *The Works of Joseph Priestley*.
- Pritchett, S. (1989). *England and the French Revolution*. Macmillan Education.
- Pufendorf, S. (1735). *The Whole Duty of Man According to the Law of Nature*.
- Pufendorf, S. (1934). *De Jure Naturae et Gentium* (1672). Oxford University Press.
- Robbins, C. (1959). *The Eighteenth Century Commonwealthman*. Harvard University Press.
- Robbins, C. (ed.) (1969). *Two English Republican Tracts*. Cambridge University Press.
- Rose, R. B. (1978). *Gracchus Babeuf: The First Revolutionary Communist*. Stanford University Press.
- Rousseau, J. J. (1987). *Basic Political Writings*. Hackett.
- Rubinstein, W. R. (1983). The End of Old Corruption in Britain, 1780-1860. *Past and Present*, 101, pp. 55-86.
- Rutherford, T. (1754). *Institutes of Natural Law*.
- Ryan, A. (1984) *Property and Political Theory*. Basil Blackwell.

- Sekora, J. (1977). *Luxury: The Concept in Western Thought, Eden to Smollett*. The Johns Hopkins University Press.
- Sharp, G. (1777). *A Tract on the Law of Nature*.
- Smith, A. (1776). *An Inquiry into the Nature and Cause of the Wealth of Nations*.
- Smith, A. (1976). *The Wealth of Nations*, v. 1, pp. 86, 91.
- Society of Spencean Philanthropists. (1815). *Address and Regulations of the Society of Spencean Philanthropists*.
- Spence, T. (s. f.). *The End of Opression*.
- Spence, T. (1793). *The Rights of Man*.
- Spence, T. (1796). *The Meridian Sun of Liberty*.
- Spence, T. (1797) *The Rights of Infants*.
- Spence, T. (1798). *The Constitution of a Perfect Commonwealth*.
- Spence, T. (1803). *The Important Trial of Thomas Spence*.
- Spence, T. (1982). Dickinson, H. T. (ed.). *The Political Works of Thomas Spence*. Averro (Eighteenth-Century) Publications.
- Steuart, J. (1767). *An Inquiry into the Principles of Political Oeconomy*.
- Thelwall, J. (1793). *The Peripatetic, or, Sketches of the Heart, of Nature and Society*, 3 vols.
- Thelwall, J. (1795). *The Tribune*. D. I. Eaton. Actualmente disponible en la biblioteca de Cambridge University.
- Thelwall, J. (1796). *The Rights of Nature against the Usurpations of Establishments*.
- Thelwall, J. (1822). *The Poetical Recreations of the Champion*.
- Tuck, R. (1979). *Natural Rights Theories*. Cambridge University Press.
- Tully, J. (1980). *A Discourse on Property: John Locke and His Adversaries*, Cambridge University Press

Wallace, R. (1758). *Various Prospects of Mankind, Nature and Providence*.

Wells, R. (1983). *Insurrection: The British Experience, 1795-1803*. A. Sutton.

Wiener, M. (1985). *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit*. Cambridge University Press.

Williams, R. (1961). *Culture and Society, 1780-1850*. Penguin.

Winch, D. (1978). *Adam Smith's Politics*. Cambridge University Press.

Capítulo 3

Revolución 1.0. O cómo revolución fue revolucionada¹

Keith Michael Baker

Se ha dicho que Luis XVI, al ser informado de la insurrección popular del 14 de julio de 1789, se preguntó si se trataba de una revuelta. “No una revuelta, Señor”, fue la respuesta, “una revolución”. Poco después de la masiva protesta popular en Egipto del 25 de enero de 2011 que desató un torrente de eventos que arrasaría a Hosni Mubarak de la presidencia, uno de los principales instigadores del levantamiento a través de internet, el empleado de Google Wael Ghonim, respondió a una versión similar de la misma pregunta. “¿Es esto una revolución?”, le preguntaron en CNN. Se tomó unos breves

1 Publicado originalmente como: Baker, K. M. (2013). Revolution 1.0. *Journal of Modern European History*, Vol. 11, pp. 187-220. Una edición posterior revisada se publicó como: Baker, K. M. (2015). Revolutionizing Revolution. Baker, K. M. y Edelman, D. (eds.). *Scripting Revolution. A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, pp. 71-102.

[Nota de los traductores: Hemos decidido respetar lo máximo posible el texto original, por lo que hay algunos elementos (los cuadros con los análisis de las bases de datos, o los términos originales en inglés y francés) fundamentales en la argumentación de Baker que hemos optado por dejar en su formulación original. Por otro lado, en los casos en los que el autor analiza obras traducidas a nuestro idioma, hemos optado por incorporar esas referencias].

momentos para pensar antes de proclamar la aparición de la “Revolución 2.0”.

Más allá de si fue una fórmula improvisada o no, Ghonim la repitió con frecuencia en entrevistas durante los días siguientes. Lo que pudo haber querido decir con esto se hizo más claro en las fascinantes memorias publicadas un año más tarde con ese mismo título. “Las revoluciones del pasado usualmente han tenido líderes carismáticos que conocían la política y, a veces, incluso eran genios militares”, escribe en la conclusión de su libro. “Estas revoluciones siguieron lo que podemos llamar el modelo de Revolución 1.0. Pero la revolución en Egipto fue diferente: fue verdaderamente un movimiento espontáneo liderado nada menos que por la sabiduría de la multitud”. Esta revolución 2.0, Ghonim insiste, no tuvo líderes: “Nadie fue el héroe porque todos fueron el héroe”. Era “como una Wikipedia *offline*, con una contribución de todos anónima y desinteresada para un objetivo común” (Ghonim, 2012: 293-294).

Hay que decir que la caracterización de Ghonim de Revolución 1.0 es tan radicalmente atenuada como su conceptualización acompañante de la Revolución 2.0. Pero su título nos invita a reflexionar sobre la larga historia de la tradición revolucionaria. Hablar de Revolución 2.0 sugiere una revisión significativa de un proyecto en curso, una mejora de un programa revolucionario a través de la elaboración conceptual e innovación tecnológica. Claramente, Internet colocó una tecnología de comunicación inmensamente más poderosa al servicio del cambio social y político. Pero ¿la conceptualización de la revolución también se fue actualizando junto con la tecnología? ¿Facebook y las redes sociales en general, revolucionaron la revolución en sí misma? Antes de decidir esa pregunta, deberíamos quizás pensar nuevamente sobre Revolución 1.0. ¿Hasta qué punto del pasado tenemos que retroceder para encontrarla?

Un estudio reciente de la Revolución Gloriosa en Inglaterra pretende ofrecer una respuesta definitiva. En *1688: The First Modern Revolution*, Steve Pincus toma una posición revisionista. Intenta demostrar que la expulsión de James II desató una verdadera revolución en lugar de simplemente una transición política, sin sangre y relativamente pacífica, aspectos por los que siempre se la ha celebrado. Aquí, el autor busca argumentar que esta revolución constituyó una transformación radical de la estructura social y del régimen político, que implicó una ruptura ideológica con el pasado y que se logró, al menos en parte, mediante la violencia popular. “Lejos de ser aristocrático, pacífico y consensual”, insiste, la Revolución Gloriosa fue “como la mayoría de las revoluciones modernas popular, violenta y extremadamente divisiva” (Pincus, 2009: 29).²

En el relato de Pincus, 1688 marcó la primera revolución moderna por dos razones. En primer lugar, porque tuvo todas las características definitorias de las revoluciones posteriores de la era moderna (por lo que desplazó la prioridad de la Revolución francesa como el prototipo en estas cuestiones). En segundo lugar, y como todas estas revoluciones posteriores, fue a la vez el producto y el catalizador de los procesos de modernización. Fue el producto de la modernización porque fue una respuesta a las tensiones de un Estado que se modernizaba; y fue el catalizador de la modernización porque impulsó este proceso aún más adelante a través del conflicto entre los modernizadores en competencia. Las revoluciones, sostiene Pincus, son “el ejercicio a menudo violento de los programas de modernización

2 [Nota de traductores: hay traducción al español: Pincus, S. (2013). *1688. La primera revolución moderna*. Acantilado]. Pincus no es el primero en revisar la concepción de que 1688 fue un asunto relativamente modesto e insípido. Para un análisis menos tendencioso, véase Harris (2006). El estado de la historiografía posterior al tricentenario de 1688 está bien representado en Israel, J. (ed.) (1991).

del Estado en competencia”, ellos “enfrentaron a diferentes grupos de modernizadores entre sí” (Pincus, 2009: 29, 36). Según esta definición, entonces, la revolución moderna ocurrió por primera vez en Gran Bretaña en 1688 y los años inmediatamente posteriores.

Modernidad y modernización ahora parecen nociones más turbias de lo que alguna vez fueron, como Frederick Cooper ha detallado en un interesante ensayo (Cooper, 2005: 113-149). Si estas categorías son o no aptas para los propósitos de Pincus, es una cuestión que no nos concierne. Lo que está claro, sin embargo, es que Pincus ofrece un relato esencialmente reificante de la revolución. Su objetivo es introducir la Revolución inglesa en —y, en el proceso, utilizarla para refinar— el marco de los estudios comparativos de las modernas revoluciones sociales, llevados adelante en las últimas décadas por sociólogos y politólogos. Este enfoque implica una lista de verificación de características, condiciones previas, causas y efectos a partir de la cual se pueden categorizar cambios históricos complejos para ver si cumplen (o no) los criterios establecidos por estas definiciones de “moderno” y “revolución”. Es objetivista más que hermenéutico. Falla notablemente, sin embargo, en dar cuenta de la historia conceptual de la revolución: su naturaleza como una categoría de comprensión política históricamente constituida, su carácter de guion para la acción constantemente revisado e improvisado, en oposición a una mera serie de eventos comparables e independientes. Por el contrario, el texto de Ghonim nos resitúa precisamente ante la pregunta de los significados inventados y elaborados por los actores históricos mientras abrazaban la revolución como un proyecto.

El argumento del presente artículo es que la revolución fue revolucionada en 1789, cuando la noción de revolución como hecho dio paso a una concepción de revolución

como un acto en curso. Con esta transformación, la “revolución” adquirió su significado político moderno y la Revolución francesa se convirtió en el guion sobre el cual todos los revolucionarios subsecuentes improvisaron. Para exponer el caso sin rodeos, no hubo “revolucionarios” antes de que la revolución se revolucionara de la manera en que me propongo describirlo.

Las páginas que siguen presentan una versión revisada y ampliada de un ensayo sobre los significados del término “revolución” durante el siglo XVIII, que apareció como un capítulo en mi *Inventing the French Revolution* de 1990 (Baker, 1990: 203-223).³ El desarrollo de bases de datos digitales y *softwares* de búsqueda más potentes ha hecho posible (y necesario) extender, y hasta cierto punto modificar, el análisis que ofrecí inicialmente. ARTFL (American and French Research on the Treasury of the French Language) ha ampliado su base de datos y ha desarrollado “PhiloLogic”, un *software* para el análisis mucho más sofisticado que sus versiones anteriores.⁴ Para la investigación que se presenta en estas páginas, también he podido aprovechar los recursos de EEBO (Early English Books Online) y especialmente EEBO-TCP (Early English Books Online Text Creation Partnership, aún más pequeño que EEBO en sí, pero con herramientas de búsqueda más exhaustivas); ECCO (Eighteenth-Century Collections Online) y especialmente ECCO-TCP (la versión más pequeña pero con mejor capacidad de búsqueda de ECCO); y la Evans Early

3 Otros trabajos tempranos en la historia del término se citan en ese ensayo.

4 Debe señalarse, sin embargo, que los orígenes de ARTFL en un proyecto para un diccionario marcan un sesgo en la base de datos de ARTFL hacia textos literarios de autores reconocibles. Todavía no incluye muchos de los escritos sobre asuntos políticos y sociales, o los folletos y revistas que también son de interés particular para los historiadores. ARTFL podría complementarse de manera útil con materiales de la Colección Goldsmiths-Kress digitalizados en la base de datos The Making of the Modern World, pero esa colección aún no ofrece búsquedas más avanzadas.

American Imprint Collection (con Evans TCP, una versión también más pequeña pero con mejores herramientas de búsqueda). El uso de estas bases de datos me ha permitido refinar mis argumentos sobre los significados de “revolución” en las obras francesas del siglo XVIII y ampliar el análisis para incluir publicaciones contemporáneas en Gran Bretaña y América.

Gran parte de la información que se ofrece aquí proviene de búsquedas de colocación que muestran las frecuencias relativas de coocurrencias de términos en períodos particulares o en obras específicas. En la medida en que las bases de datos utilizadas siguen estando incompletas y las capacidades de búsqueda aún están en progreso, el análisis es más sugerente que definitivo. Las búsquedas de colocación proporcionan datos agregados que pueden pasar por alto las sutilezas de los argumentos y las obras individuales, aunque pueden complementarse (como he hecho aquí) con una mirada más cercana de los textos específicos. No obstante, proporcionan información fascinante y reveladora, relacionada en este caso con la conceptualización de revolución en el siglo que separa la Revolución Gloriosa de la Revolución francesa.

3.1. Revolución Gloriosa

La Revolución Gloriosa de 1688 ofrece un caso instructivo para esta investigación, precisamente porque sus participantes y observadores no tenían una conceptualización clara de la “revolución” como un acto político colectivo. “Revolución” no definía una práctica o un objetivo, ni tampoco ofrecía una fuente de autoridad o legitimación. “Revolución” como guion para la acción aún no existía. Esto parece ser cierto incluso en el caso de John Locke, un gran

teórico de la resistencia política. Cuando Locke usó el término en su *Second Treatise*, por ejemplo, lo hizo de acuerdo con un uso común: en plural y para describir períodos intermitentes de cambio y desorden. Respondiendo de manera preventiva al argumento de que “poner los cimientos del gobierno en una opinión inestable y en un humor incierto del pueblo es exponerlo a la ruina certera; y ningún gobierno podrá subsistir por mucho tiempo, si el pueblo puede establecer un Legislativo, siempre que ofendan al viejo”, Locke razonaba que el pueblo estaba demasiado dispuesto en sus caminos para que este miedo se convierta en realidad:

El pueblo no está tan predispuesto a salir de sus viejas formas de gobierno como algunos quieren sugerir. Es muy difícil convencerlo de que tiene que corregir los errores declarados que ocurren dentro del régimen al que está acostumbrado []. Esa lentitud y aversión que el pueblo muestra a la hora de abandonar viejas constituciones se ha visto, en estos y otros tiempos, en las muchas revoluciones que hemos presenciado en este país; y ha seguido sujetándonos, o, tras algunos infructuosos intervalos, ha vuelto a sujetarnos a nuestro viejo orden legislativo de rey, lores y comunes.

(Locke, 2006: 214)

Es posible comprender más fácilmente la lógica de este pasaje si se recuerda que, a pesar de haberse publicado en 1690 y, posteriormente, haberse aclamado como una justificación de la Revolución Gloriosa, el *Second Discourse* se escribió con toda probabilidad durante la Crisis de Exclusión de 1679-81.⁵ En ese momento, Locke estuvo implicado en

5 Esto lo estableció Peter Laslett en su edición de Locke, J. (1960). *Two Treatises of Government*. Cambridge University Press.

los esfuerzos que su patrón, el Conde de Shaftesbury, llevó adelante para impedir que el heredero abiertamente católico (James Duque de York, hermano menor de Carlos II) pudiese eventualmente suceder en el trono. Estaba ansioso por tranquilizar a los lectores potenciales, demostrando que el acto de presionar para lograr un cambio de este tipo no abriría las compuertas del desorden político. La aceptación de que la estructura de un gobierno descansa en el consentimiento de los gobernados, Locke insistía, no hacía más probable una revolución popular que cualquier otra doctrina política. Las personas que sufrían bajo sus gobiernos habían buscado a lo largo de la historia deshacerse de esa carga cuando aparecía una oportunidad gracias al “cambio, la debilidad y los accidentes de los asuntos humanos”. No obstante, “tales *revoluciones no se producen* con cada pequeño error en la administración de los asuntos públicos”. Las personas pueden soportar mucho “sin motines ni murmullos”. Este razonamiento, por supuesto, condujo a una de las afirmaciones más famosas del *Second Treatise*, que luego hizo eco en la Declaración de Independencia de Estados Unidos:

pero si una larga serie de abusos, prevaricaciones y artimañas que tienden siempre hacia lo mismo hacen que el pueblo repare en que se está conspirando contra él, y las gentes no pueden darse cuenta de bajo quién están y adónde se las lleva, no es extraño que el pueblo se levante y trate de poner el gobierno en manos de quienes puedan garantizarle los fines para los que todo gobierno fue en un principio establecido.

(Locke, 1960: 216)

Estos pasajes se han usado a menudo para hacer que Locke aparezca como un teórico de la revolución. Sin

embargo, si se leen más detenidamente, parecen hacer menos que eso. Locke pensó a las revoluciones como cambios históricos dramáticos o como períodos de perturbación y desorden. Pensaba que tales rupturas podrían efectivamente “ocurrir” en el ámbito de la política. También pensaba que podrían (aunque raramente) ser provocadas por la resistencia política o la rebelión popular. Sea como fuere, consideraba al cambio político, sin importar cómo se precipitara, como solo un ejemplo de una categoría mucho más amplia: la de las revoluciones en el sentido general de los cambios y los desórdenes que se producen en el curso del tiempo humano. Tales cambios pueden resultar de la resistencia política o la rebelión popular, pero, según Locke razonaba, no necesariamente se definían en relación con ellos. Locke quería rescatar a la doctrina de la resistencia de ser asociada con la inestabilidad sin fin de las “revoluciones” constantes.

La forma de pensar de Locke se vuelve más comprensible a la luz de la evidencia disponible en Early English Books Online (EEBO), la base de datos de libros ingleses publicados entre 1473 y 1700. La colección de índices de palabras más accesible dentro de esa base de datos contiene 4258 ocurrencias de “revolución” entre 1533 trabajos publicados entre 1640 y 1700. También contiene 2931 apariciones de “revoluciones” entre 1224 trabajos publicados durante el mismo período (EEBO-TCP, Word Index [Phase I]). Tal y como uno podría esperar dada la etimología latina del término, las ocurrencias de “revolución” en esta base de datos connotan cualquier tipo de rotación (por ejemplo, el giro de las ruedas y círculos, la rotación de cuerpos celestes, de días, semanas o años, de épocas y tiempos). Por extensión, estos usos también podían connotar cualquier tipo de giro significativo en los asuntos humanos, ya sean lentos o rápidos, ordenados o desordenados, favorables o desfavorables. Los usos contemporáneos, por lo tanto, iban mucho

más allá de la rezagada y parsimoniosa definición de “revolución” que puede encontrarse en *The World of Words, or A General English Dictionary* de Edward Phillips (1678): “Una vuelta hacia atrás, el retroceso de los cuerpos celestes hacia su primer punto y la finalización de su curso circular”. “Revolución”, a diferencia de lo planteado por Hannah Arendt, no necesariamente implicaba un regreso al estado o posición original, como en el sentido astronómico.⁶

Las “revoluciones” podían tener una amplia gama de connotaciones similares. Pero su uso plural tenía, con frecuencia, un uso negativo, que sugería interrupciones, trastornos y desórdenes, giros en la fortuna, vicisitudes de muchos tipos que también podían ser provocadas por el movimiento del tiempo. En este sentido aleatorio, “revoluciones” podía estar aparentemente emparejado con “confusiones”, especialmente en las inciertas décadas de 1740 y 1750. En *A Discourse: Wherein is examined, What is particularly lawfull during the Confusions and Revolutions of Government* de Anthony Ascham, encontramos un uso interesante de este término. En su trabajo, publicado en 1648, el autor se preguntaba si, en efecto, era correcto someterse a cualquiera de los lados que ejerciese el poder durante las vicisitudes de una guerra civil. Se volvió a publicar en 1649 bajo un título ligeramente diferente, *Of the Confusions and Revolutions of Governments*. Más notablemente, reapareció cuarenta años después como *A Seasonable Discourse, Wherein is examined What is Lawful during the Confusions and Revolutions of Government; Especially in the Case of a King deserting his Kingdoms: And how far a Man may lawfully conform to the Powers and Commands of those, who with Various Successes hold Kingdoms*. El título de 1689 reconoce explícitamente la cuestión delicada del

6 En un célebre texto, Hannah Arendt argumentó que el significado astronómico de “revolución” era el convencional hasta fines del siglo XVII (Arendt, 1998: 56).

papel de la conquista, antes que el consentimiento, para resolver las confusiones políticas de 1688 y 1689.⁷ Sin embargo, quienquiera que modificó el título no vio la necesidad de recalibrar el texto a la nueva situación. El trabajo continuó abogando por la resignación en lugar de la celebración. La revolución aún no era “gloriosa” en sus páginas.

Los eventos de 1688 pronto se conocieron como “la Revolución Gloriosa”, pero no fueron los primeros en recibir esta designación. Irónicamente, una “siempre gloriosa y maravillosa revolución” se había celebrado en un sermón de 1676 que llamaba a los fieles para alabar a Dios, “con corazones alegres y agradecidos”, por la “feliz Restauración” de Carlos II (Dupont, 1676: 50). Los “pasajes secretos y las particularidades” de esta misma “Revolución Gloriosa” se explicaron con más detalle en un libro escrito por un tal John Price (1680). Solo después de otro giro notable de los acontecimientos en 1688, el término realizó su destino histórico. En 1690, como en años anteriores, se predicó un sermón ante la Cámara de los Comunes el 5 de noviembre para conmemorar la frustración de la conspiración de la pólvora en 1605. Pero William de Orange había cuasiconometrado su llegada a Inglaterra en 1688 para que coincidiese con el aniversario de este temprano día de liberación nacional del catolicismo.⁸ El sermón de 1690,

7 La Cámara de los Comunes condenó rápidamente como peligroso el libro de Charles Blount, *King William and Queen Mary, Conquerors, or, A Discourse endeavouring to prove that Their Majesties have on their side, against the Late King, the Principal Reasons that Make Conquest a Good Title* (1693). Argumentaba contra la postura oficial que planteaba que James II había abdicado su trono, el cual, luego, la Convención habría ofrecido libremente a William y Mary. Legitimar este cambio como el resultado de una conquista dejaba abierta la posibilidad de que pueda ser revertido por otro (como luego esperarían los jacobitas). Este aspecto de la Revolución Gloriosa como una invasión y conquista holandesa es resaltado por Jonathan Israel, en su artículo “The Dutch Role in the Glorious Revolution” (Israel, 1991: 105-162), y por Lisa Jardine (2008).

8 Sobre los debates políticos del siglo XVIII acerca de la fecha de la llegada de William y los argumentos para una fecha diferente (4 de noviembre), véase J. R. R. McConnel, (2012, 539-571).

en consecuencia, tuvo un doble propósito: ofreció una celebración del “aniversario de agradecimiento de la feliz liberación del Rey James I y los tres estados del reino, de la conspiración de la pólvora; y también por la feliz llegada de su presente majestad en este día, para la liberación de nuestra Iglesia y Nación del Papado y el poder arbitrario”.

Predicado por el capellán Samuel Freeman para William y Mary —los nuevos soberanos—, este sermón ofrece un notable uso temprano de “Revolución Gloriosa” para caracterizar los eventos de 1688. También es notable por la forma en que esboza un relato que más tarde se convertiría en la visión canónica. Por lo tanto, vale la pena citar algunos pasajes de longitud:

No menos visible que la Espada del Señor, fue la Espada de Gedeón, en nuestra última feliz Feliz [sic] y Gloriosa Revolución; cuando consideramos con qué invencible Espíritu de Sabiduría y Valor Su *Majestad* emprendió la Causa de nuestro País; qué generales fueron los Deseos e Inclinaciones que se encendieron repentinamente en los corazones de los hombres hacia Él, sus leyes y su religión; qué celo y vigor ardientes, qué Armonía Universal de Afectos, qué acuerdo perfecto de concilios y esfuerzos inflamó los senos de todos los hombres; qué extraña locura e infatuación cegó los Consejos de nuestros enemigos; qué miedos y cobardes culpables se apoderaron de sus espíritus; cómo todo fue provocado por una Victoria seca, sin el gasto de la Sangre entre nuestros amigos o enemigos; *debemos concluir, que Dios estaba con él de verdad y que fue él quien lo hizo prosperar.* (Freeman, 1690: 16)⁹

9 Un panfletista contemporáneo ofrecía una imagen más escéptica de la “más grandiosa revolución jamás conocida”. Notaba que los “fraudes políticos están y siempre han estado en acción en todos

Sabemos que la naturaleza y el resultado de la invasión holandesa de 1688 se siguieron disputando en 1690 y en los años posteriores. Los asuntos aún estaban lejos de arreglarse. Seguía habiendo desacuerdo sobre si James II había desertado o abdicado, si lo había derrocado el pueblo por una violación en la confianza o un contrato, si William y Mary habían llegado al trono por invitación, o por derecho de sucesión, o simplemente por la fuerza de las armas. Vista en ese contexto, la fuerza retórica de esta caracterización de la “Gloriosa Revolución” se vuelve más poderosa. La frase permitía retratar un gran cambio en la fortuna política, pero uno que fue enfáticamente terminado, uno que rápidamente se había convertido en la “reciente” revolución.¹⁰ Se describe a una “revolución” sin “confusión”, un cambio que se consideraría providencial, una transición ordenada y sin derramamiento de sangre, estabilizada por Dios en lugar del poder de la espada. Así, daba cuenta de una transformación que fue aún más decisiva para ser “feliz” y “gloriosa”. Aquellos que celebraron el resultado de 1688 de esta manera, querían hacer un cambio lo suficientemente grande como para que pueda mantenerse firme, uno que pudiese poner fin a las inestabilidades e incertidumbres que habían amenazado a la vida política británica durante gran parte de un siglo. La retórica de la “Revolución reciente y gloriosa” cumplió este propósito. Singularizada, capitalizada y glorificada, esta gran y tardía revolución no era solo

los reinos, revoluciones y naciones, lo cual es licencia suficiente para su pretendida legalidad” y observaba que “en este tiempo de nuestra revolución, hemos tenido una gran y extraña historia de largos cuchillos papistas, hornos e instrumentos de tortura [] con supuestas cartas, discursos y otros de ese tipo, para irritar a la gente y llevarla a obedecer la revolución”. Los rumores de soldados irlandeses desbandados por James II habían generado que buena parte de la población se levante en armas para luchar, pero no podían encontrar al enemigo. Véase Abraham (1870: 14-15).

10 [Nota de los traductores: El profesor Baker utiliza el término “*late revolution*” que, por su uso en esta oración, no solo remite a “reciente” sino también a “tardía” o, incluso, “última”].

una en una serie interminable de rupturas que el tiempo pudiese traer. La “Revolución Gloriosa” significó el fin de las “revoluciones y confusiones”. Significó cierre, clausura. Esta forma de celebrarla continuó durante el siglo XVIII y pasó eventualmente a la convención historiográfica.

Celebrar la “Revolución Gloriosa” como una revolución sin confusión también implicaba declararla una revolución sin rebelión. Su caracterización inicial como providencial permitió aclamar los cambios efectuados en 1688 de una manera que evitó el reconocimiento de cualquier acto de rebelión o el respaldo de un derecho de resistencia derivado de un contrato original de gobierno. Pero también se podía elogiar o denunciar, *ex post facto*, en términos más radicales. La posibilidad de reivindicar los eventos de 1688 como una manifestación justificable (y posiblemente repetible) de la voluntad colectiva del pueblo que se enfrentó al despotismo, estuvo en el corazón de las intensas maniobras políticas entre *whigs* y *tories* en el transcurso de las dos décadas posteriores. La lucha por definir los “principios de la revolución” quedó sin resolver. La “Revolución Gloriosa”, mientras tanto, podía aceptarse como un hecho realizado sin un acuerdo claro relativo a la naturaleza precisa y las implicancias de lo que realmente había sucedido en 1688.¹¹

Si la “Revolución Gloriosa” conjugó el uso en inglés de la palabra “revolución”, no transformó radicalmente ese uso. En la forma común de entender al término, las “revoluciones” todavía ocurrían, pero no se hacían. Una “revolución” se recordaba, se aprehendía, se experimentaba o se anticipaba como un hecho, en lugar de como un acto que podía imaginarse, emprenderse o proyectarse. La evidencia extraída de ECCO muestra que este conjunto de significados siguió siendo común en el mundo anglófono durante gran

11 Sobre esta cuestión, véase Rachum (1999: 80-100) y Kenyon (1977).

parte del siglo XVIII. Aunque todavía no es posible buscar los términos que coinciden con “revolución” o “revoluciones” en toda la base de datos de ECCO, este tipo de análisis de colocación se puede generar a partir de una muestra más pequeña pero más exhaustiva en ECCO-TCP, disponible en línea en la web del ARTL (un proyecto de la Universidad de Chicago). Las Figuras 3.1a y 3.2a muestran “nubes de palabras” que ilustran las coocurrencias con “revolución” entre 1700 y 1785 (estas fechas se eligieron por razones que pronto se aclararán, para evitar los efectos semánticos de la Revolución francesa); las Figuras 3.1b y 3.2b muestran tablas de las diez coocurrencias más frecuentes con “revoluciones” durante el mismo período.¹² En los usos más comunes del singular “revolución”, aparecen asociadas “última/tardía”, “repentina”, “feliz”, “nueva”, “extraña”, “total”, “gloriosa”, “grande”, “extraordinaria” o “general”. Estas descripciones contrastan con las más amenazantes “revoluciones”, que coocurren con “diferente”, “cambios”, “guerras”, “historia”, “frecuentes”, “estado”, “diversas”, “movimientos”, “violentas” y “repentinas”. De forma significativa, el término que aparece más comúnmente luego de “revoluciones” en la muestra es “sucieron”.

En este campo semántico, entonces, la revolución era un hecho, pero aún no era un acto colectivo; hubo revoluciones, pero no revolucionarios. La búsqueda en la base de datos de ECCO no revela el uso de “revolucionario” como un descriptor de acción política en inglés antes de la década de 1790, cuando el término comenzó por primera vez a aparecer en traducciones del francés y, luego, en términos generales, en referencia a los desarrollos franceses. Antes, “revolucionario” se utilizaba con mayor frecuencia en

12 Nótese que los análisis de colocación típicamente comienzan con la eliminación de aproximadamente un centenar de las palabras más utilizadas (por ejemplo, “the”, “and” y “of”).

inglés para referirse a un movimiento cíclico de algún tipo (por ejemplo, “el sublime esquema revolucionario del cielo”, en 1777), ocasionalmente a una persona o cosa cambiante y un par de veces a los principios del acuerdo constitucional de 1689. Sorprendentemente, los rebeldes estadounidenses no aparecen en esta base de datos como “revolucionarios”. Tampoco se los describe como tales en los trabajos que se encuentran en la base de datos de Early American Imprints. No aparece ninguna ocurrencia del término “revolucionario” entre 1770 y 1790 en Evans TCP, que tiene mejores capacidades de búsqueda (aunque es una versión significativamente más pequeña) de la Evans Early American Imprint Collection (aunque aparece, sin embargo, un solo ejemplo de “revolucional”).

Si parece que no había “revolucionarios” en la lengua inglesa antes de la década de 1790, sin embargo, sí había “revolucionistas”. Esta designación se utilizó por primera vez en las primeras décadas del siglo XVIII, no para describir a los actores políticos que habían llevado a cabo la Revolución Gloriosa, sino para caracterizar a quienes posteriormente sostuvieron sus principios contra el contragolpe jacobita. Rachum también cita la aparición, en el *Dictionarium Britannicum* de Nathan Bailey (1730), de la entrada “revolucioneros”, como “aquellos que aprobaron el gran giro en los asuntos después de la abdicación del rey James” (Rachum, 1999: 140).¹³ En esencia, estos primeros “revolucionistas” querían que la Revolución permaneciese cerrada: defendían la Revolución Gloriosa como un hecho consumado contra aquellos “antirrevolucionarios” (los jacobitas) que buscarían reabrir la o abortarla, o contra aquellos que la pondrían en

13 El hecho de que este término no aparezca en la base de datos de ECCO (como resultado de un error en las imágenes en las que se basa) señala la necesidad de ser muy cautelosos al momento de interpretar estos datos.

riesgo al presionar por medidas extremas para sostener sus logros.¹⁴ El término todavía connotaba compromiso con los principios de 1688 cuando lo asumieron Wilkes y sus partidarios en la década de 1760. Pero también estaba comenzando a transmitir algo más que la aceptación y el apoyo resueltos de esos principios. La continuación de Tindal de la *History of England* (1758) de Rapin, hablaba de “revolucionistas y obedientes”, y se usaba el primer término para describir a aquellos que habían roto activamente su lealtad a James II, y el segundo para caracterizar a aquellos que simplemente habían aceptado el cambio de gobierno (Tindal, 1758: 35). En *Brief History of England, both in Church and State* de John Lindsay (1763), esta implicación de acción parece generalizarse en el término “revolucionista” (en este caso, cuando corta la conexión particular del término con la Revolución Gloriosa) al encontrar “revolucionistas” (y sus “principios de revolución”) comprometidos en los conflictos de las guerras de las Rosas (Lindsay, 1758: 98-99).¹⁵ En una publicación wilkisita de 1766, “un Revolucionista” declaró que la Revolución Gloriosa aún no había acabado: “Hagámosla perfecta en el año 1764, un trabajo tan bien planeado y gloriosamente iniciado”, reiteró citando una publicación anterior. “El camino sigue abierto, si no estamos demasiado *degenerados*, y si todos los principios del espíritu público y apego a nuestro país no están *totalmente* muertos o corrompidos en nosotros”. El autor de otro tratado wilkisita, que también se apodaba a sí mismo “un revolucionista”, declaraba de forma similar por la renovación de la lucha entre la libertad y la esclavitud (AA. VV., 1766: 96; AA. VV., 1769: 116).

14 Véase, por ejemplo, Mackenzie (1706: 20) (“todos los revolucionistas honestos deben estar en contra de ellos [los jacobitas]”); Place (1710); Barrington (1714: 14, 27-28); AA. VV. (1717: 43).

15 El autor de *History of the British Dominions in North America* (1773: 265) utilizó el término de forma similar al describir a “aquellos viejos revolucionistas españoles”.

La respuesta de Catharine Macaulay en 1770 a *Thoughts on the Present Discontent* de Edmund Burke parece ir todavía más allá hacia una activación de la noción del revolucionista. Macaulay juzgó ásperamente “al malvado sistema político establecido por los líderes de los revolucionistas en el reinado del rey William”, que “hicieron a la corona lo suficientemente fuerte como para desafiar a todos los grupos” (Macaulay, 1770: 12). Una crítica similar se encuentra expresada en un tratado contra la ley de libelos de 1777:

¡Ojalá los ojos de nuestros antepasados hubieran estado bien abiertos ante Dios, para ver las consecuencias de lo que los revolucionistas no corrigieron! Porque al dejar esos orificios de fuga en la embarcación estatal sin reparar [] los timoneles la han conducido a rocas y arenas movedizas para una seguridad fingida, hasta que la libertad ha sido tan circunscrita y cercada, que casi ha perdido su virtud. (Anónimo, 1777: 62)

Malditos aquí por haber hecho muy poco, los “revolucionistas” de 1688 fueron condenados en otros lugares por haber hecho demasiado. Lejos de haber depositado demasiado poder en el ejecutivo, una publicación ministerial de 1783 los acusaba de haber “corrido hacia el otro extremo, lo que redujo rápidamente la prerrogativa” (Buckington, 1783: 12). En ese mismo año, Macaulay estaba usando “revolucionistas” para describir a los incipientes *whigs* que habían intentado excluir al futuro James II del trono en 1780-1781, así como también para designar a (algunos de ellos “revolucionistas exaltados”) que habían reemplazado a James II con William de Orange en 1688 (Macaulay, 1783: 77, 312).

Los usos de las décadas de 1770 y 1780 sugieren una tendencia hacia la utilización del significado de “revolucionista” para describir a aquellos que implementan o presionan

por un cambio político. Y es tentador pensar que esta tendencia podía estar vinculada con los acontecimientos que se desarrollaron en América durante estas décadas. Sin embargo, no pareciera existir un vínculo semántico directo. Early American Imprints TCP ofrece solo dos usos de “revolucionista” en América antes de 1790 y ambos se refieren simplemente a personas que se consideraban verdaderos defensores de los principios de la Revolución Gloriosa. De hecho, ya en la década de 1770, los estadounidenses a ambos lados de su conflicto político continuaban, junto con sus primos ingleses, apelando a “la Revolución” —cuando se referían al acuerdo constitucional de 1688— para justificar su posición. Solo gradualmente los leales comenzaron a denunciar a sus oponentes por “proponer” o “proyectar” una nueva revolución, o por estar decididos en persistir “hasta que se produzca una revolución política completa” (Chandler, 1774; 1775: 31).¹⁶ En su refutación, se hablaba de la necesidad de “otra gloriosa y necesaria revolución” (Casca, 1775a).¹⁷

También hubo un esfuerzo audaz para reescribir a Locke y para radicalizar el significado de la Revolución Gloriosa, en *An Essay upon Government. Adopted by the Americans: Wherein, the Lawfulness of Revolutions, are demonstrated in a Chain of Consequences from the Fundamental, Principles of Society*. Este folleto es particularmente intrigante por la forma en que pretende ser una justificación contemporánea de la Revolución de 1688 cuando afirma que “nos da una noción correcta de las revoluciones en el gobierno [] nos muestra hasta qué punto las revoluciones pueden ser legales [y] nos enseña cómo deben administrarse con regularidad” (Anónimo, 1775: 113). En efecto, parece acercarse más

16 “la revolución proyectada” (Chandler, 1774: 50); “el objetivo de la revolución que ellos proponen” (Chandler, 1774: 52); “hasta que una revolución política completa sea realizada” (Chandler, 1775: 37).

17 “otra revolución gloriosa y necesaria” (Casca, 1775a: 203); “otra revolución” (Casca, 1775b: 220).

que cualquier otro ejemplo a redefinir “revolución” como una acción (un acto de resistencia legítima) más que como un resultado.

Sin embargo, esta apertura semántica se cerró rápidamente; revolución pronto volvió a ser un *fait accompli*, un hecho consumado más que un proyecto. En septiembre de 1776, *American Independence Vindicated*, un sermón que explicaba la Declaración de Independencia, pudo anunciar que “desde esta poderosa revolución que ha tenido lugar en América, debe haber por necesidad un cambio en nuestros modos de gobierno” (Whitney, 1776: 48). Un año más tarde, *The Genuine Principles of the Ancient Saxon or English Constitution* podía hablar de “los eventos que han dado a luz a esta poderosa revolución” y Benjamin Rush, en sus *Observations upon the Present Government of Pennsylvania*, remarcaba “lo repentino de esta última revolución” (Demophilus, 1776: 40; Rush, 1777: 3). En 1778, *An Oration on the Advantages of American Independence* contemplaría “los frutos de nuestra gloriosa revolución” y Paine —en *The American Crisis, V*— podía celebrar “la más virtuosa e ilustre revolución que haya conagrado a la historia de la humanidad” (Ramsay, 1778: 14; Paine, 1778: 83). En Estados Unidos, “la Revolución” ahora ya no hacía referencia a ese cambio de asuntos ocurrido en 1688. Ahora significaba “Revolución americana”, la transformación política explicada al mundo por el Congreso en sus *Observations on the American Revolution* (1779). Se refería ahora al gran cambio celebrado en 1782 en *A Memorial of Lexington Battle, and of Some Signal Interpositions of Providence in the American Revolution*, como “la gloriosa Revolución americana que, en el curso de la naturaleza, y por la voluntad del Cielo, se ha abierto en nuestros días” (Payson, 1782: 6).

Un aspecto remarcable de la Revolución estadounidense parece ser que “revolución” pasó rápidamente, en los

impresos americanos tempranos, de connotar un cambio anticipado a uno que ya había ocurrido. Semánticamente, fue la “última revolución” casi tan pronto como “la presente revolución”; en esto, 1776 se mantuvo muy similar a 1688. “Revolución” continuó connotando un cambio dramático, pero un cambio mucho más similar a un efecto que a un cambio como un proceso; un cambio mucho más similar a un hecho establecido que a un cambio como un acto colectivo continuo. Solo con la Revolución francesa vino el término a designar un dominio de lucha continua, un espacio de acción en expansión hacia un horizonte político indefinido, un momento de ruptura constantemente extendido y energizado por la urgencia de una nueva concepción del tiempo.

3.2. Repensar la revolución

Tanto en francés como en inglés, al menos desde mediados del siglo XVII en adelante, “revolución” era comúnmente invocada para referirse a las vicisitudes de la fortuna, las mutaciones en asuntos humanos, y las inestabilidades y desórdenes dentro del flujo del tiempo humano. La presencia de este uso, junto con la metáfora astronómica, es abundantemente clara en los diccionarios franceses de la época. Desde 1680 en adelante, el diccionario de Pierre Richelet la definía como: “Revolución. Problemas, desorden y cambio” y omitía por completo la definición astronómica. Antoine Furetière complementó la definición astronómica mediante la adición de “revolución, también se utiliza para cambios extraordinarios que se producen en el mundo”. El diccionario de la Academia Francesa de 1694 imitó el gesto y definió revolución como una “vicisitud, un gran cambio de fortuna, en las cosas de este mundo”, sugiriendo

“grande, rápido, repentino, inesperado, extraño, maravilloso, asombroso” como adjetivos apropiados para describirla. Unos veinte años después, en 1717, la Academia dio una dimensión específicamente política a su definición, y agregó “el cambio que se produce en los asuntos públicos, en las cosas de este mundo”. La *Encyclopédie* de Diderot y d’Alembert llevó más allá esta especificación del término: “Revolución [] *en términos políticos*, significa un cambio considerable en el gobierno de un estado”. Mientras tanto, el profundamente conservador *Dictionnaire de Trévoux* de los jesuitas continuó enfatizando las connotaciones negativas del término al registrar su significado como “cambios extraordinarios que ocurren en el mundo: desgracias, malas fortunas, colapsos” (Richelet, 1680: [2] 316; Furetière, 1690: [3] s. v. *révolution*; Dictionnaire de l’Académie française, dédié au Roi, 1694: [2] 406; Dictionnaire de l’Académie française, dédié au Roi, 1717: [2] 512 [y ediciones subsiguientes]; Diderot y d’Alembert, 1751-1765: [14] 337; Dictionnaire universel français et latin, 1704: [3] s. v. *révolution* [y ediciones subsiguientes]).¹⁸

Este mismo patrón de significados se repite en los análisis de colocación generados por la base de datos ARTFL. La palabra utilizada con más frecuencia para caracterizar “revolución” entre 1650 y 1787 fue “grande”. Luego viene “feliz”, aunque hay que señalar que casi todas estas ocurrencias aparecen después de 1750 y se referían a cambios psicológicos más que políticos.¹⁹ Otros términos favorecidos eran “repentino (*subite*)”, “nuevo”, “extraño”, “general”, “repentino (*soudaine*)” y “último” (ver Figuras 3.3a y 3.3b). Este patrón se repitió en gran medida (aunque sin “feliz”) en casos de «*révolutions*», que eran “grandes” más a menudo,

18 Los términos en francés son del autor, salvo que se indique expresamente.

19 Véase más abajo para algunos usos de “feliz” para describir revoluciones en política y gobierno que no aparecen en la base de datos ARTFL.

pero también eran comúnmente “diferentes”, “ocurrieron”, “frecuentes”, “repentinas”, “terribles”, “nuevas”, “diversas” y “continuas” (ver Figuras 3.4a y 3.4b). Ya sea plural o singular, “*révolution*” en el sentido predominante del siglo XVIII fue una categoría *ex post facto* de entendimiento histórico. Era el nombre de algo que ya había sucedido, a menudo de manera abrupta y sin la elección consciente de los actores humanos. No era un guion para la acción política o social. Las revoluciones ocurrieron, tal vez podrían incluso anticiparse, pero fueron vistas desde el exterior más que en el interior, observadas en el pasado o experimentadas de forma pasiva en el presente. Esta connotación del término dio origen a todo un género de escritura política del siglo XVIII, como ha demostrado Jean-Marie Goulemot. Bajo el título de *Histoire des révolutions* de varios países, estas obras describían las vicisitudes políticas que afligían a muchos estados y naciones, y mostraron un claro contraste con la continuidad y el orden al que aspiraba el absolutismo francés (Goulemot, 1975). Incluso tan tardíamente como en 1798, el diccionario de la Academia Francesa se remontaba a esta tradición al observar que “uno dice, las revoluciones romanas, las revoluciones de Suecia, las revoluciones de Inglaterra, para referirse a los cambios memorables y violentos que han agitado a estos países” (Dictionnaire de l'Académie française, 1798: [2] 499).

Mucho cambió después de 1789, a medida que el momento de la revolución se expandía y extendía desde dentro para crear un dominio de experiencia vivida, con su propia dinámica y su propia cronología. Ya no vista únicamente desde fuera o a través del lente de la retrospectiva histórica, revolución surgió como un presente inmediato en un marco de acción que se abría al futuro. “Revolución” se convirtió en el nombre de un acto político colectivo que anuncia el nacimiento de un nuevo mundo. Es difícil no ver el papel de la Ilustración en la creación de las condiciones de

posibilidad para este cambio. Si miramos los usos de “*révolution*” en la *Encyclopédie* de Diderot y d'Alembert, vamos a ver —aquí como en otros aspectos— el peso pesado del pasado. En general, el campo semántico de “*révolution*” en la *Encyclopédie* no difiere significativamente del de la base de datos ARTFL. El propio d'Alembert recurrió a un uso convencional de la palabra, al expresar su esperanza de que la *Encyclopédie* se convierta en una especie de santuario que pudiese salvaguardar el conocimiento humano de los estragos del “tiempo y las revoluciones”. Pero también celebraba al Renacimiento en términos que dieron a “*revolución*” una glosa más favorable: “Para escapar de la barbarie, la raza humana necesitaba una de estas revoluciones que le dan al universo un rostro diferente” (Diderot y d'Alembert, 1751-1772: [I], XXXVIII, xx). El artículo de Diderot que describe la naturaleza y los propósitos de la *Encyclopédie* sugieren un cambio que podría estar en marcha.

En este artículo, que definía el proyecto filosófico completo de la obra, la *Encyclopédie* se anticipaba a su propia obsolescencia como consecuencia de “la *revolución* que ocurrirá en las mentes de los hombres y en el carácter nacional” a medida que avanzase la razón. El conocimiento no es infinito, reconoce Diderot. De hecho, es un argumento cardinal de su definición de la *Encyclopédie* que el conocimiento humano está inherentemente limitado, restringido a lo que los seres humanos pueden inferir de sus propias sensaciones e ideas, y siempre destinado a quedar muy lejos de la visión de Dios desde la cual el universo sería una gran verdad y un gran dato. Sin embargo, precisamente porque es limitado, el conocimiento puede y debe progresar. Por este motivo, sostenía Diderot, “las revoluciones son necesarias; siempre ha habido revoluciones y siempre las habrá” (Diderot y d'Alembert, 1751-1772: [5] 637). Desde esta perspectiva filosófica, las revoluciones dejan de ser meras

vicisitudes. Ellas proporcionan el mecanismo de cambio para la transformación indefinida del conocimiento y, por lo tanto, de la sociedad.

La definición de Diderot de la *Encyclopédie* apunta a una revalorización del cambio y de “revolución” como su manifestación, que se encuentra en el corazón de la Ilustración. Los defensores de la monarquía absoluta y el republicanism clásico compartían una convicción común de que el desorden y la vicisitud (el estado natural de la existencia humana, que derivaba del juego inestable de las pasiones) era un estado peligroso que debía ser contenido mediante la imposición del orden (ya sea a través de la autoridad de un monarca absoluto o por la inculcación de esa virtud cívica mediante la cual los intereses individuales eran artificialmente identificados con el bien común). Los pensadores de la Ilustración, por el contrario, comenzaron a ofrecer una visión diferente de la existencia humana basada en el orden de la sociedad (un orden, ahora cada vez más, imaginado a la vez como la creación y el marco de la actividad humana, así como también una entidad autónoma dotada de un mecanismo que produce estabilidad a través del mismo proceso de transformación constante).

Entendida de esta manera, la sociedad debía tener una historia y una lógica muy diferentes a las interminables vicisitudes del tiempo histórico que estaban implicadas en el uso convencional del término “revolución”. Contra la noción tradicional de una sucesión de revoluciones que introduce cambios abruptos o trastornos políticos que generalmente eran negativos en sus efectos, la filosofía de la Ilustración establece una visión de otras revoluciones que toman forma como transformaciones sociales y culturales a largo plazo, a la vez más profundas y beneficiosas. Además, en la medida en que la historiografía ilustrada tomó como su objeto la historia mundial —la historia de la

civilización humana en su conjunto—, las revoluciones que identificó como procesos dinámicos de transformación tuvieron trascendencia universal. No fueron simplemente eventos locales, sino fenómenos de significancia histórica mundial. Fundamentales para el progreso humano, fueron “ruedas en la máquina del universo”, para citar la notable frase de Voltaire (Mailhos, 1968: 84-92; Baker, 1990: 213). El manifiesto filosófico que Condorcet ofreció a la *Académie française* en su discurso de recepción de 1782 aseguraba a sus oyentes (y lectores subsiguientes) que podrían “esperar todo con el tiempo, cuyo efecto infalible es traer revoluciones felices y grandes descubrimientos”. Una nota manuscrita preparada para una edición revisada de ese discurso establecía esa visión de cambio en contra de la noción (republicana clásica):

de que la raza humana solo puede esperar alcanzar la felicidad mediante la revolución violenta en un país donde esté oprimida, que las sociedades tienden a la corrupción a menos que la legislación otorgue a los hombres ese amor inquebrantable de la libertad que excita el faccionalismo y las peleas, y los divide en partidos mutuamente sospechosos, y que una paz que no sea una servidumbre vergonzosa, una verdadera muerte política, solo puede subsistir como resultado del equilibrio entre las fuerzas contrarias, cada una de las cuales tiende a romperlo. (Condorcet, 1976: 7, 22)

La primera concepción de la revolución, insistió Condorcet, llevaría al progreso a través del avance indefinido de las luces; la segunda resultaría en “el desorden o el desaliento general”.

Así, en el lenguaje de la Ilustración, las “revoluciones”, entendidas como el desorden de los acontecimientos en

el flujo del tiempo humano y como una expresión de la inestabilidad de todas las cosas humanas, comenzaron a entenderse como expresiones de la dinámica del proceso de transformación que adelanta el progreso de la mente humana. “Todo lo que veo es la siembra de las semillas de una revolución que está obligada a ocurrir y que no tendré el placer de presenciar”, se regocijaba Voltaire en 1764. “La Ilustración se está extendiendo hasta tal punto que a la primera oportunidad habrá una gran explosión y, luego, habrá un buen quehacer. Nuestros jóvenes son muy afortunados, porque verán grandes cosas”.²⁰ Los *philosophes* no solo expandieron el concepto de revolución para que adquiriera un significado universal; también comenzaron a modificar las connotaciones cronológicas del término. Conceptualizada como un proceso extendido, la revolución constituyó un dominio de la experiencia vivida y ofreció un nuevo horizonte de expectativa. En este sentido, la Ilustración en sí misma era entendida como una profunda revolución que ya había comenzado a desarrollarse, un proceso de transformación cultural que estaba reorientando las expectativas hacia el futuro.²¹

Vistos con este prisma, los eventos en Francia comenzaron a tomar un nuevo color. “La revolución está siendo preparada, la feliz época ya está siendo anunciada, cuando el augusto monarca que gobierna Francia va a reconocer a todos sus súbditos como sus hijos”, proclamó el líder hugonote Rabaut Saint-Etienne (1779), mientras contemplaba la posibilidad de que una reforma pudiese garantizarles

20 Voltaire a Chauvelin, 2 de abril de 1764 (Besterman, 1953-1965: carta 10968); para una frase similar, véase Baker (1990: 214-215).

21 Sobre esta cuestión, véase el clásico ensayo de Reinhart Koselleck (1985) [Nota de traductores: Hay edición en español: Koselleck, R. (1993). *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós] y Hartog (2003).

derechos civiles a los protestantes.²² Cuando, una década más tarde, el editor de la sección de la *Encyclopédie méthodique* dedicada al gobierno local, Jacques Peuchet, declaraba que “los *buenos viejos tiempos* son una quimera y el grito de guerra de la ignorancia e imbecilidad”, expresaba un estado de ánimo cada vez más generalizado en los últimos años de una monarquía reformadora e ilustrada. Durante esos años puede verse una verdadera cascada de propuestas de reformas legales, fiscales y constitucionales. Cada una se celebró como la propuesta de otra “revolución feliz”. Discutiendo a las asambleas provinciales introducidas en Francia por Loménie de Brienne en 1787, Peuchet caracterizó este cambio como el fruto del progreso intelectual que había llevado a Europa a su “estado actual de civilidad e iluminación” (Peuchet, 1789: [9] *Police et municipalités*, lxiv).²³ Su trabajo resumía la creencia en el progreso humano como una sucesión de revoluciones benéficas en la mente humana que culmina en una transformación universal de la sociedad civil. El humor de los *cahiers de doléances* que Luis XVI presentó ante sus súbditos en 1789 también es revelador en este punto. “*Hereuse*” (feliz) fue, por mucho, el término más frecuente para calificar “*révolution*” en estos documentos (ver Figura 3.7).

En el discurso de la Ilustración, entonces, la noción de “revolución” fue universalizada y reorientada desde el pasado al futuro, y asumió un conjunto de significados totalmente nuevos al comenzar a designar un proceso de transformación al interior de la sociedad moderna. No hace falta decir, sin embargo, que la concepción de la sociedad que tenía la Ilustración tuvo sus críticos durante el siglo XVIII. Tampoco sorprende que, al acusar a la sociedad,

22 Para este y otros ejemplos de “revoluciones felices”, véase Reichardt (1973: 338-342).

23 Citas completas en Baker (1990: 216).

estos críticos también le dieron una valencia bastante diferente a “revolución”.

El tono lo puso Rousseau, el gran hereje de la Ilustración, en un celeberrimo pasaje de *Emile*:

Confiáis en el orden actual de la sociedad sin pensar que ese orden está sujeto a revoluciones inevitables, y que os es imposible prever ni prevenir la que puede afectar a vuestros hijos. El grande se vuelve pequeño, el rico pobre, el monarca súbdito: los golpes del destino, ¿son tan raros que podáis contar con quedar exentos de ellos? Nos acercamos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones. ¿Quién puede respondernos de lo que será entonces de vosotros? Todo cuanto han hecho los hombres, los hombres pueden destruirlo.

(Rousseau, 1990: 257-258)

Rousseau está retomando claramente el significado convencional de revolución, que implica vicisitudes y cambios, el inevitable juego de la fortuna en todos los asuntos humanos. Pero también señala un vínculo entre “revolución” y “crisis” que vale la pena destacar, especialmente en relación con el republicanismo clásico que formaba gran parte de su pensamiento. En el lenguaje del republicanismo clásico, la virtud cívica —el compromiso activo de los ciudadanos con el interés común por sobre sus intereses particulares— no es ni natural ni racional: es una pasión producida y mantenida solo por un orden político fundado en la libertad y las buenas leyes. Depende, además, de la supresión constante de la pasión contraria, que colocaría los intereses individuales por encima del bien común. De ello se desprende que el problema central del republicanismo clásico es sostener la virtud cívica y, con ella, la vida del cuerpo político a través del tiempo. De allí proviene la centralidad de las

metáforas orgánicas para el lenguaje político: imágenes de vigor y debilidad, salud y enfermedad, vida y muerte. De ahí, también, la metáfora de crisis: el momento en el que la existencia misma del cuerpo político pende de un hilo, en el que recuperará su salud y vigor, o caerá en una enfermedad irreversible y fatal. En la medida en que el republicanismo clásico fue asumiendo la forma de una crítica al crecimiento de la moderna sociedad comercial, la noción de crisis se amplió para describir los efectos de las fuerzas destructivas dentro de dicha sociedad. En este caso, la riqueza y el lujo alimentan el despotismo que, a su vez, era sostenido por los tribunales, ministros y ejércitos permanentes.²⁴

Así, hubo un nuevo tono profético en la advertencia de Rousseau. La revolución como crisis extendida —un “siglo de revoluciones”— se convirtió aquí en el anverso de la concepción que tenían los *philosophes* de la revolución como un proceso de transformación prolongado. Los *Annales politiques* de Linguet retomaron este pronóstico negativo vociferantemente, quizás la más irresistible publicación en francés de todo el período prerrevolucionario. La visión de Linguet de una “revolución singular que amenaza a Europa” puso de cabeza a la teoría ilustrada del progreso de la sociedad civil. Mientras otros celebraban el surgimiento de la sociedad comercial moderna desde el colapso del feudalismo, Linguet se lamentaba por el empobrecimiento y la explotación de las masas. Veía solo dos posibilidades. O bien los oprimidos, controlados por una fuerza militar, se marchitarían en la miseria silenciosa y la prosperidad europea sería destruida por la inanición; o las masas encontrarían “algún nuevo *Espartaco*, envalentonado por la desesperación, iluminado por necesidad, que llamaría a sus camaradas en la miseria a

24 Para la discusión histórica clásica sobre estos temas, véase Pocock (1975). [Nota de traductores: Hay traducción al español; Pocock, J. G. A. (2002) *El momento maquiavélico*. Tecnos].

una verdadera *libertad* mediante la destrucción de las leyes asesinas y engañosas que hacen que sean malentendidos” (Linguet, 1777-1780: 84, 104).²⁵

La idea de un nuevo Espartaco difícilmente pueda considerarse novedosa. En la versión de 1774 de *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, Raynal apelaba a los soberanos del mundo para que aboliesen la esclavitud africana en el Nuevo Mundo a la vez que apuntaba un escenario alternativo: la pesadilla de una revuelta masiva de esclavos. La creación de colonias de esclavos fugitivos y otras formas de resistencia ya estaban ofreciendo “muchos indicios de la inminente tormenta”, se dijo a los lectores de la *Histoire philosophique et politique*. A los esclavos les faltaba solo “un líder, suficientemente valiente, que los guiara a la venganza y masacre”.

¿Dónde está él, este gran hombre a quien la naturaleza tal vez deba al honor de la especie humana? ¿Dónde está él, este nuevo Espartaco que no encontrará un Craso? Entonces el código negro no será más; y qué espantoso será el código blanco si el conquistador solo considera los derechos de represalia. Hasta que se produzca esta revolución, los negros gimen bajo el yugo de su trabajo, cuya descripción no puede dejar de interesarnos más y más en su destino. (Raynal, 1774: [4] 227)²⁶

El lenguaje utilizado aquí era bastante alarmante. Pero unos años más tarde, en la revisión de 1780 de la *Histoire philosophique et politique*, la advertencia de la insurrección inminente se había vuelto más aguda y aún más aterradora.

25 Para una discusión más amplia, véase Baker (1990: 216-217).

26 Le agradezco a Mary Auburn Miller por la ayuda en encontrar esta edición. Una traducción al inglés apareció en 1776 ([1776]. *A Philosophical and Political History of the Settlements and Trade of the Europeans in the East and West Indies*, trans. J. Justamond, 5 vols., vol. 3, p. 466).

El pasaje en su versión revisada exige una transcripción completa, incluso a riesgo de alguna repetición.

¿Dónde está él, este gran hombre a quien la naturaleza debe a sus afligidos, oprimidos y atormentados niños? ¿Dónde está él? Aparecerá sin duda, se revelará a sí mismo y elevará el estandarte sagrado de la libertad. Esta venerable señal reunirá a su alrededor a sus compañeros en desgracia. Más violentos que un torrente, dejarán en todas partes, detrás de ellos, huellas indelebles de su justo resentimiento. Españoles, portugueses, ingleses, franceses, holandeses todos sus tiranos serán víctimas de fuego y espada. Las llanuras de América beberán en la exaltación la sangre que han esperado por mucho tiempo y los huesos de tantos desgraciados, amontonados durante tres siglos, saltarán de alegría. El Viejo Mundo se unirá en aplauso con el Nuevo. El nombre del héroe que ha restaurado los derechos de la humanidad será bendecido en todas partes; en todas partes se levantarán monumentos para su gloria. Entonces, el código negro ya no existirá y qué espantoso será el código blanco si el conquistador considera solo el derecho de represalia.

Hasta que se produzca esta revolución, los negros gimen bajo el yugo de su labor, cuya descripción no puede dejar de interesarnos más y más en su destino
(Raynal, 1781a: [6] 139).

¿Qué significaba, entonces, “revolución” para Raynal y sus colaboradores? ¿Se había convertido en un sinónimo de insurrección —un acto colectivo violento en sí mismo— o todavía hacía referencia al cambio radical de facto que resultaría una vez que la insurrección haya ocurrido? ¿Es “revolución”

ahora un proceso más que un evento? ¿Es ahora una acción o un resultado? Para responder a estas preguntas, y para obtener más evidencia de los significados de “revolución” en vísperas de la Revolución francesa, podríamos ver la presencia más amplia del término en la *Histoire philosophique et politique*. Este trabajo fue, después de todo, el más grande y dramático fenómeno editorial más dramático de las décadas de 1770 y 1780. Explotando en una serie de versiones cada vez más radicalizadas, proliferó mediante una serie de ediciones, reediciones, suplementos, selecciones y extractos, y se lo tradujo rápidamente a muchos idiomas. A la vez que las condenas oficiales le proporcionaban publicidad adicional y los editores rivales competían para satisfacer una demanda cada vez más voraz del público, sus diversas manifestaciones alimentaron un mercado que era casi imposible de saciar. Concebido y dirigido por Raynal, pero moldeado durante su período de publicación por un gran número de colaboradores (sobre todo Diderot), este trabajo definió y ejemplificó un horizonte político cambiante. La popularidad del libro lo convierte en una opción obvia para profundizar la exploración de los significados del término *révolution* durante estas últimas décadas del Antiguo Régimen.²⁷

La búsqueda del término “*révolution*” en la versión inicial de *Histoire philosophique et politique* publicada en 1770 revela un uso convencional, que describe diferentes tipos de cambios, vuelcos en la fortuna, eventos imprevistos y procesos de transformación. Significativamente, la coocurrencia más común (y la única realmente fuerte) del término en plural es con “frecuente” (ver Figuras 3.5a y 3.5b; pero es remarcable el hecho de que solo los volúmenes 1 y 6 de la

27 Para acceder a la más útil introducción general, compilación bibliográfica y recepción de la *Histoire philosophique et politique*, así como a trabajos recientes sobre esta obra, véase la edición crítica editada por A. Strugnell, A. Brown, C. P. Courtney, G. Dulac, G. Goggi y H.-J. Lüsebrink en el 2010, pp. xxvi–lii; Israel (2011: 413-442).

edición de 1770 están disponibles en ARTFL para este análisis de la colocación). La *Histoire philosophique et politique* abunda en *révolutions*, con una presencia cada vez mayor del término a medida que su tamaño se incrementaba en sus sucesivas ediciones. Encontramos revoluciones presentes y revoluciones pasadas, revoluciones accidentales, revoluciones necesarias, revoluciones felices, revoluciones desastrosas, revoluciones por anticipar, revoluciones por acelerar y revoluciones que dan temor. Al mismo tiempo, el uso de *révolution* en singular señala la importancia del término al caracterizar también los procesos de transformación más amplios: la revolución en el comercio, en las costumbres, en las mentes (Figuras 3.6a y 3.6b). De hecho, y tal y como sugieren sus primeras oraciones, se puede considerar que la *Histoire philosophique et politique* está estructurada precisamente en torno a la cuestión de la relación entre dos nociones de revolución: revolución como vicisitud y revolución como transformación a largo plazo.

El libro inicia, en cada una de sus diversas ediciones, postulando que la transformación global que ha resultado del descubrimiento europeo de las Indias Este y Oeste constituye un evento más significativo que cualquier otro “para la humanidad en general y para los pueblos de Europa en particular”:

Así comenzó una revolución en el comercio, en el poder de las naciones, en las costumbres, la industria y el gobierno de todos los pueblos. En este momento los individuos en los países más lejanos se convirtieron en necesarios entre sí; los productos de los climas ecuatoriales se consumen en aquellos cercanos al polo; la industria del norte se transporta hacia el sur; las telas orientales se visten en el oeste y la gente en todas par

tes comparte sus opiniones, sus prácticas, sus remedios, sus virtudes y sus vicios. (Raynal, 2010)

¿Esta transformación era estable? ¿Podría, o debería, ser benéfica? Tan pronto como fue inscripta como una *révolution* en la primera página de *Histoire philosophique et politique*, se conjura el espectro de las “revoluciones” en general, *révolutions* como variaciones sin fin ni significado.

Todo ha cambiado y todo debe cambiar de nuevo. Pero ¿han sido las revoluciones del pasado —y aquellas que deben continuarlas— útiles para la naturaleza humana? ¿La humanidad les agradecerá algún día por más tranquilidad, virtud y placer? ¿Pueden hacer un estado mejor, o simplemente lo cambian?

(Raynal, 2010: 23)

La *Histoire philosophique et politique* retrata así una transformación del mundo moderno que depende del descubrimiento europeo, por accidente, de nuevas tierras más allá de los mares. Ofrece un relato de la historia del presente y del presente como historia. Mira al pasado para captar el presente y al presente para imaginar las posibilidades del futuro. Es una historia mundial, no solo en su visión de los procesos sociales de globalización que integran las fortunas de los pueblos lejanos, sino también en su perspectiva universal. Como una “historia filosófica”, es una historia de la humanidad, la obra del filósofo que se ha liberado a sí mismo de sus preocupaciones y atributos personales y elevó su mente para juzgar los asuntos humanos “por encima de la atmósfera” (el punto que una vez ocupó la deidad) (Raynal, 2010: 24). Pero también es una historia política, la historia de un mundo en un flujo constante, de cambio y contingencia, acción e interacción, vulnerabilidad y oportunidad,

fortunas cambiantes y cálculos estratégicos. Ofrece una narrativa en desarrollo de estados y pueblos, de competencia global, de libertad y opresión, de derechos alcanzados y de derechos negados.

En esta historia, la contemporaneidad, la inmediatez y la universalidad se cruzan en el punto donde el vergonzoso pasado de la humanidad se encuentra con su todavía incierto futuro. Y a medida que la obra se extiende en versiones sucesivas, da a sus lectores (casi como si estuvieran en un noticiero) el que quizá sea el relato temprano más influyente sobre la Revolución estadounidense. La primera versión del texto, cuando aparece en 1770, comienza con el descubrimiento europeo de América, y concluye su relato de los siglos posteriores declarando inevitable la separación definitiva del continente americano de sus amos europeos. Pero si apoya las demandas de representación de los colonos norteamericanos como esenciales para su libertad, sin embargo, advierte de los riesgos de buscar una independencia absoluta. También apunta a los peligros que crearían los poderes europeos al acelerar:

una revolución que los entregaría de un enemigo vecino solo para darles uno distante aún más formidable. ¿Por qué acelerar un evento que debe surgir de la inevitable concurrencia de tantos otros? [] Todo conspira al gran desmembramiento, el momento preciso que no se puede prever. Todo conduce a ello, el progreso del bien en el nuevo hemisferio y el progreso del mal en el viejo. (Raynal, 1770: [6] 425)

Cinco años después, esta sección final de *Histoire philosophique et politique* apareció en Filadelfia como *The Sentiments of a Foreigner, on the Disputes of Great-Britain with America. Translated from the French*. El impulso de las

colonias americanas hacia la completa independencia que había advertido, no parecía haber disminuido. Tampoco desalentó a los enemigos europeos de Gran Bretaña ni, en especial, a los franceses, a apoyar la resistencia colonial. Por el momento la versión final de la *Histoire philosophique et politique* apareció en 1780, ya había que dar cuenta de una Revolución americana, una Guerra de la Independencia, y una intervención militar de Francia y España en el conflicto contra Gran Bretaña. El resultado fue una discusión ampliada de los asuntos estadounidenses, que también apareció por separado en 1781 y se vendió ampliamente como la *Révolution de l'Amérique* desde 1781. Ediciones y traducciones al inglés y otros idiomas aparecieron rápidamente.

La *Révolution de l'Amérique* es notable por la forma en que describe su tema como un acto colectivo en el presente inmediato. Inicia con una caracterización de Gran Bretaña como en “un momento de crisis”, agotada por una larga y sangrienta guerra, muy extendida en el extranjero como resultado de nuevas adquisiciones territoriales y aplastada en casa por impuestos sin precedentes (Raynal, 1781b: 3). Dadas estas circunstancias, la metrópoli no tenía más remedio que pedir ayuda de sus colonias. Pero sus líderes lo hicieron tiránicamente, sin tener en cuenta la práctica consuetudinaria y la herencia constitucional de los colonos como ingleses: el principio del consentimiento a la tributación, ese derecho “que debería pertenecer a todos los pueblos, ya que se basa en el código eterno de la razón” (Raynal, 1781b: 9). Al haber perdido de vista el delicado arte del mantenimiento de la autoridad, los británicos crearon una situación que solo podía poner en riesgo la legitimidad de su poder. El breve resumen de Raynal de las condiciones de un gobierno exitoso es bastante sincero:

Nunca olvides que la palanca del poder no tiene otro punto de apoyo que la opinión; que la fuerza de aquellos que gobiernan es en realidad solo la fuerza de los que se dejan gobernar. Nunca induzcas a las personas distraídas por su trabajo, o dormidas en sus cadenas, a abrir sus ojos a las verdades que sean demasiado terribles para ti. Cuando estén obedeciendo, no dejes que recuerden que ellos tienen el derecho de mandar. Una vez llegado este momento de terrible despertar; una vez que piensan que no están hechos para sus gobernantes, sino que sus gobernantes están hechos para ellos; una vez que hayan podido reunirse, comunicarse y pronunciar con una voz que *nosotros no queremos esta ley, esta práctica nos disgusta*, no hay punto intermedio. Usted estará limitado, por una alternativa inevitable, ya sea para ceder o para castigar, ser débil o tiránico; y su autoridad, en adelante detestada o despreciada ante cualquier acción que tome, no tendrá más remedio que la abierta insolencia de la gente, su odio oculto. (Raynal, 1781b: 7-8)

Esta es la perspectiva desde la cual la *Révolution de l'Amérique* rastrea la escalada del conflicto en América del Norte, una respuesta a las medidas cada vez más despóticas de la corona y el parlamento que incitan a la creciente determinación de los colonos de resistir. A medida que circulaban noticias sobre el cierre del puerto de Boston en 1774, en las colonias crecían “las disposiciones a una insurrección general [] Pronto las inquietudes se comunican de casa en casa. Los habitantes se reúnen y conversan en lugares públicos. Escritos llenos de elocuencia y vigor se publican en todas partes”. El momento de la decisión ha llegado, anunciaban estas publicaciones. Las colonias, decían, “no tienen nada más que elegir entre la espada y la espada, los horrores de la muerte o el yugo de

la obediencia pasiva y servil. Contemplan el tiempo de una revolución importante que ha finalmente llegado, cuyo resultado (*événement*), feliz o desastroso, será para siempre el arrepentimiento o la admiración de la posteridad”. La preparación para la resistencia era ahora la consigna, pero el paso de la indignación general a la acción concertada seguía siendo crítico:

El objeto importante, lo difícil, en medio de un tumulto general, fue introducir la calma que permitiría la formación de una unión de voluntades dando resoluciones de dignidad, fuerza y consistencia. Este es el concierto que, desde multitud de las partes dispersas que son fáciles de romper, compone un todo para no ser derribado a menos que sea dividido por la fuerza o la política.

Con la creación del Congreso Continental “aumentó el fermento de la animosidad. Toda esperanza de reconciliación se desvaneció. Los dos lados afilan sus cuchillas [] los combustibles están siendo recogidos; la conflagración está a punto de arder”. (Reynal, 1781b: 25)

Con esta introducción, la *Révolution de l'Amérique* invitaba a sus lectores a entrar en una narrativa sobre un presente en desarrollo enmarcado dramáticamente en el accionar político y la toma de decisiones en términos colectivos. Se tratan los argumentos extraídos de los panfletos prerrevolucionarios. Los lectores son llevados al interior de la Cámara de los Comunes para escuchar los discursos a favor y en contra de tomar medidas severas contra los rebeldes estadounidenses (hay matices aquí de los discursos que Tucídides compuso para avivar el debate sobre el destino de Corcyra a manos de los atenienses). Se les enseña (en un lenguaje que Thomas

Paine denunció posteriormente como plagio) la distinción cardinal entre la sociedad (nacida de las necesidades de los hombres y “siempre buena”) y el gobierno (nacido de los vicios de los hombres y “con demasiada frecuencia malo”) (Paine, 1782).²⁸ Se presentan largas paráfrasis de *Common Sense* a medida que se va radicalizando el significado del conflicto (“el tribunal de la guerra es desde ahora el único tribunal que existe para nosotros”) (Raynal, 1781b: 74-85). Siguen la redacción de la Declaración de Independencia, la creación de una constitución, las vicisitudes de la guerra. Reflexionan sobre el futuro del nuevo estado, mientras se le exige que evite el lujo, la corrupción, la desigualdad, el espíritu de conquista e intolerancia, para que deje “que la libertad sea una base inquebrantable de sus constituciones” (Raynal, 1781b: 151).

En todo este relato, “revolución” como un evento se convierte en una “revolución” imaginada, representada y narrada como un proceso dinámico. El éxito del ejército de Washington en la expulsión de los ingleses hacia Boston en marzo de 1776 se convierte en “el primer paso de la América inglesa hacia la revolución”. En respuesta, los ingleses comprenden que “para librarse de las revoluciones, hay un momento inicial que hay que aprovechar”. El *Common Sense* de Paine anunciaba que “un día ha dado lugar a una revolución. Un día que nos ha transportado a un nuevo siglo”; que América está bendecida por la carencia de una nobleza para la cual, “en tiempos de revoluciones y crisis, el pueblo es solo un instrumento”; que “las almas se expanden en las revoluciones, que los héroes emergen y asumen su lugar”. Cuando se declara la independencia, con una elocuencia digna de los

28 De hecho, el plagio era en verdad el trabajo de Diderot, que esbozó algunos de los pasajes más elocuentes de la *Histoire philosophique et politique* sobre la revolución americana. Estas y otras contribuciones están traducidas y editadas por J. H. Mason y R. Wolker en Diderot (1992: 169-214).

grandes días de Grecia y Roma, y se forma una constitución inicial, se recuerda a los lectores que “en estos momentos de revolución, la voluntad popular no puede ser demasiado conocida, ni pronunciada demasiado literalmente”. Más tarde, se les pregunta si ya se han hecho lo suficiente para “consolidar (*affermir*) la revolución”, y para permitir a los franceses el orgullo de “compartir con un aliado el honor de esta importante revolución”. Como los déspotas también son lectores, también se les instruye en el conocimiento de que nada privilegia a la tiranía por sobre la libertad. “Estas grandes revoluciones de la libertad son lecciones para los déspotas. Les advierten que no contarán con la paciencia de los pueblos por mucho tiempo más, ni con la impunidad eterna” (Raynal, 1781b: 28, 61, 66, 72, 82, 126, 129, 144).

En esta narrativa de la Revolución americana, se ha abierto un espacio para la inversión imaginativa en la acción colectiva.

Así, cuando la sociedad y las leyes toman venganza contra los crímenes de individuos, los hombres de buena voluntad esperan que el castigo a los culpables pueda prevenir nuevos delitos. El terror a veces toma el lugar de la justicia para el bandido o la conciencia para el asesino. Esta es la fuente del gran interés que todas las guerras por la libertad despiertan en nosotros. Este ha sido el interés que los americanos han inspirado. Ellos han inflamado nuestras imaginaciones. Nos asociamos con sus victorias y sus derrotas. (Raynal, 1781b: 145-146)

Los lectores de *Révolution de l'Amérique* son invitados a contemplar esa revolución como un acto colectivo. Se les insta a abrazar su promesa en nombre de toda la humanidad.

3.3. Revolución revolucionada

La evidencia empírica discutida en la sección anterior lleva a varias conclusiones con respecto a la noción de revolución en Francia en el siglo anterior a 1789. Primero, en la base de datos francesa, al igual que en la inglesa, se muestra que “revolución” conservó una amplia gama de significados, a la vez que se mantuvo en gran medida como una categoría *ex post facto*, la expresión de las inestabilidades de la existencia humana y las vicisitudes provocadas por el tiempo. Revolución fue un hecho más que un acto: un evento que había ocurrido o que podría anticiparse, un cambio en la vida pública que podría ser celebrado o condenado, pero no un proceso político colectivo que exigiese compromiso. Las revoluciones ocurrían, no se realizaban; provocaban ansiedad antes que esperanza. Eran mejor celebradas que anticipadas.

Segundo, no obstante, hubo indicios de que “revolución” estaba siendo revalorizada desde el interior del propio pensamiento ilustrado. Se podría considerar que las revoluciones en el conocimiento contribuían al avance general de la comprensión humana; las revoluciones en la sociedad podían ser recibidas como transformaciones benéficas de las condiciones de la existencia humana; y los cambios políticos podrían exigirse o anticiparse como “revoluciones felices”.

En tercer lugar, a medida que aumentaban y se expandían las expectativas de progreso social, también crecían los temores compensatorios de un colapso social catastrófico. El espectro de la revolución crisis política y apocalipsis social, la inevitable explosión resultante de los males acelerados de la sociedad moderna, fue el lado oscuro del pensamiento social del siglo XVIII. La *Histoire philosophique et politique* de Raynal es particularmente sorprendente por la

forma en que fomentó ambos entendimientos de la revolución —progresiva o catastrófica— y por lo tanto planteó una profunda tensión entre las esperanzas de transformación social y las advertencias de un desastre inminente.

En cuarto lugar, la *Histoire philosophique et politique* también es particularmente sorprendente en su conceptualización de la Revolución estadounidense que ofreció a los muchos lectores de su versión final ampliada. Esa obra y su secuela, la *Révolution de l'Amérique*, claramente reimaginaban la revolución como un acto colectivo y una dinámica política que se desarrolla a través del tiempo. Así, expandían el momento de cambio y abrían un horizonte de elección y compromiso. Leídos desde esta perspectiva, ya estaban escribiendo los guiones de una revolución cuyos valores universales se veían en riesgo en la inmediatez y la contingencia del tiempo político.

En mis análisis más tempranos, utilicé el ejemplo de *Révolutions de Paris*, el más leído de los nuevos periódicos políticos que aparecieron en 1789, para sugerir la manera en que la concepción de la Revolución francesa tomó forma. El título de la revista en sí apuntaba a una comprensión más antigua de las “revoluciones”, como sucesos repentinos y eventos dramáticos que traían cambios imprevistos en los aspectos de un estado. Consistente con ese entendimiento, apareció primero como una sucesión de folletos que informaban incidentes particulares. Pronto se transformó, sin embargo, a medida que la crisis política continuaba, en una publicación periódica que en sí misma alimentó la dinámica revolucionaria. A medida que fue cambiando, también lo hizo la concepción de la revolución en sus páginas. Una sucesión de “revoluciones” se convirtió en “una revolución” y, luego, “la revolución asombrosa que ha tenido lugar”; “estas revoluciones” se convirtieron en “esta revolución para siempre memorable en los anales de nuestra historia”, que

pronto asumió su designación como “la Revolución” (Baker, 1990: 218-223).²⁹ A la luz de la presente investigación, esta evolución semántica parece ser paralela al patrón de “la Revolución Gloriosa” y “la Revolución americana”, en las que una serie de eventos se convirtió rápidamente en un gran evento para ser singularizado, capitalizado y celebrado.

Pero “la Revolución francesa” no estaba aún por ser reconocida y entendida *ex post facto* —lo que quiere decir que su impulso aún no se había detenido—. El término encontró fuerza al significar un acto más que en legitimar un hecho. El momento revolucionario fue abierto y expandido desde adentro para convertirse en un marco de acción con su propia dinámica, su propia lógica, su propia inmediatez y su propia concepción acelerada del tiempo. En este sentido, el paralelo entre *Révolutions de Paris* y *Révolution de l'Amérique* es sorprendente. Pero aquí no es casual que *Révolutions de Paris* fuera un periódico y sus editores intentaran convencer a los lectores de que ninguna cuestión pudiese quedar sin comprar o sin leer. La temporalidad de la narrativa de la Revolución francesa fue impulsada y reflejada a la vez por la periodicidad de su prensa. El tiempo en sí mismo comenzó a ser experimentado como una sucesión de momentos en los que la vida y la muerte pendían de un hilo. Cada día ofrecía un nuevo conflicto entre la Revolución y sus enemigos. Cada día debía decidir si Francia sería “esclavizada o libre”, si sus habitantes serían “los más felices de los pueblos” o los más miserables. Ninguna edición del periódico, por lo tanto, podía ser descuidada.

Notablemente, entonces, la concepción de revolución que vemos tomar forma en este periódico combinó los

29 Este análisis está en deuda con Rétat (1986: 139-178).

significados de revolución como crisis y de revolución como proceso de transformación. La Revolución francesa fue una crisis, un momento de vida o muerte en el cuerpo político experimentado como un momento aterrador de violencia y peligro, un período de agitación y angustia. Pero esta versión de una narrativa republicana clásica se presentó con los tonos de la Ilustración. Se estaba elevando una crisis local al nivel de un proceso histórico-mundial que llevaría esa transformación hacia toda la humanidad. Cada día definiría no solo el destino de Francia, sino el de toda la humanidad. Los franceses estaban llevando a cabo una misión histórica universal al actuar no solo para ellos mismos, sino también en nombre de “todas las naciones que aún no han roto las cadenas del despotismo”.

No hay razón para repetir un análisis anterior de las *Révolutions de Paris* aquí, aunque debe reconocerse que tanto los análisis de William Sewell sobre la relación entre la revolución y la violencia popular forjada en la Bastilla como, más recientemente, el relato de Dan Edelstein sobre el surgimiento de la autoridad revolucionaria en 1793 lo han extendido (Sewell, 2005: 225-270; Edelstein, 2012: 269-289). En cambio, podemos considerar la imagen global que ahora es posible construir gracias a la digitalización de los primeros ochenta volúmenes de los *Archives parlementaires*, la colección ómnibus de informes de las sesiones de las asambleas nacionales revolucionarias y materiales relacionados. Es importante enfatizar que los datos actualmente están disponibles en formato “OCR sucio”, es decir, el producto de un escaneo óptico inicial sin corregir que todavía proporciona resultados desordenados. Pero estos resultados son, sin embargo, bastante fascinantes y sugerentes.

Las Figuras 3.8a y 3.8b muestran coocurrencias con “*révolution*” para el año 1789. El cambio es dramático: “feliz”

es ahora el adjetivo descriptivo más común, seguido de “grande” y “presente (*actuelle*)”. También aparecen “contra u opositor (*contre*)”, “cierto”, “repentino”, “presente (*présente*)”, “nuestro” y “asombroso”. Pero la revolución es feliz solo brevemente: para 1790, “*contre*” ha desplazado a “*heureuse*” (Figuras 3.9a y 3.9b). El análisis de colocación para 1791-1793 muestra la continuidad de esta tendencia. “Opositor” predomina, seguido de “nuestro” y “francés”; y, luego, “violaciones”, “grande”, “feliz”, “su”, “nuevo” (Figuras 3.10a y 3.10b). Aquí, la revolución se define más en términos de antagonismo que de celebración. Y la revolución asediada necesita “revolucionarios” para luchar, sobre todo, contra “contrarrevolucionarios”. Necesita un “tribunal revolucionario”, “comités revolucionarios”, un “ejército revolucionario”, “medidas revolucionarias”, un “movimiento revolucionario”, “gobierno revolucionario” y “leyes revolucionarias” (Figuras 3.11a y 3.11b).³⁰ La presencia de estos términos apenas sorprenderá a los especialistas de la Revolución francesa, pero su aparición repentina en las tablas de colocación tal vez recuerde a los historiadores que no deben tomarlas por seguro. Ofrecen una dramática demostración de las formas en que revolución se transformó en una narrativa política y un dominio de acción.

“*Révolution*” fue así dotada por los franceses con adjetivos y formas verbales que delineaban un marco de acción y a aquellos que actuaban dentro de él: “*révolutionnaire*” (“revolucionaria”) para caracterizar un cierto tipo de situación, o los actores o hechos que la producen o comprometen; “*révolutionner*” (“revolucionar”) para designar su

30 Para producir estas figuras de colocación, se configura el programa en la computadora para generar coocurrencias con “*révolutionn**” (el asterisco permite mostrar cualquier finalización). De las 7461 ocurrencias, hay 7252 “*révolutionnaire(s)*” y 71 “*révolutionnement*”. Hay un puñado de formas verbales, que parecen haberse hecho más comunes luego (véase la siguiente nota). Las ocurrencias que quedan son errores ortográficos y miscelánea.

impacto. A medida que los significados de estos mismos términos se agudizaban rápidamente por la aparición de sus opuestos — “*contre-révolution*” y “*contre-révolutionnaire*” — “revolución” pasó de hecho a acción, y se convirtió en un proceso dinámico y violento sin un claro final a la vista.³¹ Revolución, en definitiva, fue revolucionada.

Aún queda mucho por hacer para recuperar la lógica y la práctica expresadas en estos fenómenos lingüísticos. Pero apuntan a las formas en que la revolución se convirtió en un acto, no un hecho; la inauguración de un futuro, no un retorno al pasado; una apelación a los principios universales; un avance para la humanidad; una fuente de autoridad y justificación; y un conjunto de movimientos y roles para ser reencarnados, reimaginados, reescritos, elaborados e improvisados. Sobre todo, apuntan a la forma en que la revolución adquirió revolucionarios y engendró contrarrevolucionarios. “Los que hacen revoluciones, aquellos que quieren hacer el bien, deben dormir solo en la tumba”, declaró Saint-Just en su famoso discurso que explicaba a la Convención la necesidad de declarar un gobierno revolucionario (Saint-Just, 1984: 345).

31 La edición de 1798 del *Dictionnaire de l'Académie française* seguía teniendo las definiciones convencionales del siglo XVIII sobre “revolución”. Pero su *Supplément contenant les mots nouveaux en usage depuis la révolution* agregaba formas verbales y adjetivos que expresaban la radical transformación del término desde 1789: “Révolutionner. v.act. Mettre en état de révolution; introduire les principes révolutionnaires dans Révolutionner un État”; “Révolutionnaire. s.m. Ami de la évolution”; “Révolutionnaire. adjective des 2 gen. Qui appartient à la révolution, qui est conforme aux principes de la révolution, qui est propre à en accélérer les progrès, etc. *Mesures révolutionnaires. Gouvernement révolutionnaire*”; “Contre-révolution. s. f. Seconde révolution en sens contraire de la première, et rétablissement des choses dans leur état precedent”; “Contre-révolutionnaire. sub. masc. Ennemi de la Révolution, qui travaille à la renverser, etc. On a dit aussi adjectivement, *Projet, action, discours contre-révolutionnaire*”, en *Dictionnaire de l'Académie Française*, 5.a ed., *Supplément*, (*Dictionnaire de l'Académie française*, 1798: [2] 775). Sobre esta edición del diccionario, véase J. Lobert (2011).

Con tales palabras, nació el revolucionario moderno. “Revolución 1.0” había sido lanzada. Pero tendría que haber muchas improvisaciones en el guion revolucionario antes de la temeraria declaración de Ghonim de la aparición de una “Revolución 2.0”.

Anexo (Figuras)

	Within 1 Words on Either Side	Within 1 Words to Left only	Within 1 Words to Right only
1	late (43)	late (43)	principles (9)
2	sudden (17)	sudden (17)	might (7)
3	strange (13)	happy (12)	under (6)
4	happy (12)	new (11)	round (5)
5	new (11)	strange (10)	happened (5)
6	total (9)	total (9)	put (4)
7	principles (9)	glorious (9)	itself (4)
8	glorious (9)	grand (7)	strange (3)
9	might (7)	extraordinary (7)	nor (3)
10	grand (7)	general (5)	however (3)

about account affirmed agreed ah alone along among annual another and
 auspicious because began blessed bloodless both bring brought cable cannot
 chaque charms churches church clemency classical colonels coming commenced
 confirmed considerable constant constant covered declared demand depended deposited determined
 did diurnal dwellled during a ecclesiastical eighth either engagement exact
extraordinary famous famed facial favourable five foregoing fourth five
 future page general **glorious** grand greater grinding gear happen
 happened happening happens **happy** lush having heart liberation **however** in
 immediate important incline incredible interest internal iron **itself** joined a la based
late leaves lowering marvelous means memorable **might** mighty miraculous very
 national neither new next nor obliterated otherwise once ordinary p page peroration
 peccated periodic periodical perpetual political porous possible power **present**
 presents prior **principles** principles—yet private produced professed projected
 proper put re reducing reader round **strange** reason reason second secret seen seemed
 seems settlement shew' re side signal signal since **singular** slow sometimes spacious still
 much stand not **strange** strange strange successive **sudden** surprising tables
 taking temporary tenth theatrical therefore sleep shew shew though thought till total **total**
 treated treasury vobis unaccountable **under** unexpected unhappy universal until
 upon visible went **whole** woman wonderful wonderful **worthies** yearly
 years —excitements —fair

Figuras 3.1a y 3.1b. "Revolution" en la base ECCO-TCP 1700-1785; coocurrencias en el espacio de una palabra. 1716 documentos; 1263 ocurrencias (corpus revisado en agosto de 2012).

	Within 1 Words on Either Side	Within 1 Words to Left only	Within 1 Words to Right only
1	various (12)	various (12)	however (4)
2	frequent (7)	frequent (7)	till (3)
3	several (6)	several (6)	e (3)
4	violent (5)	violent (5)	according (3)
5	important (5)	important (5)	round (2)
6	extraordinary (5)	extraordinary (5)	qui (2)
7	sudden (4)	sudden (4)	less (2)
8	strange (4)	strange (4)	even (2)
9	however (4)	subsequent (3)	does (2)
10	till (3)	singular (3)	—the (1)

abandon show attempt according africa af amusing among annual annually attend attends
battles because beyond bloodshed brought C came cannot cent certain cessant changes circular
common conceptions constant continental certain cease condensing crowd daily dangerous dated
delicate des des different diary dire distant dismal does domestic doubtful during elder
emigration endures entire eternal ev' even exact expects external

extraordinary actions faucos fatal few fewer foremost **frequent** happens both
future general give go gradual grinnings greater greatest happens both
however human hundred though **important** advances introduced introduce Joseph
lar lar late less less memorable might mighty miserable momentary motions natural
naturally new numerous once ordinary overruled p page particular perhaps periodic periodical
perpetual persisted persistence positions pour pour postar positions present principal printing
produce produced progress proportioned public public qui able tar rate rebellion rize
religion repeated reveals rious round seem sequent **several** arising signal similar since sing
singular submit speedily stated **strange** striking stupendous **subsequent** see
successes successive **sudden** surprising taken said thematic theatrical think though through
sicular till target transfer transitional tree tunnels twelve under unexpected unforeseen until v

various vent val **violent** whimsical whose wis wonderful woe yes zing
— the

Figuras 3.2a y 3.2b. "Revolutions" en la base ECCO-TCP 1700-1785, coocurrencias en el espacio de una palabra. 1716 documentos; 530 ocurrencias (corpus revisado en agosto de 2012).

	Words Words on Either Side	Words Words to Left only	Words Words to Right only
1	grades (9)	grades (9)	grades (4)
2	diffuses (14)	diffuses (13)	subes (11)
3	amides (14)	novels (10)	pendules (8)
4	fréquentes (12)	relies (7)	contables (8)
5	subes (11)	relis (7)	physique (8)
6	terribles (10)	fréquentes (8)	terribles (5)
7	novels (10)	diverses (8)	solaires (4)
8	relies (10)	étranges (7)	anglaises (4)
9	diverses (10)	terribles (5)	puises (4)
10	contables (10)	plutons (3)	forets (4)

adorables affreuses agiles ait amides amorcees analogues anciennes
 antérieures apprenies apprêtie arrivabile arrivées arriveront arrivées
 arrivées sans approches assués autour auxquelles axés
 avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués
 avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués
 avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués avoués
continuelles carteries correspondances crânes cibles clef c'est
 dangereuses dem depuis dernières dernières différences
différentes divers divers divers divers divers divers divers divers divers
 domestiques d'air des d'air d'air d'air d'air d'air d'air d'air d'air d'air d'air
 étoile étoiles essent extraordinaires fameuses fatales fuse favorables
 florissantes fort fortes frépentes **fréquentes** funestes furent fures
 galeries grammaticales **grandes** générales heureuses histoire
 humaines amovibles imprimées inspectées inspectées inspectées inspectées inspectées
 indistinctes indéfinissables journalières jolies lasses locales longues longes l'après
 malinoud manes mille monstrueux montieur mortels multiples **mêmes**
nouvelles nul minimes occupe parables paré pareilles parol parol
 parolables passées pain parties perpétuelles perplexe petites peuvant
physiques plusieurs politiques populaires pousés presque principes
 prodigieuses produisant pulser **piénodiques** quares **quelles** quelques
 qu'importe rapides règles remarque respectives romaines robar rubens
 rubens rapéris sertes salaires sanglantes sanglantes secrets semblables
 serit serot singuliers solaires subites successives subit surs suppose
 surprises survenant survenant surs suite telles **terribles** thames toiles
 tristes **très** trop tumultueuses venus versailles violentes vive voic voyez ligés
 énormes étonnables étonnés étonnés étonnés **étranges**

Figuras 3.4a y 3.4b. "Revolution" en la base ECCO-TCP 1700-1785, coocurrencias en el espacio de una palabra. 1005 documentos; 995 ocurrencias (corpus revisado en agosto de 2012).

accords affaires *affaires* amenoit *amenosce* armerre anglais arma
arrivée *asie* assurer attachés attention arrivent *accus* *aujourd'* avait avoit *beugle*
benoit bois *benédiction* *cahier* *cabale* *cabals* *cas* *cert* *chaises* *chaque* *charme* *chef* *chéri*
claudelais *commencement* *commensé* **commerce** *conspique* *conspiraat*
corruption *couverts* *crainte* *derrière* *dévient* *devint* *dirinais* *discours* *disiper* *diviner* *dit*
doit *délivrerait* *démocratisation* *effit* *enfin* **esprits** *éprouvée* *europé* *est* *eucre*
extraordinaire *face* *fermeier* **firent fit** *four* *frémals* *frappant* *globe* *gouvernement*
grande *grades* *hai* *imprudence* *influence* *intéls* *isle* **jour** *jaup* *libres* *loin*
long *lors* **lorsque** *malheur* *malheureuse* *milles* *moine* *monde* *monnaie*
monopole *montré* *médicé* *mérité* *naick* *naissance* *noyvens* *opéer* *originement* *ouvrage*
penultime *petite* *possesseur* *points* *pourvoit* *principale* *procurer* *produitit* *préparer*
préparait *préparé* *présumer* *ramasseurs* *rennaissance* *rendit* *resta* *rivières* *royaume*
richeste *ridiculisé* *répandient* *accours* *semblable* *seul* *logiquement* *soit* *subite* *sujet* *taille*
temps *terre* *liberté* *titres* *touchante* *tuerna* *turbulent* *tyrann* *utilité* *vaisseaux* *vient*
vingt *voyoit* *déva* *divient* *ébat*

	Words 5 Words on Either Side	Words 5 Words to Left only	Words 5 Words to Right only
1	grande (4)	grande (4)	commence (3)
2	temps (5)	jour (2)	temps (2)
3	esprits (5)	amenoit (2)	accours (2)
4	commence (5)	dévient (1)	esprits (2)
5	accours (2)	vingt (1)	arrivé (2)
6	lorsque (2)	vaisseaux (1)	dit (1)
7	jour (2)	utilité (1)	déva (1)
8	fit (2)	titres (1)	voyait (1)
9	firent (2)	liberté (1)	vient (1)
10	dit (2)	terre (1)	tyrann (1)

Figuras 3.5a y 3.5b. "Révolution" en Raynal, 1770, Vols 1 y 6, ARTFL, coocurrencias en el espacio de cinco palabras. 37 ocurrencias (corpus revisado en agosto de 2012).

accepter annuelle arrêter **aussi** certaine cornp désastreuse
extraordinaire française glorieuse grande **heureuse**
longue notre **NOUS** opérée prompte préparée salulaire sauf seconde
subite survenue ta tandis troisième voua également

Figura 3.7 “Révolution” en Cuadernos de quejas 1789. Archivos parlamentarios, OCR sin corregir, ARTFL, coocurrencias en el espacio de una palabra. 114 ocurrencias (corpus revisado en agosto de 2012).

	Within 1 Words on Either Side	Within 1 Words to Left only	Within 1 Words to Right only
1	heureuse (47)	heureuse (42)	actuelle (17)
2	grande (24)	grande (24)	subite (5)
3	actuelle (17)	contre (9)	présente (5)
4	contre (10)	certaine (9)	heureuse (5)
5	certaine (9)	noire (5)	général (4)
6	subite (7)	étonnante (4)	française (4)
7	présente (5)	déjà (4)	aussi (4)
8	noire (5)	telle (3)	fit (3)
9	étonnante (4)	pareille (3)	unis (2)
10	telle (4)	jamais (3)	semble (2)

abandonneraient absolue **actuelle** adresse alors amalgamés amène and anglaise annuelle
 approche arrêter art aucune aujourd' aurait **aussi** autre avantageux avois belle bien car cela
 cède cependant **certaine** cessent changes chaque citoyens com commandat constante
 contraire **contre** contribuassent contre conçu **courte** créat cultivateur **delà dernière**
 dernières desdits desqueltes desme office doit être de défer dépourlés déstruente désirée
 désormais désournois effrayans eh elles entère especede **etc** eurent extrairônaire fite fameuse
 facile favorable favorise **française** fu fut fischeuse fût **fr** glorieuse grnde **grande**
 guidé **général** h **heureuse** hommage a' immense important impossible
 imprévis in instigable inattendu inspirée inouï inspire inspiré intérieure inévitable il **jamais**
 jajoq' jette lorsq' lorsque il légisme majeure maquoq' me même modère morale motion murmures
 mécontente mémorable mecor non **notre** nouvelle nécessaire obser opere or
 ignouons osent **pareille** parvèle passant peurent pheureus porte pourait pouait poyloip prepare
 prochaine profonde proposée **présente** présentis pultiqu' puisse pure présent quel quelcques
 quelle quelle ramènera rapport reuse sais salutaire sauf seconde semblable **semble** sera
 seraient serit s' soudaine **subite** superbe surprénans surtoit survenue tards **telle** the
 tiens toute troisième trouvent très témoignage unq' une **utile** ulcécrainé violente voisi volés vs
 également étaient étend **étonnante** et è

Figuras 3.8a y 3.8b. "Révolution" 1789. Archivos parlamentarios, OCR sin corregir; ARTFL, coocurrencias en el espacio de una palabra. 687 coocurrencias (corpus revisado en enero de 2013).

actuelle adresse afin aient et alors américaine soit **applaudissements** arribes arrivée
 art. aucune ajoutent" auraient aurait **AUSSI** aurait autre avaient avait avant arignonaise ayant
 belle bien bienfaitance **CAR** cela celui cependant certes chacun chaque chez citoyens

combien comités commencée comment commis complète considèrent **contre** contre

dela depuis dernière devait dévient dissent et **doit** doivent donné dès délits déjà
 délits députés e eh elles encore enfin entière eontre eoz eût ta faire fuses finisse

font fran **française** frimaire furent fut **les glorieuse grande**
 générale **heureuse** hâtes ici il immortelle ja jamais juillet juin **jusqu'** livres longue
 lorsqu' lorsque li ma mai maltraitant malgré marse marche marseille me mention mes messieurs
 mon morale most **murmures mémorable naire** naïvement **naïres** nationale naire

non notre nouvelle nécessaire opérée or ouverte possible **parce** parole
 paris partout plusieurs politique pourquoi pouvait première presque prochain procès
 précédents présente prétendus pubique puisse quand quatre quel quelle quelques
 quoz/ quoique r rapport recevez religieuse rien royale rue républicaine **sainte** saluaire

seconde sectionnaire semblaient semble **septembre** seraient **serait** soient subite
 sublime surout ta **tandis tant** telle tels toujours **toute** tre **tribunal** troisième trop
 universelle veulent veut vient violence voilà voir vos **votre** vrainable **étaient** éant
 étonnante

	Within 1 Words on Either Side	Within 1 Words to Left only	Within 1 Words to Right only
1	contre (1868)	contre (1855)	françaie (327)
2	noire (542)	noire (554)	délits (149)
3	française (328)	grande (130)	naïres (58)
4	délits (149)	heureuse (100)	naire (51)
5	grande (132)	voire (46)	jusqu/ (40)
6	heureuse (105)	dernière (44)	député (36)
7	naïres (58)	nouvelle (36)	car (35)
8	voire (57)	glorieuse (33)	parce (32)
9	nouvelle (57)	naïres (31)	dôt (29)
10	naire (51)	seconde (27)	serait (27)

Figuras 3.10a y 3.10b. "Révolution" 1791-1793. Archivos parlamentarios, OCR sin corregir; ARTEL, coocurrencias en el espacio de una palabra. 12734
 coocurrencias (corpus revisado en enero de 2013).

activité adresse afin alors annonce anti août applaudissements ardeur **armée**
 armées art, après aussi autorités auxquelles avaient avant avril ayant bastion bien bunai
 car caractère carrière caudière central chargé chez citoyennes citoyens club code comite
comité comités commandée commandées **commission** commune

composé composée considèrent convulsions corps **criminel** crise
 culottes demande depuis devant disant dispositions dit doit doivent dès décidé décidés
 décret décrets déguisés déjà en elles entore er esprit etc faites faits femmes fera force
 français furent fut fut genre **gouvernement** génie hache hommes il imprimé insertion
 institutions instruction instrument janvier jaeger juillet juin jusqu' ligne loi **lois** lorsque ligon
 législateurs **mai** marche mars mention **mesure mesures** militaire moi monnaie
mouvement mouvements moyens murmures nul nivôse norm nommé non
 comité opinions opérations or orages parce parmi parti pendans peu peuple pevent plusieurs
 pourrait **pouvoir** pouvoirs principes pris prises procès provisoire prétendu prétendus
 public poujé' puisse puisse quelques rebaut res régime **républicaines** républicains
 section sentiments septembre serait **société** sociétés soient soyes suit surtout
 surveillance système séant taxes taxés tel temps torrent toujours travaux tre
tribunal tribunaux trop très ultra va vie viennent vient vigueur ville voici voilà
 véritablement écrit énergie établi établie étaient éxat événements

	Within 1 Words on Either Side	Within 1 Words to Left only	Within 1 Words to Right only
1	contre (2809)	contre (2795)	mai (47)
2	tribunal (1473)	tribunal (1473)	art (45)
3	comité (343)	comité (342)	août (43)
4	armée (299)	armée (296)	juillet (34)
5	comités (218)	comité (218)	novise (23)
6	mesures (148)	mesures (148)	art (23)
7	gouvernement (91)	gouvernement (91)	établi (22)
8	mouvement (89)	mouvement (89)	siéat (19)
9	lois (77)	lois (77)	pece (19)
10	pouvoir (73)	pouvoir (73)	justq' (19)

Figuras 3.11a y 3.11b. "Révolutionnaire(s), révolutionnairement" 1790-1793. Archivos parlamentarios, OCR sin corregir; ARTEL, coocurrencias en el espacio de una palabra. 7461 coocurrencias (corpus revisado en enero de 2013).

Bibliografía

- AA. VV. (1717). *A Vindication of the Honour and Justice of His Majesty's Government. Being some Remarks upon Two Treasonable Papers... Wherein is discovered the present Endeavours of the Jacobites, to create fresh Disturbances, and raise a new Rebellion.*
- AA. VV. (1766). *A Collection of the most Interesting Political Letters which appeared in the Public Papers, from the Autumn Negotiation in 1763, to the Change of the Administration in 1765. Together with Several Pieces of Wit and Humour, Letters, Cards, &c. by Mr. Wilkes, and other Gentlemen.* J. Almon.
- AA. VV. (1769). *Critical Memoirs of the Times, containing a Summary View of the Popular Pursuits, Political Debates, and Literary Productions of the Present Age.* G. Kearsly.
- Anónimo. (1775). *An Essay upon Government. Adopted by the Americans: Wherein, the Lawfulness of Revolutions, are demonstrated in a Chain of Consequences from the Fundamental, Principles of Society.*
- Anónimo. (1777). *An Interesting Address to the Independent Part of the People of England, on Libels, and the Unconstitutional Mode of Prosecution by Information Ex Officio, practiced by the Attorney General. With a View of the Case of John Horne, Esq..*
- Arendt, H. (1998) *Sobre la revolución.* Alianza.
- Baker, K. M. (1990). *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century.* Cambridge University Press.
- Barrington, J. S. (1714). *The Revolution and Anti-Revolution Principles Stated and Compar'd, the Constitution Explain'd and Vindicated, And the Justice and Necessity of Excluding the Pretender... By the Author of the Two Disswassives against Jacobitism.*
- Besterman, T. (ed.) (1953-1965). *Voltaire's Correspondence.*
- Buckington, N. (1783). *Serious Considerations on the Political Conduct of Lord North, since his first Entry into the Ministry; with a Deduction of Positive Facts.*
- Casca. (1775a). *The Crisis. Number XXIV.*
- Casca. (1775b). *The Crisis. Number XXVI.*
- Chandler, T. B. (1774). *A Friendly Address to all Reasonable Americans, on the Subject of our Political Confusions: in which the Necessary Consequences of violently opposing the King's troops, and of a General Non-Importation are fairly stated.*

- Chandler, T. B. (1775). *What think ye of the Congress now? Or, An Inquiry, how far Americans are bound to abide by and execute the decisions of, the late Congress?*
- Condorcet, Caritat de, M. J. A. N. (1776). Discours de réception à l'Académie française, le 21 février 1782. Baker, K. M. (ed.). *Condorcet. Selected Writings. Bobbs-Merrill*, p. 7, 22.
- Cooper, F. (2005). *Modernity. Colonialism in Question. Theory, Knowledge, History.* University of California Press.
- De la Pryme, A. (1870). *The Diary of Abraham de la Pryme*. Vol. 54. The publications of the Surtees society.
- Demophilus. (1776). *The Genuine Principles of the Ancient Saxon, or English Constitution. Carefully selected from the best Authorities. With some Observations, on their peculiar fitness, for the United Colonies in general, and Pennsylvania in particular.* By Demophilus.
- Dictionnaire de l'Académie française, dédié au Roi.* (1694).
- Dictionnaire de l'Académie française, dédié au Roi.* (1717).
- Dictionnaire de l'Académie française.* (1798).
- Dictionnaire universel français et latin.* (1704).
- Diderot y d'Alembert. (1751-1765). Discours préliminaire. *Encyclopédie*: vol. 1, XXXVIII, p. xx.
- Diderot y d'Alembert. (1751-17). *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettre.*
- Diderot, D. (1992). *Political Writings.* Cambridge University Press.
- Dupont, J. (1676). *Three Sermons preached in St. Maries Church in Cambridg, upon the three Anniversaries of the Martyrdom of Charles I, Jan 30, Birth and Return of Charles II, May 29, Gun-powder Treason, November 5.*
- Edelstein, D. (2012). Do We Want a Revolution without Revolution? Reflections on Political Authority. *French Historical Studies*, 35, pp. 269-289.
- Freeman, S. (1690) *A Sermon preached before the honorable House of Commons at St. Margaret's Westminster on Wednesday the Fifth of November, 1690 being the Anniversary Thanksgiving for the Happy Deliverance of King James the First, and*

Three Estates of the Realm, from the Gunpowder-treason: and also for the Happy Arrival of His Present Majesty on this day, for the Deliverance of our Church and Nation from Popery and Arbitrary Power. Printed for Ric. Chiswell.

Furetière, A. (1690). *Dictionnaire universel*, vol. 3.

Ghoniem, W. (2012). *Revolution 2.0. The Power of the People is Greater than the People in Power. A Memoir.* Fourth Estate.

Goulemot, J. M. (1975). *Discours, révolutions et histoire: Représentations de l'histoire et discours sur les révolutions de l'Age Classique aux Lumières; revisado como (1996). Le règne de l'histoire: discours historiques et révolutions. XVIIe-XVIIIe siècle.* Albin Michel.

Harris, T. (2006). *Revolution. The Great Crisis of the British Monarchy, 1685–1720.* Penguin.

Hartog, F. (2003). *Régimes d'historicité.* Seuil.

Israel, J. (ed.) (1991). *The Anglo-Dutch Moment. Essays on the Glorious Revolution and its World Impact.* Cambridge University Press.

Israel, J. (1991). The Dutch Role in the Glorious Revolution. *The Anglo-Dutch Moment. Essays on the Glorious Revolution and its World Impact.* Cambridge University Press, pp. 105-162.

Israel, J. (2011). *Democratic Enlightenment.* Oxford University Press.

Jardine, L. (2008), *Going Dutch. How England Plundered Holland's Glory.* Harper Press.

Kenyon, J.P. (1977). *Revolution Principles: The Politics of Party, 1689–1720.* Cambridge University Press.

Koselleck, R. (1985). *Futures Past. On the Semantics of Historical Past.* MIT Press.

Lindsay, J. (1758). *A Brief History of England, both in Church and State.*

Linguet, S. N. H. (1777-1780). *Annales politiques, civiles, et littéraires du dix-huitième siècle.*

Lobert, J. (2011). *Between Monarchy and Republic: The Dictionary of the Académie Française during the French Revolution, 1762-1798.* Tesis de doctorado de Stanford University.

- Locke, J. (1960). Laslett, P. (ed.). *Two Treatises of Government*. Cambridge University Press.
- Locke, J. (2006). Mellizo, C. (ed.). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*. Tecnos.
- Macaulay, C. (1770). *Observations on a Pamphlet, entitled Thoughts on the Cause of the Present Discontents*.
- Macaulay, C. (1783). *The History of England from the Accession of James I to that of the Brunswick Line*, vol. 8.
- Mackenzie, G. y Nisbet, J. (1706). *A Letter concerning the Union, with Sir George Mackenzie's Observations and Sir John Nisbet's Opinion upon the same Subject*.
- G. Mailhos, G. (1968). Le mot 'révolution' dans *l'Essai sur les moeurs et la Correspondance de Voltaire*. *Cahiers de lexicologie* 13, pp. 84-92.
- McConnel, J. R. R. (2012). The 1688 Landing of William of Orange at Torbay: Numerical Dates and Temporal Understanding in Early-Modern England. *Journal of Modern History*, 84, pp. 539-571.
- Paine, T. (1778). *The American Crisis. Number V. Addressed to General Sir William Howe. By the author of Common Sense*.
- Paine, T. (1782). , *Letter to the Abbé Raynal, on the Affairs of North America: in which the Mistakes of the Revolution of America are Corrected and Cleared Up*.
- Payson, P. (1782). *A Memorial of Lexington Battle, and of Some Signal Interpositions of Providence in the American Revolution. A Sermon preached at Lexington, on the nineteenth of April 1782*.
- Peuchet, J. (1789). Discours préliminaire. *Encyclopédie méthodique: Jurisprudence*, vol. 9: *Police et municipalités*, lxiv.
- Pincus, S. (2009). *1688. The First Modern Revolution*. Yale University Press.
- Price, J. (1680). *The Mystery and Methods of His Majesty's Happy Restauration laid open to Public View by John Price Doctor of Divinity one of Albemarle's Chaplains, and Privy to all the Secret Passages, and Particularities of that Glorious Revolution*. Printed for James Vade.
- Place, C. (1710). *The True English Revolutionist, or The Happy Turn Rightly Taken*.

- Rabaut Saint-Etienne, J. P. (1779). *Le triomphe de l'intolérance*.
- Raynal, G. T. (1770). *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*. 6 vols.
- Raynal, G. T. (1774). *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*.
- Raynal, G. T. (1781a). *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*.
- Raynal, G. T. (1781b). *Révolution de l'Amérique par M. l'abbé Raynal, Auteur de l'Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*
- Raynal, G. T. (2010). *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*. Edición crítica. CIE XVIII.
- Pocock, J. G. A. (1975). *The Machiavellian Moment*. Princeton University Press.
- Rachum, I. (1999). *"Revolution": The Entrance of a New Word Into Western Political Discourse*. University Press of America.
- Ramsay, D. (1778). *An Oration on the Advantages of American Independence, spoken before a Public Assembly of the inhabitants of Charlestown in South-Carolina, on the second anniversary of that glorious aera*.
- Reichardt, R. (1973). Reform und Revolution bei Condorcet. Ein Beitrag zur späten Aufklärung in Frankreich. Röhrscheid.
- Rétat, P. (1986). Forme et discours d'un journal révolutionnaire: Les *Révolutions de Paris* en 1789. Labrosse, C., Rétat, P. y Duranton, H. *L'Instrument périodique. La fonction de la presse au XVIIIe siècle*. Presses universitaires de Lyon, pp. 139-178
- Richelet, P. (1680). *Dictionnaire français*.
- Rousseau, J. J. (1990). *Emilio, o De la educación*. Alianza.
- Rush, B. (1777). *Observations upon the Present Government of Pennsylvania*.
- Saint-Just, L. A. L. (1984). Rapport sur la nécessité de déclarer le gouvernement révolutionnaire jusqu'à la paix (10 de octobre de 1793). *Oeuvres complètes*.
- Sewell, W. H. Jr. (2005). Historical Events as Transformations of Structures: Inventing Revolution at the Bastille. *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, pp. 225-270.

Tindal, N. (1758) *The Continuation of Mr. Rapin's History of England, from the Revolution to the Present Times*, vol. 7. T. Osborne.

United States; Continental Congress. (1779). *Observations on the American Revolution, published according to a Resolution of Congress, by their Committee. For the consideration of those who are desirous of comparing the conduct of the opposed parties, and the several consequences which have flowed from it.*

Whitney, P. (1776). *American Independence Vindicated. A Sermon delivered September 12, 1776. At a Lecture appointed for publishing the Declaration of Independence.*

Bases de datos

ARTFL; American and French Research on the Treasury of the French Language.

ECCO-TCP; Eighteenth Century Collections Online Text Creation Partnership, disponible en: <https://artfl-project.uchicago.edu/content/ecco-tcp>.

EEBO-TCP; Early Books Online Text Creation Partnership, Word Index (Phase I), disponible en: <https://quod.lib.umich.edu/e/eebogroup/>.

EVANS-TCP; Evans Early American Imprint Collection, disponible en: <https://quod.lib.umich.edu/e/evans>.

Capítulo 4

Contextualismo, historia intelectual global y neoliberalismo: una conversación con Quentin Skinner¹

Franz Fillafer

Julia McClure

Quentin Skinner

4.1. Contextualismo en el estilo de Cambridge y la recuperación de las intenciones

En la primera parte de nuestra conversación nos gustaría hablar sobre los límites espaciales y temporales de los contextos. Nos gustaría comenzar hablando de las intenciones de los autores. Obviamente, cada texto puede contener múltiples niveles, puede contener mensajes para varias audiencias, incluidos futuros lectores. Entendiendo que su noción de intencionalidad puede no confundirse con la recuperación de “significados” tal como los concibe la hermenéutica clásica, sino que se preocupa más por la reconstrucción de acciones, de “cómo se hacen cosas con

1 Esta es una transcripción de una conversación que Franz Fillafer y Julia McClure tuvieron con Quentin Skinner, bajo el auspicio del programa Max Weber del European University Institute (Florencia), el 20 de mayo del 2015. El original puede consultarse en: Franz Fillafer y Julia McClure, “Contextualism, Global Intellectual History, and Neoliberalism: A Conversation with Quentin Skinner” (20 de mayo del 2015), pp. 10-15; http://www.academia.edu/30173415/Contextualism_Global_Intellectual_History_and_Neoliberalism_A_Conversation_with_Quentin_Skinner (accedido el 20 de julio de 2021).

palabras”: ¿podría explicar un poco sobre la relación entre la recuperación de intenciones de los autores y el tipo de contexto que requiere esta operación?

Bueno, esa es una hermosa presentación de algo que, francamente, muchos de mis comentaristas entendieron de forma completamente equivocada y es que en ningún momento he querido decir que la recuperación de la intencionalidad es la recuperación de un significado deseado. A todos nos han influenciado profundamente las dudas posestructurales sobre la supuesta unidad de intenciones, que te llevarían de regreso a la intención del autor y, por lo tanto, al significado del texto. Ahora parece ser un conjunto de *non sequiturs* y es en gran parte por razones que nos son familiares a todos por Jacques Derrida y el posestructuralismo en general: la inevitabilidad de la ambigüedad, el hecho de que, en la bella frase de Derrida, el lenguaje se escribe a sí mismo sobre la intencionalidad, y el hecho de que esto tiene que ser tolerado y entendido. Y, por supuesto, hay cierto regocijo en la ambigüedad de entrar en el pensamiento posestructuralista. Así que nunca he tenido ningún conflicto con esto. El sentido de la intencionalidad en el que yo estoy interesado, la interpretación, es exactamente como ustedes dicen: la intencionalidad con respecto a la noción del acto de habla, la acción lingüística es la que es muy importante para mí. Y creo que, si tuviera que responder a la pregunta directamente, que es lo que estoy tratando de hacer, diría que la noción de contexto —que trajeron a colación, lo cual es bastante correcto— es importante para mí de dos maneras conectadas: no siempre hago lo mismo como historiador, pero hay algo que siempre intento hacer, que es recuperar lo que me parece que son los materiales intelectuales con los que se construyen ciertos textos; y mi aspiración es explicar por qué un argumento tiene cierta forma. ¿Por qué ciertas preguntas parecen ser las naturales

para plantear y otras no? ¿Por qué se emplea cierto vocabulario, que desde nuestro punto de vista podría tener lagunas y también énfasis extraños? Y, sobre todo, delinear una estructura de argumentación, que podría ser desconocida para nosotros. Entonces, el contexto que me interesa es el contexto de estos materiales intelectuales, donde se puede decir que el texto los está utilizando de alguna manera.

Creo que he tenido más éxito, en la medida en que lo he logrado, en la historia intelectual más que en la historia de la teoría política, en la que a veces me especializo. Y tengo en mente dos proyectos, ambos sobre la fortuna de la retórica clásica en el Renacimiento y el pensamiento moderno temprano. Escribí un libro sobre Hobbes en relación con los usos de la retórica clásica (Skinner, 1996), en el que estaba tratando de mostrar que gran parte de las suposiciones y el vocabulario en la primera etapa de su vida, y —sobre todo— el género al que contribuyó, solo se pueden excavar realmente a la luz de entender el tipo de entrenamiento retórico que tuvo. Y, luego, lo que se ve es un repudio feroz de esa educación y cómo Hobbes se convirtió en el Hobbes a quien conocemos. Estaba tratando de excavar un Hobbes anterior y de esa manera revelar una tremenda ruptura en su carrera.

El otro caso en el que he tratado de hacer esto, y que me ha costado mucho esfuerzo, es el trabajo que he realizado en la dramaturgia de Shakespeare (Skinner, 2014). Aquí mi pregunta ha sido: ¿cuáles son los materiales intelectuales que dieron forma a estos efectos dramáticos? ¿Esto ayuda a explicar el vocabulario? Sí. ¿Ayuda a explicar la estructura de ciertos discursos celebrados en las escenas? En cierto momento de la carrera de Shakespeare, he llegado a pensar que la respuesta a eso no es simplemente “sí”, sino que el reconocimiento de su extraordinario grado de inmersión en la retórica clásica y la retórica casi clásica del

período isabelino es en realidad una clave fundamental para comprender gran parte de la estructura y el vocabulario de esas escenas. Así que esta es la noción fundamental de contexto de la que nunca me alejo. Y, luego, sus relaciones, porque si pensar en actos de habla implica que la interpretación se trata de actos de habla, ¿qué están haciendo con esto? Entonces, en el caso hobbesiano, quiero decir, en primer lugar, que es una excepción, es un endoso, una exploración, todos estos son actos de habla, obviamente. Esto es lo que está sucediendo en sus primeros trabajos y, luego, es un repudio, una crítica, es un compromiso continuo, pero un compromiso muy crítico. En el caso de Shakespeare, debo decir que lo que estaba tratando de mostrarles a las personas era, en un grado notable, la estructura de las escenas en las obras en las que me especializaba, y este es un período particularmente corto de su gran carrera —aunque contiene tanto a *Hamlet* como a *Otelo*, las dos piezas más forenses de toda su obra—, que en estos casos lo que estamos viendo es a alguien absolutamente inmerso en esta tradición, que la respalda, explora sus límites, a veces muestra cómo falla, pero básicamente lo respalda y nos muestra cómo funcionan los efectos, cómo afectan a una audiencia.

Así que este es todo el “hacer” que tan amablemente han planteado, esto es intencionalidad no con respecto al significado, sino con respecto al tipo de acciones que todos toman, acciones de habla.

Pero para pasar a mi segundo punto, y prometo no responder a las otras preguntas aún, cómo he organizado mi perspectiva —por así decirlo— en la medida en que me he especializado en preguntas de historia social, filosofía moral y política, en lugar de trabajar como historiador intelectual, principalmente soy historiador de la retórica. Entonces, también estoy interesado en un contexto

político. Lo que realmente quiero decir —aunque es algo que los críticos rara vez están dispuestos a aceptar que yo diga— es lo que digo en el prefacio de mi primer libro *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (Skinner, 1978),² en el que insisto en que es la vida política la que plantea los problemas para las teorías políticas.

Así que allí estaba yo, impaciente con la noción de una gran cadena del ser o un hilo de grandes textos, de modo que esto es lo que estamos tratando de explicar. Estoy diciendo que tenemos que dividir esto y preguntarnos: ¿por qué existen los textos particulares que nos interesan? No cuáles son sus efectos, sino ¿por qué tenemos este texto? Y en el caso de las obras de filosofía política, siempre he querido decir —y es una especie de visión *a priori* que adopto— que seguramente habrá una historia de crisis respecto de la cual este texto es de alguna manera un comentario. Y digo que esto es *a priori* porque en mis comienzos estaba muy influenciado por el trabajo de Peter Laslett sobre Locke (Locke, 1960),³ pero sorprendido por lo que Peter decía en su famosa introducción a esa edición de Locke: que había degradado a Locke, que pasaba de ser un filósofo político para ser un panfletista y demostraba que este era simplemente un trabajo que buscaba responder a la pregunta de si un heredero podía ser excluido del trono, y estaba dispuesto a responder: “Sí, puedes deponer a un rey”.

Y Peter decía que nunca podrías hacer esto con Hobbes. Entonces ves que Hobbes se queda allí como un filósofo político arquitectónico y Locke se ha convertido en un panfletista. Quería repudiar esa distinción y pensé que

2 [Nota de traductores: Hay edición en español: Skinner, Q. (1985). *Los Fundamentos del pensamiento político moderno* Fondo de Cultura Económica, 2 vols.].

3 [Nota de traductores: Hay traducción al español del texto de Locke y de la introducción de Laslett en Locke, J. (2006). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil* (Madrid, 2006)].

debía ser el caso de que hay una historia que contar sobre Hobbes, que es una historia similar. Y supongo que lo que llamó la atención de algunas personas con los primeros trabajos que escribí sobre Hobbes fue que afirmé haber identificado un contexto que nos explicó por qué estaba escribiendo *Leviatán*, antes que nada, y con eso quería decir que se estaba enfrentado a una crisis de legitimidad. Y, en segundo lugar, traté de mostrar dónde podemos colocar la doctrina del *Leviatán* en el espectro del debate en ese momento de probable ilegitimidad, en el que había acontecido un golpe militar para establecer un nuevo gobierno, y la pregunta era: ¿estás políticamente obligado? La respuesta radical fue: sí, porque el nuevo gobierno es la expresión de la voluntad del pueblo. La respuesta realista fue: es un golpe militar que conquistó el poder y la conquista no da legitimidad.

Hobbes es lo que creo que es —entre otras cosas— un comentario paso a paso sobre el debate en el que reúne las cosas de una manera bastante inusual con su filosofía de acción al decir que la conquista y el consentimiento no son incompatibles. Y, entonces, hay un segundo sentido del contexto, que es el contexto que necesita invocar para explicar por qué hay algo. Y, luego, en cierto sentido, el primer contexto en el que hablé es secundario a eso, bueno, ahora, si estamos interesados en el texto, veámoslo.

Debería decir algo más sobre esta noción: “si estamos interesados en el texto” y sin duda volveremos a estas preguntas sobre cómo se eligen los temas de investigación. Los protocolos de mi investigación son extremadamente tradicionales. Creo que hay una pequeña cantidad de textos, en la que prestarles atención se ha convertido, como diría Michael Oakeshott, en un “hábito de nuestra civilización”. Y que con frecuencia hay buenas razones por las cuales esto se ha convertido en un hábito de

nuestra conversación intelectual. Y así, si nos fijamos en los escritores sobre quienes he escrito libros: Maquiavelo en el primer volumen de *Fundamentos* y, luego, otro pequeño libro que escribí sobre el mismo autor (Skinner, 1981, 2000; Machiavelli, 1988)⁴ y, luego, Hobbes, el más grande de los filósofos políticos ingleses sobre los que he escrito tres libros (Skinner, 1996, 2003, 2006)⁵ y, luego, William Shakespeare, sobre quien tengo una visión extremadamente británica de que si no estás interesado en Shakespeare, entonces también podrías renunciar a ser un ser humano. Por lo tanto, estos son protocolos muy tradicionales y no pierdo el tiempo agonizando sobre si la empresa vale la pena, porque si una empresa humanista vale la pena, seguramente tendría que incluir estar interesado en las principales obras de nuestra tradición filosófica y literaria. Ahora, por supuesto, eso sería muy disputado en partes de la academia, pero estaré muy dispuesto a participar en ese combate.

Bueno, muchas gracias. Pensando en su libro Razón y retórica en la filosofía de Hobbes, la noción quintiliana de paradiástole que usted introduce —la redescritción como parte de la contienda lingüística permanente sobre cuestiones fundamentales de la política, la sociedad o el entorno—, nos parece muy importante ya que también contribuye a demoler la distinción insostenible entre “filósofos” y “panfletistas” a los que se refería cuando hablaba del trabajo de Laslett. La perspectiva que elija excluye el enfoque exclusivo en la élite, en una delgada corteza superior de filósofos articulados y pioneros. Parafraseando su

4 [Nota de traductores: Hay edición en español de Skinner (1981) en Skinner, Q. (1984). *Maquiavelo*. Alianza].

5 [Nota de traductores: Hay edición en español de Skinner (2006) en Skinner, Q. (2010). *Hobbes y la libertad republicana*. Universidad de Quilmes].

distinción, se podría decir que, en lugar de elevar a algunos panfletistas a un pedestal como filósofos, uno debería darse cuenta de que todos los filósofos son panfletistas. Esto lleva a un acercamiento a los trabajos de estos filósofos que los sitúa en su respectiva “ecología” o hábitat.

¡Bueno! Sí, eso está muy bien dicho. En cierto modo, ahora estamos abordando esta cuestión del elitismo que subyace a este tipo de enfoque y tiendo a tener dos respuestas a eso. Una es que no estoy muy contento con lo que, en los Estados Unidos, por supuesto, sería la objeción obvia para mí; y la objeción obvia para mí es: esto es estudiar la cultura europea de élite. Pero, por supuesto, normalmente estoy en Europa, por lo que el problema es menos grave y estos europeos blancos muertos no están muertos, son parte de nuestra conversación y eso también es muy importante para mí. Pero mucho más significativo es el punto que resaltan, que una vez que te has interesado en estas dos nociones de contexto, que por supuesto son nociones contrarias a la hermenéutica tradicional, las preguntas que haces te llevarán a la jungla. Entrás en los matorrales. Y así, esta distinción entre la cultura de élite y lo que realmente está sucediendo en los periódicos de la época, no es una distinción en absoluto. Entonces, por ejemplo, si tomamos el caso de Hobbes y la orientación, polémicamente, del *Leviatán* como dirigido a responder a una gran cantidad de panfletos por parte de los parlamentarios en la guerra civil. Puedo identificar algunos de esos panfletos y pretendo hacerlo. Pero estos son literalmente artículos en periódicos; este es el nacimiento del periódico en Inglaterra. Y Hobbes está leyendo este material. Entonces, realmente no queremos ese tipo de distinción, así que no estoy del todo contento con la acusación de elitismo realmente.

Regresemos por un momento a los requisitos de umbral para la identificación de contextos adecuados en la investigación. Si observa la permutación de las acciones perlocucionarias e ilocucionarias, se llega a la pregunta sobre la sincronicidad del “contexto”:⁶ ¿hasta qué punto el contexto tiene que ser una unidad sincrónica finamente dividida, tanto espacial como temporalmente, en potencia también disciplinaria o en términos de género? Estamos preguntando esto porque en todo su trabajo sobre la manipulación y la modulación, el bricolaje de las tradiciones juega un papel crucial. Entonces, ¿podría llegarse a una fórmula más abstracta de cómo se debe enmarcar esta interacción de la contención sincrónica y la dinámica diacrónica del contexto, y cómo se debe hacer que esta conexión tenga relación con las preguntas de investigación?

Sí, bueno, esta es una pregunta muy profunda sobre los métodos de investigación y no tengo una muy buena respuesta a esto porque mi trabajo es realmente puntillista.⁷ Quiero decir, si se lo contrasta con el trabajo del mejor practicante de la historia de la teoría política en la tradición anglófona, quien en este momento seguramente sería John Pocock, quien toma estas enormes franjas y desaparece en la marcha de los idiomas, y luego, marcha a través de continentes y marcha a través de siglos. No puedo hacer eso en absoluto y ni siquiera aspiro a eso. Entonces, la cuestión diacrónica no es parte de mi programa de investigación en absoluto. Por supuesto, hay mucho que decir sobre la “influencia” de estos textos, aunque, por cierto, es una cuestión extremadamente difícil de abordar porque siempre encontrarás que lo que realmente estás diciendo es

6 Sobre el bagaje conceptual y la carrera transdisciplinaria de “contexto”, véase Peter Burke (2002).

7 [Nota de los traductores. Esta metáfora que usa Skinner, sobre la que cuál volverá más adelante en el diálogo, se refiere al puntillismo, una técnica artística posimpresionista que se popularizó a fines del siglo XIX, y que consiste en utilizar puntos diminutos de colores sobre el lienzo, que luego se funden en la vista del espectador para crear un nuevo tono].

que un libro te recuerda a otro libro. Incluso si nos fijamos en proyectos de investigación tan importantes como los de Jonathan Israel sobre la influencia de Spinoza:⁸ quiero decir, en cuanto alguien dice *conatus*,⁹ obviamente significa Spinoza. Existen verdaderos obstáculos metodológicos para realizar estudios de *Einfluss* de esa manera tradicional y supongo que esa es una de las razones por las que siempre me he mantenido alejado de ellos, pero la razón principal es que la sincronidad es probablemente una debilidad de lo que hago —aunque , ya sabes, hago lo que hago—, a partir de estos protocolos de los que estoy hablando, siempre hay una figura poderosa y siempre me sorprende explicar por qué existe un texto en particular y por qué toma la forma que toma. Y así, el corte fino del que hablan, es una muy buena forma de decirlo, está integrado en la idea de dicho programa.

De hecho, en su serie de varios tomos, Jonathan Israel a veces parece usar el “espinozismo” como una vara de adivinación, con la que toma el hecho de que alguien fuese llamado “espinozista” como evidencia de que ella o él realmente suscribieron al “espinozismo” en los términos de Israel (es decir en los principios “espinozistas”: el diseño materialista, feminista y democrático). Desde un punto de vista metodológico, esto parece cuestionable, ya que la acusación de espinozismo fue un término de vituperación y calumnia, por lo tanto, esta atribución constituye una base

8 Sobre la Ilustración spinozista como la única Ilustración “genuina”, véase Israel (2001). [Nota de los traductores: Hay traducción al español en Israel, J. (2012). *La ilustración radical. La filosofía y la construcción de la modernidad, 1650-1750*. Fondo de Cultura Económica]. Véase, además, la lectura difícil de Anthony La Vopa (2003: 717-738).

9 Sobre el *conatus* de Spinoza, que denota de la propensión de todos los seres vivos hacia la auto-preservación y su relación con la teoría del *impetus* de Bruidan, así como la aristotélica *στέρεσις*, véase: Anneliese Maier (1964-1977: [II] 465-490); B. Marhsall Claggett (1959: 523); Don Garrett (2002: 127-158).

bastante inestable para un proyecto remoto de restauración de una “Ilustración radical”.

Sí, creo que también ocurre al revés: en el trabajo que he estado haciendo en la última década sobre Shakespeare, al tratar de localizar su obra particular, estoy tratando de decir que este es un hombre —esta es una forma muy poco de moda de decirlo, por supuesto, y precisamente por eso es que me interesa decirlo— que estaba saturado en el aprendizaje clásico. Puedo verlo traducir uno o dos de estos textos, tiene el libro sobre la mesa, su latín es muy bueno y también lo traduce muy bien. Entonces él es alguien que tiene un fuerte control sobre la tradición clásica. Ahora, ¿de qué textos estoy hablando? A veces quiero decir que creo que puedo identificar que en realidad está utilizando *Rhetorica ad Herennium*, a veces creo que puedo identificar el *De Oratore* de Cicerón. Lo que generalmente quiero decir es que estoy hablando de la tradición como un conjunto de convenciones, un discurso (y no me pregunten qué texto, ya que no puedo identificar con seguridad cuál texto es) que lo está guiando, esto es lo que sabe, esto es lo que proporciona estructura para su pensamiento.

Detengámonos en el proyecto de “contextualismo” un poco más. La fabricación de “contextos” puede funcionar como un proceso de contención en la medida en que enfatiza la pureza de las ideas en su origen. Solo una descripción exhaustiva del entorno intertextual que conforma el paisaje prístino del contexto original puede conducir a declaraciones plausibles sobre las intenciones y convenciones en juego. La premisa de que las ideas son genuinas solo en su origen, si bien muestran formas inflexibles y confusas en sus instancias en otro lugar o más tarde en el tiempo, conduce a dos tipos de objeciones: por

un lado, existe la presuposición de que las ideas pueden viajar a través del espacio y el tiempo mientras retienen un grado suficiente de identidad conceptual en todos los contextos y, por otro lado, existe la suposición de que la recepción y traducción de conceptos no es menos válida que la “original” en sí misma —observaciones apoyadas, por ejemplo, por un trabajo como el de Eric Nelson sobre la concepción de la República Hebrea o por los estudios de Martin Mulsov sobre las fuentes indo-persas de las concepciones europeas de los preadamitas (Nelson, 2010; Mulsov, 2015: 47-66)—. ¿Cómo podrían abordarse estas posibles objeciones al aspecto de contención del contextualismo?

Bueno, claramente puedes escribir ese tipo de historia y yo no lo hago. ¿No lo hago debido a las enormes demandas que requiere? Parcialmente. Siempre me impresionan los esbozos de enormes rangos de historia textual de John Pocock y Eric Nelson, a quien acabas de citar, es otro ejemplo notable. En el caso de Eric, por supuesto, se basa en su extraordinaria gama de lenguas antiguas. Yo no aspiro a hacer eso, pero no puedo seguir diciendo que esto se debe a mis protocolos. Tengo una ligera preocupación por ese tipo de historia en dos aspectos. No puedo alejarme de la idea de que no deberíamos estar haciendo una hermenéutica tradicional en la que interpretemos un texto y, luego, digamos que aquí está en el siglo XVI y aquí nuevamente en el siglo XVIII, y aquí nuevamente en el siglo XX. Claro que se puede hacer eso, pero siempre quisiera preguntar: ¿cuál era el uso de tener el texto? Ahora esa pregunta seguramente se responderá de manera diferente en cada uno de los casos. Entonces, me parece que el tipo de historia de la que estás hablando, cuando se hace con responsabilidad, volverá al punto del que estoy hablando, porque se encontrará diciendo que aquí está la importación, digamos de Algernon Sidney

en el estudio de Thomas Jefferson. Pero al poner un libro sobre la exclusión del trono escrito a fines del siglo XVII en Inglaterra en la América revolucionaria de un siglo después, no es como si lo pusiéramos en un contenedor y al dejar ese contenedor tendríamos exactamente el mismo objeto. Los contextos afectan a los textos y se convierten en textos diferentes en esos contextos. Se leen de manera diferente, se entienden de manera diferente. Entonces, para mí, eso siempre llevará a volver a las preguntas sobre la forma, como qué cree Jefferson que se puede hacer con esto, para qué sirve o por qué estamos interesados en esto. No es solo el contenedor, que se ha introducido en el estudio o, si lo es, tendríamos una especie de historia nula. Porque no estamos preguntando cuál es el uso de estos conceptos en la discusión.

Por lo tanto, también se trata de ser capaz de dominar exhaustivamente el tipo de material necesario para superponer o rodear lo suficiente el texto que se estudia de manera que le permita determinar qué está “haciendo” el texto, lo que le permite hacer afirmaciones válidas al respecto. Al mismo tiempo impone los límites contextuales dentro de los cuales debe operar.

Sí, eso puede decirse a partir de mi experiencia. Pero se puede ser un metodólogo más ambicioso: y David Armitage es ese metodólogo. Su *History Manifesto* es una súplica por lo que él piensa como una especie de contextualizaciones en serie en las que puedes tomar nota de un debate filosófico sobre lo político, crear una serie de estos y contextualizar cada uno de ellos, y terminar en una *longue dureé* (Guldi y Armitage, 2014; Hunt, 2015: 319-325). El problema con esto, si se me permite criticar a tan eminente colega, es que podrías terminar con perlas sin hilo. Me refiero a que, ¿hay algo que vincule esto? Si hablamos seriamente sobre

los vínculos, volvemos a la discusión sobre la creencia del tipo de contexto que le dará la hermenéutica que quiero. Entonces, la cuestión radical para mí es: ¿por qué se podría querer este tipo de hermenéutica de todos modos?

Pasaremos a cuestiones de espacialidad en un momento, pero antes de eso hablemos un poco sobre el problema del anacronismo: contra el grano de Le Problème de l'incroyance au XVI: La Religion de Rabelais de Febvre (1985),¹⁰ tanto Carlo Ginzburg en su Il formaggio ei vermi como David Wootton en su trabajo sobre Paolo Sarpi han enfatizado la posibilidad de la incredulidad del siglo XVI (Ginzburg, 1980; Wootton, 1983).¹¹ Mientras se cuidaban de separar las creencias identificables de las formulaciones posteriores, ambos sostuvieron que, de hecho, era posible ser un incrédulo en el siglo XVI. En sus propios comentarios sobre Les Paysans du Languedoc de Emmanuel Le Roy-Ladurie (1974), notó que Ladurie no comprendió el significado y la lógica interna de la creencia en la brujería de los campesinos que estudió, por lo que descartó estas creencias ya que las consideraba "irracionales" (Skinner, 2002a: 27-56, 35-36).¹² Esto plantea la cuestión de si la falta de un cierto vocabulario explica la ausencia de los conceptos que esperaríamos articular en estos términos particulares. Para usar los términos propuestos por el historiador de la ciencia Gad Prudovsky: ¿podemos atribuir a los pensadores anteriores conceptos que no tenían medios lingüísticos para expresar? (Prudovsky, 1997: 15-31).

Bueno, primero una observación sobre Le Roy Ladurie: mi objeción al método histórico que sustentaba ese gran trabajo

10 [Nota de los traductores: Hay traducción al español: Febvre, L. (1993). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. Akal].

11 [Nota de los traductores: Hay traducción al español en Ginzburg, C. (1991) *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*].

12 [Nota de los traductores: Hay traducción al español en Skinner, Q. (2007). Interpretación, racionalidad y verdad. *Lenguaje, política e historia*. Universidad de Quilmes, pp. 63-107].

fue la equiparación de creencias que consideraríamos irracionales con creencias falsas. Por lo tanto, Ladurie no podía ver cómo podría ser racional sostener creencias verdaderas sobre la brujería y, por lo tanto, condenaba como irracional lo que él pensaba que era falso. Así que dejó cerrado un espacio que debe dejarse abierto, que es la posibilidad de que racionalmente podamos albergar una falsa creencia. Por supuesto, no creemos que esas creencias sean verdaderas, pero la pregunta es: ¿podrían ser racionalmente consideradas verdaderas? Esa fue mi objeción a su trabajo. La referencia a Carlo Ginzburg y David Wootton es muy interesante. Yo mismo quisiera abrir una brecha entre esos dos historiadores, porque lo sorprendente de *The Cheese and the Worms* es que Menocchio en la corte parecía afirmar varios artículos sobre creencias. Mientras que en el caso de Wootton, lo que me pareció que estaba funcionando es algo que se puso de moda en la historiografía, supongo que lo asocio con Leo Strauss, sobre todo, que es una especie de ética e interpretación paranoica, una hermenéutica de la sospecha. Los peligros del anacronismo son tremendos aquí. No creo que Ginzburg, quien es un gran historiador intelectual, haya caído en esos peligros, porque las fuentes parecen estar diciendo lo que él estaba diciendo. Eso no es del todo cierto con Wootton. Mi opinión es que el libro de Wootton se basa en la premisa de que, por supuesto, estas personas inteligentes estaban destinadas a ser ateas, como el propio autor. Las personas inteligentes son ateas, por lo que Sarpi debe ser ateo. Entonces, Sarpi dice varias cosas que, una vez que tienes la suposición subyacente, se suman a la impresión de que él tiene que codificar sus verdaderas creencias, porque no puede expresarlas, pero, sin embargo, la técnica da una clave para descubrir algún contenido oculto sobre el tema del que realmente tratan sus textos. Ciertamente este enfoque...

...que recuerda mucho a Persecution and the Art of Writing de Leo Strauss (1952)...

...no es una forma satisfactoria de abordar cuestiones de creencias. De hecho, tiende a ir en un círculo. Quiero decir, ¿bajo qué circunstancias la expresión codificada sería un modo preferido? Bueno, bajo un sistema de persecución. ¿Qué se consideraría persecución suficiente para que recurras a esto? Bueno, reconocerá esto al desentrañar las creencias subrepticias que solo podrían expresarse de manera “codificada”.

Entonces una gran pregunta que se plantea aquí es si podrían haber tenido el concepto de incredulidad, si podrían haber concebido la idea de la inexistencia de Dios, si eso sería parte del esquema conceptual, incluso si no hubiera existido vocabulario con el que expresar eso. Creo que Menocchio tenía un vocabulario para expresar algo de eso. Sarpi no, porque probablemente fue mucho más complicado en el caso de Sarpi. Pero en la cuestión general, por supuesto, es un gran problema para el tipo de historia de la que estamos hablando. Obviamente, en oposición se sostiene que puede ser fácil demostrar que tienes una forma de vocabulario, que tienes formas de palabras, que usas y entiendes las palabras que usas en una conversación ordinaria sin dificultad. Pero podría mostrarte que no tienes conceptos para responder. Podrías hablarme sobre el infinito y, si yo estuviera lo suficientemente bien informado, podría decir que en realidad no sabemos de qué estamos hablando, que en realidad no tenemos un concepto claro, y un concepto claro significa que podríamos identificarlo, discriminarlo, volver a identificarlo, comprenderlo tanto en su ausencia como en su presencia: todas las limitaciones que implican la posesión de un concepto. Entonces, una vez que has dicho todo eso, y lo pones al revés, me parece una suposición peligrosa decir que podría estar en posesión de un concepto en ausencia de la

capacidad de verbalizarlo de alguna manera. Aunque solo sea por la forma estándar en que entendemos la posesión de un concepto por parte de alguien, si estoy en una discusión con una persona, es porque esa persona puede verbalizarlo.

Luego, por supuesto, los significantes lingüísticos y lo que significan también cambian con el tiempo.

Sí, creo que soy claro al decir que no estoy hablando de todas las condiciones necesarias y suficientes aquí, pero diría que lo que el historiador encuentra es que la posesión de un concepto particular por parte del agente histórico en el que está pensando se expresará en alguna forma verbal. Si no fuese así, comenzará a meterse en las dificultades de las que hablamos.

*Recientemente hubo una notable renovación de interés en el estilo lovejoyeano de la historia de las ideas que parece ser paralelo al redescubrimiento de los imperativos metodológicos de Aby Warburg y Erwin Panofsky. Ambos énfasis son el resultado de una creciente inquietud con lo que se denomina polémicamente “textualismo”, con el supuestamente tenaz “idealismo”, “internalismo” y otros epítetos desagradables con los cuales estos críticos califican a la historia intelectual (Gordon, 2014: 32-54; McMahan, 2014: 13-30; Moyn, 2014: 112-139; Tresch, 2014: 153-171). Típicamente, esta tendencia neolovejoyeana está acompañada de llamados a una estrecha cooperación entre historiadores intelectuales e historiadores de la ciencia y las artes. Lovejoy y los primeros números del *Journal for the History of Ideas* recibieron abundantes elogios por su multidisciplinariedad. El redescubrimiento de la “historia de las ideas” también está conectado a una fuerte reserva contra la “primacía de las representaciones” y la “intelectualización de las prácticas*

sociales” (Fillafer, 2015: 115-118). Estas objeciones se basan en Cornelius Costeriadis, a quien se refiere en su ensayo “Motivos, intenciones e interpretación” (Skinner, 1972, 1996: 90-102)¹³ y en parte a Claude Lefort (Moyn, 2014: 116-117; Jennings, 2001: 204-227). Los defensores de este renovado interés en el acercamiento de Lovejoy a la historia de las ideas exigen una reconceptualización de la relación entre conceptos y prácticas a la luz de su importancia para el orden social. Un tropo recurrente de estas críticas a la historia intelectual es que reduciría las transformaciones sociales y políticas a simples cambios lingüísticos. ¿Cómo respondería a estas críticas y cómo conceptualizaría un tipo de historia intelectual capaz de comprender las prácticas sociales?

Citas el gran nombre de Panofsky y no nos aleja de la representación, nos aleja del lenguaje, *stricto sensu*. Nos lleva a un tipo diferente de vocabulario y he tratado de hacer un trabajo de ese personaje yo mismo. Lo encontré muy liberador y continué trabajando en la *Allegoria ed effetti del Buono e del Cattivo Governo de Ambrogio Lorenzetti en el Palazzo Pubblico* de Siena (1338-1339) y también en la iconografía de Hobbes sobre la persona del estado (Skinner, 2002b; 2002c: 39-117; 2002d; 177-208; 2005: 155-184).¹⁴ Sin embargo, esto no nos aleja de las representaciones, por lo que realmente no cumple con el punto de Castoriadis. Creo que el redescubrimiento de Lovejoy se puede cuestionar de una manera algo diferente y tal vez más puntual. Estoy de acuerdo en que es notable ver cómo Lovejoy fue capaz de tomar ideas de diferentes géneros y hacer una especie de nexo con ellas y, luego, vemos la marcha de estas ideas. En cierto modo, John Pocock es

13 [Nota de los traductores: Hay traducción al español en Skinner, Q. (2007). Motivos, intenciones e interpretación. *Lenguaje, política e historia*. Universidad de Quilmes, pp. 165-183].

14 [Nota de los traductores: Existe en castellano un libro que recupera ambos artículos de Skinner (2002b y 2002c) en Skinner, Q. (2009). *El artista y la filosofía política. El Buen Gobierno de Ambrogio Lorenzetti*. Trotta].

la modernización de este estilo de escritura y, si tuviese alguna preocupación sobre esta cuestión, se remontaría a lo que estábamos diciendo al principio: sí, veo que aquí está la gran cadena del ser de nuevo. Lo encontramos en Plotino y aquí está nuevamente en Filmer. Pero ¿qué está haciendo? Quiero decir que no tiene caso decirme que tienen el mismo vocabulario. Quiero saber por qué tienen este vocabulario. ¿Qué está haciendo por ellos? Quiero saber, bueno, lo que está sucediendo, de modo que este vocabulario de repente parece ser digno de ser revivido y reconsiderado. Eso es una cosa. La otra cosa es la que incluso puedo dar una especie de réplica a la objeción de escritores como Claude Lefort sería que, lejos de intelectualizar todo esto, quisiera decir que es una debilidad del enfoque de Lovejoy, que tampoco está interesado en la otra noción de contexto que comenzamos por exponer. A saber: ¿cuáles son los problemas en la sociedad de la época, aquellos por los que tenemos esta discusión de todos modos, y qué está pasando? La idea de que es la sociedad la que establece los términos es mi marxismo residual. Realmente no estoy contento con la idea de que estos son grandes pensadores en diálogo entre ellos. Por supuesto, existe ese elemento y hay ciertas figuras dentro de nuestra tradición; nunca ha habido una gran motivación para alejarse de ellos. Son, como dice Levi-Strauss, útiles para pensar. Pero ¿por qué estamos pensando con ellos de cualquier manera? Es una pregunta que siempre quiero que sea primaria.

Tenemos una pregunta final sobre la delimitación temporal de estos contextos y esa es la cuestión de la periodización. Ha hecho un trabajo maravilloso sobre pensadores medievales y renacentistas, y ha descubierto sus innovaciones y significados en el contexto de la historia intelectual. En otro lugar, ha mantenido la necesidad de observar el umbral

entre la Edad Media y la Modernidad y, sin embargo, se puede pensar que esta segregación en el tiempo tiene su propia forma de política. Kathleen Davis ha escrito sobre esto en el contexto de cómo la periodización también está vinculada a narrativas de secularización (Davis, 2008) y en su propio trabajo usted ha observado la importancia de la religión (protestantismo) en la historia del fenómeno que considera específico de la modernidad (capitalismo), y nos preguntamos si, con esto en mente, se opondría al tipo de partición de contextos que conduce a narrativas de periodización y secularización.

Bueno, ese es un punto realmente bueno y está expuesto muy amablemente. Pero, realmente, es una crítica devastadora al primer libro que escribí, porque ese libro se concibió en un momento en el que había un gran interés en el fenómeno de la modernización del Estado, por lo que el libro que escribí tomó al Estado como su héroe y quería preguntarme cómo se había cristalizado esto en el nombre principal de nuestro discurso político. Encontré la solución en una respuesta particular a las guerras religiosas que habían devastado a Europa durante más de un siglo. Es decir, la idea tradicional de *une foi, une loi, un roi* puede ser genial, pero se acabó: esa es la aceptación de la reforma no como una herejía o cisma, sino como dos religiones en una sociedad. ¿Qué hace el Estado? En primer lugar, se detiene y dice que tenemos que imponer nuestra religión. Vi una cesura extraordinaria en la cultura europea, donde los agentes del Estado pensaron: “Oh, no podemos hacer esto. ¡Simplemente vamos a tener que rendirnos!”. Y obtienes el nacimiento de una especie de petición de tolerancia en el terreno político. Por supuesto, también la súplica por la tolerancia por motivos religiosos y el escepticismo del humanismo, así como las dificultades de estar seguro acerca de las creencias, contribuyen a todo esto. Pero mi historia

era sobre eso como lo moderno. Así que fue una historia muy tradicional al estilo weberiano. Lo que hace lo moderno es la secularización del Estado y su establecimiento como un aparato burocrático y ese fue el libro que escribí. Nunca escribirías algo así ahora. Quiero decir, intenté hacer justicia al hecho de que estaba hablando de una era de guerras religiosas la mayor parte del tiempo y, recientemente, me sorprendí cuando un amigo estadounidense me dijo que todavía lo usa como libro de texto en su clase. Pero los estudiantes dicen que en realidad no hay suficiente sobre religión. Y recuerdo que mi esposa estaba preocupada cuando estaba escribiendo ese libro, por si me estaba convirtiendo, porque gran parte de él es sobre religión. Yo no tengo religión. Me resulta muy fascinante tratar de dominar la teología, pero ella se estaba preocupando. Entonces, hay un cambio en nuestra sociedad, que apenas necesitamos subrayar: la idea de que, dentro del Estado moderno, las religiones vuelven a pedir que no se las haga parte del ámbito privado, sino que exigen demandas en el espacio público, en nombre de las confesiones religiosas. Me sorprende que hayamos vivido con eso. Realmente pensé que de alguna manera habíamos pasado esa época, pero muestra lo desesperadamente difícil que es alejarse de la idea de que la historia es progresiva. Pero eso es lo que sucedió y por eso ese libro no es fácil de defender ahora.

4.2. Historia intelectual global: promesa y peligros

Bueno, este quizás sea punto de partida injusto, pero nos lleva muy bien a lo que queremos hablar a continuación, que es, de alguna manera, el presente o el futuro de la historia intelectual en el giro global. El “giro global” nos lleva a pensar en la geopolítica del conocimiento de una manera

diferente. La mayoría de sus críticos han hablado sobre la delimitación temporal de los contextos, pero creemos que con el despertar del giro global es importante pensar aún más sobre la delimitación espacial de estos contextos y esto ya ha surgido en la primera parte de nuestras preguntas. El reciente giro global desafía nuestras nociones preexistentes de los contextos históricos y nos lleva a explorar las migraciones, las interacciones y las transformaciones globales de personas e ideas. Reconociendo la profundidad y amplitud de estos intercambios, que han tenido lugar desde al menos la Edad Media, nos damos cuenta de que el contexto de la historia intelectual puede ser más poroso de lo que pensábamos anteriormente. Nos preguntamos cómo puede responder la historia intelectual a este nuevo desafío, si puede abordar cuestiones de movimiento, convergencia, divergencia y traducción que surgen de la cuestión de la historia global. Por ejemplo, ¿cuál sería el contexto de un viajero? ¿Acaso llevan su contexto con ellos?

Sí. Bueno, creo que acabas de dar un muy hermoso resumen de lo que se está convirtiendo en un nuevo programa de investigación dentro del tópico. No es uno al que haya contribuido yo mismo, excepto en la medida en que estaba interesado en los inicios del imperialismo en el primer libro que escribí. Pero en manos de personas como ustedes, por supuesto, o también pienso en mis propios alumnos, Annabel Brett y David Armitage, estas preguntas se están volviendo centrales, fundamentales (Brett, 2014). Entonces, en el reciente libro de Annabel sobre los cambios en el Estado, lo que ves es la idea de una comunidad mundial universal que está habitada y que, luego, es desafiada. Y en el trabajo actual de David, el desafío global se recoge con franqueza. Quiero decir, en cierto modo, Annabel está hablando de cómo lo global se volvió más específico, pero David quiere que nos enfoquemos en lo global. Estos son nuevos programas de investigación. No creo que el programa de investigación en

el que me crie y, supongo, con el que ayudé a iniciar a esos dos grandes académicos haya terminado. Siempre hay algo nuevo que decir sobre el tipo de programa de investigación en el que estoy involucrado. He llegado a pensar —lo que solía no creer en absoluto— que dentro de la tradición europea hay una gran variedad de preguntas de historia intelectual, que en realidad son infinitas, debido a la variedad irreducible e infinita de formas en que nos acercamos a ellas a través del tiempo. Nos acercamos a ellas con contextos bastante diferentes y, aunque siempre me ha parecido que la noción de Gadamer de que todo lo que podemos hacer es fusionar nuestros horizontes (Gadamer, 2004: 302), es un poco modesta con toda franqueza, se presenta como lo máximo que podemos lograr. Sin embargo, se puede ver exactamente lo que está buscando: que continuamente estamos reevaluando nuestras tradiciones, por lo que somos. Y tú parece sentirte muy natural con estos términos, y yo no. Sin embargo, sí encuentro que, por supuesto, todos estamos profundamente influenciados por los cambios que experimentamos en nuestra vida intelectual. Y esto es crucial para nuestros propósitos al revivir, como acabo de hacer, la serie que preparé con Cambridge hace mucho tiempo, en la que tratamos de darle algunos cañonazos al canon. Tenemos ahora quince nuevos textos bajo comisión y ninguno de ellos son textos europeos.

Maravilloso. Estábamos a punto de preguntarle exactamente sobre el canon tal como se ha construido a través de la serie de Cambridge History of Political Thought y sobre la modificación necesaria de este canon a la luz del giro global.

Bueno, como puedes ver, no pensé en esa serie de textos originalmente como el establecimiento de un canon. *Au contraire*. Teníamos un canon y era muy pequeño. Lo que

hicimos cuando comenzamos fue evitar todos los textos canónicos. ¿Y por qué estábamos haciendo eso? Bueno, la serie obedecía a lo que hemos estado hablando a principios de esta tarde, que es: “rodeemos estos textos con un contexto que ayude a darles sentido”. Estábamos tan lejos de querer establecer un canon, que lo que realmente intentamos hacer fue, podría decirse, “apuntalar” estos grandes textos.

Pero, luego, nos pasaron dos cosas. Ambas fueron imperativos económicos. Y uno siempre debe pensar sobre esto en relación con la producción académica, que es lo que permite la producción. Y Cambridge University Press estuvo apoyándonos en nuestra lucha contra el canon, hasta el punto en que comenzaron a perder dinero. Y tan pronto como perdieron dinero, la respuesta obvia fue: bueno, lo que necesitamos es Platón, Agustín, Hobbes, Marx, a todos ellos. Y te puedo asegurar que lo hicieron bien. Venden miles de copias cada año, sin falta. Entonces hicimos a todos ellos. Pero, luego, lo siguiente que sucedió fue que habíamos hecho todo eso y se produjo una nueva crisis económica, que cerró la serie. Eran crisis, pero todo lo que iba a generar una gran cantidad de dinero estaba en la serie. Y lo que habíamos comenzado a hacer con honor dejaría su impronta y, probablemente, tendría una reimpresión, y eso fue todo. Pero no fue suficiente. Entonces la serie se detuvo. Pero se detuvo por razones económicas, no porque creyera que había establecido un canon. Y comenzó de nuevo con una nueva generación de editores. Esto fue fascinante, que el maravilloso editor principal que siempre tuvimos para esa serie se haya retirado y me acerqué a la nueva generación, personas mucho más de su edad, que pensaron: “sí, deberíamos comenzar esto, pero obviamente debe ser global”. Entonces, todos los textos que ahora estamos encargando son textos de autores latinoamericanos, chinos o indios.

Podemos deconstruir espacios, pero no pareciera que podamos escapar del espacio del mercado.

Bueno, creo que eso es terriblemente importante, quiero decir que todos estamos operando dentro de una sociedad de mercado. Cuando era muy joven, pensaba que vivía bajo el capitalismo. Pero lo que no sabía era que estas personas apenas habían comenzado. Quiero decir que realmente apenas habían comenzado y ahora es mucho más real.

Bueno, la nueva serie suena como una gran aventura.

Gracias, espero que podamos hacer un gran anuncio a finales de este año y comenzar de verdad. Nuevamente, tienes que ver qué sucede, pero si eso funciona, ¿por qué no deberíamos continuar?

*Nuestra siguiente pregunta es un poco más técnica. La teoría poscolonial y los estudios subalternos nos han hecho pensar sobre el vínculo entre el lugar y la producción de conocimiento, y reconocer la dinámica de poder de este vínculo. En *The Darker Side of the Renaissance* Walter Mignolo (1998) abogó por una hermenéutica pluritópica, la representación de ideas que se producen en diferentes lugares por diferentes sistemas de conocimiento. Esto es diferente al enfoque antihermenéutico de Paul Feyerabend que usted caracterizó como anarquista en la introducción de su *The Return of Grand Theory in the Human Sciences* (Skinner, 1990a). Mignolo argumentó que lo que enfatiza un enfoque pluritópico es “no solo la relatividad cultural o el multiculturalismo, sino el interés social humano del acto de contar una historia como una intervención política” (Mignolo, 1998: 15), la política de promulgar y construir loci de enunciación está en juego en lugar de la diversidad*

de representaciones resultantes de ubicaciones diferenciales en contar historias o construir teorías. Esto nos lleva a las discusiones anteriores, sobre si la historia intelectual debería responder a estos desafíos y si las nuevas historias intelectuales deberían reflexionar más sobre la geopolítica del conocimiento, quizás también si se debieran tener en cuenta no solo las ideas que han tenido éxito, sino también las ideas que se han suprimido o perdido por el camino.

Bueno, estoy tan profundamente comprometido con la idea de que deberíamos ir en esa dirección. Proviene de algo que era muy importante para mi generación en la juventud, que era el tipo de relativismo leve, que ya estaba presente, especialmente proveniente de la historia de la ciencia, sus ideas sobre los sistemas de conocimiento y cómo coexisten en diferentes sociedades. Y algunos de ellos tienen mayor privilegio epistémico que otros, pero la aspiración del historiador sería, por decirlo groseramente, tratar de hacer que nuestros antepasados sean lo más racionales posible. No estamos de acuerdo con lo que dicen, pero estamos tratando de darles voz. Y existe una tendencia continua para que la historia dé voz a aquellos que ya tienen voz. Por supuesto, soy profundamente culpable en ese sentido, porque no es que nadie haya oído hablar de Thomas Hobbes o William Shakespeare. Tienen voz en realidad en todas nuestras culturas y están en un gran número de lenguajes. Pero lo que queremos son las voces subalternas y queremos que se deje de lado el privilegio epistémico. De modo que se remonta a algo que ya era una segunda naturaleza para mí cuando comencé como historiador, que es que lo que estaba mal con la generación anterior de historiadores, era que vivían en un solo mundo epistémico. Del mismo modo que alguien como Ladurie vivió en un solo mundo epistémico: “¿Brujas? ¡No me hables de brujas! ¡Eso son muchas tonterías!”.

Entonces, pregunta: “¿Por qué creían tonterías?”. Bueno, imala pregunta! La pregunta que tienes que hacerte es: “¿tenía sentido para ellos creer en brujas?”. Eso te lleva a un mundo muy extraño para nosotros, pero es un mundo en el que una historia intelectual aún más tradicional (pensemos en los trabajos sobre brujería de Keith Thomas [1971] o Stuart Clark [1997]) revolucionó absolutamente el tema al decir que debemos mirar el mobiliario en las mentes de estas personas sin prejuicios sobre lo que esperamos que sea cierto. No esperamos que nada de esto sea cierto, pero ¿cuál es la voz que le daría sentido a todos esto? Entonces, estábamos comenzando por ahí. Entonces, ¿dónde nos equivocamos? ¡No nos equivocamos, simplemente no fuimos lo suficientemente lejos! Es por eso que tu metáfora espacial es extremadamente importante. Todavía estábamos hablando de la cultura europea y lo que estábamos haciendo era hablar de una élite y una cultura subalterna.

...aunque hemos estado hablando del espacio en el giro global, no creo que tengamos que salir de Europa todo el tiempo...

¡Para nada!

Podemos recuperar estas voces subalternas y perdidas dentro de Europa. Esta es la conclusión a la que llegué en mi trabajo sobre la disputa por la pobreza franciscana (McClure, 2016). La idea de que la supresión de las ideas extremas de los franciscanos puede llevar a posibilidades que se escriben fuera de la historia puede tener implicaciones fascinantes.

Absolutamente. Por supuesto, son un ejemplo extremo: me refiero a la idea de que la propiedad puede no ser un derecho...

...o que puedes liberarte de ella...

Ciertamente, o que podrías liberarte de ella y que eso sería un estado de gracia. Eso fue profundamente amenazante para Europa y esa fue realmente la razón por la que tuvo que dejarse de lado. Mira, todos somos marxistas hasta ese punto, pero en la medida en que todos lo somos, un reporte del pasado, que no es solo un reporte de cómo nos convertimos en lo que somos, sería un informe de cómo fue este pasado. Y estoy muy impresionado por el mantra de la antropología cultural. Cuando vivía en los Estados Unidos, Clifford Geertz era el gran exponente de este punto de vista, que era, como él mismo siempre decía con gran ironía, que queremos el punto de vista del nativo. Y, por supuesto, está la idea antropológica: ver las cosas de la manera en que ellos las verían. Y tan pronto como diga “viéndolo a la manera de ellos”, ¿quién es el “ellos”? Porque hay múltiples visiones.

*¿Acaso los renovados énfasis en la *longue durée* no corren el peligro de pasar por alto esta multiplicidad de voces, de ocultar esta importante experiencia de alienación?*

Todos sabemos por experiencia propia que escuchar una multiplicidad de voces en nuestra cultura en la actualidad es bastante difícil. Escucharlas a través de la *longue durée* es una tremenda demanda para hacerles a los investigadores. Lo que no queremos hacer es volver a la erudición que tenía estas enormes brechas, de una manera que francamente hizo Lovejoy. Si eres un historiador poderoso, puedes hacer puente entre esos vacíos de la manera que lo hizo Pocock. Aunque hay grandes brechas incluso en la *longue durée* de Pocock...

Parece algo así como una historia de a saltos.

Oh, absolutamente. Guicciardini muere y, luego, nace Harrington, pero ahí tienen casi un siglo. Entonces, debo confesar que soy puntillista. Sigo usando la palabra sin saber por qué, a excepción de que no lo haya hecho antes. Pero sí me veo a mí mismo como un puntillista aquí. Y quiero que haya muchas figuras puntillistas y quiero que todos hablemos entre nosotros. Porque así es como era la cultura.

Absolutamente. Pareciera ser que, a pesar de que tenemos este giro global que podría estar incitándonos a buscar respuestas a estas preguntas, la historia global —como la han conceptualizado algunos profesionales— no siempre ha proporcionado respuestas satisfactorias a este problema. Si uno mira el juego de herramientas conceptuales empleado por los historiadores, ¿cómo valoraría la importancia de reparticularizar o provincializar, para usar el término de Chakrabarty (2007), conceptos occidentales aparentemente universales, como el Estado, la revolución, la clase, la legitimidad, etc., particularmente dado el hecho de que la historia global más reciente no proporciona un remedio para este problema? ¿Considera que la historia global se está convirtiendo en una nueva gran teoría, que se arriesga a un esquema de explicación similar, como los que, como observó, advirtió Wittgenstein?

Bueno, estoy muy de acuerdo con la deriva de esa pregunta. Algo que me ha sucedido en mi carrera como historiador, que originalmente no formaba parte de mi motivación, pero que se convirtió profundamente en parte de ella, es la particularización del nosotros. Vernos a nosotros mismos como una tribu entre otras y ver las fases anteriores de nuestra tribu como otra tribu. Entonces, miras a la otra tribu porque estás buscando el tipo de ideas humanas que tienen

para ofrecerte. Lo que no esperaba encontrar era algo que —en algo que he escrito sobre esto y que no es una muy buena metáfora— me encontré llamando “tesoro enterrado” (Skinner, 1998: 112).¹⁵ Entonces, vuelvo al Renacimiento y me desconciertan sus puntos de vista sobre la libertad humana, especialmente la idea de que la preservación de tu propia libertad de interferencias podría requerir la participación pública y las virtudes que presupone. Eso parece una paradoja.

O la idea franciscana de que la subyugación completa puede llevar a la libertad última.

Exactamente. Sí, absolutamente. Su servicio es perfecta libertad. Un muy buen ejemplo. Y volveré sobre mi propio ejemplo, aunque no sea mejor. Te encuentras con preguntas, que parecen ser sobre un concepto que implementas y seguramente sea pobreza o libertad. Pero no entiendes lo que dicen. No puedes darle sentido. Creo que esa es una paradoja. Lo que se llega a ver, sobre todo, es que se ha dejado de lado una serie de ideas sobre cómo pensar sobre la libertad política. Eso se convirtió en una motivación para algunos de mis trabajos recientes, al igual que volví a pensar en preguntas sobre el Estado. Bueno, hablamos sobre el Estado, lo que hacemos todo el tiempo y todos los periódicos hablan sobre el Estado. El Estado significa el Gobierno aquí; significa el aparato burocrático de control y coerción. Y estoy completamente impresionado por el hecho de que en el momento en que el concepto se convirtió por primera vez en el sustantivo principal de nuestro discurso político, eso no era de lo que estaban hablando en absoluto.

15 [Nota de los traductores: Hay edición en español en Skinner, Q. (2004). La libertad antes del liberalismo. Taurus].

Entonces surge la pregunta: “¿de qué estaban hablando?”. Y mucho más importante: “¿hemos perdido algo?”.

Y creo que lo que puede suceder, si nos fijamos en otras tribus, es que el parroquialismo, que es cierto en todas nuestras culturas, puede mitigarse al descubrir que estas otras tribus no solo están haciendo las cosas de manera rara o chistosa. Por el contrario, puede valer la pena pensar en hacer las cosas de esa manera. Nunca esperé encontrarme diciendo eso, pero ahora encuentro que es una profunda motivación para mi historia.

4.3. Libertad neorrepública y sociedad de mercado

Ahora reflexionemos un poco sobre la conexión entre su agenda metodológica y el proyecto neorrepúblicano. Usted ha enfatizado que el triunfo de las categorías de pensamiento individualistas modernas logró destruir una forma completamente diferente de pensar acerca de lo que significa ser una persona libre y actuar libremente. Siguiendo esta línea de investigación, usted afirmó que una noción empobrecida de libertad hace que consista en la libertad de ser interferidos, mientras que los ciudadanos se ven privados de libertad no tanto por tales actos de interferencia, sino por estructuras de dominación y dependencia en la sociedad que los obligan a moldear sus acciones para que se ajusten a la voluntad de otros (Skinner, 1998). Ha planteado la necesidad de hacer una reflexión exhaustiva sobre estas estructuras de dependencia que impregnan una variedad de relaciones sociales desde el lugar de trabajo hasta la familia y, también, ha interrogado las muchas formas de autocensura a las que dan lugar. Al enmarcar estos pensamientos, recurrió a la tradición romana de libertad consagrada en la Digesta y lo contrastó con la sospecha generalizada sobre la propiedad privada en

la tradición griega cuyo apogeo se podía encontrar en la República de Platón. Usted notó que, en la noción romana de libertad, la existencia de deberes públicos y la conveniencia de la asociación civil dependían de la protección de las relaciones de propiedad. Gran parte de su trabajo reciente parece estar imbuido de un compromiso neorrepblicano. Declaró que necesitamos “tomarnos nuestros deberes en serio” y, en lugar de tratar de evadir algo más que las “demandas mínimas de la vida social”, debemos “tratar de cumplir nuestras obligaciones públicas de la manera más sincera posible” (Skinner, 1990b: 293-309, 302). Cuando miramos a las sociedades occidentales contemporáneas, ¿en qué sentido esta definición neorromana de libertad nos permite ubicar estructuras de dependencia que, a pesar de las estipulaciones y arreglos formales coexistentes que aparentemente garantizan la libertad, equivalen a formas de esclavitud más o menos ocultas?

¡Maravilloso! Lo que me ha preocupado mucho es algo, que creo que la teoría política liberal de la actualidad es muy deficiente como para pensar de manera satisfactoria, que es el ejercicio oculto del poder, exactamente como dices. Porque, a grandes rasgos, la comprensión liberal de la libertad es la ausencia de coerción. La libertad se convierte en un predicado sobre acciones y perdemos de vista una tradición diferente según la cual la pregunta que se debe hacer sobre la libertad no es fundamentalmente sobre las acciones, aunque, por supuesto, todos pensamos que la libertad es con respecto a las acciones. Si descubrimos que una puerta se ha cerrado, entonces no seríamos libres de salir de la habitación. Nadie lo niega. De lo que estoy hablando es de lo que me parece fundamental sobre la libertad. El punto de vista liberal es: bueno, lo fundamental de la libertad es que alguien te impida hacer algo que de otra manera podrías hacer, tener el poder de hacer.

Yo estoy diciendo: no lo pienses de esa forma. Piénsalo como un concepto de estatus, piénsalo como una relación de dependencia o independencia y eso es pensarlo como la noción de ser un hombre o una mujer libre. *Liber homo*. Por supuesto, el latín es un mejor idioma para esto, ya que significa hombre o mujer. Entonces sí, creo que hay muchos ejercicios ocultos de poder como resultado y que el liberalismo es muy malo para identificar. Tomemos el hecho de que ahora hemos descubierto, ciertamente en Gran Bretaña y los Estados Unidos, que estamos sujetos a una vigilancia continua por parte del Estado, que aún no cuenta con nuestro consentimiento, pero sabemos que es absolutamente generalizado. Esto se interpreta en todo discurso como una pregunta sobre la privacidad. Y, por supuesto, es una cuestión de privacidad. Si estás leyendo mis correos electrónicos sin mi permiso, estás violando mi privacidad. Eso no es interesante. Lo importante es que es una violación de la libertad a través de un mecanismo por el cual el liberalismo es tan malo, pensar en la autocensura. Yo sé que siento que no, porque no soy una persona importante y no tengo correos electrónicos confidenciales. Pero si lo fuera y los tuviese, estaría pensando: “Bueno, no sé si debo enviar este correo electrónico”. Ahora, eso no es porque sé lo que sucederá. Es porque no sé lo que sucederá. Entonces pienso: “Bueno, tal vez no lo haré”. Esa es una pregunta sobre la libertad. Me estoy autocensurando frente a mi dependencia de un poder arbitrario.

Y creo que hay muchos más de esos ejercicios silenciosos de poder en nuestra sociedad de lo que nuestra legislación está dispuesta a tener en cuenta. Otro ejemplo muy obvio que no estamos dispuestos a tomar en cuenta —porque estamos destinados a suscribirnos a algo llamado sociedad de mercado, que supuestamente nos hará más ricos— es la desindicalización de la fuerza laboral. Es un asunto

realmente serio en los dos países que mejor conozco, el Reino Unido y los Estados Unidos. La fuerza laboral ha caído en Gran Bretaña de más del 40 % a menos del 20 % y una gran parte de la mano de obra empleada es ilegal, porque la gente está muy dispuesta a actuar bajo el radar de las autoridades fiscales. Y la gente está muy dispuesta a emplearlos, porque pueden emplearlos por menos y obtienen más. Entonces, obtienes enormes economías que funcionan en negro. Ahora, el problema desde el punto de vista de la persona que ha entrado en esa economía que, por supuesto abunda en Gran Bretaña e Italia, es que no tienen derechos laborales. Por lo tanto, están sujetos a un poder arbitrario, especialmente si son ilegales. Si se pelean con el empleador, el empleador siempre puede informar a las autoridades. Ese es el final de que esa persona tenga un Estado para vivir. Entonces, lo saben y el empleador sabe que lo saben. Ahí tienes una relación de dependencia, que tiene un gran poder. Y cada vez te encuentras con muchos más ejercicios de poder de este tipo. ¿Cómo pueden estas personas negociar salarios? ¿Cómo pueden estar seguros de recibir atención médica? Ninguna de estas cosas es posible. Otro caso, que hemos visto en Gran Bretaña, para nuestro horror, es la violencia doméstica. Y resulta, por supuesto, que se trata en gran medida, no del todo, sino en gran medida, de las relaciones de dependencia. La mujer con la pareja violenta no tiene medios independientes de apoyo, no puede irse, cómo viviría, tiene que quedarse, tiene que someterse a la violencia, todo es sistémico.

Entonces, ¿podemos preguntar sobre el vínculo que existe entre sus preceptos metodológicos y sus inclinaciones políticas?

¡Sí, bien! Bueno, realmente no he pensado en eso, pero, por supuesto, el vínculo está muy cerca o de lo contrario no me habría encontrado con esta noción de un “tesoro enterrado”.

He intentado reconstituir el discurso de una sociedad muy remota en el tiempo —en mi caso, o también podría ser en el espacio— en relación con mi propio tiempo. Esto me ha llevado a enfrentarme a diferentes formas de pensar sobre asuntos como la libertad, del que ya hemos hablado, pero también sobre diferentes teorías sobre la representación y lo que eso significa políticamente. ¿Es la autorización una condición suficiente de representación?

Hay una tradición muy rica a la que podríamos recurrir sobre este tema. Hemos hablado sobre el Estado. Hay muchos casos en los que retrocedemos en el tiempo y descubrimos que piensan de manera diferente sobre conceptos comunes. Digamos que están hablando de lo que es ser una persona libre. Pero ellos no piensan en la forma en que nosotros pensamos sobre eso. Esa fue mi primera idea y estaba interesado en las paradojas que parecía generar y en cómo resolverlas, y eso comenzó cuando dicté las conferencias de Tanner en Harvard. Eso fue en 1984, cuando dicté un conjunto de conferencias llamado *Las paradojas de la libertad política* (Skinner, 1995: 15-38), en las que traté de mostrar las paradojas de los pensadores liberales (estaba en Harvard y me enorgullece decir que John Rawls vino a las conferencias). Bueno, entonces, una vez que resuelves la paradoja, te queda una nueva visión; y vale la pena pensar en algunas de estas ideas. ¡Entonces esa es la conexión! Aunque, para mí, es una conexión fortuita, aunque ahora exhorto a mis estudiantes a que formen parte de la motivación de sus programas de investigación para analizar temas como representación, democracia, libertad, todos estos temas, donde simplemente no pueden dejar de encontrar diferencias interesantes.

El trabajo de John Pocock ha estado marcado por una incomodidad arendtiana con el individualismo y el cosmo-

politismo como elementos firmemente estampados de las sociedades liberales modernas. Lo que usted parece compartir con Pocock es la experiencia formativa de Cambridge de la posguerra (Koikkalainen y Syrjämäki, 2002: 34-63; Perreau-Saussine, 2007: 106-122; Pocock, 2006: 7-17; 2004: 532-550),¹⁶ un impulso butterfieldano dirigido contra la teleología y la idolatría del liberalismo. ¿Podría reflexionar un poco sobre cómo sus propias preocupaciones políticas difieren de las de Pocock? Como señaló Dana Simmons, el estudio de Pocock de lenguajes similares que, como si fuesen glaciares, atraviesan distintas épocas también está motivado por el deseo de cargar los proyectos revolucionarios y posmodernos con sus pasados y complicar su uso en los debates actuales (Simmons, 2012: 288-306; Fillafer, 2016: 106-122). El momento maquiavélico (Pocock, 1975),¹⁷ en este sentido, se diseñó para oponerse a la política “carismática y creativa”, un estilo de política que priva al ciudadano autosuficiente de su posibilidad de participar en un sistema político que también está marcado por una “tradicción” compartida. La preferencia de Pocock por tales cambios de gran escala y de tiempos largos contrasta con su propio interés primario en contextos densamente texturizados y “acciones”. ¿Podría hablar un poco sobre si considera que estas agendas académicas están relacionadas con sus respectivas predilecciones políticas? ¿Podría uno considerar las direcciones distintas pero relacionadas que cada uno de ustedes tomó como posibles direcciones de pensamiento que se originaron en un punto de partida intelectual compartido en la década de 1950?

¡Qué interesante! Bueno, debería decir que John Pocock, a quien admiro y con quien todavía estoy en contacto, y que

16 [Nota de los traductores: Hay edición en español de Pocock (2004) en Pocock, J. G. A. (2009). Quentin Skinner: la historia de la política y la política de la historia. *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Akal, pp. 135-155].

17 [Nota de los traductores: Hay edición en castellano en Pocock, J. G. A. (2002). *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Tecnos].

recibí una carta suya esta semana, es de una generación diferente a la mía. Quiero decir que debe ser casi 20 años mayor que yo. Así que no pienso en Pocock y Skinner en los años cincuenta. En los años cincuenta yo era un colegial y él ya tenía un posdoctorado, era un maestro. Por lo tanto, no somos de la misma edad de ninguna manera; él tiene más de noventa años. Pero eso es interesante sobre Butterfield; Butterfield fue muy importante para Pocock. Butterfield era el profesor de Historia del Regius cuando era estudiante universitario. Pero era una figura muy remota, no estaba enseñando y su trabajo importante parecía haber quedado atrás. Es perfectamente cierto que su trabajo importante, aparte de su notable libro *Origins of Modern Science*, intentaba cuestionar la autoimagen de los ingleses como *whigs* (Butterfield, 1973). Por supuesto, fue un trabajo clásico: todavía hablamos de la interpretación *whig*, ¿no? Saluda a Butterfield, lo que significa simplemente contar la historia de los ganadores. Pero si hay que hacer una distinción en torno a Butterfield, es que las preferencias políticas de John Pocock como las de Butterfield están en contra del liberalismo, pero porque son figuras bastante conservadoras. Butterfield era una figura política ferozmente reaccionaria y, por supuesto, un cristiano practicante. Y su antiliberalismo era antiseccularismo, y también estaba en contra de cualquier tipo de permisivismo. Era francamente conservador. Creo que la opción política de John Pocock también es bastante conservadora. Mi antiliberalismo de joven se derivaba del hecho de que me consideraba socialista; entonces atacé el individualismo no porque fuera cristiano. Estaba en Cambridge con todas esas personas terribles que eventualmente dirigieron Gran Bretaña y no podía creer lo reaccionarios que eran. Me parecía que venían de una cultura completamente diferente. La idea de que esto se llamaría *thatcherismo* y que ellos iban a ser sus agentes, me

habría horrorizado en ese momento, tal como me horroriza 25 años después. Me gradué en 1962 y fui a Estados Unidos en 1967, que parecía el corazón de la socialdemocracia radical en ese momento. Parece increíble ahora, porque se ha convertido en un país tan reaccionario de muchas maneras. En aquel entonces, sin embargo, parecía tener el futuro en sus huesos, por así decirlo. Así que esas eran mis aspiraciones idealistas y esos eran mis compromisos políticos, y coincidían con Pocock y Butterfield solo en la medida en que teníamos diferentes razones para no gustarnos el tipo de liberalismo en el que vivíamos. Ahora, por supuesto, parece que vivíamos en una edad de oro de la decencia del bienestar, aunque no lo parecía en ese momento.

Esto nos lleva al punto final sobre el que queríamos preguntarle, que es que usted parece muy comprometido políticamente, así como intelectual y académicamente, y sabemos que le han hecho esta pregunta en el pasado, pero ¿cómo puede armonizar entre estas dos cosas diferentes? En algunos de sus trabajos, expresa cierto escepticismo sobre la utilización del pasado, pero muchas de las ideas que recuperamos sobre la libertad, por ejemplo, realmente agregan combustible a nuestro fuego cuando luchamos contra esta incursión neoliberal. ¿Cómo podemos conciliar estas dos cosas? En segundo lugar, actualmente hay una batalla muy específica que enfrentamos en las universidades con la presión sobre las humanidades. Acabamos de tener la oportunidad de preguntarle a David Armitage sobre esto, ya que está creando una nueva forma de responder a este desafío a las humanidades y nos preguntamos si usted tuvo una respuesta diferente a este desafío. La pregunta que le hicimos a David esta mañana fue sobre los problemas relacionados

con el impulso hacia una epistemología empírica. Esto es algo que usted criticó en uno de sus ensayos de 1975 sobre hermenéutica y el papel de la historia (Skinner, 1975: 209-232): dijo que la forma en que se han marginado las epistemologías empiristas tiene un impacto positivo en la forma en que podemos pensar sobre diferentes cosas. Ahora parece que estamos siendo alentados a comprometernos con los metadatos y las humanidades digitales de una manera diferente y esto está trayendo un empuje hacia esta epistemología empirista contra la cual usted escribió. Nos preguntamos si tenía algo más que decir sobre el contexto al que nos enfrentamos actualmente.

Muy interesante. Bueno, déjenme abordar su primer punto primero, que es realmente la pregunta que se hacía Max Weber (1922) sobre la relación de la política con el podio del profesor y siempre he tenido, espero, una visión anticuada sobre esto. Soy una persona políticamente comprometida, aunque no estoy políticamente comprometido en el mismo sentido que cuando era joven. Me parece que todas mis energías van ahora a mi enseñanza, escritura y vida familiar. Si pones esos tres aspectos juntos, tienes tantas horas como hay. Así que lamento decir que no estoy comprometido políticamente de la manera obvia, estoy comprometido políticamente de la manera en que lo están los intelectuales. Es decir, a veces aparezco en plataformas o transmisiones, o hago el tipo de cosas que me permiten articular mis puntos de vista. Pero siempre he tratado de no hacer eso en la universidad. Siempre he querido presentarme a mis alumnos como un erudito y no en ningún otro rol. Quiero decir, imagino que mis alumnos probablemente saben lo que pienso, porque en los seminarios semana tras semana y mes tras mes, es difícil no decir que sale, estoy seguro. Pero me gustaría que no fuera así. Me gustaría que esto fuera

bastante puro. Por supuesto, eso no funciona del todo, pero esa es la aspiración.

En cuanto al otro punto que planteaste, me siento muy ansioso por el futuro de las humanidades y muy optimista en otro sentido; y el optimismo proviene de la revolución informática a la que te referes. En las humanidades, esto ya ha elevado y solo puede continuar elevando los estándares en nuestras disciplinas a alturas absolutamente inauditas. Me refiero a que la capacidad de procesar grandes cantidades de datos ya se está volviendo tremendamente importante en la historia social y económica. En la historia intelectual, el procedimiento análogo es el uso de las bases de datos que todos tenemos ahora al alcance de la mano. Solíamos tener concordancias para los grandes escritores y siempre ha habido una concordancia de Cicerón y siempre ha habido una concordancia sobre la Biblia y sobre Shakespeare. Ahora, efectivamente, tenemos concordancias de toda la literatura occidental, todo se puede buscar. Y hay un ensayo notable publicado recientemente por Keith Thomas, que dice que lo que solía llevarle seis meses de investigación en las bibliotecas, lo podría hacer un estudiante promedio en un día, y es cierto. Entonces, si se piensa en un estudiante no promedio, la cantidad que se puede hacer y decir con seguridad acerca de la conducta verbal completa de un período histórico es bastante asombroso de contemplar: eso es bastante maravilloso.

La ansiedad que tengo es que ciertamente me capacité de una manera que no me hace tan útil para mi universidad ahora como me gustaría, que es el problema del llamado impacto: este es un problema particular en el Reino Unido, donde el Estado tiene una mano muy dura sobre nosotros. Y ahora ha determinado que el impacto de nuestros estudios contará en la asignación de fondos para la investigación en humanidades. El impacto se ha definido finalmente y se

ha definido en términos que me parecen potencialmente letales, porque lo que tienes que poder demostrar es que hubo una diferencia causada por lo que dijiste, escribiste, publicaste o lo que sea que, a su vez, pueda demostrarse que sucedió fuera de la vida académica. Ahora bien, ¿qué impacto puede tener el tipo de cosas de las que hemos estado hablando esta tarde, si el impacto se define así? La respuesta es, por lo que puedo ver, ninguna en absoluto. Ahora bien, no me preocupo por mí mismo, porque hace mucho tiempo que no busco empleo, aunque me gustaría seguir escribiendo. No estoy realmente preocupado por las personas que están en una etapa como la de ustedes, porque prosperarán. Pero ese crecimiento no será el mismo: en un mundo bastante diferente, en el que el ojo de ustedes tendrá que estar puesto en esta cuestión mientras determinan sus programas de investigación. He tenido el lujo para la mayoría de mi carrera de que esto no fuera así. Digo que es un lujo, porque creo que va a ser muy difícil hacer eso para la mayoría de los practicantes de humanidades de hoy y del futuro cercano.

Muchas gracias por este importante punto. En una nota relacionada, nos preguntamos cómo podemos responder a los requisitos de “impacto”. ¿Cómo podemos proceder en momentos en los que parece que la agenda del impacto puede forzar o limitar ciertos tipos de trabajo que queremos hacer, especialmente esta noción de recuperar ideas perdidas, y que estas historias pueden perder frente a las que se encuentran más fácilmente vendibles, que se destacan? Creemos que este es un peligro potencial.

¡Estoy muy de acuerdo con eso! Y hay algo más que debemos agregar, que es mucho peor, que es que mucha gente de mi generación —y yo estoy involucrado en algo

llamado “Consejo para la Defensa de las Universidades Británicas”— pensó, bueno, solo tenemos que conocer a estos políticos y administradores de alto rango y explicarles todo lo que hablamos hoy. Y dirán: “Oh, sí. ¡Ya veo!”. Pero no están escuchando. No van a escuchar. Eso es lo que hemos descubierto y eso es lo más descorazonador de todo; que se trata de una agenda ideológica, parte de una sociedad de mercado: “Cómo unir las humanidades a una sociedad de mercado”. También viene bajo banderas de aspecto mucho más honorable de responsabilidad del dinero público que, por supuesto es de extraordinaria importancia en un sistema universitario sostenido públicamente, pero siempre pensamos que éramos responsables porque nuestro tiempo de trabajo puede medirse y que lo estábamos usando en formas que abrirían los ojos de los jóvenes, pero ahora se cree que esto ya no es suficiente. Muchas gracias y que comience la batalla por el futuro.

Bibliografía

- Brett, A. S. (2014). *Changes of State: Nature and the Limits of the City in Early Modern Natural Law*. Princeton University Press.
- Burke, P. (2002). Context in Context. *Common Knowledge*, 8, pp. 152-177.
- Butterfield, H. (1973). *The Whig Interpretation of History*. Penguin.
- Chakrabarty, D. (2007). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton University Press.
- Clagett, B. M. (1959). *Science of Mechanics in the Middle Ages*. University of Wisconsin Press.
- Clark, S. (1997). *Thinking with Demons: The Idea of Witchcraft in Early Modern Europe*. Oxford University Press.
- Davis, K. (2008). *Periodization and Sovereignty. How Ideas of Feudalism and Secularization Govern the Politics of Time*. University of Pennsylvania Press.

- Febvre, L. (1985). *The Problem of Unbelief in the Sixteenth Century: The Religion of Rabelais* Cambridge University Press.
- Fillafer, F. L. (2015). Auszug aus Cambridge. *Zeitschrift für Ideengeschichte* IX/1, pp. 115-118.
- Fillafer, F. L. (2016). John G. A. Pocock – historik intelektuálních dějin. *Opera Historica: Časopis pro dějiny raného novověku*, 17, pp. 106-122.
- Garrett, D. (2002). Spinoza's Conatus Argument. Koistinen, O. I. y Biro, J. I. (eds.), *Spinoza: Metaphysical Themes*. Oxford University Press, pp. 127-158.
- Gadamer, H. G. (2004). *Truth and Method*. Bloomsbury Academic York.
- Ginzburg, C. (1980). *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*. Johns Hopkins Press.
- Gordon, P. E. (2014). Contextualism and Criticism in the History of Ideas. McMahon, D. y Moyn, S. (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual History*. Oxford University Press, pp. 32-54.
- Guldi, J. y Armitage, D. (2014). *The History Manifesto*. Cambridge University Press.
- Hunt, L. (2015). Faut-il réinitialiser l'histoire? *Annales: Histoire, Sciences Sociales* 70, n.º 2, pp. 319-325.
- Israel, J. (2001). *Radical Enlightenment: Philosophy and the Making of Modernity, 1650–1750*. Oxford University Press.
- Jennings, J. (2001). 'Le retour des émigrés?' The Study of the History of Political Ideas in Contemporary France. Castiglione, D. y Hampsher-Monk, I. (eds.), *The History of Political Thought in National Context*. Cambridge University Press, pp. 204-227.
- Koikkalainen, P. y Syrjämäki, S. (2002). On Encountering the Past—Interview with Quentin Skinner. *Rediscriptions: Finnish Yearbook of Political Thought*, 6, pp. 34-63.
- La Vopa, A. (2003). A New Intellectual History? Jonathan Israel's Enlightenment. *The Historical Journal*, 52, pp. 717-738.
- Le Roy-Ladurie, E. (1974). *The Peasants of the Languedoc*. University of Illinois Press.
- Locke, J. (1960). Laslett, P. (ed.). *Two Treatises of Government: A Critical Edition with an Introduction and Apparatus Criticus*. Cambridge University Press.

- Machiavelli, N. (1988). Skinner, Q. (ed.). *The Prince*. Cambridge University Press.
- Maier, A. (1964-1977). Galilei und die scholastische Impetustheorie. *Ausgehendes Mittelalter: Gesammelte Aufsätze zur Geistesgeschichte des 14. Jahrhunderts*, 3 vols.
- McClure, J. (2016). *The Franciscan Invention of the New World*. Palgrave.
- McMahon, D. (2014). The Return of the History of Ideas? McMahon, D. y Moyn, S. (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual History*. Oxford University Press, pp. 13-30.
- Mignolo, W. (1998). *The Darker Side of the Renaissance*. University of Michigan Press.
- Moyn, S. (2014). Imaginary Intellectual History. McMahon, D. y Moyn, S. (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual History*. Oxford University Press, pp. 112-129.
- Mulsow, M. (2015). Vor Adam. Ideengeschichte jenseits der Eurozentrik. *Zeitschrift für Ideengeschichte*, IX/1, pp. 47-66.
- Nelson, E. (2010) *The Hebrew Republic: Jewish Sources and the Transformation of European Political Thought*. Cambridge University Press.
- Perreau-Saussine, E. (2007), Quentin Skinner in Context. *The Review of Politics*, 69, pp. 106-122.
- Pocock, J. G. A. (1975). *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princeton University Press.
- Pocock, J. G. A. (2004). Quentin Skinner: The History of Politics and the Politics of History. *Common Knowledge*, 10, pp. 532-550.
- Pocock, J. G. A. (2006). Present at the Creation: With Peter Laslett to the Lost Worlds. *International Journal of Public Affairs*, 2, pp. 7-17
- Prudovsky, G. (1997). Can we ascribe to past thinkers concepts they had no linguistic means to express? *History and Theory*, 36, pp. 15-31.
- Simmons, D. (2012). The Weight of the Moment: J. G. A. Pocock's Politics of History. *History of European Ideas*, 38, pp. 288-306.
- Skinner, Q. (1972-1996). Motives, Intention, and Interpretation. *Visions of Politics*, vol. 1, *Regarding Method*, pp. 90-102, 102.
- Skinner, Q. (1975). Hermeneutics and the role of history. *New Literary History*, 7/1, pp. 209-232.

- Skinner, Q. (1978) *The Foundations of Modern Political Thought*. Cambridge University Press. 2 vols.
- Skinner, Q. (1981). *Machiavelli*. Oxford University Press.
- Skinner, Q. (ed.) (1990a). *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (1990b). The republican conception of liberty. Bock, G. y Viroli, M. (eds.), *Machiavelli and republicanism*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (1995). The Paradoxes of Political Liberty. Darwall, S. (ed.), *Equal Freedom: Selected Tanner Lectures on Human Values*. University of Michigan Press.
- Skinner, Q. (1996). *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (1998). *Liberty Before Liberalism*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2000). *Machiavelli: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Skinner, Q. (2002a). Interpretation, Rationality and Truth. *Visions of Politics. Vol. 1: Regarding Method*. Cambridge University Press, pp. 27-56, 35-36.
- Skinner, Q. (2002b). Ambrogio Lorenzetti and the Portrayal of Virtuous Government. *Visions of Politics, vol. 2, Renaissance Virtues*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2002c). Ambrogio Lorenzetti on the Power and Glory of Republics. *Visions of Politics, vol. 2, Renaissance Virtues*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2002d). Thomas Hobbes and the Purely Artificial Personality of the State. *Visions of Politics, vol. 3, Hobbes and Civil Science*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2003). *Visions of Politics, vol. 3: Hobbes and Civil Science*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2005). Hobbes on Representation. *European Journal of Philosophy*, 13, pp. 155-184.
- Skinner, Q. (2006). *Hobbes and Republican Liberty*. Cambridge University Press.
- Skinner, Q. (2014). *Forensic Shakespeare*. Oxford University Press.
- Strauss, L. (1952) *Persecution and the Art of Writing*. The University of Chicago Press.

- Thomas, K. (1971). *Religion and the Decline of Magic*. Weidenfeld and Nicolson.
- Tresch, J. (2014). Cosmologies Materialized: History of Science and the History of Ideas. McMahon, D. y Moyn, S. (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual History*. Oxford University Press, pp. 153-171.
- Weber, M. (1922). Wissenschaft als Beruf. *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*. Mohr-Siebeck, pp. 524-555.
- Wootton, D. (1983). Paolo Sarpi: *Between Renaissance and Enlightenment*. Cambridge University Press.

Capítulo 5

El giro internacional en la historia intelectual

David Armitage

[] las ideas son las cosas más migratorias del mundo (Lovejoy, 1940: 4).

Se tiende a creer que la vida intelectual es espontáneamente internacional. No hay nada más falso (Bourdieu, 1990: 2).

Durante la mayor parte de la historia conocida, la mayoría de la población del mundo no vivió en estados-nación, sino en imperios, aquellas remotas comunidades estratificadas que proyectaban diversos tipos de universalismo para suspender las diferencias entre las poblaciones sin forzar la uniformidad entre ellos. Durante un período relativamente breve, entre principios del siglo XVI y principios del XX, algunos de esos imperios fueron consecuencia de culturas nacionales consolidadas, particularmente en Europa y Asia, pero la mayoría eran prenacionales o supranacionales en su composición. Los espacios oceánicos conectaron elementos de estos imperios en el período moderno, pero escenarios marítimos como el Mediterráneo, el océano Índico, el Atlántico y el Pacífico, también segmentaron las soberanías y se convirtieron en escenarios de la rivalidad interimperial (Benton, 2002; 2010; Benton y Ford, 2016). Al unir y dividir simultáneamente, los imperios estimularon una competencia conceptual y facilitaron la circulación de ideas entre pueblos dispersos y a

través de rutas comerciales.¹ De tales colisiones y transmisiones surgieron los “universalismos en competencia” del imperio, la religión y la economía política, por ejemplo, así como las ideologías expansivas que los contrarrestaron o subsumieron, como el panislamismo, el panafricanismo, el nacionalismo, el anticolonialismo y otras especies de “cosmopolitismo de color” (Bose, 2006; Bose y Manjapra, 2010; Aydin, 2007; Manela, 2007; Slate, 2011).

Mientras la historia estuvo abocada a los espectáculos nacionales, la mayoría de estos movimientos fueron invisibles. Solo pudieron volver a verse una vez que otras experiencias del espacio más antiguas (más extensas, más fluidas y menos confinadas por los límites territoriales) volvieron a plantear preguntas sobre el pasado. A la luz de la larga historia del imperio, el mundo eternamente dividido en estados que plantean las concepciones modernas de las relaciones internacionales parece fugaz, incluso marginal. De hecho, si, como proponen algunas estimaciones, un mundo de verdaderos estados-nación, separado del imperio, emergió solo con el apogeo de la descolonización y poco después lo arrasó la ola de transnacionalismo que surgió después del final de la Guerra Fría, entonces el apogeo del estado-nación duró menos de una generación, desde 1975 hasta 1989 (Cooper, 2005; Cooper y Burbank, 2010; Kumar, 2017). Toda la historia, antes y después, fue pre o posnacional.

Sin embargo, durante la mayor parte de la vida de la profesión histórica, en la mayor parte del mundo desde finales del siglo XIX, los historiadores se comprometieron con el nacionalismo metodológico. Como la mayoría de los otros científicos sociales, asumieron que las naciones autoidentificadas como tales, organizadas políticamente en estados,

1 Sobre la historia intelectual del imperio, véase especialmente Pagden (1995); Armitage (1998); Ben-Ghiat (2009); Pitts (2010: 211-35); Muthu (2012); Fitzmaurice (2014).

eran los objetos primarios del estudio histórico.² En consecuencia, su tarea principal fue narrar cómo los estados nacionales surgieron, se desarrollaron e interactuaron entre sí. Incluso quienes realizaron trabajos que conscientemente cruzaron los límites de las historias nacionales compartieron supuestos similares. Los historiadores diplomáticos utilizaron los archivos nacionales para reconstruir las relaciones entre los estados. Los historiadores de la inmigración rastrearon la llegada y asimilación de nuevos pueblos a los estados existentes (Wimmer y Glick Schiller, 2003: 576-610). Y los historiadores imperiales estudiaron los imperios como extensiones externas de las historias nacionales manteniendo una separación estricta entre las historias de las metrópolis (en su mayoría europeas) y sus colonias (en su mayoría extraeuropeas). De esa forma, el tema de la historia estaba referido a la estabilidad, no a la movilidad, a lo que estaba fijo, no a lo que estaba mezclado.³

Hasta hace poco, solo los historiadores más autocríticos registraron la ironía de que solo gracias a la circulación global de las ideas de nación y a la recepción transnacional de concepciones lineales de la historia, el “historicismo nacionalista evolutivo” se convirtió en “la forma dominante de comprensión histórica en gran parte del mundo” (Hill, 2008; Bayly, 2011a: 13). Los teóricos del poscolonialismo estuvieron entre los primeros y más agudos críticos de la narrativa nacionalista, pero no han estado solos en cuestionar la primacía de la nación como la matriz fundamental de la historia.⁴ En respuesta a tales desafíos, los historiadores en todos los campos han desplazado

2 “[...] una nación es una comunidad de sentimiento que se manifestaría adecuadamente en un estado propio; por lo tanto, una nación es una comunidad que normalmente tiende a producir un estado propio” (Weber, 1991: 176).

3 Para una revisión importante, véase Adelman (2017).

4 Por ejemplo, Chakrabarty (2008); Duara (1995).

su interés hacia estudios descritos como “internacionales”, “transnacionales”, “comparativos” y “globales”; sus esfuerzos no han sido idénticos en su alcance, en el tema, o en la motivación, ni hay consenso sobre cómo se pueden distinguir entre sí los diversos enfoques no nacionales de la historia. Los historiadores internacionales a menudo dan por sentado la existencia de una sociedad de estados, pero miran más allá de los límites estatales hacia las diversas relaciones entre ellos, desde la diplomacia y las finanzas hasta la migración y las relaciones culturales. Los historiadores transnacionales examinan los procesos, movimientos y organizaciones que desbordan esas fronteras: por ejemplo, el medioambiente, el crimen organizado, las epidemias, las corporaciones, las religiones y los organismos internacionales como las Naciones Unidas. Los historiadores comparativos abordan distintos sujetos históricos en conjunto —a menudo, pero no siempre, definidos a nivel nacional—, aunque no siempre sobre la base de una conexión histórica real. Y los historiadores globales estudian la historia y las prehistorias de la globalización, las historias de los objetos que se han universalizado, y los vínculos entre los escenarios subglobales, como los océanos Atlántico, Índico y Pacífico. La familiaridad entre sus proyectos radica en el deseo de superar e ir más allá de la historia de las naciones y los estados-nación y de tomar un giro internacional (Clavin, 2005: 421-439; Bayly, Beckert, Connelly, Hofmeyr, Kozol y Seed, 2006: 1441-1464; Iriye, 2013).

Este giro internacional en la escritura de la historia es quizás el movimiento historiográfico más transformador desde el surgimiento de la historia social en los años sesenta (Armitage, 2004: 97-109; 2013: 1-13; 2015: 1-130). La razón por la que ha tenido lugar simultáneamente en tantas áreas del trabajo histórico sería una buena pregunta para la historia intelectual, pero también plantea un problema para

sus practicantes. Los historiadores intelectuales no han escrito ampliamente sobre la internacionalización de su campo. Esta ausencia puede atribuirse en parte al materialismo reinante en muchas de las tensiones históricas que conforman el giro internacional. Los historiadores del capital, el imperio y la migración, junto con sociólogos y arqueólogos con ambiciones globales, han liderado el debate sobre este movimiento y han producido muchas de las principales obras de síntesis. Para tales historiadores, “cada edad tiene el pensamiento que necesita”: el budismo; el cristianismo; el islam: en realidad es lo mismo (Morris, 2010: 420, 476, 568, 621). La historia intelectual ha parecido inmaterial, en ambos sentidos del término: una especie de historia del cuello para arriba, que se ocupa de las imaginaciones insustanciales de seres incorpóreos del espacio interior. Un desafío fundamental para los historiadores intelectuales es cómo combatir este escepticismo sin sucumbir al reduccionismo o disolver la identidad de su campo. En este caso, la mejor manera de avanzar puede ser mirar hacia atrás, a las raíces internacionalistas de la propia historia intelectual, mucho antes de que la historiografía fuera institucionalizada como una parte de los estados nacionales.

Los historiadores intelectuales pueden afirmar justificadamente que han sido historiadores internacionales *avant la lettre*. Desde el inglés Thomas Stanley a mediados del siglo XVII hasta Victor Cousin en la Francia posnapoleónica, los primeros historiadores de las ideas elaboraron obras sorprendentemente cosmopolitas en carácter y contenido. Sus historias surgieron de las tradiciones de eclecticismo filosófico que se remontan a Diógenes Laercio, pero surgían de manera más cercana a los debates epistemológicos de la modernidad temprana en los que se consideraba que las

ideas eran independientes de sus orígenes, fueran o no nacionales (Kelley, 2002: caps. 1-2). Estas formas tempranas de la historia de las ideas eran productos típicos de una República de Letras que era supranacional en sus afiliaciones y en la naturaleza de sus intercambios académicos. La *Respublica literarum* “abarca todo el mundo y está compuesta por todas las nacionalidades, todas las clases sociales, todas las edades y ambos sexos”, escribió en 1699 uno de sus ciudadanos, el erudito y escritor francés Bonaventure d'Argonne: “Todos los idiomas se hablan, tanto los antiguos, así como los modernos”. Esa comunidad cosmopolita se extendió desde China hasta Perú; en su interior “las ideas no tenían color, edad, raza, ni género” y, podría agregarse, no tenían lugar ni estado (Kelley, 2002: 117).⁵ En este sentido, la historia intelectual nació internacional. Y continuó de esa forma hasta mucho tiempo después del surgimiento del nacionalismo dentro y fuera de la historia profesional.

Debido a que la lógica territorial de la estatalidad marcó a la historia intelectual en menor medida que a otras áreas de investigación histórica, el hecho de que sus objetos de estudio escapan las fronteras nacionales se convirtió en un artículo de fe entre los historiadores de las ideas. Por ejemplo, la “Nueva Historia” iniciada en los Estados Unidos a fines del siglo XIX por Frederick Jackson Turner y James Harvey Robinson cuestionó la historiografía nacionalista en el momento de su nacimiento y se inspiró, en cambio, en aquellos fenómenos históricos que evadieron sus garras. Como señaló Turner en 1891, dos años antes de proponer su famosa “tesis de la frontera” sobre el desarrollo de los Estados Unidos, “las ideas, e incluso las mercancías, rechazan los límites de una nación []. Esto es especialmente cierto en nuestro mundo moderno con su complejo comercio y medios de conexión

5 Bonaventure d'Argonne, citado en Grafton (2009: 9).

intelectual” (Turner, 1938: 57; Novick, 1988: 89-95). Medio siglo después, en 1938, Arthur O. Lovejoy, el padre fundador de la moderna historia de las ideas, afirmó —quizás recordando la frase de Turner—: “las ideas son mercancías que entran en el comercio interestatal”. Cómo esas ideas se fabricaron y cómo viajaron, quiénes las vendieron y quiénes las consumieron, no eran preguntas que los historiadores clásicos de las ideas pensaban realizar: esa era una tarea para los especialistas en literatura comparada, “entendida como el estudio de las relaciones intelectuales internacionales” (Lovejoy, 1948: 3, 1). Fue solo con el surgimiento de la historia social de las ideas y de la historia del libro que esas preocupaciones materiales pasaron a formar parte del trabajo de los historiadores intelectuales. Esta nueva línea de historia intelectual también proclamó su internacionalismo, ya que una historia de *livres sans frontières* se unió a una historia de ideas sin fronteras (Howsam y Raven, 2011: 1). “Por su propia naturaleza, los libros se niegan a estar contenidos dentro de cualquier disciplina”, argumentó Robert Darnton en 1994, antes de hacerse eco tanto de Turner como de Lovejoy: “También se niegan a respetar las fronteras nacionales” (Darnton y Daskalova, 1994: 2).

La innata resistencia de la historia intelectual al nacionalismo puede haber tenido el efecto paradójico de dificultar que el campo realice un giro internacional consciente de sí mismo. Debido a que los historiadores intelectuales no tenían que rechazar categorías nacionales explícitamente ni debieron abrazar alternativas cosmopolitas a ellas, estaban metodológicamente poco preparados para dicho movimiento. De hecho, el giro internacional solo llegó a la historia intelectual por el equivalente académico del salto tecnológico, ya que el campo pasó de lo no nacional a lo supranacional sin haber transitado en su totalidad los marcos nacionales que tradicionalmente estructuraron la mayoría

de la escritura profesional de la historia. Este movimiento implicó enfrentar algunas de las deficiencias de la historia intelectual tal como se había practicado tradicionalmente, especialmente su resistencia a considerar las dimensiones espaciales del contexto. Y exigió una mayor insistencia en las singulares contribuciones que la historia intelectual podría hacer al giro internacional en su conjunto. Sin embargo, los historiadores intelectuales poseen algunas de las mejores herramientas disponibles para historizar categorías tales como lo internacional y lo global, para rastrear la circulación internacional de ideas y para enfrentar los desafíos del idealismo, el presentismo y la redefinición del contexto planteados por el giro internacional. Por esas razones, la historia intelectual puede tener tanto que ofrecer al giro internacional como el internacional a la historia intelectual.

Este giro internacional ha reavivado el interés en las concepciones del espacio, prestando atención a escenarios más grandes que las naciones, no limitados por las fronteras políticas de los estados, y conectados por vínculos y circulaciones transnacionales. El espacio puede ser la última frontera para la historia intelectual, un campo que ha prestado relativamente poca atención al espacio y al lugar, tal vez por temor a caer en el materialismo y el determinismo.⁶ Michel Foucault dijo una vez en una entrevista que “el espacio es aquello que está muerto, fijo, no dialéctico, inmóvil. Por el contrario, el tiempo es rico, fértil, vibrante, dialéctico”: podría haber estado hablando específicamente para historiadores intelectuales en lugar de para historiadores en general.⁷

6 Comparar con Randolph (2014: 212-231).

7 “L'espace, c'est ce qui était mort, figé, non dialectique, immobile. En revanche, le temps, c'était riche, fécond, vivant, dialectique” (Foucault, 1976: 78).

El espacio se puede comprender tanto intensiva como extensivamente. En este sentido, los historiadores de la ciencia pueden tener mucho que enseñar tanto a los historiadores internacionales como a los historiadores intelectuales. Un “giro espacial” en la historia de la ciencia puso en duda la universalidad de la verdad e insistió en la localidad del conocimiento: no podría haber una visión desde ninguna parte cuando cada visión surgía de algún lugar. Las ideas surgieron de espacios estrechamente definidos, desde playas litorales hasta gabinetes de laboratorio, desde los bares hasta las academias reales. Visto de este modo, de forma microscópica, la red transparente de conocimiento abstracto resultó ser un mosaico quebradizo de preocupaciones contingentes. El espacio se puede entender de manera intensiva y extensa. En este sentido, los historiadores de la ciencia pueden tener mucho que enseñar tanto a los historiadores internacionales como a los historiadores intelectuales. Un “giro espacial” en la historia de la ciencia puso en duda la universalidad de la verdad e insistió en el conocimiento local: no podía haber una visión desde ninguna parte cuando cada visión surgía de algún lugar. Surgieron ideas de espacios estrechamente definidos, de playas litorales y bancos de laboratorio, y de casas públicas y academias reales. Vista así, de forma microscópica, la red sin costuras de conocimiento abstracto resulta ser un frágil mosaico de preocupaciones contingentes (Ophir y Shapin, 1991: 3-21; Finnergan, 2008: 369-388; Whithers, 2009: 637-658; Stock, 2015).

Si uno de los objetivos de esta literatura era desacreditar la supuesta universalidad de la razón científica, otro fue mostrar cómo se acumularon y recopilaron los fragmentos de conocimiento y cómo se preservó su credibilidad. “Necesitamos entender no solo cómo se genera el conocimiento en lugares específicos, sino también cómo se producen las transacciones entre lugares”: es decir, cómo *viajan*

las ideas, quién las transporta, qué equipaje llevan consigo, y cómo se domestican y naturalizan al llegar a su destino (Shapin, 1998: 6-7; Tresch, 2014: 153-172). Este enfoque reveló los complejos mecanismos de acopio de información que hicieron posible y plausible el conocimiento científico. Incluso el pensador más aislado físicamente, como Isaac Newton, que no conoció el mar, podría convertirse en un centro de cálculo global, ya que comandó una red mundial de corresponsales desde el golfo de Tonkín hasta el estrecho de Magallanes (Schaffer, 2009: 246-276). Corporaciones como la Compañía de Jesús y las Compañías de las Indias facilitaron la ciencia a gran escala, en el sentido de la producción a distancia de conocimiento (Harris, 1998: 269-304; Cook, 2007; Clossey, 2008; Winterbottom, 2016). Y, luego, las “redes del imperio” disolvieron las distinciones entre centros y periferias, ya que cada supuesta periferia ganó un lugar central en la acumulación de archivos imperiales, en la prueba de hipótesis y en la generación de ideologías a través de intercambios intercoloniales (Ballantyne, 2002: 1-17). Así, conexiones extensamente elaboradas vincularon lugares intensivamente cultivados para crear nuevos mapas de conocimiento, mediante la transmisión de ideas e información a través de continentes y océanos.

Estos estudios, enmarcados dentro de lo que Pierre Bourdieu llamó “la ciencia de las relaciones internacionales con respecto a la cultura”, ofrecen modelos para los historiadores intelectuales en general.⁸ Cuando las concepciones del espacio se expanden, las redes de significados se ramifican y las de intercambio proliferan para crear contextos novedosos y conexiones inesperadas entre ellos. Los patrones cambiantes de sociabilidad y correspondencia, de la distribución de libros y la organización espacial del

8 “[...] una ciencia de las relaciones internacionales en materia de cultura” (Bourdieu, 1990: 1).

conocimiento —en salas y edificios, calles y plazas, ciudades y regiones, países y continentes, imperios y océanos— obligan a los pensadores a reconsiderar la naturaleza de sus audiencias, el impacto potencial de sus argumentos y el alcance de sus esferas de acción. Por ejemplo, para responder a la pregunta “¿*qué* fue la Ilustración?”, los historiadores intelectuales sensibles al espacio ahora también deben preguntar “¿*dónde* fue la Ilustración?” (Withers, 2007; Manning y Cogliano, 2008; Conrad, 2012: 999-1027).

Las concepciones cambiantes del espacio expandieron los contextos para las ideas y, con ellos, las posibilidades mismas de pensamiento. El ejemplo más familiar para los historiadores intelectuales europeístas podría ser el contexto que la exploración y la colonización transoceánica generaron para los pensadores de la modernidad europea temprana; la forma en la que los encuentros interculturales y la proliferación de imperios en el océano Índico, el mundo Atlántico y, más tarde, el Pacífico, pusieron a prueba las concepciones de naturaleza, civilización, comunidad política, propiedad, diversidad religiosa y tolerancia, entre otras (Padgen, 1986; Brett, 2011; Douglas, 2014). John Locke, por ejemplo, voraz lector de literatura sobre viajes, cotejó ejemplos de diversidad, creencias y prácticas extraídos de relatos de los cinco continentes (Carey, 2006; Talbot, 2010); Thomas Hobbes, un consumidor más modesto de cuestiones americanas, diseñó su idea sobre las relaciones internacionales a partir de referencias a descripciones etnográficas del estado de naturaleza (Malcolm, 2002a: 53-79; Moloney, 2011: 189-204); y la economía política de David Hume debía mucho a sus conexiones atlánticas (Rothschild, 2009: 405-448). A medida que se desenrollaba el “gran mapa de la humanidad” (para usar la resonante frase de Edmund Burke), se abrieron posibilidades de pensamiento verdaderamente global para las generaciones de pensadores

que escribieron después de mediados del siglo XVIII — entre ellos Smith, Kant, Herder, Burke y Bentham—, con consecuencias en sus elaboraciones sobre universalismo y cosmopolitismo, así como para sus concepciones de cultura y diferencia (Marshall y Williams, 1982; Muthu, 2003; Pitts, 2005; Noyes, 2015). Ya a finales del siglo XIX, la comprensión del espacio gracias a la tecnología —sobre todo del barco de vapor, el ferrocarril y el telégrafo— creó nuevas formas de comunidad política, imaginables sobre las extensiones del imperio y en todo el mundo. En contraste con lo que dice Foucault, el espacio era dinámico, no estático. Los contextos para el pensamiento se expandieron para abarcar todo el globo. En consecuencia, los historiadores intelectuales modernos deben rastrear las ideas a escalas cada vez mayores: continental, interregional, transoceánica y, en última instancia, planetaria. Como señalaron tempranamente Heidegger, Schmitt y Arendt, a mediados del siglo XX, el espacio exterior puede ser la verdadera frontera final para la historia intelectual (Bell, 2007a: 63-91; 2013: 254-279; Lang, 2006: 239-250; Lazier, 2011: 602-630).

El movimiento de lo nacional a lo transnacional pasa a través de lo internacional, el espacio de la vida humana que se ha organizado políticamente en estados y naciones. Hace algunos años, sugerí que estaba comenzando un “renacimiento en la historia del pensamiento internacional” que podría “abrir nuevas conversaciones entre historiadores, teóricos políticos, académicos de relaciones internacionales y abogados internacionales” (Armitage, 2004: 108-109). Ese renacimiento está ahora en marcha y ha dado los primeros frutos del giro internacional en la historia intelectual. Los nacionalistas asumen que sus comunidades son naturales, pero las naciones no tienen ombligos; su

construcción tiene una historia y es relativamente reciente (Gellner, 1996: 365-370). En los últimos dos siglos, los estados dieron a luz naciones por lo menos tantas veces como las naciones dieron origen a los estados. Cómo estos estados llegaron a formar una sociedad internacional, qué normas pautaron su comportamiento, y qué tradiciones filosóficas y de pensamiento político generaron esas normas son todas preguntas para la historia intelectual de lo internacional (Armitage, 2013).

El resurgimiento de la historia del pensamiento internacional marca la más reciente de las tres fases en la relación entre la historia intelectual y la historia internacional: una época de asociación que duró aproximadamente desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la década de 1950; una época de distanciamiento desde principios de la década de 1960 hasta mediados de la década de 1990; y una época de reaceramiento que todavía está en curso. En la etapa inicial de asociación, los historiadores de las ideas tenían a menudo un cosmopolitismo metodológico y una visión política internacionalista, mientras que los estudiantes de Relaciones Internacionales sensibles a la dimensión histórica trataban abiertamente con ideas en lugar de modelos o teorías abstractas. Pensadores tan diferentes como Hannah Arendt, Raymond Aron, Herbert Butterfield, Hans Morgenthau, Carl Schmitt, Kenneth Waltz y Martin Wight recurrieron a cánones históricos compartidos, incluso cuando discrepaban profundamente sobre cuestiones tales como el equilibrio entre la soberanía nacional y la autoridad de la comunidad internacional, o sobre la ética de la guerra y la paz.

Durante la siguiente época de alejamiento, los historiadores intelectuales y los historiadores internacionales se separaron aún más. Los límites disciplinarios se endurecieron y se defendieron con mayor tesón. El refinamiento de las metodologías y la aceleración de la especialización

profesional dificultaron las conversaciones entre los campos. La separación entre lo nacional y lo internacional se agudizó. La “teoría” —ya sea política o internacional— perdió terreno ante los modelos positivistas que excluían las ideas y la ética de los ámbitos de la política y las relaciones internacionales, particularmente en los Estados Unidos. En retrospectiva, la Conferencia de Políticas Internacionales de mayo de 1954, convocada en Nueva York por la Fundación Rockefeller, en la que participaron Morgenthau, Niebuhr y otros, parece ser el momento cúlmine de un enfoque ético de los asuntos internacionales, previo al triunfo del realismo y de las ciencias sociales conductistas en los Estados Unidos (Hoffman, 1977: 41-60; Guilhot, 2011; 2017).

Los historiadores intelectuales se alejaron cada vez más de los historiadores internacionales cuando el resurgimiento de la historia social empujó ambos campos hacia el margen de la profesión histórica. Lo que un oficinista le dijo a otro oficinista era evidentemente tan anticuado como lo que un filósofo escribió sobre otro filósofo. Como Robert Darnton observó con tristeza en una publicación de 1980 de la American Historical Association, “un malestar se está extendiendo entre los historiadores intelectuales [] después de un realineamiento de la investigación durante las últimas dos décadas, ahora espera su turno” (Darnton, 1980: 327). Charles Maier ofreció una evaluación similar de la historia internacional: “La historia de las relaciones internacionales [] [tiene] poco sentido de empresa colectiva, de estar a la vanguardia de la investigación histórica” (Maier, 1980: 355).

Como suele ocurrir, esos indicios de obsolescencia resultaron ser estímulos para la innovación. A partir de 1990, una nueva etapa de acercamiento vio revivir tanto la historia intelectual como la internacional y se incrementaron los vínculos entre ambos campos. Al menos algunos estudiosos de Relaciones Internacionales se encontraron en una

fase “positivista” y renovaron su interés en la teoría, en la historia de los asuntos internacionales y en la historia de su propia disciplina. Los historiadores internacionales estuvieron también más interesados en la cultura, la ideología y las instituciones, y fueron “campeones del giro internacional y vigorosos defensores de la historia intelectual y cultural”. Al mismo tiempo, los historiadores intelectuales empezaron a tratar históricamente las normas e interacciones entre pueblos, estados y otras corporaciones del mundo más allá de la esfera doméstica, bajo la rúbrica de la historia del pensamiento internacional (Ashworth, 2009: 16-25; Bell, 2009a: 3-22; Zeiler, 2009: 1053).

El término “pensamiento internacional” fue originalmente un invento de publicistas y letrados británicos simpatizantes de la Liga de las Naciones y las instituciones internacionales que nacieron en entre las dos guerras mundiales: Thomas Hardy había escrito a su colega, el novelista John Galsworthy: “El intercambio de pensamiento internacional es la única salvación para el mundo” (Hardy, 1978-1988: [VI] 192). Antes que el de crear una historia crítica, su propósito original había sido el de representar un pasado utilizable (Galsworthy, 1923; Stawell, 1929). Recibió el apoyo de internacionalistas igualmente comprometidos en todo el Atlántico, como el abogado internacional estadounidense James Brown Scott, quien comenzó la creación del primer canon histórico de obras de pensamiento internacional desde Balthazar Ayala a Richard Zouche en la serie de “Clásicos del derecho internacional” (1911-1950), editada por el Fondo Carnegie para la Paz Internacional (Hepp, 2008: 151-179; Coates, 2006: 96-98). La historia del pensamiento internacional ha resurgido como un campo robusto por derecho propio, con un canon de autores, problemas, y movimientos, más expansivo y menos teleológico, y no solo como un subconjunto de la historia del pensamiento

político (Keene, 2005; Jahn, 2006; Bell, 2007b; 2009b; Hall y Hill, 2009). El pensamiento internacional es ahora menos un cuerpo autorizado de doctrina disponible para usar *en pos* de los intereses del presente, que el tiempo pasado de una reflexión teórica sobre los asuntos internacionales. En esto, ha acompasado a la historia contextualista del pensamiento político, tal y como se practicó en los últimos cincuenta años.

Un retorno humanista a las fuentes del pensamiento internacional reveló la distancia entre lo que pensadores como Grotius, Hobbes y Kant estaban haciendo —o, con la misma frecuencia, no intentaban hacer— y los usos que se hicieron de ellos en las historias disciplinarias posteriores. Grocio no pudo haber tenido la intención de “fundar” el derecho internacional. Hobbes no era un “hobbesiano”, al menos, en la medida en que ese término se ha utilizado en las discusiones sobre relaciones internacionales. Y Kant era bastante más que el teórico de la “paz democrática”, el modo en el que se había visto reducido por los internacionalistas teleológicos desde principios del siglo XX (Tuck, 1999; van Ittersum, 2006; Malcolm, 2002b: 432-456; Muthu, 2003; Easley, 2004). Para el siglo XX disponemos ahora de estudios históricos de pensadores internacionales de todas las tendencias, desde Norman Angell y Hannah Arendt hasta Leonard Woolf y Alfred Zimmern, y de una usina especialmente vigorosa dedicada al trabajo de Carl Schmitt (Long y Wilson, 1995; Owens, 2007; Morefield, 2005; Odysseos y Petit, 2007; Hooker, 2009). Al mismo tiempo, historiadores críticos de las relaciones internacionales y el derecho internacional han expuesto cómo un “discurso de anarquía” generado en los años de entreguerras se convirtió luego en una verdad eterna para la escuela realista de relaciones internacionales y demostraron la complicidad de los abogados asociados a la escuela del idealismo internacionalista

con iniciativas imperialistas, desde el Congo belga hasta la Bahía de Cochinos (Schmidt, 1998; Koskenniemi, 2001).

Los historiadores intelectuales han encontrado ocasión de asistir a los historiadores de lo internacional autocríticos en el cuestionamiento de algunos de los principios de su disciplina. Por ejemplo, no hay fecha más fundante para las Relaciones Internacionales que 1648 y la Paz de Westfalia. Pero la demolición del “mito de 1648” como el origen de un mundo de estados soberanos que se reconocen mutuamente y no se interfieren fue relativamente sencilla. Se basó en una lectura de los tratados de Munster y Westfalia, en el reconocimiento de que los imperios, las federaciones y otros tipos de soberanía en capas o dividida eran más característicos de la autoridad política que cualquier supuesta soberanía “de Westfalia”, y se prestó atención al mundo más allá del norte de Europa para ver cuán poco se ha respetado la supuesta soberanía de muchos de los pueblos del mundo bajo el régimen del imperio (Osiander, 2001: 251-287; Teschke, 2003; Straumann, 2008: 173-188; Piirimäe, 2010: 64-80). El mito de Westfalia a su vez había cimentado una serie de supuestos que definieron el pensamiento internacional moderno: que los estados, no los individuos, eran los actores principales en los asuntos internacionales; que las esferas de lo doméstico y lo extranjero, lo interno y lo externo del estado, eran distintas y separadas; que la ley positiva triunfó sobre la ley natural; que unos estándares jerarquizados de civilización podían aplicarse a todo el mundo; y que en el plano internacional reinaba la anarquía y, por lo tanto, se imponía como criterio la razón de estado. Estas suposiciones fundamentales no fueron ni uniformes ni cuestionadas, pero establecieron los términos del debate durante al menos un siglo y medio.

La historia intelectual de lo internacional provee aún muchas posibilidades para la investigación. Por ejemplo,

¿cuáles eran los medios de comunicación del pensamiento internacional y cómo podrían entenderse utilizando los métodos de la historia del libro?⁹ Desde fines del siglo XVII hasta el presente, nuevos y persistentes géneros de escritura y publicación —como las compilaciones de tratados, los manuales diplomáticos y las historias de las relaciones internacionales y del derecho de las naciones— proliferaron en los medios culturales académicos y humanísticos que tan a menudo se entrecruzaban con las comunidades diplomáticas y militares transnacionales: un examen más detenido de tales géneros podría ayudarnos a comprender, entre otras cuestiones, por qué Kant dio forma de tratado a *Sobre la paz perpetua* (1795).¹⁰ ¿Cuáles eran los nuevos estilos filosóficos asumidos por los enviados diplomáticos, por burocratas con vuelo literario y por los intelectuales que participaban de las florecientes instituciones internacionales del siglo XVIII en adelante?¹¹ Y ¿cómo se internacionalizó el pensamiento internacional? La traducción y la circulación en Asia de los *Elementos de Derecho Internacional* de Henry Wheaton (1836), un importante pilar del pensamiento internacional euroamericano, sugieren que los supuestos subyacentes en el pensamiento internacional moderno se estaban volviendo cada vez más transregionales, si es que no eran aun completamente globales, hacia mediados del siglo XIX (Liu, 2004: 108-139; 1999; Gluck y Lowenhaupt Tsing, 2009). En este sentido, la receptividad de gran parte del mundo al “contagio de la soberanía”, que tuvo un impacto casi universal, aún exige explicaciones, especialmente deben atenderse los determinantes y las condiciones

9 Un ejemplo de un estudio de modelo de la traducción y circulación de textos de economía entre estos lineamientos es Reinert (2011).

10 Algunos trabajos sugestivos en esta dirección son Ménager (2001); McClure (2006); Hampton (2009); Welch (2017).

11 Comparar con Ian Hunter (2010: 108-140).

locales de su recepción y domesticación (Armitage, 2007; 107-112; Bayly, 2011b: 835-863). Solo así podremos comprender plenamente la enérgica condición de coproducción entre lo nacional y lo internacional en todo el mundo en los siglos XIX y XX (Bayly y Biagini, 2008; Sluga, 2013; Sluga y Clavin, 2017).

La internacionalización de lo internacional también puede abordarse a través de la historia intelectual de las instituciones internacionales. Desde hace tiempo, los defensores de la nueva historia internacional han instado a sus colegas a “internacionalizar la historia internacional” mediante el estudio de actores no estatales en el ámbito internacional: corporaciones, organizaciones no gubernamentales, movimientos sociales transnacionales y organismos como la Liga de las Naciones, la Organización Mundial de la Salud, o las Naciones Unidas (Iriye, 2002a: 47-62; 2002b; Pedersen, 2007: 1091-1117). Recientemente, esta convocatoria ha generado nuevas oportunidades de investigar en el archivo, para historias intelectuales del *Instituto de Derecho Internacional*, la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas, la Unesco y la Unión Europea, para nombrar solo a algunos de los más destacados. Parte de este trabajo ha sido celebratorio e internalista —en particular el generado a través del Proyecto de Historia Intelectual de las Naciones Unidas—, pero otra parte importante de él ha ayudado a ampliar la gama de actores, archivos, e instituciones abiertas al examen de los historiadores intelectuales (Koskenniemi, 2001; Droit, 2005; Sluga y Amrith, 2008: 251-274; Rothschild, 2008: 375-401; Mazower, 2009; Jolly, Emmerij y Weiss, 2009; Pedersen, 2015).¹² Uno de los productos de esta expansión ha sido la nueva historia de los derechos humanos,

12 Entre otros trabajos similares del Proyecto de Historia Intelectual de las Naciones Unidas.

un campo que atraviesa ahora su segunda ola, ya que ha pasado de una fase teleológica orientada a contar “historias bien contadas”¹³ a una literatura más crítica, atenta al contexto y a la discontinuidad.¹⁴ Otros temas de interés para los historiadores intelectuales (la historia del pensamiento económico, las concepciones de la guerra y el gobierno, la salud pública y la historia de la ciencia) pueden investigarse en los archivos de instituciones internacionales, compañías y corporaciones. En este sentido, los historiadores intelectuales modernos pueden aprender de los historiadores de la modernidad temprana, que han seguido a los historiadores de la ciencia en la construcción de las historias intelectuales de las empresas comerciales inglesas y holandesas en los siglos XVII y XVIII (van Ittersum, 2006; Stern, 2011; Armitage *et al.*, 2015: 487-525). La explosión del interés de los teóricos políticos y los estudiosos de la ética en las dimensiones internacional y global de sus preocupaciones ha ayudado a acelerar todos estos desarrollos, que tuvieron lugar junto a una creciente conciencia pública de las dimensiones transnacionales de los asuntos humanos capturados por el concepto híbrido de “globalización”. Todos estos movimientos, a su vez, han alentado y reforzado las tendencias dentro de la historia intelectual para reconstruir los argumentos que tratan asuntos más allá de la nación o el Estado, que yo he llamado aquí el giro internacional entre los historiadores intelectuales.

13 [Nota de los traductores: El autor hace referencia a las “Just So Stories” que Rudyard Kipling publicó en 1902, que contenían cuentos ficcionales para niños, con lo cual plantea de forma peyorativa el carácter ficcional de estos textos].

14 Para el primer caso, véase, por ejemplo, Elizabeth Borgwardt (2005); Lynn Hunt (2007); Jenny S. Martinez (2012); para el segundo, Samuel Moyn (2010); Stefan-Ludwig Hoffmann (ed.) (2010); Akira Iriye, Petra Goedde y William I. Hitchcock (eds.) (2011); Samuel Moyn (2014).

Hasta ahora, mi relato del giro internacional en la historia intelectual ha sido abrumadoramente optimista, un *tour d'horizon* de logros sostenidos y promesas aún por cumplir. Pero cada mirada positiva tiene su lado oscuro. ¿De qué manera podría el giro internacional ser un cambio para peor? Ya se han presentado algunos cargos en su contra, entre ellos la reificación, el presentismo, el “clasismo” y concepciones cambiantes del contexto (Rothschild, 2006: 217-226). Ninguna de estas críticas cabe exclusivamente a la historia intelectual internacional: son conocidas en los debates sobre la historia de las ideas desde al menos el último medio siglo. Sin embargo, se vuelven más filosas cuando la historia intelectual se extiende sobre grandes extensiones de espacio, a medida que surgen nuevas formas de disyunción entre ideas y nuevas demandas analíticas.

La crítica de la reificación es conocida. Se remonta al menos hasta las críticas de la escuela de Cambridge sobre la historia de las ideas de Arthur Lovejoy: lo que parecen ser iteraciones de la misma idea resultan ser diferentes concepciones que necesitan desagregación y desambiguación, en lugar de asimilación narrativas amplias en tiempo o en el espacio (Skinner, 1969: 3-53). Por ejemplo, el liberalismo en Gran Bretaña no era lo mismo que el liberalismo en India: cada uno se desarrolló dentro de su propio medioambiente. Sin embargo, no surgieron ignorándose mutuamente, sino con diálogos mediados por las condiciones locales de recepción, circulación e hibridación de sus argumentos (Bayly, 2013).¹⁵ Por lo menos desde mediados del siglo XVIII, las condiciones de recepción fueron interregionales y cada vez más globales: “liberales” indios como Rammohan Roy vieron sus propias luchas contra el despotismo como parte de movimientos mundiales que conectaban las colonias

15 Véase también Shruti Kapila (ed.) (2010); Kapila y Faisal Devji (eds.) (2010: 269-457).

británicas y portuguesas en Asia, la monarquía española en el mundo atlántico y la propia Gran Bretaña. Los textos transportaban ideas, pero siempre entre paratextos, y hacia contextos de traducción y reapropiación impredecibles. Estas condiciones hicieron que ideas similares se volvieran disímiles, pero rara vez en la escala de una disyunción completa e incomparable. Con tales advertencias en mente, el peligro de caer en la reificación puede ser exagerado. Con la ayuda metodológica que sea necesaria —digamos, por ejemplo, de la historia digital, los estudios de la recepción, la historia del libro y la teoría poscolonial—, debería ser posible evitar los peligros de una historia de las ideas más antigua, menos sofisticada y transtemporal (Armitage, 2012: 493-507; McMahon, 2014: 13-31).

El presentismo puede constituir un peligro más grave para el giro internacional: “Toda la empresa es, en sí misma, presentista, en el sentido de que el giro transnacional está influenciado, de manera evidente, por las controversias públicas de fines del siglo XX y comienzos del XXI sobre la ‘globalización’” (Rothschild: 2006: 221). Sin embargo, no podemos dejar de lado las discusiones actuales ni tampoco podemos negar la presencia de debates en el pasado sobre conexiones y concepciones cosmopolitas, universales, o globales. Es un lugar común —y como sucede habitualmente hay algo de cierto en él—, que los permanentes cambios del presente revelan aspectos del pasado que se han pasado por alto o subestimado. En este, como en otros aspectos de la historia transnacional, son posibles dos enfoques:

El primero sugeriría que las conexiones existían y eran conocidas por los actores del pasado, pero que por alguna razón se habían olvidado o dejado de lado. La tarea del historiador sería redescubrir estas huellas perdidas. El segundo punto de vista postularía que los

historiadores podrían actuar como electricistas que conectan circuitos mediante actos de reconstitución imaginativa en lugar de simple restitución. (Armitage y Subrahmanyam, 2010: xxxi)

El primero de estos enfoques (conectivo en lugar de comparativo, reconstitutivo en lugar de restitutivo) puede ser preferible para la mayoría de los historiadores intelectuales, pero el segundo también es necesario para la creación de la distancia histórica necesaria entre los imperativos del pasado y las preocupaciones actuales. Con seguridad, nos engañamos a nosotros mismos si imaginamos que no vemos esas inquietudes a través de un cristal opaco: solo podremos verlas más claramente si las colocamos en una perspectiva de largo alcance.

El “clasicismo” —la idea de que “solo las élites, los grandes hombres o quienes tuvieron educación de excelencia han sido por lo general el tema de las historias de la mente individual o del yo individual”— es una acusación familiar contra la historia intelectual. No se trata entonces de una falla peculiar de la historia intelectual internacional (Rothschild, 2006: 222). J. S. Mill, por su parte, la refutó ya en 1838, en su defensa de Bentham y Coleridge:

[] la filosofía especulativa, que parece en la superficie algo tan distante de la vida y de los intereses externos de los hombres, es en realidad la cosa del mundo que más los influye y en el largo plazo prevalece sobre cualquier otra influencia, excepto aquellas que se deben obedecer. La multitud nunca ha leído a estos escritores de los que hablamos; con la excepción de sus trabajos más livianos, sus lectores fueron pocos, pero fueron los maestros de los maestros. (Mill, 1838: 467)

Entre los filósofos especulativos y la multitud están los pensadores de lo que Emma Rothschild ha llamado pensamientos “intermedios” o “medianos”, las reflexiones de aquellas figuras que no se distinguen como para ser los sujetos de una biografía intelectual individual, pero, sin embargo, son profusos al dejar sus huellas reflexivas incorporadas en la *historia de las mentalidades*. Especialmente, aunque no exclusivamente, en las que participan en diferentes políticas públicas (Rothschild, 2005: 210; 2011a; 774-776). Estas personas eran a menudo viajeros y trotamundos, parte de las masivas migraciones asiáticas, europeas y africanas que cruzaron (y volvieron a cruzar) los océanos Atlántico y Pacífico, y las estepas, pero eran también los agentes interculturales que traficaban conocimientos y participaron de la creación de una “inteligencia global” (Schaffer, Roberts, Raj y Delbourgo, 2009). A medida que los historiadores reconstruyen sus formas de entender el pasado y las historias de sus ideas, podremos esperar encontrar evidencias de formas de pensamiento transnacional aún más generalizadas que las que disponemos hasta ahora.¹⁶

Las definiciones cada vez más elásticas del contexto exigidas por la historia transnacional no deben disuadir a los historiadores intelectuales. Algunos están empezando a preguntarse con qué precisión puede comprenderse cualquier idea “en contexto”, si tenemos ahora definiciones de contexto pensadas para abarcar las comunicaciones intercontinentales, las comunidades multilingües o la expansión de los sistemas mundiales (Goto-Jones, 2009; Baring, 2016: 567-587).¹⁷ Aquí también las oportunidades pueden ser mayores que los riesgos. Deben definirse los criterios

16 Por ejemplo, Bose y Manjapra (eds.) (2010: 117-148); Emma Rothschild (2011b).

17 “[E]l contexto histórico no parece superponerse con el contexto espaciocultural” (Goto-Jones, 2009: 14).

para distinguir qué es relevante, deben mapearse las rutas de transmisión activa (o al menos plausibles) y también es necesario calibrar las escalas de referencia de acuerdo con las concepciones contemporáneas de lo internacional o lo global. Con estos límites en su lugar, debería ser factible reconstruir contextos espaciales significativos para las ideas que rastreamos a través de las fronteras y las comunidades discursivas limitadas.

Historizar las concepciones del espacio —de lo nacional, lo internacional, lo transnacional y lo global— podría de hecho constituir una agenda implícita para la historia intelectual después del giro internacional, del mismo modo en que historizar las concepciones del tiempo fue un proyecto importante para la historia intelectual para los siglos XIX y XX. Esta agenda lleva inexorablemente a preguntarse qué podría significar que la historia intelectual tome un giro global. Ya se está llevando a cabo un vigoroso debate sobre el alcance, los propósitos y la promesa de la historia intelectual global (Kelley, Levine, Megill, Schneewind y Schneider, 2005: 143-200; Black, 2009: 25-42; Moyn y Sartori, 2013; Kapila, 2014: 253-274; Fillafer y McClure, 2015;¹⁸ Dunn, 2018). Si el giro global es solo una extensión lógica del giro internacional o un esfuerzo distinto y con identidad propia es algo que todavía está por verse: ambos son contribuciones necesarias para el esfuerzo más amplio de “desprovincializar” la historia de las ideas (Specter 2016: 110-128). Con sus horizontes en ampliación y con atractivas perspectivas, ya podemos dar la bienvenida a lo internacional y a lo global en tanto giros dirigidos hacia una mejora en la historia intelectual, como lo han sido para la producción histórica *tout court*.

18 [Nota de los traductores: Para Fillafer y McClure, hay una traducción disponible en esta edición].

Bibliografía

- Adelman, J. (2017). What is Global History Now? *Aeon Magazine*: <https://aeon.co/essays/is-global-history-still-possible-or-has-it-had-its-moment> (accedido por última vez el 4 de julio de 2017).
- Armitage, D. (ed.) (1998). *Theories of Empire, 1450-1800*. Ashgate.
- Armitage, D. (2004). The Fifty Years' Rift: Intellectual History and International Relations. *Modern Intellectual History*, 1, pp. 97-109.
- Armitage, D. (2007). *The Declaration of Independence: A Global History*. Harvard University Press.
- Armitage, D. (2012). What's the Big Idea? Intellectual History and the *Longue Durée*. *History of European Ideas*, 38, pp. 493-507.
- Armitage, D. (2013). *Foundations of Modern International Thought*. Cambridge University Press.
- Armitage, D. (2015). Special Issue: David Armitage's *Foundations of Modern International Thought*. *History of European Ideas*, 41, pp. 1-130.
- Armitage, D. et al. (2015). Corporate Constitutionalism. *Itinerario*, 39, pp. 487-525.
- Armitage, D. y Subrahmanyam, S. (2010). The Age of Revolutions, c. 1760–1840: Global Causation, Connection, and Comparison. Armitage, D. y Subrahmanyam, S. (eds.). *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*. Palgrave Macmillan.
- Ashworth, L. M. (2009). Interdisciplinarity and International Relations. *European Political Science*, 8, pp. 16-25.
- Aydin, C. (2007). *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*. Columbia University Press.
- Ballantyne, T. (2002). *Orientalism and Race: Aryanism in the British Empire*. Palgrave.
- Bayly, C. A. (2011a). History and World History. Rublack, U. (ed.). *A Concise Companion to History*. Oxford University Press.
- Bayly, C. A. (2011b). European Political Thought and the Wider World during the Nineteenth Century. Stedman Jones, G. y Claeys, G. (eds.). *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*. Cambridge University Press.

- Bayly, C. A. (2012). *Recovering Liberties: Indian Thought in the Age of Liberalism and Empire*. Cambridge University Press.
- Bayly, C. A., Beckert, S., Connelly, M., Hofmeyr, I., Kozol, W. y Seed, P. (2006). AHR Conversation: On Transnational History. *American Historical Review*, 111, pp. 1441-1464.
- Bayly, C. A. y Biagini, E. (eds.) (2008). *Giuseppe Mazzini and the Globalization of Democratic Nationalism, 1830–1920*. Oxford University Press.
- Baring, E. (2016). Ideas on the Move: Context in Transnational Intellectual History. *Journal of the History of Ideas*, 77, pp. 567-587.
- Bell, D. (2007a). *The Idea of Greater Britain: Empire and the Future of World Order, 1860-1900*. Princeton University Press.
- Bell, D. (ed.) (2007b). *Victorian Visions of Global Order: Empire and International Relations in Nineteenth-Century Political Thought*. Cambridge University Press.
- Bell, D. (2009a). Writing the World: Disciplinary History and Beyond. *International Affairs*, 85, pp. 3-22.
- Bell, D. (ed.) (2009b). *Political Thought and International Relations: Variations on a Realist Theme*. Oxford University Press.
- Bell, D. (2013). Making and Taking Worlds. Moyn, S. y Sartori, A. (eds.). *Global Intellectual History*. Columbia University Press, pp. 254-279.
- Ben-Ghiat, R. (ed.) (2009). *Gli imperi. Dall'antichità all'età contemporanea*. Il Mulino.
- Benton, L. (2002). *Law and Colonial Cultures: Legal Regimes in World History, 1400–1900*. Cambridge University Press.
- Benton, L. (2010). *A Search for Sovereignty: Law and Geography in European Empires, 1400–1900*. Cambridge University Press.
- Benton, L. y Ford, L. (2016). *Rage for Order: The British Empire and the Origins of International Law, 1800–1850*. Harvard University Press.
- Black, A. (2009). Toward a Global History of Political Thought. Shōgimen, T. y Nederman, C. J. (eds.). *Western Political Thought in Dialogue with Asia*. Lexington Books, pp. 25-42.
- Borgwardt, E. (2005). *A New Deal for the World: America's Vision for Human Rights*. Harvard University Press.

- Bose, S. (2006). *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*. Harvard University Press.
- Bose, S. y Manjapra, K. (eds.) (2010). *Cosmopolitan Thought Zones: South Asia and the Global Circulation of Ideas*. Palgrave Macmillan.
- Bourdieu, P. (1990). Les conditions sociales de la circulation internationale des idées. *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte/Cahiers d'Histoire des Littératures Romanes*, 14.
- Brett, A. S. (2011). *Changes of State: Nature and the Limits of the City in Early Modern Natural Law*. Princeton University Press.
- Carey, D. (2006). *Locke, Shaftesbury, and Hutcheson: Contesting Diversity in the Enlightenment and Beyond*. Cambridge University Press.
- Chakrabarty, D. (2008). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton University Press.
- Clavin, P. (2005). Defining Transnationalism. *Contemporary European History*, 14, pp. 421-439.
- Clossey, L. (2008). *Salvation and Globalization in the Early Jesuit Missions*. Cambridge University Press.
- Coates, B. A. (2006). *Legalist Empire: International Law and American Foreign Relations in the Early Twentieth Century*. Oxford University Press.
- Conrad, S. (2012). Enlightenment in Global History: A Historiographical Critique. *American Historical Review*, 117, pp. 999-1027.
- Cook, H. J. (2007). *Matters of Exchange: Commerce, Medicine, and Science in the Dutch Golden Age*. Yale University Press.
- Cooper, F. (2005). *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*. University of California Press.
- Cooper, F. y Burbank, J. (2010). *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*. Princeton University Press.
- Darnton, R. (1980). Intellectual History and Cultural History. Kammen, M. (ed.). *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*. Cornell University Press.

- Darnton, R. y Daskalova, K. (1994). Book History, the State of Play: An Interview with Robert Darnton. *SHARP News* 3, 3.
- Douglas, B. (2014). *Science, Voyages, and Encounters in Oceania, 1511–1850*. Palgrave Macmillan.
- Droit, R. P. (2005). *L'Humanité toujours à construire: regard sur l'histoire intellectuelle de l'UNESCO, 1945-2005*. UNESCO.
- Duara, P. (1995). *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*. University of Chicago Press.
- Dunn, J. (2018). Why We Need a Global History of Political Thought. Kaposy, B., Nakhimovsky, I., Reinert, S. y Whatmore, R. (eds.). *Markets, Morals, and Politics: Jealousy of Trade and the History of Political Thought*. Harvard University Press.
- Easley, E. S. (2004). *The War over Perpetual Peace: An Exploration into the History of a Foundational International Relations Text*. Springer.
- Fillafer, F. y McClure, J. (2015). Contextualism, Global Intellectual History, and Neoliberalism: A Conversation with Quentin Skinner. Disponible en http://www.academia.edu/30173415/Contextualism_Global_Intellectual_History_and_Neoliberalism_A_Conversation_with_Quentin_Skinner (accedido el 4 de julio de 2017).
- Finnegan, D. A. (2008). The Spatial Turn: Geographical Approaches to the History of Science. *Journal of the History of Biology*, 41.
- Fitzmaurice, A. (2014). *Sovereignty, Property and Empire, 1500–2000*. Cambridge University Press.
- Foucault, M. (1976). Questions à Michel Foucault sur la géographie. *Hérodote*, 1.
- Galsworthy, J. (1923). *International Thought*. W. Heffer & Sons.
- Gluck, C. y Lowenhaupt Tsing, A. (eds.) (2009). *Words in Motion: Toward a Global Lexicon*. Duke University Press.
- Goto-Jones, C. (2009). The Kyoto School, the Cambridge School, and the History of the Political Philosophy in Wartime Japan. *Positions: East Asia Cultures Critique*, 17.
- Grafton, A. (2009). A Sketch Map of a Lost Continent: The Republic of Letters. *Worlds Made by Words: Scholarship and Community in the Modern West*. Harvard University Press.

- Guilhot, N. (ed.) (2011). *The Invention of International Relations Theory: Realism, the Rockefeller Foundation, and the 1954 Conference on Theory*. Columbia University Press.
- Guilhot, N. (2017). *After the Enlightenment: Political Realism and International Relations in the Mid-Twentieth Century*. Cambridge University Press.
- Hall, I. y Hill, L. (eds.) (2009). *British International Thinkers from Hobbes to Namier*. Springer.
- Hampton, T. (2009). *Fictions of Embassy: Literature and Diplomacy in Early Modern Europe*. Cornell University Press.
- Hardy, T. (1978-1988). Carta de Thomas Hardy a John Galsworthy, 20 de abril de 1923. Purdy, R. L. y Millgate, M. (eds.). *The Collected Letters of Thomas Hardy, 7 vols*. Oxford University Press.
- Harris, S. J. (1998). Long-Distance Corporations, Big Sciences, and the Geography of Knowledge. *Configurations*, 6, pp. 269-304.
- Hepp, J. (2008). James Brown Scott and the Rise of Public International Law. *Journal of the Gilded Age and Progressive Era*, 7, pp. 151-79.
- Hill, C. L. (2008). *National History and the World of Nations: Capital, State, and the Rhetoric of History in Japan, France, and the United States*. Duke University Press.
- Hoffman, S. (1977). An American Social Science: International Relations. *Daedalus*, 106, pp. 41-60.
- Hoffmann, S. L. (ed.) (2010). *Human Rights in the Twentieth Century*. Cambridge University Press.
- Hooker, W. (2009). *Carl Schmitt's International Thought: Order and Orientation*. Cambridge University Press.
- Howsam, L. y Raven, J. (2011). Introduction. Howsam, L. y Raven J. (eds.). *Books between Europe and the Americas: Connections and Communities, 1620-1860*. Palgrave Macmillan.
- Hunt, L. (2007). *Inventing Human Rights: A History*. W.W. Norton & Company.
- Hunter, I. (2010). Vattel's Law of Nations: Diplomatic Casuistry for the Protestant Nation. *Grotiana*, 31, pp. 108-140.

- Iriye, A. (2002a). Internationalizing International History. Bender, T. (ed.). *Rethinking American History in a Global Age*. University of California Press, pp. 47-62.
- Iriye, A. (2002b). *Global Community: The Role of International Organizations in the Making of the Contemporary World*. University of California Press.
- Iriye, A. (2013). *Global and Transnational History: The Past, Present, and Future*. Palgrave Macmillan.
- Iriye, A., Goedde, P. y Hitchcock, W. I. (eds.) (2011). *The Human Rights Revolution: An International History*. Oxford University Press.
- Jahn, B. (ed.) (2006). *Classical Theory in International Relations*. Cambridge University Press.
- Jolly, R., Emmerij, L. y Weiss, T. G. (2009). *UN Ideas that Changed the World*. Indiana University Press.
- Kapila, S. (ed.) (2010). *An Intellectual History for India*. Cambridge University Press.
- Kapila, S. (2014). Global Intellectual History and the Indian Political. McMahon y Moyn (eds.), *Rethinking Modern European Intellectual*. Oxford University Press, pp. 253-74
- Kapila, S. y Devji, F. (eds.) (2010). Forum: The Bhagavad Gita and Modern Thought. *Modern Intellectual History*, 7, pp. 269-457.
- Keene, E. (2005). *International Political Thought: A Historical Introduction*. Cambridge University Press.
- Kelley, D. R. (2002). *The Descent of Ideas: The History of Intellectual History*. Ashgate.
- Kelley, D. R., Levine, J., Megill, A., Schneewind, J. B. y Schneider, U. J. (2005). Intellectual History in a Global Age. *Journal of the History of Ideas*, 66, pp. 143-200.
- Koskenniemi, M. (2001). *The Gentle Civilizer of Nations: The Rise and Fall of International Law, 1870-1960*. Cambridge University Press.
- Kumar, K. (2017). *Visions of Empire: How Five Imperial Regimes Shaped the World*. Princeton University Press.
- Lang, M. (2006). Mapping Globalization or Globalizing the Map: Heidegger and Planetary Discourse. *Genre: Forms of Discourse and Culture*, 36, pp. 239-250.

- Lazier, B. (2011). Earthrise; or, The Globalization of the World Picture. *American Historical Review*, 116, pp. 602-630.
- Liu, L. H. (ed.) (1999). *Tokens of Exchange: The Problem of Translation in Global Circulations*. Duke University Press.
- Liu, L. H. (2004). *The Clash of Empires: The Invention of China in Modern World Making*. Harvard University Press.
- Long, D. y Wilson, P. (eds.) (1995). *Thinkers of the Twenty Years' Crisis: Inter-War Idealism Reassessed*. Oxford University Press.
- Lovejoy, A. O. (1940). Reflections on the History of Ideas. *Journal of the History of Ideas*, 1.
- Lovejoy, A. O. (1948). The Historiography of Ideas. *Essays in the History of Ideas*. Johns Hopkins University Press.
- Maier, C. (1980). Marking Time: The Historiography of International Relations. Kammen, M. (ed.). *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*. Cornell University Press.
- Malcolm, N. (2002a). Hobbes, Sandys, and the Virginia Company. *Aspects of Hobbes*. Clarendon Press.
- Malcolm, N. (2002b). Hobbes's Theory of International Relations. *Aspects of Hobbes*. Clarendon Press.
- Manela, E. (2007). *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*. Oxford University Press.
- Manning, S. y Cogliano, F. D. (eds.) (2008). *The Atlantic Enlightenment*. Ashgate.
- Marshall, P. J. y Williams, G. (1982). *The Great Map of Mankind: British Perceptions of the World in the Age of Enlightenment*. Dent.
- Martinez, J. S. (2012). *The Slave Trade and the Origins of International Humanitarian Law*. Oxford University Press.
- Mazower, M. (2009). *No Enchanted Palace: The End of Empire and the Ideological Origins of the United Nations*. Princeton University Press.
- McClure, E. M. (2006). *Sunspots and the Sun King: Sovereignty and Mediation in Seventeenth-century France*. University of Illinois Press.

- McMahon, D. (2014). The Return of the History of Ideas? McMahon y Moyn (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual*. Oxford University Press, pp. 13-31.
- Ménager, D. (2001). *Diplomatie et théologie à la Renaissance*. Presses Universitaires de France.
- Mill, J. S. (1838). Bentham. *London and Westminster Review*, 19.
- Moloney, P. (2011). Hobbes, Savagery, and International Anarchy. *American Political Science Review*, 105, pp. 189-204
- Morefield, J. (2005). *Covenants without Swords: Idealist Liberalism and the Spirit of Empire*. Princeton University Press.
- Morris, I. (2010). *Why the West Rules—For Now: The Patterns of History, and What They Reveal About the Future*. Profile Books.
- Moyn, S. (2010). *The Last Utopia: Human Rights in History*. Harvard University Press.
- Moyn, S. (2014). *Human Rights and the Uses of History*. Verso.
- Moyn, S. y Sartori, A. (eds.) (2013). *Global Intellectual History*. Columbia University Press.
- Muthu, S. (2003). *Enlightenment Against Empire*. Princeton University Press.
- Muthu, S. (ed.) (2012). *Empire and Modern Political Thought*. Cambridge University Press.
- Novick, P. (1988). *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge University Press.
- Noyes, J. K. (2015). *Herder: Aesthetics Against Imperialism*. University of Toronto.
- Odysseos, L. y Petito, F. (eds.) (2007). *The International Political Thought of Carl Schmitt: Terror, Liberal War and the Crisis of Global Order*. Routledge.
- Ophir, A. y Shapin, S. (1991). The Place of Knowledge: A Methodological Survey. *Science in Context*, 4, pp. 3-21.
- Osiander, A. (2001). Sovereignty, International Relations, and the Westphalian Myth. *International Organization*, 55, pp. 251-287.
- Owens, P. (2007). *Between War and Politics: International Relations and the Thought of Hannah Arendt*. Oxford University Press.

- Pagden, A. (1986). *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*. Cambridge University Press.
- Pagden, A. (1995). *Lords of the All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*. Yale University Press.
- Pedersen, S. (2007). Review Essay: Back to the League of Nations. *American Historical Review*, 112, pp. 1091-1117.
- Pedersen, S. (2015). *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*. Oxford University Press.
- Piirimäe, P. (2010). The Westphalian Myth of Sovereignty and the Idea of External Sovereignty. Kalmo, H. y Skinner, Q. (eds.). *Sovereignty in Fragments: The Past, Present and Future of a Contested Concept*. Cambridge University Press, pp. 64-80.
- Pitts, J. (2005). *A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France*. Princeton University Press.
- Pitts, J. (2010). Political Theory of Empire and Imperialism. *Annual Review of Political Science*, 13, pp. 211-235.
- Randolph, J. (2014). The Space of Intellect and the Intellect of Space. McMahon y Moyn (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual*. Oxford University Press, pp. 212-31.
- Reinert, S. (2011). *Translating Empire: Emulation and the Origins of Political Economy*. Harvard University Press.
- Rothschild, E. (2005). Language and Empire, c. 1800. *Historical Research*, 78.
- Rothschild, E. (2006). Arcs of Ideas: International History and Intellectual History. Budde, G., Conrad, S. y Janz, O. (eds.). *Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen und Theorien*. Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 217-226.
- Rothschild, E. (2008). The Archives of Universal History. *Journal of World History*, 19, pp. 375-401.
- Rothschild, E. (2009). The Atlantic Worlds of David Hume. Bailyn, B. y Denault, P. L. (eds.). *Soundings in Atlantic History: Latent Structures and Intellectual Currents, 1500-1830*. Harvard University Press, pp. 405-48.
- Rothschild, E. (2011a). Political Economy. Stedman Jones, G. y Claeys, G. (eds.). *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*. Cambridge University Press, pp. 774-76.

- Rothschild, E. (2011b). *The Inner Life of Empires: An Eighteenth-Century History*. Princeton University Press.
- Schaffer, S. (2009). Newton on the Beach: The Information Order of *Principia Mathematica*. *History of Science*, 47, pp. 243-276.
- Schaffer, S., Roberts, L., Raj, K. y Delbourgo, J. (eds.) (2009). *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence, 1780-1820*. Science History Publications.
- Schmidt, B. (1998). *The Political Discourse of Anarchy: A Disciplinary History of International Relations*. State University of New York Press.
- Shapin, S. (1998). Placing the View from Nowhere: Historical and Sociological Problems in the Location of Science. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 23.
- Skinner, Q. (1969). Meaning and Understanding in the History of Ideas. *History and Theory*, 8, pp. 3-53.
- Slate, N. (2011). *Colored Cosmopolitanism: The Shared Struggle for Freedom in the United States and India*. Harvard University Press.
- Sluga, G. (2013). *Internationalism in the Age of Nationalism*. University of Pennsylvania Press.
- Sluga, G. y Amrith, S. (2008). New Histories of the United Nations. *Journal of World History* 19, pp. 251-74.
- Sluga, G. y Clavin, P. (eds.) (2017). *Internationalisms: A Twentieth-Century History*. Cambridge University Press.
- Specter, M. (2016). Deprovincializing the Study of European Ideas: A Critique. *History and Theory*, 55, pp. 110-128.
- Stawell, F. M. (1929). *The Growth of International Thought*. Butterworth.
- Stern, P. J. (2011). *The Company-State: Corporate Sovereignty and the Early Modern Foundations of the British Empire in India*. Oxford University Press.
- Stock, P. (ed.) (2015). *The Uses of Space in Early Modern History*. Palgrave Macmillan.
- Straumann, B. (2008). The Peace of Westphalia as a Secular Constitution. *Constellations*, 15, pp. 173-188.

- Talbot, A. (2010). *"The Great Ocean of Knowledge": The Influence of Travel Literature on the Work of John Locke*. BRILL.
- Teschke, B. (2003). *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*. Verso.
- Tresch, J. (2014). Bringing Back the Lovejoy: History of Science and Intellectual History. McMahon y Moyn (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual*. Oxford University Press, pp. 153-172.
- Tuck, R. (1999). *The Rights of War and Peace: Political Thought and the International Order from Grotius to Kant*. Oxford University Press.
- Turner, F. J. (1938). The Significance of History (1891). Edwards, E. E. (ed.). *The Early Writings of Frederick Jackson Turner*. University of Wisconsin Press.
- van Ittersum, M. J. (2006). *Profit and Principle: Hugo Grotius, Natural Rights Theories and the Rise of Dutch Power in the East Indies, 1595–1615*. BRILL.
- Weber, M. (1991). *From Max Weber: Essays in Sociology*. Gerth, H. H. y Wright Mills, C. (eds.), Psychology Press.
- Welch, E. R. (2017). *A Theater of Diplomacy: International Relations and the Performing Arts in Early Modern France*. University of Pennsylvania Press.
- Wimmer, A. y Glick Schiller, N. (2003). Methodological Nationalism, the Social Sciences, and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology. *International Migration Review*, 37, pp. 576-610.
- Winterbottom, A. (2016). *Hybrid Knowledge in the Early East India Company World*. Palgrave Macmillan.
- Withers, C. W. J. (2009). Place and the 'Spatial Turn' in Geography and in History. *Journal of the History of Ideas*, 70.
- Withers, C. W. J. (2007). *Placing the Enlightenment: Thinking Geographically about the Age of Reason*. University of Chicago Press.
- Zeiler, T. W. (2009). The Diplomatic History Bandwagon: A State of the Field. *Journal of American History*, 95.

Capítulo 6

¿Un mundo conectado? De la unidad de la historia a la historia global¹

Franz L. Fillafer

La historia global está disfrutando actualmente de un boom en la academia angloamericana. Sin embargo, sus presupuestos heurísticos, sus recursos conceptuales y sus implicancias políticas permanecen todavía mal definidas. Mi artículo pretende abordar directamente este problema metodológico. Los conceptos clave que los historiadores globales utilizan son rudimentarios, y las genealogías que exhiben para sus propias herramientas y técnicas de investigación son aún fragmentarias y de carácter provisorio. En este trabajo afirmo que la historia global que se escribe hoy se basa en dinámicas específicas de mundialización que le proporcionan su marco y su molde: la historia global surgió a la vez que sustenta intelectualmente la concepción de un mundo cada vez más conectado. El tipo de conexión a la que nos referimos se estableció a partir de lo que llamo el “proceso histórico mundial”, un marco cognitivo que surgió en la era moderna con la conquista europea del mundo a través de la expansión, el descubrimiento, el

1 Publicado originalmente en: <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/ful/10.1111/hith.12000>.

comercio y la cultura. Este proceso generó un nuevo tipo de pasado global interconectado, que fue producto de la acción europea. En este artículo sostengo que este proceso histórico de mundialización muestra varias características funcionales: surgió de un desafío a la unidad de la historia causado por la disponibilidad de múltiples historias de sociedades y religiones del mundo en general. La antigua historia universal ya no era capaz de dar lugar a esta gran cantidad de historias. La premisa de la integración del mundo a través del ingenio europeo, su fuerza y espíritu mercantil reemplazó el antiguo marco unificador, basado en la idea de la creación primordial y la salvación futura de toda la humanidad. En el siglo XVIII, el proceso histórico mundial llegó a constituir un umbral básico para la inteligibilidad de la historia del planeta en términos de su interrelación. La dimensión historiográfica de este proceso produjo un conjunto de elementos que sutilmente continúan impactando en la práctica actual de la historia global.

La primera sección de mi artículo pone de relieve la desagregación de la historia universal y rastrea cómo la suplantaron lentamente las historias mundiales de la Ilustración. La segunda sección está dedicada a las historias mundiales ilustradas e historicistas. Desde el siglo XVIII, los historiadores y filósofos han diseñado y estudiado un proceso histórico mundial que ha consistido en la creciente interrelación del planeta para conservar la unidad de la historia en el contexto de un pasado pluralizado. La tercera sección del trabajo demuestra que la historia global heredó y permanece habitando este mismo espacio conceptual: continúa estructurada en torno a la creciente conexión de partes del mundo anteriormente separadas cuyos pasados particulares se transforman en historia mundial a través del mismo proceso que las conecta. El artículo recupera las

condiciones bajo las cuales surgió esta concepción de un pasado global. Esta perspectiva permite abordar críticamente el conjunto de herramientas, dispositivos e implicancias políticas de la historia global a través de la historización de sus premisas implícitas. De este modo, la exploración del “proceso histórico mundial” permite una mejor comprensión de lo “global” en la historia global.

6.1. Historia universal e historia mundial en la modernidad temprana europea

Un fantasma acechaba los manuscritos de la Europa del siglo XVII: la crisis de la historia universal. Hasta los más firmes practicantes de la historia universal pudieron notar que el prestigio de su oficio se estaba desmoronando. ¿Cuáles fueron las razones de esta crisis? La retirada de las profecías bíblicas de la escritura moderna de la historia (Seifert, 1990: 65-68; 1986: 81-117) le permitió salir del tono apocalíptico y las expectativas milenaristas que previamente habían proporcionado su marco conceptual. La unidad de la historia centrada en la salvación parecía ahora en ruinas. Las narrativas convencionales sobre este proceso invocan usualmente el proceso de “secularización” (Klempt, 1960: 124-132; Löwith, 1949: 5-6).² Supuestamente extendió la historia al tiempo profundo e inauguró la idea de un futuro abierto y creado por el hombre (Zedelmaier, 2003; Fulda, 2013: 141-172).

El fin de las profecías bíblicas se produjo en conjunto con una irrupción masiva del tiempo histórico y con la

2 Comparar con Nicolaus Hieronymus Gundling: “Alle conjecturen dependiren vom praesentio & praeterito. Praeteritum est major sillogismi; Praesens est minor; Futurum est conclusio” (Gundling, 1747: [I] 8).

expansión sin precedentes del espacio histórico en los siglos XVI y XVII. Ambas fueron reforzadas por la era europea de descubrimientos que hicieron disponibles una gran cantidad de pasados humanos rivales.

Estos nuevos registros ya no podían acomodarse fácilmente en el viejo diseño de la historia universal y contribuyeron decisivamente a conformar un nuevo conjunto de virtudes epistémicas para el estudio anticuario y filológico de un pasado considerado cada vez más como diferente y distante del presente. Procustiana y destartada, como puede haber parecido en este momento la historia universal tradicional, esta continuó sin embargo proporcionando un esquema básico para la historia del mundo. Esta sección del artículo traza el cambio de la historia universal a la historia mundial de la Ilustración. Divide analíticamente los desafíos a la unidad de la historia de la modernidad temprana en tres líneas de investigación: la unidad de la creación y la religión, la unidad de la naturaleza y la unidad de la cultura.

Los historiadores universales de la modernidad temprana situaban la unidad de la historia humana en dos planos temporales: en un pasado remoto de orígenes comunes y en el futuro distante de un destino compartido para la humanidad, en la creación y en la redención. La historia universal le daba al tiempo una dirección proyectable y predecible. Denotaba la idea de un destino providencial para la historia, pero no implicaba un desarrollo estricto, consistente y decidido hacia este estado final. La unidad de la historia universal se refería a las primeras y las últimas etapas de la humanidad, y proporcionaba algunos esquemas generales para las secuencias intermedias, que le permitían alinear y contener pasados diversos, como la *translatio imperii* entre los cuatro imperios y la figura de las diez tribus perdidas (Kramer, 1965: 3-27; Goetz, 1958; Calmeyer, 1979: 347-365;

Dor-Benite, 2009: 135-168). Esta ausencia de un esquema general de desarrollo se convirtió en un problema crucial con la mencionada retirada de la profecía bíblica de la historiografía moderna y con la riqueza de material etnográfico e histórico que los siglos XVI y XVII pusieron a disposición (von Ranke: 1881: v).³

6.1.1. La unidad de creación y religión

Durante mucho tiempo, se ha considerado la “historia universal” cristiana (Baudouin, 1579: 621, 636-637)⁴ como el patio de juegos de Dios, como el relato de la redención, entre los orígenes de toda la historia y un destino providencial preestablecido por un Dios omnisciente y benefactor. La desaparición de la historia universal se considera generalmente una consecuencia del colapso de las teodiceas, mientras que la escatología continuó tácitamente influyendo las filosofías modernas de la historia.⁵ Estas miradas se fijan poco en la historiografía religiosa y pasan por alto su importancia para el surgimiento de percepciones históricas mundiales que intentaron conciliar la unidad de la creación común de la humanidad con la unidad de su historia.

Ni los marcos generales ni los desafíos a la historia universal fueron, en ningún sentido, esencialmente “europeos”:

3 Acerca de la resiliencia de las tradiciones paralelas tipológicas-de salvación que continuaron desarrollándose junto a las historias del mundo “secularizado”, véase el espléndido recuento de Konrad Petrasovsky, por ejemplo, la nota al pie 4 (Petrasovsky, 2014: 226).

4 Baudouin comenta que Polibio falló en comprender el “principium” subyacente de la *historia integra* dado que no conocía las Sagradas Escrituras. Las historias universales *ab orbe condita* (de la fundación de la ciudad) existieron junto a las historias *ktisis* (κτίσις) locales de la fundación; comparar con Diodorus Siculus (1880-1890: I.3. 2) y con Arnaldo Momigliano (1984: 77-103).

5 Véase Löwith (1949) en contraste con Jacob Taubes (1947: 79-81, 163-191).

la secuencia de cuatro monarquías mundiales surgía de fuentes persas, las diez tribus eran obviamente israelitas y el debate académico estaba repleto de cronologías caldeas, egipcias y chinas (Grafton, 1983-1993: [II] 681-728). Estas cronologías disminuyeron el prestigio de un marco temporal bíblico creacionista cuya coherencia se esfuminó una vez confrontada con el Talmud samaritano, la biblia Septuaginta y la Vulgata (Tortarolo, 1994: 31-50). Lo mismo se aplica a las tres *causes célèbres* que desafiaron la unidad de la creación y la religión en los siglos XVII y XVIII: el prolongado debate sobre la existencia de la vida y la cultura humana antes de Adán,⁶ la controversia de los ritos chinos (si debía permitirse que los monoteístas confucianos que se convertían al cristianismo conservaran sus ceremonias y rituales) (Mungello, 1994; Broggio, de Castelnau-L'Estoile y Pizzorusso, 2009) y el debate sobre los orígenes de los indios americanos (Gliozzi, 1977; de Laet, 1643). Esta pluralización estaba inextricablemente conectada con un nuevo tipo de historicidad, que surgió de premisas dogmáticas y fue de vital importancia para las sensibilidades de la historia mundial.

El pecado original tiene un lugar de honor, como condición de posibilidad de la historicidad: reelaborando una distinción aristotélica, los exégetas patrísticos sostuvieron que, luego de *la caída*, se había expulsado a la humanidad de la naturaleza física (*physis*, φύσις) y se la había obligado a desarrollar ingeniosos artilugios y a la búsqueda por satisfacer necesidades artificiales (*téchne*, τέχνη) (Gouhier, 1954: 19-54; Aquinas, 1993: xx-xxi; Warkotsch, 1973: 76, 94, 182). Esta figura de mejoras contenidas se transformó en una iteración de progreso una vez que su objetivo, la aproximación a un estado de gracia perdido, comenzó

6 Véase, por ejemplo, Ira Robinson (1978: 117-130); David N. Livingstone (1992: 1-78); Martin Mul-sow (2015: 47-66).

a menguar (Kondylis, 1990: 76, 164). La lucha con el pecado original produjo un segundo resultado importante: se atribuyó a la concupiscencia la disminución de las capacidades cognitivas de todos los humanos. Se los consideró incapaces de comprender la religión revelada. Necesitaban por ello dividir la comunicación de la revelación en unidades palpables, “*accommodation*”, la adaptación de la verdad revelada a los respectivos horizontes de comprensión humanos cuyos contornos precisos podían establecerse mediante la reconstrucción histórica (Jahn, 1821: 15-60; Benin, 1993: 177-198).

Nos encontramos aquí con dos avances: la idea de que el pasado consistió en artilugios hechos por el hombre y la premisa de que el estudio histórico de la divina “*accommodation*” podría descubrir los rastros comunes de una revelación en múltiples religiones y prácticas religiosas en todo el mundo. Aunque eran apologéticas en su origen, ambas tuvieron resultados secularizadores (de Lang, 1992: 149-165), y las dos líneas argumentales fueron cruciales para la historia mundial. Los anticuarios y los misioneros combinaron estos dos recursos para tratar de resolver las dificultades interpretativas que surgieron cuando intentaron conciliar el relato bíblico con las historias extrabíblicas de los primeros tiempos. Esta reconciliación se logró mediante el uso de distintos filtros y puntos de convergencia en los que se reunieron múltiples secuencias históricas antes de que se bifurcaran nuevamente: el episodio crítico aquí fue el estudio del diluvio cuya universalidad en todas las culturas los académicos intentaron demostrar.⁷

7 Véase, por ejemplo, Antonello Gerbi (2010: 60-62, 501); Georges-Louis Leclerc de Buffon y Cornelis de Pauw afirmaron que un segundo diluvio condujo a la “degeneración” de las personas indígenas a causa de la humedad; para contrastar esta mirada, véase el estudio de Clavijero sobre Coxcox y Teocipatli (Xochiquétzal) como sobrevivientes aztecas del diluvio: Francisco J. Clavijero (1944: [I] 273, 440); Klaus Müller (1998).

Tan crucial como la determinación de una creación común, o de escenas de convergencia posteriores como la del diluvio universal, fue el surgimiento de dos estrategias alternativas, de la hermenéutica sagrada y las teologías naturales, respectivamente. Por un lado, se encuentra la filología de las sagradas escrituras leída como “poesía sagrada”, es decir, el estudio de textos sagrados como productos de la cultura universal. Fue este estudio del “mito” como un estilo específico pero general de expresión humana poética y afectiva lo que permitió a los académicos diseñar escalas con las cuales captar y comparar las funciones culturales de las religiones mundiales (Harlich y Sachs, 1952; Legaspi, 2010: 105-128; Gisi, 2007). Por otro lado, estaba el trillado tema de la creación, dejado de lado porque la “religión natural”⁸ prometía proporcionar un marco unificador que la creación ya no podía ofrecer: los misioneros de todo el mundo mantenían que la creencia pura en una deidad se extendía a toda la humanidad independientemente de la revelación (Westfall, 1982: 15-34; Heyberger, 1994: 319-326).⁹ Esto lleva directamente al segundo escenario de mi investigación, la unidad de la naturaleza.

6.1.1.1. La unidad de la naturaleza

En la imaginación histórica de los siglos XVII y el temprano XVIII, la unidad de la naturaleza vino a reemplazar la unidad de la religión en dos sentidos hermanos. Primero, el carácter natural de la humanidad, de la sociabilidad humana y de sus leyes inherentes, el cual Dios no

8 Acerca de *Moeurs des sauvages américains* de Lafiteau, véase David A. Harvey (2012: 76); Anthony Padgen (1981).

9 Un excelente resumen se encuentra en Scott Mandelbrote (2013: 75-99).

promulgó ni era controlable por las razones del estado que dominaban las políticas del mundo (Foucault, 2009: 349), suplantaron la idea de la comunidad de la creación. En segundo lugar, la universalidad de la “religión natural” se convirtió en un potente dispositivo básico. Permitted a los estudiosos de las religiones del mundo comparar los cuerpos de evidencia de escrituras y rituales religiosos en todo el mundo, y asumir la presencia de un conjunto de disposiciones naturales compartidas. Este argumento sobre la naturaleza liberó crucialmente a estos sabios de tener que demostrar las relaciones históricas reales que conectaban estas religiones. Eso es lo que habían hecho, por ejemplo, cuando se basaron en el modelo de las diez tribus, o en las misiones de Santo Tomás a la India, que incluían áreas recientemente descubiertas del mundo en el itinerario del santo.¹⁰

A pesar de estos avances, la unidad de la naturaleza no pudo proporcionar una base duradera para la unidad de la historia mundial. La universalidad de la naturaleza también resultó ser frágil. Desde la antigüedad, la naturaleza había actuado como la fuente de las leyes en un sentido doble: por un lado, como el origen de las normas emuladas y promulgadas luego por la humanidad; y, por el otro, como un sistema de regularidades “naturales” que dieron forma tanto al orden cósmico como al social, extendido a la legislación de la conducta humana (Fasolt, 2004; Pocock, 1962: 209-246). La pregunta fundamental que surgió aquí fue en qué medida la naturaleza humana seguía siendo parte de la “totalidad” de la naturaleza: si era equiprimordial, si estaba sujeta, o si era covariante

10 Sobre los cronistas españoles y sus “astutas formas de ubicar las Américas dentro del itinerario de las misiones de Santo Tomás a la India” véase John-Paul A. Ghobrial (2014: 73); Sabine MacCormack (1991: 312).

con la naturaleza cósmica en general. Un principio básico de la escolástica tardía, heredado luego por la jurisprudencia natural y por los naturalistas empíricos, sostenía que las prerrogativas de Dios eran limitadas: estaba obligado por sus propias leyes constantes, eternas e invariables. Sin embargo, la inmutabilidad de estas leyes resultó controversial: mientras los filósofos newtonianos de la naturaleza argumentaron la eternidad de las regularidades causales, sus rivales colapsaron estas leyes de la naturaleza en el eje del tiempo. La historización transformó a la naturaleza, de un inventario de formas primitivas y eternas (*plenum formarum*), en un reino de vida orgánica, perfectible y de verdades limitadas en el tiempo (Cassirer, 1902: 443-444; Saxl, 1936: 197-224; Lovejoy, 1936: 244-245).¹¹ La providencia fue así despojada de su estructura equilibrante y estabilizadora; llegó a abarcar el curso del mundo en su totalidad y se asoció al principio del progreso (Kittsteiner, 1990: 90).

Tanto los estudiosos de derecho natural como los eruditos anticuarios repensaron la relación entre la naturaleza humana y la naturaleza cósmica. Postularon “estados naturales” primitivos que eran comunes a toda la humanidad. La ley natural proporcionó una técnica de diagnóstico para aislar estos estados primordiales y rastrear sus mutaciones posteriores (Proß, 1978: 38-67). La teoría de los estados naturales proporcionó un esquema de unidad y totalidad, y los supuestos sobre la naturaleza de la sociabilidad humana permitieron a los académicos situar a las sociedades de todo el mundo en etapas de desarrollo regulares.

Al igual que la religión natural, esta idea de naturalidad permitió comparaciones entre sociedades que habitaban

11 Sobre las formas indeterminadas de concebir a la naturaleza y el reemplazo gradual de las leyes naturales por miradas estadísticas de las regularidades, véase Eric Brian (1994); Jean Ehrard (1994: 251-608, 662).

diferentes etapas sin requerir evidencia de su conexión. Este enfoque, conocido como “teoría de los estadios”, permitió a los estudiosos rastrear mutaciones diacrónicas dentro de una sociedad determinada y comparar sincrónicamente el progreso de varias sociedades en una escala regular de progreso, de cazadores a pastores nómadas y de agricultores sedentarios a habitantes de ciudades florecientes (Hont, 2005: 159-184). Los salvajes del siglo XVIII representaban etapas de desarrollo previas de los refinados europeos; eran “ancestros contemporáneos” de los habitantes de las ciudades (Ferguson, 1995: 80; . Schiller, 1789: 11-12) Se destacaron los hechos ambientales y las capacidades humanas universales; las zonas climáticas y las condiciones del suelo, la cría de ganado, el acceso a las rutas comerciales terrestres y fluviales, los hábitos alimenticios y de bebida configuraron las condiciones para el progreso de cada sociedad (Gisi, 2007).

Este esquema de naturalidad se basaba en capacidades innatas de los humanos, como la religión natural, en los patrones de sociabilidad, y en la universalidad de los factores ambientales. Aunque dio estructura a muchas obras de estudiosos, sus resultados no lograron proporcionar una historia mundial unitaria, ni produjeron una secuencia temporal llena de sentido. El “estado de la naturaleza” resultó plagado de problemas porque sus opciones de salida, la caída en desgracia y el contrato social, eran difíciles de conciliar. No solo era difícil armonizar las teorías globales del contrato social con los relatos sobre el paraíso y el pacto (Pufendorf, 1750; de Guignes, 1756-1758: [II] 1-9),¹² la historia natural también era conflictiva: la hipótesis preadánica se insertó en una nueva matriz conceptual, una vez que la evidencia paleontológica y geológica comenzó a

12 Comparar con Platón, *Protagoras*, 320d; y con Benjamin Straumann (2003/2004: 41-66).

disputar la credibilidad del Pentateuco como un relato histórico. Figuras de las Luces como Voltaire y el erudito escocés Lord Monboddo adoptaron el poligenismo, con lo que amenazaron de ese modo la más común explicación monogenista de los orígenes de la humanidad, que había sostenido Jean Buffon en su *Histoire Naturelle* (Sebastiani. 2013: 46, 60-61, 104, 117, 167).

La naturaleza no cumplió la promesa de la unidad de la historia. El estudio de la naturaleza apenas podía corroborar la premisa de que el mundo entero y todo lo que había en él provenía de la misma fuente. Era todavía menos confiable como patrón de donde extraer la secuencia del desarrollo histórico mundial. Ni la naturaleza humana ni la religión natural proporcionaron un molde suficientemente robusto para contener a la historia de la humanidad. Las narrativas que ubicaban esta unidad en unos primitivos estadios naturales de la humanidad, o en capacidades y disposiciones naturales transhistóricas, no pudieron luego integrar a esos esquemas la trayectoria de la totalidad de la historia mundial.

Este problema continúa en la tercera parte de esta sección, dedicada a la unidad de la cultura. Al ingresar al mundo de los primeros anticuarios modernos, encontramos que allí el desafío de la unidad de la historia radicaba en su patrocinio de un novedoso concepto clave: “costumbre”. Las costumbres y hábitos de cada cultura actuaban como el inventario, el enunciador y el divulgador de sus particularidades. Los anticuarios descartaron los esquemas históricos universales y propusieron la cultura como un sustituto conceptual, pero el estudio de las costumbres haría que la unidad histórica de la humanidad se volviera extremadamente fragmentaria.

6.1.1.2. La unidad de la cultura

El estudio anticuario y filológico del pasado en los siglos XVI y XVII giraba en torno a una idea clave: la historia era sobre la distancia y la diferencia. Los historiadores ya no podrían limitarse a predicar la *magistratura vitae*, a alimentar con lecciones del pasado a los políticos y tampoco la historia debería simplemente suministrar anécdotas variadas. Los relatos históricos requerían una sincronicidad compleja, con diferentes capas, la recuperación de totalidades culturales, cada una de las cuales poseía un genio particular y tenía que hacerse inteligible en sus propios términos (Funkenstein, 1993: 14-15, 24-25). Las premisas generales teológicas y filosóficas ya no servirían. El impacto y el alcance de la historia mundial hicieron que esta tarea fuera más exigente, y que los compendios variados de “antigüedades” perdieran relevancia. Aludiendo a Cesare Baronio, el gran historiador de la iglesia católica del siglo XVI, en 1638 Tomasso Campanella hizo un llamado por un “Baronio de todo el mundo y no solo del cristianismo” (Campanella, 1954: [I] 1254). Su anhelo de una visión sinóptica era compartido por muchos contemporáneos.

Los anticuarios de lo sagrado y los etnógrafos habían usado una cascada de analogías para equiparar los rituales¹³ y las deidades de las diferentes culturas desde la antigüedad hasta su presente (por ejemplo, cuando mostraron que el nieto de Adán, Enoc, y el dios egipcio Hermes Trismegistos, habían sido la misma persona) (Grafton, 1990; Picinelli, 1667: 16, 72, 121; Fabricius, 1705-1704: [I] 37, 98). Muchos estudiosos de los siglos XVII y XVIII no se contentaron con estas analogías superficiales. En cambio, trabajaron con tipologías elaboradas que clasificaban según los

13 Véase, por ejemplo, M. de la Créquinière (1704: 17, 84).

hábitos¹⁴ a las políticas, los oficios, las actividades científicas y los modos de observancia religiosa:¹⁵ estas historias dependían de la “costumbre”. Como se indicó anteriormente, trataron a los pueblos “primitivos” como los “antepasados contemporáneos” de los europeos. Esta operación se dirigía también en la dirección opuesta: particularizó y “primitivizó” la cultura de la antigüedad grecorromana, lo que hacía que la cultura mediterránea de la antigüedad sea comparable con la de los “salvajes” de los siglos XVII y XVIII. Pero el énfasis en la costumbre contenía el germen de su propia desaparición.

A los filósofos e historiadores del siglo XVIII estas comparaciones les resultaban ridículas. Los practicantes de la historia filosófica mundial produjeron una narrativa de los avances de la civilización que ensalzaba los logros europeos, lo que cambiaba el énfasis de la historia universal de las costumbres a una historia del refinamiento excepcional (Griggs, 2007: 246). Se establecieron, por lo tanto, nuevos requisitos para la pertenencia de una sociedad dada a la “historia relevante”: el cristianismo languideció como criterio de admisión; en su lugar, se consagró la civilización. La historia ya no era el rasgo de unidad de un mundo bajo los ojos de Dios. Se convirtió en un rasgo distintivo de la civilización superior: los pueblos históricos merecían estudiarse mientras que los pueblos no históricos no.¹⁶ Voltaire consideraba superfluo el estudio de los últimos, como dejó en evidencia en su *Essai sur les mœurs*, de 1754, cuando se burló de la obra *Moeurs des*

14 Véase Antoine-Yves Goguet (1758); Lynn Hunt, Margaret Jacob y Wijnand Mijnhart (2010). Acerca de la suntuosa obra decorativa y literaria de Carlos de Sigüenza y Góngora, y Bernardo de Balbuena, la cual suministró a la élite criolla mexicana de un pasado azteca “clásico” que actuó como sustituto de la antigüedad europea, véase Anthony Pagden (1990: 100).

15 Véase Jürgen Osterhammel (2013: 211-374). Comparar con, por ejemplo, Johann C. Engel (1790: 6-11).

16 Véase Rolando Minuti (1994: 95-140).

sauvages américains comparées aux moeurs des premiers temps de Joseph-François Lafiteau. Para Voltaire, la historia comparativa de costumbres de Lafiteau representaba todos los defectos y dificultades del género. El carácter matrilineal de la sociedad iroquesa le recordó a Lafiteau a los licios, el calzado para la nieve de los inuit se parecía al que Strabo había visto en el antiguo Cáucaso, arrancar cueros cabelludos equivalía a las cacerías de cabezas de los escitas y la pipa de la paz encontró su contraparte en el caduceo de Hermes. Voltaire proporcionó este breve resumen del trabajo de Lafiteau:

Lafiteau cree que los norteamericanos provienen de los antiguos griegos y estas son sus razones. Los griegos tenían fábulas, algunos norteamericanos también las tienen. Los primeros griegos fueron a cazar, algunos norteamericanos también lo hacen. Los primeros griegos tenían oráculos, los norteamericanos tienen hechiceros. Los antiguos griegos bailaban en sus festivales, los norteamericanos también bailan. Hay que admitir que estas razones son convincentes.

(Voltaire, 1963: [I] 30)

Estos tres desafíos de la modernidad temprana a la unidad de la creación y la religión, a la unidad de la naturaleza y a la unidad de la cultura dejaron la historia universal hecha añicos. Ya no podía mantener unida la pluralidad de pasados con los que se enfrentaba. Cuando el obispo Jacques Benigne de Bossuet, tutor real de Versalles, publicó su *Discours sur l'Histoire Universelle* en 1681, los críticos lo acusaron de no haber podido ofrecer la visión sinóptica y completa que anunciaba en el preludio de su obra: Bossuet había escrito que su historia universal era:

para la historia de cada país y de cada pueblo lo que es un mapa mundial para los mapas particulares [] en los mapas universales se aprenden a situar [las] partes del mundo en su contexto []. De la misma manera [] [p]ara entender todo, debemos saber qué conexión puede tener cada historia particular con las demás.

(de Bossuet, 1976: 3-4)¹⁷

Los historiadores de la ilustración debían cumplir la promesa de Bossuet al diseñar un proceso histórico mundial que combinara la certeza providencial de la historia universal con la secuencia de desarrollo que le faltaba.

6.2. La historia mundial y el proceso histórico mundial entre la Ilustración y el historicismo

Las historias clásicas de la historiografía del siglo XVIII permanecen en general en silencio sobre el “pasado de la ‘historia mundial’ ” (Subrahmanyam, 2005a: 26-57, 30):¹⁸ Karl Löwith argumentó que los filósofos de la historia del siglo XVIII ubicaron el progreso en el tiempo histórico (Löwith, 1949),¹⁹ mientras que Reinhart Koselleck atribuyó a la Ilustración la invención de la “historia” singular colectiva que reemplazó las historias anteriores en plural (Koselleck, 1975: [II] 647-658).²⁰ Las versiones de Löwith y Koselleck no hacen justicia a la magnitud y el carácter del cambio de la historia universal a la historiografía de la

17 Acerca del impacto inintencional de Bossuet en la historia filosófica de la Ilustración, véase Ronald L. Meek (1976: 23-25).

18 Comparar con la obra de Subrahmanyam (2014).

19 Véase Henning Trüper (2014: 45-68).

20 La ubicación y la datación de esta innovación de Koselleck resulta crecientemente insostenible luego de la crítica incisiva de Jan Marco Sawilla (2004: 386, 398-400).

Ilustración precisamente porque tienden a eludir su dimensión mundial.

En la sección anterior investigué tres hitos donde los esquemas de unidad de la historia mundial surgieron de los jirones de la historia universal. Como hemos visto, estos esquemas eran inestables y no lograron revelar la unidad de la historia. Ahora es importante aclarar en qué sentido la historiografía mundial del siglo XVIII desarrolló un grupo específico de supuestos y preocupaciones que diferían de los de modelos anteriores. Como han demostrado Serge Gruzinski y Sanjay Subrahmanyam, las historias mundiales se escribieron antes del siglo XVIII y este modo de investigación no se limitó de ninguna manera a los eruditos cristianos que lucharon con el alcance y las restricciones de la historia universal (Subrahmanyam, 2005a; 2005b: 713-730; Rao, Shulman y Subrahmanyam, 2001). Los historiadores otomanos, mongoles y de la dinastía Ming también practicaron este tipo de historia en los siglos XVI y XVII. Simultáneamente, el reinado de los Habsburgo sobre el imperio español y portugués creó una nueva esfera de imaginación que actualizó los modelos imperiales más antiguos e integró a los pueblos del Nuevo Mundo en relatos histórico-sagrados (Tezcan, 2012: 1-38; Gruzinski, 2004; 1999). Estas historias se han estudiado poco, pero podemos afirmar que no pueden leerse simplemente como expresiones de celo imperial y pretensiones imperialistas. El carácter transcontinental de la escritura de la historia mundial no cambió en el siglo XVIII, ni tampoco la sutileza de juicio y dedicación moral de los historiadores. La reorientación que tuvo lugar en la escritura histórica europea del siglo XVIII estaba en relación con un nuevo modelo básico de historia mundial que reemplazó a la versión anterior, benevolentemente ecuménica.

En pocas palabras, se podría decir que lo que ocurrió aquí fue un doble cambio, de la curiosidad a la conectividad y de la comparación entre épocas (basta pensar en los “ante-pasados contemporáneos”) a la unidad de época. Reinhart Koselleck advirtió que una de las innovaciones de la profesionalización de la historiografía del siglo XVIII consistió en el establecimiento de una secuencia de épocas que ya no se deducían de la trayectoria histórica universal de la salvación, de la naturaleza con sus analogías filogenéticas y ontogenéticas, o del mito, sino de la historia misma. En este sentido, la invención de la Edad Media en el siglo XVIII constituyó un movimiento decisivo hacia una concepción inmanentista de la periodización histórica (Koselleck, 1987: 178).²¹ Con ello se hizo posible la separación de la historia reciente de las épocas anteriores: por lo tanto, los historiadores del siglo XVIII encontraron las herramientas para darle forma a un cambio que creían que impregnaba a la historia reciente. Este dispositivo de periodización se convirtió en el prerrequisito epistémico para atribuir características específicas a cada época. Del mismo modo, también fue el requisito previo para atribuir una calidad novedosa a las relaciones entre los continentes que restablecieron un pasado global unitario, para desarrollar el proceso histórico mundial por el cual Europa realizó un tipo de conexión global sin precedentes.

Los practicantes de la historia universal habían tratado en vano de demostrar la unidad de la historia. Lo que los estudiosos de la Ilustración tenían reservado era la realización de esta unidad tan anhelada: su sistema de periodización hacía que las experiencias europeas pudieran generalizarse como una red histórica mundial que aún podía dar cuenta

21 Para el *medium aevum* como edad intermedia que esperaba su salvación, véase Marc Bloch (1974: 145).

de conexiones cruzadas entre culturas distintas. Cada época formó una entidad unificada con rasgos específicos que sirvieron como descriptores válidos para la historia del mundo durante ese tiempo. Aquí el desafío consistía en la reconciliación de la unidad de la historia con la exhaustividad de la cobertura historiográfica, con la totalidad de la historia.

Este diseño inclusivo de las épocas fue uno de los elementos del modo en que la Ilustración elaboró la unidad histórica mundial, pero había una segunda dimensión, no menos vital: la arquitectura conceptual de los historiadores ilustrados proyectaba la unidad de la historia mundial a un mundo más conectado. Los eruditos ilustrados argumentaron que esta convergencia se generó por un “proceso histórico mundial” a gran escala. Dotó a la historia mundial de una lógica y una dirección unitarias: este proceso histórico mundial era una respuesta a los desafíos que habían subvertido a la historia universal, una respuesta formulada bajo condiciones específicas. Se apartó de la percepción de que las diferentes regiones del mundo se interconectaron cada vez más a través de la conquista, el comercio y la cultura, y que Europa actuó como motor de este proceso. En las historias del siglo XVIII, Europa apareció como agente de reintegración para pasados previamente dispersos y diversos, lo que permitió nuevamente el establecimiento de una entidad histórica mundial.

Los historiadores de la Ilustración insistieron en que la “historia mundial” era factible y deseable de escribir, y buscaron distanciarse de la ahora deslucida “historia universal”. ¿Qué sucedía con las propiedades conceptuales y el potencial interpretativo del “proceso histórico mundial” que vino a reemplazar los esquemas históricos universales? Los historiadores de la Ilustración rescataron la unidad de la historia al darle al desarrollo histórico un nuevo molde

espacial.²² La historia mundial actuaba ahora como un vector relacional que conectaba regiones remotas de la tierra. Este es un punto crucial: las historias anteriores recibieron críticas ya que carecían de una interrelación secuencial a lo largo del tiempo. Los historiadores de la Ilustración saldaban esa deuda al transformar este tipo de conexión en una interrelación geográfica en el espacio. Mientras que la historia universal partía de la premisa de un mundo conectado por los puntos en común de la creación y la redención, la historiografía de la Ilustración presentaba un mundo en conexión, un mundo más vinculado y en creciente integración con Europa como su principal agente.

En 1789, Friedrich Schiller resumió perfectamente esta perspectiva cuando pronunció en Jena su discurso inaugural sobre el carácter y el propósito de la historia universal. Invitó a sus oyentes turingios a resituarse como producto de nada menos que la historia del mundo en su totalidad:

Aunque en este momento nosotros nos encontremos aquí, aunque nos reunamos con este grado de cultura nacional, con esta lengua, con estas costumbres morales, estas ventajas burguesas, esta medida de libertad de conciencia, se trata del resultado, quizás, de todos los hechos universales anteriores: toda la historia universal sería al menos necesaria para explicar únicamente este momento [] ¡Cuántos inventos, descubrimientos, revoluciones nacionales y religiosas tuvieron que coincidir para producir este nuevo, todavía débil germen de ciencia, arte, crecimiento y desarrollo! [] Las ropas que llevamos, las especias de nuestras comidas y el dinero con el que las compra-

22 Para un argumento similar, véase Joan-Pau Rubiès (2012: 348). Koselleck formula un argumento relacionado en Koselleck (2002a: 84-99).

mos, muchos de nuestros medicamentos más eficaces e incluso muchísimos nuevos instrumentos de nuestra corrupción, ¿no presuponen un Colón, que descubrió América, un Vasco da Gama, que circunnavegó el cabo de África? (Schiller, 1789: 19)²³

El acceso a zonas cada vez más remotas del mundo “conspiró”, como dijo Schiller, en el fomento del refinamiento y la mejora en Europa. Sin embargo, con el ascenso de Europa a la supremacía, la prehistoria y los orígenes contingentes de su preponderancia se hicieron cada vez menos relevantes para los historiadores. Los historiadores de la Ilustración explicaron el proceso por el que la historia mundial inundó el globo y juntó sus historias en una única corriente de desarrollo (Schlözer, 1775: 271),²⁴ pero reconocieron también sus obstáculos y costos morales. Sensibles a los reveses y frenos en esta secuencia histórica mundial, los historiadores de la Ilustración también abordaron la explotación y la violencia que conllevaba.²⁵ William Robertson, historiador y pastor escocés, describió el apetito insaciable de Europa por los productos asiáticos, y comentó que la India estaba tan generosamente dotada por la naturaleza tropical y el ingenio nativo que no le interesaba la mercancía europea. Fue solo la conquista de las Américas y la explotación de sus minas de oro y plata a través de mano de obra barata y esclava, sostuvo Robertson, lo que hizo que las potencias europeas pudieran obtener el control de partes de Asia (Robertson, 1791: 164-165).²⁶ La unidad de la historia resurgió cuando el

23 [N. de los traductores: Hay traducción al español en Schiller, F. (1991). *Escritos de Filosofía de la Historia*. Universidad de Murcia, pp. 11-12].

24 Véase también sobre el final de la “historia romana” con la conquista otomana de Constantinopla (Schlözer, 1775: 60, 68-69) y sobre la Reforma (Schlözer, 1775: 77).

25 Véase Girolamo Imbruglia (1997: 128-138); Imbruglia (1994: 140-193).

26 Véase Jennifer Pitts (2014: 188) y Karen O'Brien (1997: 93-166).

proceso histórico mundial reunió a la historiografía con la experiencia histórica: hizo que la historia fuera inteligible en el nivel epistemológico y que el mundo fuera un todo cada vez más coherente. Este concepto de un proceso histórico mundial que hizo la historia inteligible persistió en los siglos XVIII y XIX, pero su epistemología y ontología cambiaron con la transición de la Ilustración al historicismo.²⁷ Los historicistas fueron herederos desagradecidos, se regodearon en sus innovaciones académicas, desestimaron a los historiadores del siglo XVIII como precientíficos y torpes diletantes, y pasaron por alto las deudas que tenían con estos predecesores.²⁸ En efecto, en lo que respecta al proceso histórico mundial los historiadores de la Ilustración sembraron y los historicistas cosecharon.

Los historicistas conservaron el marco de la interconexión creciente, pero realizaron varios cambios: morales, estilísticos y epistemológicos. Las inquietudes morales sobre la explotación implícita en el proceso histórico mundial disminuyeron. En el ámbito de la estética, los historicistas modelaron su estilo de narración a partir de las novelas de Goethe y Scott (Fulda, 1996). La política del estilo y la epistemología se entrelazaron, y los historicistas construyeron un argumento desde la vida: se esforzaron por reconstruir la “vida interior” y la “evidencia interna” de cada sujeto histórico y, por lo tanto, descartaron todo lo que consideraban un agregado artificial en el material. Esto terminó de liquidar a la historia comparativa de la Ilustración.²⁹

Para nuestros propósitos, es de suma importancia analizar cómo la Ilustración y los historiadores historicistas

27 Comparar con las excelentes reflexiones de Trüper (2014: 50) sobre los aspectos epistemológicos y ontológicos de la unidad de la historia, con los cuales estoy en deuda aquí.

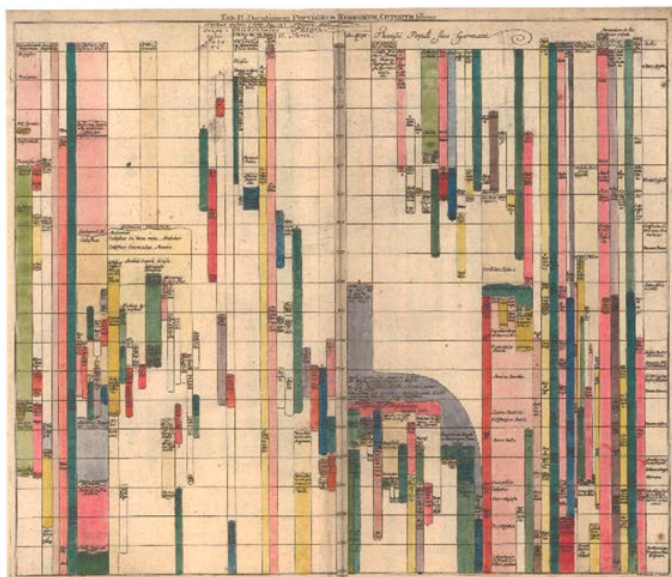
28 Véase el estudio pionero de Peter Hanns Reill (1975).

29 Véase Jürgen Osterhammel (2001a: 18).

trataron de comprender la totalidad de la historia. La comprensión espaciotemporal que los historiadores del siglo XIX lograron al atender al surgimiento de un “pasado global” (Manning, 2003) que parecía evidente los liberó de la obligación de explicar en detalle el proceso histórico mundial. La totalidad narrativa suplantó la totalidad de la cobertura historiográfica. Por el contrario, la escuela de Gotinga del siglo XVIII, con Johann C. Gatterer y August L. Schlözer como exponentes paradigmáticos, había buscado desesperadamente lograr esta totalidad de cobertura en aspectos temáticos, temporales y espaciales: proporcionaron archipiélagos remotos de “historias particulares” que debían sumarse a una historia sistemática del mundo (Subrahmanyam, 2005a: 36).³⁰ Gatterer produjo un género novedoso de tablas, que agregó a los tomos de sus historias universales, las llamadas “tablas sincrónicas”. Estas hojas de cálculo multicolores con columnas paralelas permitieron a los lectores comparar los momentos de desarrollo de diversos oficios, las instituciones sociales, técnicas de cultivo, el cálculo, las escrituras alfabéticas, el intercambio monetario o las leyes de incesto.³¹ Los enlaces cruzados que atravesaban columnas permitieron suponer “diagonales” de desarrollo cultural y político que atravesaban la cuadrícula. En tablas de este tipo, por ejemplo, se permitió a los lectores comprender cómo el punto de apoyo del poder mundial cambió de Oriente a Occidente.

30 Comprar con Giuseppe Ricuperati (1981: 7-90); Siegmund Jacob Baumgarten y Johann Salomo Semler (eds.) (1744-1766).

31 Véase Johann C. Gatterer (1769); Gatterer (1761: 140, 207-208, 258); Gatterer (1764: [2] 521). Comparar con Hermann Schadt (1982: 62); Arnd Brendecke (2001: 75-85). Schlözer observó que “Confucio y Anacreonte, Daniel y Tarquinio el Viejo, el mongol Tamerlán y la escandinava Margereth estaban enlazados, porque vivieron al mismo tiempo sin conocerse” (Blanke y Fleischer, 1990: [II] 679-680).



Ю.И. Давыдов: Попечитель, Записки. «Исторический» Словарь, 1769, таб. 2.

Figura 6.2.1. Johann Christoph Gatterer (1769): "Tab. II: Durationem Populorum, Regnorum, Civitatum sistens", repr. a partir de Gierl, *Geschichte als präzisierte Wissenschaft*, tabla i. La tabla se organiza en una secuencia de arriba hacia abajo: el eje de las y de la tabla muestra el tiempo transcurrido, el eje de las x presenta los distintos sistemas de pueblos. Los colores se usan para distinguir sus etapas de desarrollo y su interdependencia: los imperios dominantes están marcados en rojo, los sistemas rivales en distintos tonos de verde, los que se están por dominar se encuentran en amarillo, los conglomerados de pueblos tribales están registrados en azul, aquellos que se mantienen desconectados de la historial global se marcan en tonos de negro.³²

Schlözer, el colega de Gatterer, pionero del siglo XVIII de la historia rusa y escandinava en Gotinga, también reflexionó sobre la visión sinóptica necesaria para transformar un conjunto de historias particulares en una historia mundial: Schlözer había utilizado la teoría de

32 Una versión de esta tabla puede consultarse en: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/hith.10834>.

los afectos de Moses Mendelssohn cuando describió la operación cognitiva y sentimental que se requería para crear un todo histórico mundial a partir de elementos parcialmente no relacionados.³³ En una segunda tabla, también de Gatterer, se ejemplifica la combinación en la Ilustración de un tronco histórico universal con ramas históricas mundiales.

Tab. II. S. 37.

Keine Nationen, keine Königreiche.	I. Schöpfung J. d. W. 1.	Sündenfall J. d. W. 1. Künste *900 – 1000. Sündflut 1656.	I. Zeitalter der biblischen Noth- mittel: Tempus ἀσθλιον et μω- ραν.
Acht herrschende Nationen oder Systeme der Un- terwürfigkeit.	II. Ursprung der Nationen J. d. W. 1809.	Ägypter 1874. Perser 325. Macedonier 364. Römer 1111. Parther 381 und seit A. C. 226 Perser.	II. Zeitalter der biblischen und clas- sischen Geschicht- schreiber: Tempus μωδικόν et ἰσορ- κάν.
	III. Völkerwanderung Saec. V.	Teutsche und Slaven Saec. V. 622. Araber 622. Mogeln und Tataren 1188.	III. Zeitalter der Chroniken und Ur- kunden-schreiber.
Systeme der Bündnisse und Systeme der Unterwürfigkeit zugleich.	IV. Amerikens Entdeckung 1492.	Reformation 1517 und Triden- tin. Concilium 1545 – 1563. Europäisches Gleichgewicht Saec. XVI. und Westphäl- scher Friede 1648. Neue Philosophie Saec. XVII. XVIII.	IV. Zeitalter der Sammler, Criti- ker, Heiliger, und Pragmatisten.

Figura 6.2.2. Johann Christoph Gatterer, Einleitung in die synchronistische Universalhistorie, zur Erläuterung seiner *synchronistischen Tabellen*, "Synchronistische Uebersicht der ganzen Historie": Tl. 2,3, repr. a partir de Gierl, *Geschichte als präzisierte Wissenschaft*,³³.

33 Schlözer admitió que lo que todavía faltaba para poder transformar el conjunto en un sistema de historia mundial era el punto de vista "general" o "universal" (*allgemeiner Blick*) (Schlözer, 1775: 19-23).

La creación y el diluvio organizaban la historia más temprana, y la cronología seguía esta línea de tiempo: “J. d. W.” representa el año del mundo; con el nacimiento de Cristo, Gatterer cambiaba a A. D., la periodización de la era común. Distinguía entre la era del origen de las naciones, la época de la migración de los pueblos y la era moderna que comienza en 1492; cada una de estas edades está marcada por rasgos distintivos, por ejemplo, las Cruzadas, la Híjrah de Mahoma y la invención de la imprenta. Las celdas tabulares de épocas anteriores aún acomodan declaraciones que son generalizables para toda la historia mundial o encapsulan los vínculos sincrónicos (por ejemplo, en el islam y el papado, o en la conquista de Constantinopla y la invención de la impresión que conspiró para despertar el renacimiento de las ciencias previamente atrapado en “circularidad”). Sin embargo, desde 1492, Europa hace historia mundial: el descubrimiento de las Américas, la Reforma y el advenimiento de una “nueva” filosofía baconiana-newtoniana son los distintivos de esta época. Esto también se refleja en la cuarta columna, que enumera tipos específicos de reflexión historiográfica para cada época. Mientras que la Edad Media todavía está marcada por “cronistas y analistas”, la historiografía moderna es la era de los “coleccionistas, críticos, esteticistas y pragmáticos”, como el mismo Gatterer, que entendían la historia mundial como el conocimiento de las causas: las causas del ascenso de Occidente, aunque con plena conciencia de las vías y catalizadores no occidentales. Una vez que una historia coherente para el planeta resurgió (“ahora”, dice Schlözer al discutir la era de los descubrimientos, “los cuatro continentes entran en una relación desconocida desde los días de la Creación”) (Schlözer, 1775: 77),³⁴ el esfuerzo de sincronización ya no era necesario:

34 Véase Helmut Zedelmaier (2012: 192).

ahora la historia misma estaba unificada como un pasado relevante y conectado, y la historiografía podía estructurar cómodamente sus inquietudes y preguntas en torno a este núcleo.

Los historicistas heredaron la visión histórica mundial de la Ilustración, pero la modificaron sustancialmente. Criticaron mordazmente los dispositivos creados por la Ilustración para organizar la historia mundial. En 1825, Leopold von Ranke, a quien habían recién nombrado profesor en Berlín, se burló de las herramientas de sus predecesores. Para Ranke, todas las historias mundiales de la Ilustración eran una “cajonera” en la que se reunían fragmentos aleatorios, una práctica sin valor en sí misma (Schulin, 1958: apéndice; von Ranke, 1825: 311). La metáfora de Ranke asimilaba la cajonera con el “cuerpo vivo del tiempo” (Floto, 1856: 9)³⁵ que el verdadero historiador debía recuperar. En las conferencias pronunciadas en octubre de 1825, Ranke recordó a sus oyentes que:

solo es beneficioso comparar el desarrollo de diferentes pueblos si su vida está conectada (*zusammenhängt*), como ocurre en los tiempos recientes; en los que este no es el caso, como en la historia antigua, uno rompe el hilo que mantiene unidas las partes de la historia de una sola nación y acumula un fragmento tras otro.
(Schulin, 1958: 311)

El ascenso de Europa creó un pasado global al conectar áreas del planeta previamente separadas y autónomas. Al tratar con las épocas que precedieron a la era moderna, los historiadores de la Ilustración trataron de alinear las diferentes historias y estudiaron las superposiciones e

35 Comparar con. Johan D. Braw (2010: 34).

intersecciones entre ellas. Los historicistas cada vez más consideraban estas tribulaciones como superfluas. Su política de aislar un pasado relevante estaba indisolublemente ligada al nuevo género narrativo y a un nuevo conjunto de virtudes epistémicas: lo universal debía expresarse a través de lo particular.³⁶ El estándar profesional de dominio de las fuentes, su dependencia de las habilidades filológicas y del archivo, hizo imposible apreciar, y mucho menos determinar, la calidad del material etnográfico e historiográfico no europeo (Eskildsen, 2008: 425-453). Esto se aplicaba a las “periferias”, tanto dentro como fuera de Europa, e hizo que esta última se redujera a su parte occidental y su lado centro-occidental (Lemberg, 1985, 48-91). Los historicistas descartaron los problemas epistemológicos que habían atormentado a los historiadores de la Ilustración cuando escribieron sus historias mundiales. Lo hicieron suspendiendo el vínculo que había existido previamente entre la totalidad y la unidad de la historia. Esta ruptura fue posible gracias al principio de vida que gobernaba la construcción de la secuencia histórica y al nuevo conjunto de virtudes epistémicas a las que los historicistas se suscribieron. Las regiones del mundo que anteriormente habían permanecido distantes entraron en la narrativa en el momento en que entraron en la historia mundial (von Ranke, 1975: 99).³⁷ Europa fue el árbitro clave y el sitio de contacto: para estas regiones, la única forma de participar en la historia mundial era a través de la conquista o el comercio europeo;³⁸

36 Véase Frederick Beiser (2014: 139).

37 “Se debe considerar a las naciones sin ninguna otra conexión más que a través de la relación misma por la que aparecen consecutivamente, por la que se influyen mutuamente y por la que juntas forman un todo vivo (*Gesamtheit*)” (von Ranke, 1881: vi). Comparar con Ulrich Muhlack (2010: 164); el agente activo merece prioridad por sobre su contraparte pasiva y receptiva.

38 Lo reveló Ranke al describir a los historiadores como *conquistadores*, navegantes y exploradores (“Columbus”, “Captain Cook”); Bonnie G. Smith (1995: 1150-1176); Leopold von Ranke (1949: 123,

otros cruces parecían inexistentes. Esta sincronización del curso de los acontecimientos convirtió el pasado que tenían estas zonas antes de que se convirtieran en parte de la historia mundial en preludios insignificantes, prehistorias.

La totalidad de la historia decayó cuando el proceso histórico mundial dotó a la historia de unidad e inteligibilidad. El resultado de este realineamiento fue una doble contracción: la historia disminuyó y se convirtió en pasado relevante, filtrado a través de las fuentes de Europa occidental, pero esta limitación se extendió también a eras anteriores. La historia europea fue vista como una continuación de la antigüedad grecorromana y fue esta última la que, en palabras de Kant, tuvo que “certificar” y “autenticar” las tradiciones de todas las culturas antiguas cercanas.³⁹ En un movimiento similar, Ranke comentó que hasta ahora se había prestado una atención excesiva a las etnografías del mundo, mientras que el corazón de Europa se había explorado menos. Ranke reubicó el campo de la actividad etnográfica del mundo en general al “mundo semihundido y, sin embargo, tan cercano” del pasado europeo, que merecía profunda atención y estudio: “Perseguimos pistas inciertas hasta los lejanos desiertos de Libia; ¿no debería la vida de nuestros antepasados merecer un esfuerzo similar en nuestro propio país?” (von Ranke, 1824: 181).

La inteligibilidad de la historia mundial que permitió el proceso de su integración liberó a la historiografía de

126). Ranke también presentó su trabajo con archivos en términos de cortejo, virginidad y desfloración, además de que asemejó a los documentos con princesas a quienes había que liberar de hechiceros o dragones que expulsan fuego; véase, por ejemplo, Leopold von Ranke y Ferdinand Ranke, 11.11.1836, (Herzfeld: 1949: 230).

39 Véase el intrigante argumento de Kant acerca de que “la historia griega es una que cada historia antigua o contemporánea tiene de legado o a través de la cual tiene que estar certificada” y su explicación en la nota al pie sobre el continuo “público aprendido” que autentifica la historia; Immanuel Kant (1957: 24).

la obligación de abarcar el *nexus rerum universalis* de la Ilustración y le permitió profundizar en el pasado inmediato.⁴⁰ Esta renuncia al “nexo universal” también condujo a una clara separación entre la historia europea y no europea, a un reencantamiento y una reexotización de este último (Osterhammel, 2013) en su presentación historiográfica. Schlözer había abogado por una técnica que presentara similitudes: las costumbres e instituciones asiáticas debían parecerse a sus contrapartes europeas (Schlözer, 1797: viii-ix). Para Ranke, en cambio, la historiografía tenía que ver con “colores” individuales y especificidades irreducibles. Para hacer inteligible el pasado, los historiadores debían estudiar las conexiones entre pueblos que crecieron interrelacionados, pero no producir semejanzas artificiales (Schulin, 1958: 129).⁴¹ Este proceso fue parte de la primera de las reducciones mencionadas, la reparticularización que hizo que el pasado europeo, con continuidad certificada desde la antigüedad grecorromana, actuara como filtro de verificación para toda la historia. La segunda reducción se refería al sistema de disciplinas. La afirmación de la historia como disciplina guía para la cultura y la sociedad implicaba una filologización del conocimiento. La antropología (Stocking, 1982: 146)⁴² y la geografía humana humboldtiana (Nicolson, 1987: 167-194, 170; Osterhammel, 1999: 105-131) se excluyeron lentamente de la historia, y sus métodos se canalizaron hacia campos subordinados como la filología bíblica o la arqueología oriental que se dirigían cada vez más a pequeño número de académicos

40 Véase Hans Erich Bödeker (1997: 247-279).

41 Ranke le reprochó a August Wilhelm Schlegel que tradujera a los Kṣatriya, la casta guerrera de la Bhagavad-gītā, como *milites*, porque Schlegel despojaba así al fenómeno de su “color” y lo trasladaba al reino de la imaginación europea.

42 Acerca del cambio dentro de la antropología en la década de 1850 que desenfanzó la unidad y le otorgó el primer lugar a los “orígenes” de las civilizaciones como el principal objeto de estudio.

especializados (Anónimo, 1836: 289-314; Scheiner, 1836: . 314-331). Con la especialización llegaron las críticas a la omnisciencia europea.

El proceso histórico-mundial también remodeló la relación entre la historia y la naturaleza: espacializó la unidad de la historia mientras desarmaba aún más la unidad de la naturaleza. La legitimidad de la primera hizo que la de la segunda fuera prescindible. El dominio de las características y regularidades “naturales” se compartimentó y se dividió en un plan predeterminado de la naturaleza que impregnaba a la historia y en registros separados de “estados naturales”. Hasta entrado el siglo XVIII, estos estados naturales habían suministrado las escalas universales para la “historia natural de la humanidad”; ahora venían a conformar un registro especial para los pueblos “bárbaros” y “salvajes” que carecían de civilización. La historia y la naturaleza habían estado inextricablemente entrelazadas, pero la nueva distinción implicaba que algunos pueblos tenían historia mientras otros permanecían prisioneros de la naturaleza (Pocock, 2005: 189-190). La jurisprudencia natural se desplomó en la cultura jurídica europea, pero el “estado de naturaleza” y la “religión natural” sobrevivieron a su desaparición;⁴³ quedaron relegados al interés secundario de la antropología y la historia de las sociedades salvajes. Lo mismo se aplica para el tiempo natural o “cíclico”, que servía anteriormente para identificar patrones recurrentes a lo largo del tiempo en todas las culturas del mundo. Con Europa fuera de ese modelo, se orientó a describir la estructura temporal repetitiva de los pueblos bárbaros, los “pueblos sin historia”.⁴⁴ La historia

43 Véase Anton Anwander (1932).

44 Véase Leopold von Ranke (1973: 46). Comparar con Jürgen Osterhammel (2000: 265-287); Garry W. Trompf (1979); Luciano Canfora (1971: 653-670).

del dominio de la naturaleza reemplazó gradualmente al estudio de la naturaleza como parte de la historia.⁴⁵

Con esto hemos distinguido una de las dos funciones de la naturaleza en el proceso histórico mundial. El otro, igualmente importante, surgió de las “historias naturales de la humanidad” de la Ilustración: la predeterminación por el plan de la naturaleza. Este plan se extendía a la totalidad de la raza humana; proporcionaba una jerarquía tangible de progreso y la ubicaba dentro de la historia misma ya que situaba la culminación de este proceso en un futuro remoto. Este plan de la naturaleza se tradujo de formas diferentes; entre las más relevantes para la historiografía mundial están la mano invisible de Smith, la insociable sociabilidad de Kant, la astucia de la razón de Hegel y la historia de la lucha de clases de Marx.

Todos estos conceptos tenían importantes corolarios para la historia mundial: Smith proyectó la redistribución de la riqueza a través de un sistema natural de justicia distributiva, pero al mismo tiempo criticó las relaciones de explotación que se establecieron entre las sociedades comerciales y las precomerciales.⁴⁶ La “fe moral” de Kant en el plan de la naturaleza se demandaba a todos los humanos; salvó la grieta conceptual entre el inteligible y el yo empírico y convivió con dificultad con la visión de Kant sobre una liga de naciones mundial y republicana (*foedus amphyctionum*). Aunque Kant argumentó que solo la humanidad en su totalidad podía realizar el “plan de la naturaleza” (*Naturabsicht*), simultáneamente asumió que el continente europeo, parado en la cúspide del refinamiento, daría sus leyes a las otras zonas de la tierra (Kant, 1957: 24; Lomonaco, 1997: 107; Kittsteiner, 1998: 43-72). La “astucia de la razón” de Hegel coordinaba

45 Este es el tema central en la obra de Nathaniel Wolloch (2011).

46 Véase Adam Smith (1976: IV.vii.c.80; 627; IV.iii.c.9; 49); Sankar Muthu (2008: 185-212).

el proceso de la historia mundial, pero no se trataba simplemente de una teleología montada sobre especificidades individuales: Hegel hizo hincapié en el “reconocimiento”, que consideró basado en las instituciones sociales que mediaban entre la libertad y la necesidad. Hegel y sus seguidores afirmaron haber superado así el problema kantiano de cómo conciliar el egoísmo y la moralidad autotélica con la naturaleza determinista, al introducir allí el concepto de “alienación” (Pippin, 2008: 229-230). La formulación encontrada por los hegelianos puso en el centro la dimensión cultural y económica de las instituciones que permitieron el reconocimiento y produjeron alienación. En consecuencia, quedaba planteada la cuestión de las precondiciones locales específicas de la autorrealización general del “espíritu mundial” (*Weltgeist*). Karl Marx acusó a Hegel de no poder explicar por qué una forma empírica específica se convirtió luego en el receptáculo del “espíritu”. Lo que Hegel ofrecía era, por lo tanto, una mera “alegoría de la historia” (Marx, 1976: 241; Sartori, 2014: 197-212). Marx creía que había encontrado en la acumulación originaria y la propiedad privada de los medios de producción, en la distribución, valor de cambio, consumo y mercantilización, segmentos que pertenecían a la “totalidad” de un proceso general (Gesamt-Prozeß) globalizador (Marx, 1983: 47). El advenimiento de la sociedad burguesa unificó la historia planetaria de una manera que era estructuralmente análoga al proceso histórico mundial ideado por los historicistas, pero difería de este último en un aspecto destacado: Marx pudo explicar por qué usó a la sociedad burguesa como la principal matriz de análisis histórico. La sociedad burguesa contenía sedimentos de todas las formas previas de organización social. Pero contrariamente a los moldes de historia mundial del historicismo, con su presunción narrativa incorporada y sus geografías morales de superioridad civilizatoria, esta

no suprimió la conciencia de las circunstancias que rigen su existencia. La sociedad burguesa proporcionó a Marx un marco de explicación que al mismo tiempo le permitió historizar sus orígenes y condiciones de predominio (Marx y Engels, 1970: 57). “La historia mundial”, señaló Marx, “no siempre ha existido; la historia como historia mundial [es] un resultado” (Marx, 1973: 21); de esto se deduce que:

esta transformación de la historia en historia mundial no es un mero acto abstracto por parte de la ‘autoconciencia’, el espíritu mundial o de cualquier espectro metafísico, sino un acto profundamente material, empíricamente verificable, un acto que está demostrado por cada ser humano individual mientras se mueve y se para, come, bebe y viste en sí mismo. (Marx y Engels, 1970: 58)⁴⁷

La unidad de la historia postulada en los diferentes planos expuestos aquí liberó a los historiadores del deber de cubrir y explicar la historia mundial en su totalidad, al tiempo que garantizaba la inteligibilidad de su trayectoria básica de desarrollo. La elaboración del proceso histórico-mundial del siglo XIX legó tres elementos clave a las historias globales y mundiales del siglo XX.

1. La unidad de la historia se convirtió en la estructura causal de una secuencia de eventos integrados a través de la conexión espacial, una secuencia que creó un “pasado global” relevante. Al mismo tiempo, esta interrelación proporcionó su significado a la secuencia causal en el espacio planetario. La aparición de un

⁴⁷ Traducción modificada. [Nota de traductores: En castellano, en Marx, K y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Grijalbo y Pueblos Unidos, p. 50].

“pasado global” hizo posible su estudio y afirmación conceptual.

2. La irreversibilidad progresiva de este proceso recibió elogios y rechazos por razones morales, pero sus propiedades fácticas eran incontrovertibles. La calidad conceptual del proceso era homeostática en el sentido de que la recombinación secuencial de sus elementos garantizaba invariablemente su continuación estable.⁴⁸
3. La formulación del proceso histórico mundial implicó un movimiento a gran escala de la comparación a la correlación y la convergencia: la expansión de la historia mundial consistió en una explicación de cómo los agentes activos de “cambio” llegaron a incidir en regiones consideradas como pasivas o solo receptivas,⁴⁹ lo que las liberó de sus “salas de espera de la historia”.⁵⁰

El proceso hizo inteligible la historia mundial, pero paradójicamente también liberó a los historiadores de tener que escribirla (Bödeker, 2006: 135-170; Fillafer y Osterhammel, 2011: 119-143). Aunque la historia mundial se actualizó en el siglo XX, esto no implica que se dismantelaran sus supuestos rectores. La última parte del artículo está dedicada a la

48 El proceso histórico-mundial reproduce las condiciones de su continuación y da lugar a los patrones distributivos básicos que permiten su continuación a pesar del reemplazo de agentes anteriores. Véase Niklas Luhmann (1981: 178-194).

49 La analogía entre la concepción historicista de la búsqueda del historiador y la conceptualización de los sujetos de acción histórica no es fortuita; ver la nota al pie 38. En términos de exposición, dio paso al formato que describí antes: los historiadores desarrollaron un diseño de narrativa de “tiempo real”, que introdujo cada zona o nación previamente autocontenida en el momento en el que se descubrió y de ese modo se volvió parte de la historia mundial; ver la nota 37.

50 Véase Dipesh Chakrabarty (2000: 8); Chakrabarty (1989: 225-226); Chakrabarty (1993: 1096).

persistencia de las características estructurales del proceso histórico mundial en la historia global actual.

6.3. *Reductio ad unum*? La promesa interpretativa de la historial global

En esta sección final, trato de resaltar en qué sentido la historia global sigue basada conceptualmente en el proceso histórico mundial cuya fabricación he esbozado hasta ahora. Mi investigación de la búsqueda en la modernidad temprana y modernidad de la “unidad de la historia” desnuda un conjunto de epistemes tácitos que aún continúan informando la práctica de la historia global. Esta interrogación crítica vale la pena ya que la historia global representa actualmente una especie de panacea cuyo atractivo consiste también en la misma intangibilidad de su promesa interpretativa. Se repite hasta la náusea que la “nación” es una construcción artificial que se convirtió en una unidad natural de organización social autovalidada, como consecuencia de los arduos esfuerzos de sus protagonistas del siglo XIX. Sin embargo, las condiciones bajo las cuales se instaló lo “global” como una prometedor alternativa heurística a las formas existentes de escribir la historia sigue siendo poco estudiada.

Hasta ahora mi artículo estableció qué es en realidad lo “global” en la historia global: lo “global” constituye un sesgo de selección implícito a favor de un mundo cada vez más interconectado cuyos pasados se integraron para formar un único proceso histórico.⁵¹ La historia global es uno de los productos del proceso de interrelación global que lo investiga y sustenta conceptualmente. Surge en

51 Véase el comentario programático de Fernand Braudel citado en Jürgen Osterhammel (2014: xix-xx).

una frontera entre la vieja historia imperial y marítima, por un lado, y las recientes demandas, tanto heurísticas como políticas, que los historiadores han enfrentado, por el otro. La historia global promete un “pasado trabajable” que puede permitir a sus practicantes aliviar los problemas de la disciplina en cuatro aspectos: habilita a los historiadores a responder a las cambiantes relaciones de poder en un orden mundial multipolar (Held, McGew, Goldblatt y Perraton, 1990) y les permite dirigirse a un público académico cada vez más diverso (Novick, 1988: 469-521; Appleby, Hunt y Jacob, 1994: 4-6, 283). Por las mismas razones, permite a los historiadores defender la relevancia de la historiografía académica entre la democratización y la privatización de la relación de los ciudadanos con el pasado en sociedades pluriculturales (Ankersmit, 2001: 154).⁵² Por último, permite mitigar o superar la “fragmentación” de la disciplina en diferentes campos de investigación que rara vez se conectan (Novick, 1988: 522-629).

Mi artículo ha historizado el molde de un mundo conectado, cada vez más “globalizado”. Si adoptamos esta perspectiva, la historia global puede considerarse como una forma distinta de “creación de mundo” en los términos de Nelson Goodman y Duncan Bell: como una práctica cognitiva conformada por un conjunto de presunciones evaluativas que abarcan la universalidad de un “mundo” dado (Bell, 2013: 254-257; Goodman, 1979). Los procesos de este tipo siempre se apropian mundos al realizarse. Los creadores de mundo introducen epistemológica y políticamente su modelo elegido a expensas de otras visiones colaterales

52 Ankersmit conecta este argumento sobre “privatización” con el final de los conceptos de nación y clase empleados en la historiografía nacionalista, liberal y social que nos deja “cara a cara con nuestro propio pasado, como si confrontáramos a un alter ego anterior y alienado” (Ankersmit, 2001: 155).

del mundo. Pero lo “global”, como Shruti Kapila afirmó en una línea similar, no es un “terreno plantable” (Kapila, 2014: 253-274, 260) neutral para el movimiento de ideas, bienes y personas; no puede actuar como un concepto inocente que significa “no (o no solo) occidental” (Bell, 2013: 256). En las secciones anteriores de mi artículo, he tratado de proporcionar una descripción de las condiciones que generaron la idea de que el mundo posee una historia y que hizo posible y deseable escribirla. La historia mundial del siglo XVIII respondió a los desafíos planteados a un molde unitario de la historia diseñado desde los siglos XVI y XVII. Los historiadores mundiales de la Ilustración salvaron la unidad de la historia al proyectar la secuencia temporal causal en el mundo, al hacer que la creciente interrelación geográfica y material sea el tema y la trayectoria subrepticia detrás de la historia mundial.

Se consideró que la conquista, el comercio y la cultura europeos reunieron zonas previamente disociadas del planeta y las colocaron en el centro de la historia mundial. De este modo, surgió un relato distorsionado que borró las unidades espaciotemporales que no se ajustaban a este emplazamiento histórico mundial; viejas relaciones y puntos en común metarregionales que vinculaban a las sociedades europeas con Asia y África cayeron en el olvido (Fletcher, 1985: 37-57). Los historiadores de la Ilustración continuaron buscando la cobertura de la historia en su totalidad. Por lo general, continuaron aferrándose a la idea de la unidad de la humanidad como prerrequisito básico para escribir la historia mundial; los estudiosos de la Ilustración utilizaron sus tablas sincrónicas como una herramienta comparativa para comprender la totalidad de la historia. Con la elaboración historicista del proceso histórico mundial en el siglo XIX, la totalidad de una secuencia narrativa reemplazó la totalidad de la historia. Esta última, según los

historicistas, proporcionó un formato en tiempo real, que incorporaba a cada nación, antes liberadas de las cargas de la historia mundial, en el momento de su ingreso en la corriente del desarrollo global. La “cultura” estaba ahora aliada con la historicidad, mientras que la naturaleza quedaba para los “pueblos sin historia”. Al mismo tiempo, el proceso histórico mundial implicaba la proyección de un “plan de la naturaleza” predeterminado. Este plan, concebido como una realización continua del objetivo de la naturaleza para la humanidad, naturalizó el proceso histórico mundial de una gradual integración “global”.

Los recursos conceptuales de los historiadores globales parecen provisorios y poco sistemáticos, pero existen un conjunto de suposiciones sólidas y técnicas de elaboración que conforman sus prácticas. Lo “global” y las formas en que sus historiadores intentan explicarlo llevan la impronta del proceso histórico mundial y de la naturalización de la interrelación del planeta. Una mirada atenta al léxico empleado por los historiadores globales corrobora esta observación. Allí proliferan las metáforas evasivas e imprecisas, las “redes mundiales”⁵³ envuelven el planeta, se mencionan también “flujos” (Rockefeller, 2011: 557-578) y “circulación” de metales, conceptos lubricantes que son subproductos de la modernidad monetizada y capitalista cuya expansión en el mundo ellos estudian.⁵⁴ Agustín Sedgewick ha destacado recientemente que hablar de “flujos” es “funcional al proyecto capitalista de naturalizar y legitimar” la producción

53 Véase, por ejemplo, Sven Beckert (2004: 1405-1438).

54 El flujo “derrotó al concepto rival de movimiento y cambio, trabajo el cual significa tanto labor como, en un sentido técnico, la energía requerida para mover o transformar materia en el espacio, fuerza por distancia, porque permitió que la disciplina emergente de la economía, particularmente el modo universal de análisis que se convirtió en la economía neoclásica evadiera la contingencia implícita en el concepto social y contextual de trabajo” (Sedgewick, 2014: 143). Comparar con Ian Hesketh, (2014: 171-202).

de productos básicos y el consumo como marco para el movimiento de personas y cosas (Sedgewick, 2014: 165), y que el uso actual de la “circulación” es igualmente engañoso: continúa denotando propiedades conceptuales marcadamente difusas (Raj, 2013: 337-347). Las metáforas como estas pueden descartarse como livianas e improvisadas, pero sería engañoso menospreciar su importancia (Blumenberg, 2010:5). Son autónomas y fáciles de usar; absuelven al historiador de la delicada tarea de reponer restricciones estructurales, fricciones y bloqueos. Por inofensivos que puedan parecer estos conceptos en discusión, traicionan un conjunto de suposiciones muy reales y robustas acerca de que el mundo tiene un “pasado global”, lo que hace que todas sus historias sean “sub”, “semi” o “panglobales” (Belich, Darwin y Wickham, 2016: 3).

Muchos historiadores globales muestran una preferencia por tratar a Europa y el Atlántico Norte como punto soporte, *locus* y sitio de transferencia. Frente a la omnívora y anhelada conexión,⁵⁵ las caídas, los retrocesos y las zonas en declive siguen siendo muy poco estudiadas y teorizadas.⁵⁶ Esto es porque gran parte de las historias globales reiteran la unificación de un “pasado global” conectado a través de los imperativos comerciales, militares y culturales occidentales.⁵⁷ De ahí surge la pregunta de si la historia global no es finalmente un producto aquello mismo que investiga con el pretendido fin de desarrollar alternativas que desafíen la “globalización”.⁵⁸

55 Ver los comentarios críticos de Ghobrial (2014: 58).

56 Véase, por ejemplo, Jürgen Osterhammel (2012: 143-148); Jan C. Jansen (2014: 289-314); Jan C. Jansen y Jürgen Osterhammel (2013).

57 Véase David A. Bell (2013).

58 Esto es válido para la mayor parte de las teorías de lo “global”, las cuales se enfocan en las reevaluaciones de la modernización que vuelven a describir los “intercambios” como procesos de homogeneización y convergencia (Bayly, 2004), del “capital virtual” y la desterritorialización

¿Qué implica esta pregunta para la identidad y la epistemología de la historia global? Los historiadores globales defienden la novedad y el valor heurístico de lo que hacen rechazando la historia nacional. Sin embargo, no está claro que la historia nacional haya estado tan vinculada con la formación y el destino de la “nación” como la historia global lo está con la “globalidad”, es decir: con los orígenes y la consolidación de un mundo conectado. La dimensión espacial del mundo, aparentemente neutral, permanece vinculada con una definición de la emergente “globalidad” como una robusta “entidad de primer orden” (Ricoeur, 1990: 181). Una entidad posiblemente más robusta que otros regímenes afines que organizan el objeto de sus campos con referentes más flexibles, como lo “social” en la historia social (Hunt, 2014: 6-7) o la “ciencia” de la historia de la ciencia.

La conectividad planetaria subyace en los marcos básicos de la historia global, como queda claro en un agudo ensayo de Jürgen Osterhammel que enumera seis ideas usadas por los historiadores globales: expansión, circulación, integración a través de redes (*Vernetzung*), comprensión (*Verdichtung*, con iluminantes reflexiones sobre los significados gemelos, no necesariamente correlacionados, de “globalización” como expansión e intensificación), estandarización/universalización y asimetría de poder (Osterhammel, 2015: 5-16). Es útil reevaluar estas figuras de pensamiento desde la perspectiva de la unidad de la historia realizada y reformateada en forma de creciente interconexión planetaria y vincularlas con la observación que hice anteriormente sobre la configuración esencialmente homeostática de este sistema de conectividad. De este modo, surge un esquema alternativo a la lista de verificación de seis

(Appadurai, 1996) o de la supremacía económica de Occidente que a la vez resulta en el aumento de la diversificación cultural (Dirlik, 2009).

puntos de Osterhammel, un esquema que abarca dos posibilidades para la entrada en la historia globalizada, “coproducción” y “coemergencia”.

A primera vista, ambos esquemas parecen desafiar a los modelos predominantes de difusión,⁵⁹ goteo hacia abajo y contagio. Pero una mirada atenta revela que subyace el mismo marco totalizador que en los modelos difusionistas. La “coproducción” se basa en la “coautoría” global de los universales (por ejemplo, de los derechos humanos). Samuel Moyn ha llamado a la lógica subyacente que informa este argumento una de “universales truncados”.⁶⁰ Pensemos en reclamos normativos de los derechos humanos que pretenden abarcar todo pero que, de hecho, son excluyentes, ya que abordan y dan derecho solo a una pequeña parte de la humanidad. Moyn observa que el modelo de “universales truncados” permite a los historiadores proyectar una reelaboración “global” de estas afirmaciones: la importancia asignada a los orígenes de estos universales disminuye lentamente y su apropiación por subalternos previamente excluidos los hace aproximarse a la verdadera universalidad. El “desmantelamiento” figura aquí como un medio para realizar o “redimir” la universalidad antes imperfecta.⁶¹ El lenguaje de la coproducción global de instituciones, innovaciones y formas culturales que antes se consideraban exclusivamente occidentales, genera una ilusión distributiva, ya que promete dar a grupos antes marginados su participación en una historia mundial europeizada. La figura de evolución paralela o coemergencia (por ejemplo, de “renacimientos”,⁶² “racionalidades” (Sachsenmaier, Riedel y Eisenstadt, 2002),

59 Véase, por ejemplo, David Armitage (2008).

60 Véase Tim Rowse (2015: 579-603).

61 Véase, por ejemplo, Jack Goody (2007).

62 Véase el excelente estudio de Benjamin E. Elman (2005).

“modernidades” (Dixin y Chengming, 2000; Pomeranz, 2000), precondiciones del capitalismo) es menos relacional, pero también presupone una eventual convergencia de las unidades morfológicas coemergentes, o al menos la posibilidad y la probabilidad de este eventual resultado. El descubrimiento de la potencialidad de la convergencia entre los elementos seleccionados actúa como un sustituto de su relación histórica real.

La trayectoria alternativa a la coproducción y la coemergencia global beneficiosas, la “resistencia” a la creciente interconexión, se conceptualiza en términos de conjuntos de reacciones que inciden en unidades “locales” o “regionales”. Aunque se presume que muestra condiciones de entropía bajo inversión de tiempo (es decir: una asimetría cualitativa de causa y efecto), el argumento se formula con frecuencia en términos de “acciones” y “reacciones” proporcionales.⁶³ Es útil recordar que los defensores de la igualdad y la autoafirmación posimperiales en todo el mundo ya se habían involucrado críticamente con esta presunción a principios del siglo XX, cuando presentaron argumentos devastadores contra el lenguaje de la “coproducción” y la “coemergencia”.⁶⁴

El subgénero “comparaciones resistentes” desarrolladas por autores indios, centroeuropeos, latinoamericanos y otomanos en ese momento comprendía tres modelos: la réplica del modelo de *translatio imperii*, por ejemplo, en las historias otomanas tardías que comparaban la renovación turca del mundo islámico con el rol que los francos habían jugado en el imperio romano;⁶⁵ en modos de “protocronismo” que antecedieron los logros “occidentales” para alojarlos en puntos

63 Véase Stephan Berry (2011: 167).

64 Véase, por ejemplo, Brajendranath Seal (1899: i, iii, iv, v); comparar con Manu Goswami (2012: 1467).

65 Véase Michael Ursinus (1989: 74-75).

de origen rivales,⁶⁶ así como la construcción que intelectuales indios y centroeuropeos hicieron de futuros de soberanía abiertos según los ejemplos de cada uno.⁶⁷ Este nuevo tipo de emulación intermarginal reemplazaría el mimetismo de Occidente y cambiaría el centro de gravedad de la política mundial hacia los imperativos éticos del igualitarismo.

Lo que ambos modelos de coproducción y coemergencia tienen en común es que presuponen la “globalidad” como referente principal; asumen la “identidad continua en el objeto del cambio” (Danto, 1968: 248), el “pasado global” unitario. Esto me lleva a la estructura homeostática de este “pasado global” mencionado anteriormente. En su *Historia de la civilización en Inglaterra*, Henry Buckle observó la interacción equilibrada de los coeficientes, factores que, vistos desde la perspectiva de la historia nacional, parecen “perturbar” el desarrollo natural y regular, pero se “equilibran” entre sí en la historia mundial (Buckle, 1873: [I] 231). De hecho, tanto la coproducción como la coemergencia son homeostáticas en dos sentidos: primero, porque su configuración esencialmente balanceada hace que sus factores de interacción equilibren y estabilicen el todo;⁶⁸ segundo, porque solo permiten conceptualizar la disidencia, el conflicto y la discontinuidad a través de la anticipación teórica desde dentro del esquema preexistente (Arni, 2015: 1391, 1406).

Este problema se agudiza aún más si se vincula la práctica de la historia global con cuestiones más amplias del método historiográfico. Se puede decir que la historia global incide

66 Acerca del protocronismo, véase Maciej Janowski (2001-2002: 199-232); I. Amelung *et al.* (eds.) (2003); Wang Hui (2006: 167-180); Christopher S. Goto-Jones (2005: 27).

67 Véase S. [= Pavel Josef Šafařík?] (1845: [75] 303-304; [76] 307; [78] 315; [79] 319; [81] 327; [82] 331-332); Géza Staud, (1999: 51-52, 128); Benoy Kumar Sarkar (1937).

68 Véase Simona Cerutti, (1991: 1442). Cerutti también observa que los modelos homeostáticos anteriores del funcionalismo estructural cayeron en desprestigio y los reemplazó el tropo principal de la “circulación”.

en tres tipos de relación: en el vínculo entre la unidad y la totalidad de la historia, entre las partes y el todo y, también, entre lo particular (“local”) y lo universal (“general”).

Muchos historiadores globales reiteran la solución del siglo XIX para el problema de la exhaustividad y la completitud en la cobertura del pasado del planeta: la unidad de la historia consistente en su interconexión hace que la comprensión de su totalidad sea superflua. Para evaluar la procedencia de este modelo es útil pensar nuevamente en la importancia del espacio. Como explicamos antes, el proceso histórico mundial implicó un doble cambio de la curiosidad a la conectividad, y de la comparación entre épocas a la unidad epocal. En este sentido, la “secularización” denotaba el reemplazo de la predestinación divina con una unificación del interior del planeta como la característica clave de una época moderna consciente de sí misma cuya legitimidad dependía de una fuerte ruptura con lo premoderno. Una de las principales articulaciones de esta autoafirmación secularizada fue la espacialización de la unidad de la historia.⁶⁹ Es precisamente este modelo de conectividad planetaria al que muchos historiadores globales recurren, al desarticular el de creación del mundo, que había evolucionado desde el siglo XVIII, y lo convirtieron en un mirador conceptual universal.⁷⁰

Los historiadores globales sustituyen así la mediación entre las partes y el todo en historia por un vocabulario que subraya la espacialidad. Su énfasis en los “patrones mapeables de segregación” tiende a eludir las complejas texturas de las temporalidades y corre el riesgo de ocluir las “jerarquías

69 El vínculo entre secularización y espacialización permanece como uno mal concebido, pero véase Hans Blumenberg (1983: 40, 44, 65, 138, 173) y el brillante pensamiento de Walter Benjamin sobre la “secularización del tiempo en el espacio” (Benjamin, 1982: [I] 590). Paul Ricoeur (2004: 301-304).

70 Véase Heinz Gollwitzer, (1972: 56-65, 313-425); Henri Lefebvre (1991: 31-33, 38, 111).

sociales de subordinación” (Osterhammel, 2016: 23-43, 40).⁷¹ Esta configuración de espacialización se basa en dos tipos de interrelación: el “encuentro” y la permeación parecida a un ángel que conectan una serie de contextos hasta ahora separados. Esta configuración espacializada se basa en dos tipos de interrelación: el “encuentro” y el estilo de filtración que conectan una serie de contextos antes separados. Los historiadores que usan este marco enfatizan el trabajo clave de los “agentes mediadores”⁷² y la potencia de la “circulación” personificada, ya que ambos supuestamente crean historias novedosas e “interactivas” entre pasados previamente no relacionados. Lo que emerge aquí es un lenguaje de dispersión en el espacio cada vez más generalizado, un lenguaje de “nodos” e “interfaces” cuyo éxito vertiginoso y matriz de segregación requieren una reflexión sostenida. Un problema destacado, vinculado con el proceso histórico mundial de aumentar la interrelación espacial es la presunción de base de la preexistencia de historias dispares que están vinculadas por “intermediarios”. Las historias “profundas”⁷³ entrelazadas sobre zonas conceptuales comunes, cosmologías, esquemas y prácticas que las sociedades comparten a través de regiones no se pueden comprender con un diseño de investigación que contraste culturas separadas y autónomas que se ponen en “contacto” a través de intermediarios.⁷⁴

71 Acerca de la “geografía diferencial de Braudel, véase François Dosse (1994: 125).

72 El agente mediador “no es solo un transeúnte, o un simple agente de difusión transcultural, sino alguien que articula las relaciones entre mundos o culturas dispares al poder realizar traducciones entre ellos”, como se explica en la espléndida obra *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence, 1770-1820*, editada por Simon Schaffer, Lissa Roberts, Kapil Raj y James Delbourgo (2009: xiv). Acerca de la suposición implícita de un equilibrio de poder entre culturas en interacción que crea los “suelos en común”, los cuales son el terreno de los “agentes mediadores”, véase Philipp J. Deloria (2006: 16).

73 Por ejemplo, Sanjay Subrahmanyam (2010: 118-145); Carl W. Ernst (2003: 173-195).

74 Véase Jonardon Ganeri (2011); William M. Reddy (2016: 325-356).

Es aquí donde el régimen espacial de la historia global está vinculado más claramente a una demarcación temporal entre lo moderno y lo “premoderno”,⁷⁵ lo que hace que las estructuras intermedias vacilen, fallen y se esfumen una vez que emergen las formas modernas de vincular unidades culturales aparentemente autosuficientes —la línea divisoria es aquí el siglo XVIII—. La historia global moderna *creó* esta separación en el espacio antes de que las mismas interacciones que estudia la *suspendan parcialmente*. Aquí lo “global” actúa como una solución para un problema europeo local posterior al siglo XVIII. Partiendo de esta idea, se puede ofrecer una nueva lectura para el concepto de la historia como un “colectivo singular” que Koselleck intentó rastrear.⁷⁶ Esta podría entenderse como una progresiva singularización de la historia en el espacio, que asegura la manejabilidad cognitiva del objeto de la historiografía científica. Al proporcionar un enfoque novedoso sobre el modo en que la historia adquirió su ropaje secular y científico, esta perspectiva nos permite abordar otro problema relacionado. Habilita una reconsideración de los debates sobre la historia como diseño epistémico por excelencia occidental y moderno, supuestamente injertado de modo artificial en otras regiones (Nandy, 1995: 44-66).⁷⁷ Las

75 Véase Kathleen Davis (2008: 78); Carina L. Johnson (2011).

76 Ver la nota al pie número 20.

77 Para contraargumentos útiles, véase Daniel Woolf, (2011: 177-280, 399-456); Subrahmanyam (2010). Para un arrepentimiento reciente sobre la violencia epistémica que supuestamente perpetuó una historiografía que inevitablemente se deshace de todos los otros “mundos de vida” por el simple hecho de volverlos “inteligibles” ya que, de este modo, los compara con la modernidad secular, liberal y capitalista, véase las citas en las siguientes páginas de Greg Anderson (2015: 787, 788-789, 801). La solución “ontológica” presentada aquí sigue siendo un poco borrosa. El movimiento poscolonial de autodesposeimiento que propone Nandy, de alguna manera, hace —hipócritamente— que la adquisición de conocimiento histórico sea la preservación de académicos occidentales arrepentidos que, como Anderson, intentan liberarse del yugo mismo de la historia en sus artículos para las revistas insignia de la profesión.

observaciones genealógicas y morfológicas ofrecidas en este artículo permiten ir más allá de estas tediosas discusiones. Sugieren que la autoafirmación de la historiografía moderna y científica estaba estrechamente vinculada a la promesa de reintegración del planeta, y proporcionaba así un pasado inteligible y útil para un presente en expansión que encontraba su verdadero espacio en la globalidad (Koselleck, 1985: 250; 2002b: 4).⁷⁸

Además de la atención puesta en la dimensión espacial, los historiadores globales suelen abordar con énfasis la relación entre lo particular y lo general (Hesketh, 2014). Se dice que la “historia global” y la “gran historia” permiten generalizaciones de una manera novedosa, que ofrecen correcciones útiles a las microhistorias e historias regionales supuestamente atrapadas en los “detalles locales”.⁷⁹ Sin embargo, de hecho, las generalizaciones, que deberían no ser locales, basadas en evidencia parcial, no accidentales y contrastables, permanecen en general ausentes de la historia global (Leuridan y Froeyman, 2012: 174). La “generalización” no debería confundirse con los “argumentos generales” que formulan los historiadores globales, con el tipo de declaraciones que surgen de su enfoque holístico de la unidad de la historia. Este enfoque se realiza a través de una progresiva compresión espaciotemporal: presupone un todo cuyas partes subordinadas son identificables y remiten a su vez a la totalidad preexistente y general.

Christopher Bayly ha dicho que la historia global debería idealmente permitir a sus practicantes y lectores “descubrir una variedad de metanarrativas ocultas” (Bayly, 2004: 9). Jürgen Osterhammel señaló explícitamente la

78 Comparar con los comentarios perceptivos de Harootunian (2007: 471-494).

79 En contra de esta afirmación, véase Lynn Hunt (2015: 319-325); Carlo Ginzburg (2015: 10:35-11:49, 54:43-56:19).

ausencia de una “filosofía material de la historia” y el diseño “multiperspectiva” como las virtudes cardinales de la historia global. También señaló el peligro de las historias globales “pseudosintéticas” que aspiran a una cobertura planetaria sinóptica, a la vez que carecen de un trabajo con fuentes primarias y se apoyan en bibliografía secundaria en inglés.⁸⁰ Del mismo modo, Osterhammel reflexionó sobre las formas de evitar el efecto archipiélago que genera la agregación de historias especializadas o la cobertura “orbital” que consiste en una secuencia de ejemplos del mundo para corroborar un proceso aparentemente omnipresente (Osterhammel, 2001b: 344).

¿Qué se desprende de mis comentarios sobre la apuesta interpretativa de la historia global? Los historiadores del mundo necesitan interrogar lo “global”. En gran parte de la escritura histórica, lo “global” todavía actúa como una unidad implícita de referencia contra la cual se miden todos los espacios y escalas, y, por lo tanto, sigue basándose en la totalidad truncada del proceso histórico mundial que produce un pasado relevante e interconectado. Por supuesto, hay excelentes estudios que evitan esencializar y priorizar la “conectividad”. Lo hacen de una forma que genera resistencia en muchos historiadores globales, porque suspender la primacía de la conexión amenaza con cortar el terreno conceptual en el que se sostienen. Los referentes de los estudios poscoloniales, con cuyo trabajo sobre vulnerabilidades ecológicas, corporales y económicas (Goswami, 2004; Menon, 2004; Rao, 2009) los historiadores globales son notablemente reacios a dialogar (Cooper, 2005: 401-422; Conrad, 2016: 53-57), así como también los historiadores de la ciencia y las artes, que enfatizan la recepción,

80 “Los [buenos] historiadores del mundo raramente hablan del ‘mundo’ como tal” (Osterhammel, 2001b: 343).

las mezclas y apropiaciones, hacen un trabajo excepcional y ejemplar en este punto: me limito a citar los magníficos estudios de Kapil Raj sobre la botánica farmacéutica indo-lusitana de pociones médicas e interacciones entre diferentes sistemas taxonómicos (Raj, 2007),⁸¹ la historia escrita por C. I. Beckwith (2012) sobre método recursivo que rastrea sus fortunas desde los claustros budistas de Avicena hasta la España medieval, la exploración de Hans Belting (2011) de los orígenes de la perspectiva en Bagdad, la recuperación que hizo Manolis Patiniotis (2007) de la apropiación de las *vis inertias* newtonianas en el medio aristotélico de la Ilustración griega y el trabajo seminal de Avner Ben-Zaken (2004) sobre el heliocentrismo otomano. Se dedican al estudio de fenómenos que no replican lo que emana del “oeste” ni remiten nuevamente a la historia de Europa y el Atlántico Norte, y se abstienen de volver a proyectar “conectividad” o etapas de aproximación a la “globalidad” a través de las épocas.

Las investigaciones históricas mundiales proporcionan perspectivas muy estimulantes, pero estas no conforman un paradigma metodológico.⁸² Plantean preguntas sobre el nivel, el tamaño y la escala de la investigación histórica: ¿es posible una historia “descentrada”? ¿La escritura de la historia del mundo siempre requiere un enfoque espaciotemporal organizador? ¿Tiene supuestos implícitos que estructuran las relaciones entre el todo mundial y las muestras representativas que examinan y que se cree que válida o invalidan sus regularidades? (Burton, 2007: 323-328; Weinstein, 2005: 76-77) ¿Cómo puede evitarse la fetichización del movimiento de cosas y personas cuyos itinerarios eligen rastrear los historiadores globales, que indagan de ese

81 Comparar con Marwa Elshakry (2010: 98-109).

82 Véase, por ejemplo, Ali Anooshahr (2014); Xing Hang (2008).

modo la apología de la conexión, el sesgo a favor de un pasado globalmente integrado? Los estudiosos de las humanidades se han cansado legítimamente de los “giros” y el giro global hace poco para disipar esas reservas. Al organizar sus supuestos y sus preguntas alrededor de un pasado mundial interconectado, muchos historiadores globales aportan a la dinámica del proceso histórico mundial aquí comentado y producen lo que Gary Wilder llamó recientemente el “efecto de expropiación” de los giros historiográficos. El giro “global” es un ejemplo elocuente de este movimiento “de la mirada a la cosa” (Wilder, 2012) que transforma las perspectivas originalmente destinadas a producir categorías para la investigación histórica en la “misma cosa que se pretende examinar en el pasado” (Arni, 2015: 1376-1377).

6.4. Conclusión

Este artículo pretendió redescubrir el vínculo entre la unidad de la historia y la historia global. La conectividad se ha convertido en la estrategia modelo para vincular estos dos términos. He argumentado que la incapacidad de los historiadores universales de aprehender la multiplicidad en desarrollo del pasado humano causó la debacle de la historia universal en la modernidad temprana. El proceso histórico mundial que he rastreado a través de la Ilustración y el historicismo ofreció un remedio a esta deficiencia. En lugar de hacer oscilar a la historia humana entre la lejana creación y una remota redención, derivadas de un esquema de salvación, el proceso histórico mundial ideado por los historiadores de la Ilustración especializó la unidad de la historia y la alejó en la creciente interconexión del mundo. Ahora, la unidad del mundo en el tiempo se convirtió en un subproducto de su integridad en el

espacio, establecida por una época específica y novedosa de la historia, la era moderna. Fue en esta era moderna que las conquistas, el comercio y la cultura europeos volvieron a unir los pasados humanos previamente dispersos y fragmentados.

Tres corolarios se desprenden de esto: en primer lugar, la autoafirmación del carácter científico de la historiografía moderna en la Ilustración dependía de su capacidad para captar la novedad y las características distintivas de la época en la que obraba. La unidad de la historia en el espacio que esta historiografía ponía en evidencia actuó al mismo tiempo como un prisma conceptual impuesto por los nuevos métodos, postulados ahora como superiores a los modos de investigación previos y actuó también como un parámetro de relevancia que aseguró la producción de un pasado significativo para las sociedades modernas. La idea de que la secularización y la espacialización estaban íntimamente vinculadas ofrece una forma fresca y saludable de ir más allá del debate rancio y sesgado sobre la historia como un régimen de conocimiento por excelencia “occidental”. Más allá de las afirmaciones sobre la complicidad entre la historia y el poder, y los lamentos sobre los discursos banales acerca de la globalización, esta perspectiva nos permite analizar la conexión existente entre la autoafirmación de las credenciales científicas de la historia y un modo distintivo de producción del mundo.

En segundo lugar, los historiadores de la Ilustración buscaban todavía cubrir la totalidad de la historia en las elaboradas tablas y gráficos multisectoriales que produjeron, y en las secuencias de épocas que diseñaron. Los historicistas del siglo XIX prescindieron del esfuerzo anterior; disociaron la unidad de la historia de su totalidad mientras conservaban las épocas globales. El trabajo de sincronización que antes requería el historiador ahora lo llevaba a cabo la

historia misma. Los historicistas armonizaron su narrativa con la secuencia de interacciones entre sus unidades de investigación, entre culturas separadas y autónomas. Los no europeos entraron en esta narrativa en el momento en que ocurrió su interacción con el pasado relevante. La inteligibilidad de la unidad de la historia que consistió en el desbloqueo progresivo de partes previamente aisladas del mundo por la fuerza europea relevó a los historicistas de tener que escribir historia mundial. La sala de espera para la salvación, que contenía antes al mundo entero, se había hecho pedazos, y había ahora muchas “salas de espera” para los pueblos no europeos, cuya reintegración en el curso de la historia dependía de su conexión con Europa. Aunque, como sugería el apotegma de Ranke, todas las épocas “equidistan de Dios”, esta inmediatez no se extendía a los distintos espacios en la época moderna global.

En tercer lugar, la espacialización de la unidad de la historia surgió como un rasgo distintivo de la historiografía moderna. Sus practicantes se atribuyeron el progreso científico porque creían poseer medios para captar la estructura articuladora de épocas anteriores, así como de la que habitaban. Los historiadores globales derivan las principales claves de su enfoque del proceso histórico mundial delineado anteriormente de la presunción a favor de un pasado planetario que se hace inteligible a través de su unidad en el espacio. En este plano siguen fieles al mandato de sus antepasados del siglo XIX de que cada época debe entenderse en sus propios términos y de hecho la interconexión global aparece como el contexto dinámico, el principio interno e integrador del período moderno. Lo fundamental aquí es que los historiadores globales heredaron el principio organizador de una unidad de la historia espacializada, una unidad que actúa como referencia para la totalidad de la historia, ya que parece garantizar la generalidad y la integridad. Esta

creciente unidad en el espacio estructura las relaciones que permiten la integración de pasados previamente distintos en una entidad abarcadora. Por lo tanto, en lugar de lamentarse por la violencia epistémica ejercida por la modernidad y su presunto adjunto, la historiografía, parece más productivo abordar la lógica espaciotemporal detrás de lo “global”, ubicarla en la historia de la historiografía y desentrañar su vínculo con el proceso de creación de mundos que afirma, para recuperar así los pasados que silencia y destruye. La creencia en un pasado planetario común reinscribe la segregación espacial que los intermediarios favoritos de los historiadores globales modernos —comerciantes, misioneros, marineros e inmigrantes— supuestamente superan. Esto no implica que la suave brisa del cosmopolitismo que promete la historia global sea indeseable o desagradable porque irrita sensibilidades. Sin embargo, la idea de un pasado global puede ser un obstáculo más que un conducto para el mutuo reconocimiento y la igualdad en todo el planeta. Si queremos desarmar los supuestos que estructuran la globalidad, cuestionar la premisa de que el mundo tiene una sola historia es una buena manera de comenzar.

Bibliografía

Aquinas, T. (1993). *Prolog zu den Aristoteleskommentaren*, Cheneval, F. y Imbach, R. (eds.) Vittorio Klostermann.

Amelung, I. et al. (eds.) (2003). *Selbstbehauptungsdiskurse in Asien: Japan—China—Korea*. Iudicium.

Anderson, G. (2015). Retrieving the Lost Worlds of the Past: The Case for an Ontological Turn. *American Historical Review* 120, n.º 3, pp. 787-810.

Anónimo. (1836). Ueber: ἅτε ἡ μὴς τοῦ θεοῦ ἡ ἀσπῶν τῶν σμαρτίσαν τοῦ κόσμου, Joh. I. 29. *Neue Wiener Theologische Zeitschrift*, 9, n.º 1.

- Ankersmit, F. (2001). *Historical Representation*. Stanford University Press.
- Anooshahr, A. (2014). Shirazi Scholars and the Political Culture of the Sixteenth Century Indo-Persian World. *Indian Economic and Social History Review* 51, pp. 331-352
- Anwander, A. (1932). *Die allgemeine Religionsgeschichte in Deutschland zwischen-Aufklärung und Romantik*. Pustet.
- Appadurai, A. (1996). *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. University of Minnesota Press.
- Appleby, J., Hunt, L. y Jacob, M. C. (1994). *Telling the Truth about History*. Norton.
- Armitage, D. (2008). *The Declaration of Independence: A Global History*. Harvard University Press.
- Arni, C. (2015). AHR Conversation: Explaining Historical Change; or The Lost History of Causes. *American Historical Review* 120, n.º 4.
- Baudouin, F. (1579). De institutione historiae universae et eius cum iurisprudencia continuatione. Wolf, J. (ed.). *Artis historiae penus octodecem scriptore*. Petrus Perna.
- Baumgarten, S. J. y Semler, J. S. (eds.) (1744-1766). *Uebersetzung der Allgemeinen Welthistorie die in Engeland durch eine Gesellschaft von Gelehrten ausgefertiget worden. Nebst den Anmerkungen der holländischen Uebersetzung auch vielen neuen Kupfern und Karten*. 30 vols. Gebauer.
- Bayly, C. A. (2004). *The Birth of the Modern World, 1780–1914: Global Connections and Comparisons*. Blackwell.
- Beckert, S. (2004). Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War. *American Historical Review* 109, n.º 5.
- Beckwith, C. I. (2012). *Warriors of the Cloisters: The Central Asian Origins of Science in the Medieval World*. Princeton University Press.
- Beiser, F. (2014). *After Hegel: German Philosophy 1840–1900*. Princeton University Press.
- Belich, J., Darwin, J. y Wickham, C. (2016). Introduction: The Prospect of Global History. Belich, J., Darwin, J., Frenz, M. y Wickham, C. (eds.). *The Prospect of Global History*. Oxford University Press.

- Bell, D. (2013). Making and Taking Worlds. Moyn, S. y Sartori, A. (eds.). *Global Intellectual History*. Columbia University Press.
- Bell, D. A. (2013). This Is What Happens When Historians Overuse the Idea of the Network. *The New Republic*, 25 de octubre de 2013. En línea: <http://www.newrepublic.com/article/114709/worldconnecting-reviewed-historians-overuse-networkmetaphor> (consulta el 27 de enero de 2017).
- Belting, H. (2011). *Florence and Baghdad: Renaissance Art and Arab Science*. Schneider, D. L. (trad.), Harvard University Press.
- Ben-Zaken, A. (2004). The Heavens of the Sky and the Heavens of the Heart: The Ottoman Cultural Context for the Introduction of Post-Copernican Astronomy. *British Journal for the History of Science* 37, n.º 1, pp. 1-28.
- Benin, S. D. (1993). *The Footprints of God: Divine Accommodation in Jewish and Christian Thought*. SUNY Press.
- Benjamin, W. (1982). *Das Passagen-Werk*, 2 vols. Suhrkamp.
- Berry, S. (2011). The Laws of History. Tucker, A. (ed.). *A Companion to the Philosophy and History of Historiography*. Blackwell.
- Blanke, H. W. y Fleischer, D. (eds.). (1990). *Theoretiker der deutschen Aufklärungshistorie*, Frommann-Holzboog, 2 vols.
- Bloch, M. (1974). *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. Armand Colin.
- Blumenberg, H. (1983). *The Legitimacy of the Modern Age*. Wallace, R. M. (trad.) MIT Press.
- Blumenberg, H. (2010). *Paradigms for a Metaphorology* [1960]. Savage, R. (trad.), Cornell University Press.
- Bödeker, H. E. (1997). Landesgeschichtliche Erkenntnisinteressen der nordwestdeutschen Aufklärungshistorie. *Niedersächsisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, 69.
- Bödeker, H. E. (2006). The Debates about Universal History and National History, c. 1800: A Problem-Oriented Historical Attempt. Blanning, T. y Schulze, W. (eds.). *Unity and Diversity in European Culture, c. 1800*. Oxford University Press.
- Braw, J. D. (2010). "riginal Knowledge and True Enlightenment: Ranke's *Kritik* in Historical Context. *Historein*, 10.

- Brendecke, A. (2001). Synopse, Segment und Vergleich: Zum Leistungsvermögen tabellarischer Geschichtsdarstellungen der Frühen Neuzeit. *Storia della Storiografia*, 39, pp. 75-85.
- Brian, E. (1994)- *La mesure de l'état: Administrateurs et géomètres au XVIIIe siècle*. Albin Michel.
- Broggio, P., de Castelnuovo-L'Etoile, C. y Pizzorusso, G. (eds.) (2009). *Administrer les sacrements en Europe et au Nouveau Monde: la Curie romaine et les Dubia circa sacramenta*. École française de Rome.
- Buckle, H. T. (1873). *History of Civilization in England*, 2da ed., 3 vols. Greene.
- Burton, A. (2007). Not Even Remotely Global? Method and Scale in Global History. *History Workshop Journal* 64.
- Calmeier, P. (1979). Fortuna—Tyche —Khvarnah. *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 94, pp. 347-365.
- Campanella, T. (1954). Rationalis philosophiae pars quinta, videlicet: Historiographiae liber unus, iuxta propria principia. Firpo, L. (ed.). *Tutte le opere di Tommaso Campanella*. Mondadori [citado en Grafton, A. (2007). *What Was History: The Art of History in Early Modern Europe*. Cambridge University Press, p. 111].
- Canfora, L. (1971). Il 'ciclo' storico. *Belfagor* 26.
- Cassirer, E. (1902). *Leibniz's System in seinen wissenschaftlichen Grundlagen*. Elwert.
- Cerutti, S. (1991). Pragmatique et histoire: Ce dont les sociologues sont capables. *Annales: Économie, sociétés, civilisations* 46, n.º 6.
- Chakrabarty, D. (1989). *Rethinking Working-Class History: Bengal, 1890–1940*. Princeton University Press
- Chakrabarty, D. (1993). "Marx after Marxism: A Subaltern Historian's Perspective", *Economic and Political Weekly*, 29 de mayo de 1993.
- Chakrabarty, D. (2000). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton University Press.
- Clavijero, F. J. (1944). *Historia Antigua de México* [1780]. Delfin.
- Conrad, S. (2016). *What is Global History?* Princeton University Press.

- Cooper, F. (2005). Postcolonial Studies and the Study of History. *Postcolonial Studies and Beyond*. Loomba, A. et al. (eds.). Duke University Press.
- Danto, A. C. (1968). *Analytical Philosophy of History*. Cambridge University Press.
- Davis, K. (2008). *Periodization and Sovereignty: How Ideas of Feudalism and Secularization Govern the Politics of Time*. University of Pennsylvania Press.
- de Bossuet, J. B. (1976). Forster, E. (trad.) y Ranum, O. (ed.). *Discours on Universal History* [1681]. University of Chicago Press.
- de Guignes, J. (1756-1758). *Histoire générale des Huns, des Tartars, des Turcs, des Mogols, et des autres peuples Tartars occidentaux*. Desaint & Saillant.
- de Laet, J. (1643). *Notae ad dissertationem Hugonis Grotii De origine gentium americanarum, et observationes aliquot ad meliorem indaginem difficillimae illius quaestionis*. Lowijs Elzevier.
- de Lang, M. H. (1992). Literary and Historical Criticism as Apologetics: Biblical Scholarship at the End of the Eighteenth Century. *Nederlands Archief voor Kerkgeschiedenis* 72, n.º 2, pp. 149-165.
- de la Créquinière, M. (1704). *Conformité des Coutumes des Indiens Orientaux, avec celles des Juifs & des autres Peuples de l'Antiquité*. George de Baecker.
- Deloria, P. J. (2006). What is the Middle Ground, Anyway? *William and Mary Quarterly*, tercera serie, 63.
- Dirlik, A. (2009). Globalization as the End and Beginning of History: The Contradictory Implications of a New Paradigm. En línea <http://dx.doi.org/10.1080/08935690009359020> (consulta: 27 de enero de 2017).
- Dix, X. y Chengming, W. (2000). Zhengde, L., Miaoru L. y Siping, L. (trads.), Curwen, C. A. (ed.). *Chinese Capitalism, 1522-1840*. St. Martin's Press.
- Dor-Benite, Z. B. (2009). *The Ten Lost Tribes: A World History*. Oxford University Press.
- Dosse, F. (1994). *New History in France: The Triumph of the Annales*. Conroy, P. V. Jr. (trad.) University of Illinois Press.
- Ehrard, J. (1994). *L'Idée de nature en France dans la première moitié du XVIIIe siècle*. Albin Michel.
- Elman, B. E. *On Their Own Terms: Science in China, 1550-1900*. Harvard University Press.

- Elshakry, M. (2010). When Science Became Western: Historiographical Reflections. *Isis* 101, n.º 1.
- Engel, J. C. (1790). *Commentatio de republica militari seu comparatio Lacedaemoniorum, Cretensium, Cosaccorum*. J. C. Dietrich.
- Ernst, C. W. (2003). Muslim Studies of Hinduism? A Reconsideration of Arabic and Persian Translations from Indian Languages. *Iranian Studies*, 36.
- Esildsen, K. (2008). Leopold Ranke's Archival Turn: Location and Evidence in Modern Historiography. *Modern Intellectual History* 5, n.º 3.
- Fabricius, J. A. (1705-1714). *Bibliotheca graeca sive notitia scriptorum veterum Graecorum*, 9 vols. Theodor C. Felginer's Widow.
- Fasolt, C. (2004). *The Limits of History*. University of Chicago Press.
- Ferguson, A. (1995). Oz-Salzberger, F. (ed.). *An Essay on the History of Civil Society* [1767]. Oz-Salzberger, F. (ed.). Cambridge University Press.
- Fillafer, F. L. y Osterhammel, J. (2011). Cosmopolitanism and the German Enlightenment. Smith, H. W. (ed.). *Oxford Handbook of Modern German History*. Oxford University Press.
- Fletcher, J. (1985). Integrative History: Parallels and Interconnections in the Early Modern Period, 1500–1800. *Journal of Turkish Studies*, 9.
- Floto, H. (1856). *Über historische Kritik*. Bahnmaier Detloff.
- Foucault, M. (2009). *Security, Territory, Population: Lectures at the Collège de France, 1977-1978*, traducción de Davidson, A. I. Palgrave.
- Fulda, D. (1996). *Wissenschaft aus Kunst: Die Entstehung der modernen deutschen Geschichtsschreibung, 1760–1860*. De Gruyter.
- Fulda, D. (2013). Wann begann die 'offene Zukunft'? Ein Versuch, die Koselleck'sche Fixierung auf die 'Sattelzeit' zu lösen. Breul, W. y Schnurr, J. C. (eds.). *Geschichtsbewusstsein und Zukunftserwartung in Pietismus und Erweckungsbewegung*. Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 141-172.
- Funkenstein, A. (1993). *Perceptions of Jewish History*. University of California Press.
- Ganeri, J. (2011). *The Lost Age of Reason: Philosophy in Early Modern India, 1450–1700*. Oxford University Press.

- Gatterer, J. C. (1761). *Handbuch der Universalhistorie nach ihrem gesamten Umfang von Erschaffung der Welt bis zum Ursprunge der meisten heutigen Reiche und Staaten*. Vandenhoeck.
- Gatterer, J. C. (1764). *Handbuch der Universalhistorie nach ihrem gesamten Umfange bis auf unsere Zeiten fortgesetzt*. Vandenhoeck.
- Gatterer, J. C. (1769). *Synopsis Historiae Vniversalis: Sex Tabvlis, quarvm dvae in aesc insiae coloribusque illvstratae svnt, comprehensa. impensis avctoris*.
- Gerbi, A. (2010). *The Dispute of the New World: The History of a Polemic, 1750–1900*, traducción de Moyle, J. University of Pittsburgh Press.
- Ghobrial, J. P. A. (2014). The Secret Life of Elias of Babylon and the Uses of Global Microhistory. *Past and Present* 222.
- Ginzburg, C. (2015). La longue durée, à la loupe. En línea: <https://www.college-de-france.fr/fr/agenda/conferencier-invite/carlo-ginzburg/la-longue-duree-la-loupe-1-0>, 10:35-11:49, 54:43- 56:19 (Consultado: 27 de enero del 2017).
- Gisi, L. M. (2007). *Einbildungskraft und Mythologie: Die Verschränkung von Anthropologie und Geschichte im 18. Jahrhundert*. De Gruyter.
- Gliozzi, G. (1977). *Adamo e il nuovo mondo: La nascita dell'antropologia come ideologia coloniale: Dalle genealogie bibliche alle teorie razziali (1500-1700)*. La Nuova Italia.
- Goez, W. (1958). *Translatio Imperii: Ein Beitrag zur Geschichte des Geschichtsdenkens und der politischen Theorien im Mittelalter und in der Frühen Neuzeit*. Mohr.
- Goguet, A. Y. (1758), *De l'origine des loix, des arts, et des sciences; et de leurs progress chez les anciens peuples*, 3 vols. Desaint & Saillant.
- Gollwitzer, H. (1972). *Geschichte des weltpolitischen Denkens*, vol. 1, *Vom Zeitalter der Entdeckungen bis zum Beginn des Imperialismus*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Goodman, N. (1979). *Ways of Worldmaking*. Hackett.
- Goody, J. (2007). *The Theft of History*. Cambridge University Press.
- Goswami, M. (2004). *Producing India: From Colonial Economy to National Space*. University of Chicago Press.
- Goswami, M. (2012). Imaginary Futures and Colonial Internationalisms. *American Historical Review*, 117, n.º 5.

- Goto-Jones, G. S. (2005). *Political Philosophy in Japan: Nishida, the Kyoto School, and Co-Prosperity*. Routledge.
- Gouhier, H. (1954). La crise de la théologie au temps de Descartes. *Revue de Théologie et Philosophie* (s. r. 3), 4, pp. 19-54.
- Grafton, A. (1983-1993). *Joseph Scaliger: A Study in the History of Classical Scholarship*. Clarendon Press.
- Grafton, A. (1990). *Forgers and Critics: Creativity and Duplicity in Western Scholarship*. Princeton University Press.
- Griggs, T. (2007). Universal History from Counter-Reformation to Enlightenment. *Modern Intellectual History*, 4, n.º 2.
- Gruzinski, S. (1999). *Virando séculos 1480-1520: A passagem do século. As origens da globalização*. Companhia das Letras.
- Gruzinski, S. (2004). *Les quatre parties du monde: Histoire d'une mondialisation*. Martinière.
- Gundling, N. H. (1747). *Ausführlicher Discovrs über den jetzigen Zustand Der europäis-chen Staaten*. Spring, 1747.
- Hang, X. (2008). [Reseña de:] Timothy Brook, *Vermeer's Hat: The Seventeenth Century and the Dawn of the Global World*. Profile. En línea: <http://www.h-net.org/reviews/showrev.php?id=25704> (acceso: 27 de enero del 2017)
- Harlich, C. y Sachs, W. (1952). *Der Ursprung des Mythosbegriffs in der modernen Bibelwissenschaft*. Mohr Siebeck.
- Harootunian, H. (2007). Remembering the Historical Present. *Critical Inquiry*, 33, n.º 3.
- Harvey, D. A. (2012). *The French Enlightenment and its Others: The Mandarin, the Savage, the Invention of Human Sciences*. Palgrave.
- Held, D., McGew, A. G., Goldblatt, D. y Perraton, J. (1999). *Global Transformations: Politics, Economics, and Culture*. Stanford University Press.
- Herzfeld, H. (ed.) (1949). *Neue Briefe*. Hoffmann und Campe.
- Hesketh, I. (2014). The Story of Big History. *History of the Present* 4, n.º 2.
- Heyberger, B. (1994). *Les Chrétiens du Proche-Orient au temps de la Réforme catholique*. Ecole Française de Rome.

- Hont, I. (2005). *Jealousy of Trade: International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*. Harvard University Press.
- Hui, W. (2006). The Idea of China in New Text Confucianism. Tong, Q. S. et al. (eds.). *Critical Zone 2: A Forum of Chinese and Western Knowledge*. Hong Kong University Press.
- Hunt, L. (2014). *Writing History in the Global Era*. W.W. Norton.
- Hunt, L. (2015). Faut-il réinitialiser l'histoire? *Annales: Histoire, sciences sociales* 70, n.º 2.
- Hunt, L., Jacob, M. y Mijnhart, W. (2010). *The Book That Changed Europe: Picart and Bernard's "Religious Ceremonies of the World"*. Harvard University Press.
- Imbruglia, G. (1994). Tra Anquetil-Duperron e l'histoire des deux Indes. Libertà, dispotismo e feudalesimo. *Rivista storica italiana*, 106.
- Imbruglia, G. (1997) L'ombra dei lumi: Il problema della storia universale in Francia tra Settecento e Ottocento. Cacciatore, G., Cantillo, G. y Lissa, G. (eds.). *Lo storicismo e la sua storia: Temi, problemi, prospettive*, Guerini.
- Jahn, J. (1821). Was hielten die Kirchenväter von der Accommodation? *Johann Jahn's Nachträge zu seinen theologischen Werken*. Heinrich Laupp.
- Janowski, M. (2001-2002). Three Historians. *CEU History Department Yearbook*.
- Jansen, J. C. (2014). Unmixing the Mediterranean? Migration, demographische 'Entmischung' und Globalgeschichte. Barth, B. et al. (eds.). *Globalgeschichten: Bestandsaufnahme und Perspektiven*. Campus
- Jansen, J. C. y Osterhammel, J. (2013). *Dekolonisation: Das Ende der Imperien*. Beck.
- Johnson, C. L. (2011). *Cultural Hierarchy in Sixteenth-Century Europe: The Ottomans and the Mexicans*. Cambridge University Press.
- Kant, I. (1957). Idea for a Universal History from a Cosmopolitan Point of View. [1784]., Beck, L. W. (ed. y trad.). *Kant on History*. Bobbs-Merrill.
- Kapila, S. (2014). Global Intellectual History and the Indian Political. McMahon, D. y Moyn, S. (eds.). *Rethinking Modern European Intellectual History*. Oxford University Press.
- Kittsteiner, H. D. (1990). Kants Theorie des Geschichtszeichens: Vorläufer und Nachfahren. *Geschichtszeichen*, Kittsteiner, H. D. (ed.), Böhlau.

- Kittsteiner, H. D. (1998). *Ethik und Theologie. Listen der Vernunft: Motive geschichtsphilosophischen Denkens*. Fischer.
- Klemp, A. (1960). *Die Säkularisierung der universalhistorischen Auffassung: Zum Wandel des Geschichtsdenkens im 16. und 17. Jahrhundert*. Musterschmidt.
- Kondylis, P. (1990). *Die neuzeitliche Metaphysikkritik*. Klett-Cotta.
- Koselleck, R. (1975). *Geschichte. Historie*. Brunner, O., Conze, W. y Koselleck, R. (eds.). *Geschichtliche Grundbegriffe: Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Klett Cotta.
- Koselleck, R. (1985). 'Neuzeit': Remarks on the Semantics of the Modern Concepts of Movement. *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. Tribe, K. (trad.) MIT Press.
- Koselleck, R. (1987). *Moderne Sozialgeschichte und historische Zeiten*. Rossi, P. (ed.). *Theorien der modernen Geschichtsschreibung*. Suhrkamp.
- Koselleck, R. (2002a). The Temporalization of Utopia. *The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*, T. Presener. T. (trad.), Stanford University Press.
- Koselleck, R. (2002b). On the Need for Theory in the Discipline of History. *The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*, T. Presener. T. (trad.), Stanford University Press.
- Kramer, E. (1965). "Die vier Monarchien", *Keramos*, 28.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Nicholson-Smith, D. (trad.) Blackwell.
- Legaspi, M. C. (2010). *The Death of Scripture and the Rise of Biblical Studies*. Oxford University Press.
- Lemberg, H. (1985). Zur Entstehung des Osteuropabegriffs im 19. Jahrhundert: Vom 'Norden' zum 'Osten' Europas. *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 33, n.º 1.
- Leuridan, B. y Froeyman, A. (2012). On Lawfulness in History and Historiography. *History and Theory* 51, n.º 2.
- Livingstone, D. N. (1992). The Preadamite Theory and the Marriage of Science and Religion. *Transactions of the American Philosophical Society* 82, n.º 3, pp. 1-78.
- Lomonaco, F. (1997). Herder, Kant, e la storia. Cacciatore, G., Cantillo, G. y Lissa, G. (eds.). *Lo storicismo e la sua storia: Temi, problemi, prospettive*. Guerini.

- Lovejoy, A. C. (1936). *The Great Chain of Being*. Harper Torchbooks.
- Löwith, K. (1949). *Meaning in History*. University of Chicago Press.
- Luhmann, N. (1981). Geschichte als Prozeß und die Theorie soziokultureller Evolution. *Geschichte als Aufklärung*, vol. 3, *Soziales System, Gesellschaft, Organisation*. Westdeutscher Verlag.
- MacCormack, S. (1991). *Religion and the Andes: Vision and Imagination in Early Colonial Peru*. Princeton University Press.
- Mandelbrote, S. (2013). Early Modern Natural Theologies. Manning, R. R., et al. (eds.). *The Oxford Handbook of Natural Theology*. Oxford University Press.
- Manning, P. (2003). *Navigating World History: Historians Create a Global Past*. Palgrave.
- Marx, K. (1973). *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy [1857–1861]*, Martin Nicolaus (trad.), Penguin, New Left Review.
- Marx, K. (1976). Zur Kritik des Hegelschen Staatsrechts [1843]. *Marx-Engels-Werke*, vol. 1. Dietz.
- Marx, K. (1983). *Das Kapital: Kritik der politischen Ökonomie [1894]*, vol. 3, *Der Gesamtprozeß der kapitalistischen Produktion*, en *Marx-Engels-Werke*, vol. 25. Dietz.
- Marx, K. y Engels, F. (1970). Arthur, C. J. (ed.). *The German Ideology: Part One, with selections from Part Two and Three, together with Marx's "Introduction to a Critique of Political Economy" [1845/1846, 1ra ed. 1932]*. International Publishers.
- Meek, R. L. (1976). *Social Science and the Ignoble Savage*. Cambridge University Press.
- Menon, N. (2004). *Recovering Subversion: Feminist Politics beyond the Law*. University of Illinois Press.
- Minuti, R. (1994). *Oriente barbarico e storiografia settecentesca: Rappresentazioni della storia dei tartari nella cultura francese del XVIII secolo*. Marsilio.
- Momigliano, A. (1984). The Origins of Universal History. *Settimo Contributo allo studio della storia antica*. Edizioni di Storia e Letteratura.
- Muhlack, U. (2010). Das Problem der Weltgeschichte bei Ranke. Hardtwig, W. et al. (eds.). *Die Vergangenheit der Weltgeschichte: Universalhistorisches Denken in Berlin*. Vandenhoeck & Ruprecht.

- Müller, K. (1998). *Tora für die Völker: Die noachidischen Gebote und Ansätze zu ihrer Rezeption im Christentum*. Institut für Kirche und Judentum.
- Mungello, D. (ed.) (1994). *The Chinese Rites Controversy: Its History and Meaning*. Steyler.
- Mulsow, M. (2015). Vor Adam: Ideengeschichte jenseits der Eurozentrik. *Zeitschrift für Ideengeschichte*, 9, n.º 1, pp. 47-66.
- Muthu, S. (2008). Adam Smith's Critique of International Trading Companies: Theorizing 'Globalization' in the Age of Enlightenment. *Political Theory* 36, n.º 2.
- Nandy, A. (1995). History's Forgotten Doubles, *History and Theory, Theme Issue*, 34 (mayo).
- Nicolson, M. (1987). Humboldt, Humboldtian Science, and the Origins of the Study of Vegetation. *History of Science* 25.
- Novick, P. (1988). *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge University Press.
- O'Brien, K. (1997). *Narratives of Enlightenment: Cosmopolitan History from Voltaire to Gibbon*. Cambridge University Press.
- Osterhammel, J. (1991). Alexander von Humboldt: Historiker der Gesellschaft, Historiker der Natur. *Archiv für Kulturgeschichte*, 81.
- Osterhammel, J. (2000). 'Peoples without History' in British and German Historical Thought. Stuchtey, B. y Wende, P. (eds.). *British and German Historiography, 1750-1950: Traditions, Perceptions, and Transfers*. Oxford University Press.
- Osterhammel, J. (2001a). Transkulturell vergleichende Geschichtswissenschaft. *Geschichts- wissenschaft jenseits des Nationalstaats: Studien zu Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich*. Vandenhoeck und Ruprecht.
- Osterhammel, J. (2001b). Aufstieg und Fall neuzeitlicher Sklaverei, oder: was ist ein weltgeschichtliches Problem? *Geschichts- wissenschaft jenseits des Nationalstaats: Studien zu Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich*. Vandenhoeck und Ruprecht.
- Osterhammel, J. (2012). Geschichtskolumne: Themenwechsel. *Mercur: Deutsche Zeitschrift für europäisches Denken* 66, n.º 2
- Osterhammel, J. (2013). *Die Entzauberung Asiens: Europa und die asiatischen Reiche im 18. Jahrhundert*. Beck.

- Osterhammel, J. (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*. Camiller, P. (trad) Princeton University Press.
- Osterhammel, J. (2015). Globalifizierung: Denkfiguren der neuen Welt. *Zeitschrift für Ideengeschichte*, 9, n.º 1.
- Osterhammel, J. (2016). Global History and Historical Sociology. Belich, J., Darwin, J., Frenz, M. y Wickham, C. (eds.). *The Prospect of Global History*. Oxford University Press.
- Padgen, A. (1981). *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*. Cambridge University Press.
- Padgen, A. (1990). *Spanish Imperialism and the Political Imagination*. Yale University Press.
- Patiniotis, M. (2007). Periphery Reassessed: Eugenios Voulgaris Converses with Isaac Newton. *British Journal for the History of Science* 40, n.º 4, pp. 471-490.
- Petrasovsky, K. (2014). *Geschichte schreiben im osmanischen Südosteuropa: Eine Kulturgeschichte orthodoxer Historiographie des 16. und 17. Jahrhunderts*. Harrassowitz.
- Picinielli, F. (1667). *Lumi riflessi, o dir vogliamo concetti della sacra Bibbia osservati ne i volumi non sacri studii erviditi*. Francesco Vigone.
- Pippin, R. B. (2008). *Hegel's Practical Philosophy: Rational Agency as Ethical Life*. Cambridge University Press.
- Pitts, J. (2014). The Global in Enlightenment Historical Thought. Duara, P., Murthy, V. y Sartori, A. (eds.). *A Companion to Global Historical Thought*. Wiley Blackwell.
- Pocock, J. G. A. (1962). The Origins of the Study of the Past: A Comparative Approach. *Comparative Studies in Society and History* 4, n.º 2, pp. 209-246.
- Pocock, J. G. A. (2005). *Barbarism and Religion*, vol. IV, *Barbarians, Savages, and Empires*. Cambridge University Press.
- Pomeranz, K. (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton University Press.
- Proß, W. (1978). Natur, Naturrecht und Geschichte: Zur Entwicklung der Naturwissenschaften und der sozialen Selbstinterpretation im Zeitalter des Naturrechts (1600-1800). *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der Literatur* 3, n.º 1, pp. 38-67.

- Pufendorf, S. (1750). *Einleitung zu der Historie der vornehmsten Reiche und Staaten/so itziger Zeit in Europa sich befinden*. Knoch.
- Raj, K. (2007). *Relocating Modern Science: Circulation and the Construction of Knowledge in South Asia and Europe, 1650–1900*. Palgrave Macmillan.
- Raj, K. (2013). Beyond Postcolonialism and Postpositivism: Circulation and the Global History of Science. *Isis* 104, n.º 2.
- Rao, A. (2009). *The Caste Question Dalits and the Politics of Modern India*. University of California Press.
- Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S. (2001). *Textures of Time: Writing History in South India, 1600–1800*. Permanent Black.
- Reddy, W. M. (2016). The Eurasian Origins of Empty Time and Space: Modernity as Temporality Reconsidered. *History and Theory*, 55, n.º 3.
- Reill, P. H. (1975). *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*. University of California Press.
- Ricoeur, P. (1990). *Time and Narrative*, vol. 1. McLaughlin, K. y Pellauer, D. (trads.), University of Chicago Press.
- Ricoeur, P. (2004). *Memory, History, Forgetting*. Blamey, K. y Pellauer, D. University of Chicago Press.
- Ricuperati, G. (1981). Universal history: storia di un progetto europeo. Impostori, storici ed editori nella Ancient Part. *Studi settecenteschi*, 1, 2.
- Robertson, W. (1791). *A Historical Disquisition concerning the Knowledge the Ancients Had of India; and the Progress of Trade with that Country prior to the Discovery of the Passage to it by the Cape of Good Hope. With an Appendix containing Observations on the Civil Policy—the Laws and Judicial Proceedings—the Arts—the Sciences—and Religious Institutions, of the Indians*. Ershaw.
- Robinson, I. (1978). Isaac de la Peyrère and the Recall of the Jews. *Jewish Social Studies*, 40, n.º 2, pp. 117-130.
- Rockefeller, S. A. (2011). Flow. *Current Anthropology* 52, n.º 4.
- Rowse, T. (2015). The Indigenous Redemption of Liberal Universalism. *Modern Intellectual History* 12, n.º 3.

- Rubiès, J. P. (2012). From Antiquarianism to Philosophical History: India, China, and the World History of Religion in European Thought (1600–1770). *Antiquarianism and Intellectual Life in Europe and China, 1500–1800*, Miller, P. N. et al. (eds.), University of Michigan Press.
- Sachsenmaier, D., Riedel, J. y Eisenstadt, S. N. (eds.) (2002). *Reflections of Multiple Modernities: European, Chinese, and other Interpretations*. Koninklijke Brill.
- [Šafařík, S. P. J.] (1845). Braman Dwarkanat Tagor [Dwarkanath Tagore]. *Česká včela*.
- Sarkar, B. K. (1937). *The Social Philosophy of Masaryk*. Oriental Book Agency.
- Sartori, A. (2014). Hegel, Marx, and World History. Duara, P., Murthy, V. y Sartori, A. (eds.). *A Companion to Global Historical Thought*. Wiley Blackwell.
- Sawilla, J. M. (2004). 'Geschichte': Ein Produkt der deutschen Aufklärung? Eine Kritik an Reinhart Kosellecks Begriff des 'Kollektivsingulars Geschichte'. *Zeitschrift für historische Forschung*, 31.
- Saxl, F. (1936). Veritas filia temporis. Klibansky, R. y Paton, H. J. (eds.). *Philosophy and History: Essays Presented to Ernst Cassirer*. Clarendon.
- Schadt, H. (1982). *Die Darstellung der Arbores Consanguinitatis und der Arbores Affinitatis: Bildschemata in juristischen Handschriften*. Wasmuth.
- Schaffer, S., Roberts, L., Raj, K. y Delbourgo, J. (eds.) (2009). *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence, 1770–1820*. Science History Publications.
- Scheiner, J. (1836). Zur biblischen Wahrheit. Bauten die Egyptier auch mit Ziegeln? Eine archäologische Skizze zur Beleuchtung der historischen Wahrheit Exodus I.V. mit Berücksichtigung eines Ausfalls von Prof. von Bohlen gegen die Authentie des Pentateuchs. *Neue Wiener Theologische Zeitschrift*, 9, n.º 1.
- Schiller, F. (1789). *Was heißt und zu welchem Ende studiert man Universalgeschichte? Eine akademische Antrittsrede bey Eröffnung seiner Vorlesungen*. Akademische Buchhandlung.
- Schlözer, A. L. (1775). *Vorstellung seiner Universal-Historie*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Schlözer, A. L. (1797). *Kritisch-historische NebenStunden*. Vandenhoeck & Ruprecht [citado en Schulin (1958: 130-131)].
- Schulin, E. (1958). *Die weltgeschichtliche Erfassung des Orients bei Hegel und Ranke*. Vandenhoeck & Ruprecht.

- Seal, B. (1899). *Comparative Studies in Vaishnavism and Christianity with an Examination of the Mahabharata Legend about Narada's Pilgrimage to Svetadvipa*.
- Sebastiani, S. (2013). *The Scottish Enlightenment: Race, Gender, and the Limits of Progress*. Palgrave.
- Sedgwick, A. (2014). Against Flows. *History of the Present* 4, n.º 2.
- Seifert, A. (1986). Von der heiligen zur philosophischen Geschichte: Die Rationalisierung der universalhistorischen Erkenntnis im Zeitalter der Aufklärung. *Archiv für Kulturgeschichte*, 68, pp. 81-117.
- Seifert, A. (1990). *Der Rückzug der biblischen Prophetie von der neueren Geschichte: Studien zur Reichstheologie des frühneuzeitlichen deutschen Protestantismus*. Böhlau.
- Siculus, D. (1880-1890). Dindorf, B. L. y Vogel, F. (eds.). *Diodori Bibliotheca Histórica*. Teubner.
- Smith, A. (1976). Campbell, R. H., Skinner, A. S. y Todd, W. B. (eds.). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 2 vols. Clarendon.
- Smith, B. G. (1995). Gender and the Practices of Scientific History: The Seminar and Archival Research in the Nineteenth Century. *American Historical Review* 100, n.º 4.
- Staud, G. (1999). *Az orientalizmu a magyar romantikában* [Orientalismo en el romanticismo húngaro] [1931]. Terebess Kiadó.
- Stocking, G. W. Jr. (1982). *Race, Culture, and Evolution: Essays in the History of Anthropology*. University of Chicago Press.
- Straumann, B. (2003/2004). Appetitus societatis and oikeosis: Hugo Grotius' Ciceronian Argument for Natural Law and Just War. *Grotiana* 24-26, pp. 41-66.
- Subrahmanyam, S. (2005a). On World Historians in the Sixteenth Century. *Representations* 91, n.º 1.
- Subrahmanyam, S. (2005b). As quarto partes vistas das Molucas: Breve re-leitura de António Galvão. O'Phelan Godoy, S. y Salazar-Soler, C. (eds.). *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el Mundo Ibérico, siglos XVI-XIX*. Instituto Riva-Agüero.
- Subrahmanyam, S. (2010). Intertwined Histories: *Crónica* and *Tārīkh* in the Sixteenth-Century Indian Ocean World. *History and Theory, Theme Issue* 49.

- Subrahmanyam, S. (2014). *Aux origines de l'histoire globale*. Fayard-Collège de France.
- Taubes, J. (1947). *Abendländische Eschatologie*. Francke.
- Tezcan, B. (2012). The Many Lives of the First Non-Western History of the Americas: From the New Report to the History of the West Indies. *Osmanlı Araştırmaları*, 40.
- Tortarolo, E. (1994). Die Angst des Aufklärers vor der Tiefenzeit, oder: Die Euthanasie der biblischen Chronologie. Hübinger G., et al. (eds.). *Universalgeschichte und Nationalgeschichten: Ernst Schulin zum 65. Geburtstag*. Rombach.
- Trompf, G. W. (1979). *The Idea of Historical Recurrence in Western Thought from Antiquity to the Reformation*. University of California Press.
- Trüper, H. (2014). Löwith, Löwith's Heidegger, and the Unity of History. *History and Theory*, 53, n.º 1.
- Ursinus, M. (1989). Klassisches Altertum und europäisches Mittelalter im Urteil spätosmanischer Geschichtsschreiber. *Zeitschrift für Türkeistudien* 2.
- Voltaire. (1963). *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations* [1754]. Garnier Frères, [citado en Ordahl Kupperman, K. (2014). America and Global Historical Thought in the Early Modern Period. Duara, P., Murthy, V. y Sartori, A. (eds.). *A Companion to Global Historical Thought*. Wiley Blackwell, p. 163].
- von Ranke, L. (1824). *Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber: Eine Beylage zu desselben Geschichte der romanischen und germanischen Völker*. Reimer.
- von Ranke, L. (1825). Allgemeine Weltgeschichte I. Einleitung Und die alten Völker von Asien und Afrika. Zu den Vorlesungen vom 27. Okt. bis 18 Nov. 1825—Mit den früheren einzelnen Heften zugleich gebraucht.
- von Ranke, L. (1881). *Weltgeschichte, 1/I, Die älteste historische Völkergruppe und die Griechen*. Duncker & Humblot.
- von Ranke, L. (1949). *Das Briefwerk*. Hoffmann und Campe.
- von Ranke, L. (1973). On the Character of Historical Science (a manuscript from the 1830s). *The Theory and Practice of History*. Bobbs-Merrill Company.
- von Ranke, L. (1975). *Vorlesungseinleitungen*. Oldenbourg.
- Warkotsch, A. (ed.) (1973). *Antike Philosophie im Urteil der Kirchenväter: Christlicher Glaube im Widerstreit der Philosophen: Texte in Übersetzungen*. Schönigh.

- Weinstein, B. (2005). History without a Cause? Grand Narratives, World History, and the Postcolonial Dilemma. *International Review of Social History*, 50.
- Westfall, R. S. (1982). Isaac Newton's *Theologiae gentilis origines philosophicae*. Wagar, W. W. (ed.). *The Secular Mind*. Holmes and Meier.
- Wilder, G. (2012). From Optic to Topic: The Foreclosure Effect of Historiographical Turns *American Historical Review* 117, n.º 3, pp. 723-745.
- Wolloch, N. (2011). *History and Nature in the Enlightenment: Praise of the Mastery of Nature in Eighteenth-Century Historical Literature*. Ashgate.
- Woolf, D. *A Global History of History*. Cambridge University Press.
- Zedelmaier, H. (2003). *Der Anfang der Geschichte: Studien zur Ursprungsdebatte im 18. Jahrhundert*. Felix Meiner.
- Zedelmaier, H. (2012). Schlözer und die Vorgeschichte", *August Ludwig (von) Schlözer in Europa*, Duchardt, H. y Espenhorst, M. (eds.), Vandenhoeck & Ruprecht.

Capítulo 7

El estado de la historia intelectual: lo local y lo global

Richard Whatmore

7.1.

La novelista Iris Murdoch, en una carta de 1947 al erudito Raymond Queneau, señaló que estaba a punto de tomar una clase sobre el tema “¿era Sócrates utilitarista?”. Si hubiéramos podido comunicarnos con Murdoch en ese momento, hubiéramos podido avisarle que, si su objetivo era comprender a Sócrates o al utilitarismo, esa sería una pregunta tonta. El objetivo de la historia intelectual es iluminar el pasado tomando en serio las declaraciones y argumentos de los actores históricos. Tomar en serio el pensamiento de las generaciones anteriores no conduce, como se afirma con tanta frecuencia, al escepticismo y al relativismo a desarrollar una perspectiva de superioridad desconectada del presente, ni lleva necesariamente a desdeñar el compromiso político o las decisiones de hoy. Por el contrario, el punto de la historia intelectual ha sido siempre profundizar el compromiso con los temas en cuestión. Podría ser el caso de que los contemporáneos de un argumento le reconocieran límites que ahora se nos

presentan oscuros. Hay tradiciones intelectuales cuyos esfuerzos se han perdido y cuya recuperación, que a veces implica comprender por qué fracasaron, solo puede enriquecer a las que han sobrevivido o a las que son más recientes. El resultado es siempre un mejor sentido de la acción, de por qué alguien abogó por un programa o práctica, por qué se asumió una posición y del repertorio de opciones que tenían disponibles nuestros antepasados.

Una de las principales críticas dirigidas a los historiadores intelectuales ha sido que hacemos del estudio de la historia una empresa puramente anticuaria, al cortar cualquier relación entre el pasado y el presente. En un mundo global, donde recurrimos a la historia para ayudar a iluminar los problemas del presente, esta puede ser una crítica devastadora. Al ser demasiado “local” e ignorar el presente, el historiador intelectual se vuelve irrelevante para el mundo, un accesorio relativamente inútil para cualquier facultad. El argumento de este artículo es que este ataque está mal concebido. Los historiadores intelectuales subrayan cuán difíciles son muchas de las opciones que enfrentan los actores históricos. Somos los herederos de la tradición que busca las consecuencias no deseadas en la historia de las ideas, marcada por la brillante erudición de Edward Gibbon, Adam Smith y otras luminarias de la era de la Ilustración. Un ejemplo de estas consecuencias involuntarias, de gran relevancia para el presente, es la asociación de las críticas de la sociedad comercial del radicalismo agrario con la dictadura, el genocidio y las formas extremistas de nacionalismo. Cuando en *Las aventuras de Telémaco*, compuesto en la década de 1690, François Fénelon defendió la idea de transferir poblaciones de las ciudades al campo, eso era parte de una cuidadosa estrategia para proteger a las poblaciones modernas de los peores efectos del lujo y el egoísmo. Que esto se convirtiera en un modelo para el brutal aplastamiento de los

“contrarrevolucionarios” e intelectuales que definió más tarde a los regímenes de Mao Zedong o Pol Pot es una historia digna de recordar. Otro ejemplo es la asociación no intencional de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* en Francia con el terror y la guerra civil en la década de 1790, que fue obvia para los contemporáneos porque la afirmación de los derechos universales supuestamente derivados de la naturaleza estuvo acompañada por el abandono de todas las leyes existentes. Otro hecho de profunda importancia histórica es la admiración de tantos republicanos y demócratas por los generales o los hombres fuertes, que se ponen las ropas de un monarca patriótico que expresa los intereses de toda la humanidad. Al hacer conexiones entre tradiciones e ideologías que hoy se presumen antitéticas, o al horadar la extendida suposición de la superioridad del occidente contemporáneo, los historiadores intelectuales tienen un importante rol a desempeñar en la formación de identidades cívicas exitosas. Al reconstruir las ideologías de la historia en su riqueza y diversidad, podemos comprender mejor las opciones que enfrentamos en el presente.

En muchos aspectos, la historia intelectual es la forma de investigación histórica más adecuada para nuestro mundo global. Los historiadores intelectuales están acostumbrados a lidiar con largos períodos de tiempo, con la traducción de ideas a través de las culturas y su adaptación necesaria a las nuevas circunstancias, con la inevitable revisión de las ideas y con sus malentendidos.

7.2.

¿Deberíamos estar celebrando? Darrin McMahon y Samuel Moyn han escrito que “es difícil recordar un momento en que la historia intelectual figurara en un lugar tan central

tanto en la investigación histórica más grande como en las humanidades en general” (McMahon, y Moyn, 2014: 3). David Armitage ha ido más allá y argumentó que la historia intelectual está en las mejores condiciones para abordar el tipo de preguntas sobre el cambio histórico en el largo plazo y a través de todos los continentes, planteadas por la forma en que vivimos hoy. Armitage ha llamado a esto “una historia en las ideas” (Armitage, 2012: 493-507; 2011: 63-82). Cada vez más, hemos aceptado la definición de John Burrow de la historia intelectual como el proceso de recuperar “lo que las personas en el pasado quisieron decir con las cosas que dijeron y lo que estas cosas ‘significaban’ para ellas”, para lo que empleó las metáforas del historiador intelectual como un espía de las conversaciones del pasado, como traductor entre las culturas de hoy y las del pasado, y como un explorador que estudia mundos llenos de suposiciones y creencias ajenas a la nuestra (Burrow, 2006). Donald Winch solía decir que, como historiadores intelectuales, siempre estamos jugando partidos como visitantes, porque nunca podemos esperar apoyo local donde sea que estemos, ya sea entre historiadores, especialistas en literatura, filósofos o científicos sociales. Creo que ahora podemos decir que tenemos nuestro propio equipo, porque tenemos arraigo en ciertas instituciones, en las que se fomenta el compromiso interdisciplinario; pero todavía tenemos mucho trabajo por hacer para asegurarnos de que lo que hacemos hoy continuará en el futuro.

Otra razón para no celebrar es que la historia de las ideas o historia intelectual tiende a florecer en tiempos de incertidumbre sobre el futuro, cuando las personas buscan alternativas al escepticismo, el cinismo y los esquemas utópicos para el final de la historia o la construcción de sociedades casi perfectas. De este modo, tanto la historia de las ideas como su nueva variante, la historia intelectual, marcaron

especialmente el pensamiento de finales del siglo XX. Ambas áreas temáticas se pueden concebir como productos de la especulación del siglo XX sobre la relación entre ideas y procesos históricos, que se hizo cada vez más prominente dentro de la investigación humanista. Una de las razones de esto fue un creciente escepticismo sobre las afirmaciones de las ciencias positivas del siglo XIX, fundadas en definiciones de actividad humana racional, de la salud y el bienestar humanos que podrían universalizarse. Si podía argumentarse que la confianza de los filósofos del siglo XIX, o el nihilismo de quienes rechazaban sus filosofías, tenía una relación con el estallido de las guerras mundiales, o la violencia institucionalizada sin paralelo de la primera mitad del siglo XX, entonces algo andaba mal con las ciencias humanas y era necesario repensarlas. Otro tema importante fue la relación entre las disciplinas que se organizaron dentro de las universidades y más especialmente la naturaleza de las ciencias sociales y su relación con otras disciplinas en las artes y humanidades. Otro factor fue la incertidumbre sobre la veracidad de las diversas formas de marxismo y, más particularmente, sobre la capacidad de los estados marxistas para sostenerse económica y militarmente contra el Occidente capitalista. Más filósofos comenzaron a argumentar, con el escéptico Ludwig Wittgenstein, que el lenguaje determinaba todos los aspectos del comportamiento humano. Wittgenstein, en *Investigaciones filosóficas* y *Sobre la certeza*, describió el lenguaje como un fenómeno tan íntimamente conectado con la acción humana que se podría decir que los tipos de lenguaje disponibles para los actores restringen o facilitan el cambio; las palabras realmente debían concebirse como hechos. Sin una ciencia humana en el horizonte que restablezca el tipo de certeza que generó la historiografía *whig* del pasado, la historia intelectual puede florecer, pero solo debido al problema en el que nos encontramos.

7.3.

Siempre es bueno saber quiénes son tus enemigos. Por ello, debemos recordar el tipo de críticas levantadas contra lo que podría llamarse la “primera generación” de historiadores intelectuales: John Pocock, Quentin Skinner y John Dunn. Identificar a esa generación es polémico, por supuesto. Muchos de ustedes pueden considerar, con buena razón, que su propio trabajo está más bien inspirado en la *Begriffsgeschichte* o “historia conceptual”, fundada en el monumento académico del diccionario de conceptos del *Geschichtliche Grundbegriffe* que apareció entre 1972 y 1997. Reinhart Koselleck era un genio y la *Begriffsgeschichte*, si bien pudo haber fallado en lograr que el estudio del lenguaje en diferentes contextos históricos sea científico, estableció sin embargo un marco para comprender la transición del pensamiento de la modernidad temprana al pensamiento moderno durante el *Sattelzeit*, entre 1750 y 1850, que todavía no se ha superado. La llamada “Escuela de Cambridge” compartió la aspiración de combatir las ideologías extremas que emplean teleologías históricas falsas y, como muchos de ustedes sabrán a través sus propias investigaciones, existe una gran superposición (Palonen, 1997: 39-69). Alternativamente, podrían estar siguiendo un método asociado con Michel Foucault y buscar los “epistemes” o formaciones discursivas que operan bajo la conciencia de actores históricos, y construir una arqueología de conceptos históricos vinculados y una genealogía que muestra el empleo a menudo irracional de tales conceptos en las relaciones sociales humanas. Nuevamente, diría que hay mucho en común con el método de Cambridge.

La razón para asociar la historia intelectual con una generación de historiadores de Cambridge que estaba realizando investigaciones, y en el caso de Pocock escribiendo

libros, en la década de 1950, y que, luego, se hizo conocida a fines de la década de 1960 es porque nadie puede dudar de que el término se ha convertido en sinónimo de tales figuras y está más asociado con el trabajo especialmente de John Pocock y Quentin Skinner que con cualquier otra persona. En otras palabras, la mayoría de las personas que han pensado acerca de la historia intelectual la han asociado con algo llamado Escuela de Cambridge durante décadas.

¿Qué estaban diciendo que fuera diferente? Pocock, Dunn y Skinner propusieron que los textos se trataran como productos de contextos históricos específicos, que entendían como contextos ideológicos formados a través de prácticas lingüísticas. Al indagar el significado de los textos, Dunn y Skinner identificaron las intenciones de un autor como la guía principal para acceder a su naturaleza, aunque este objetivo intelectual no estuviera exento de problemas, ni fuera tampoco suficiente para comprender el trabajo de un autor. Skinner dijo memorablemente que el objetivo del historiador era revelar lo que el autor de un texto particular “estaba haciendo”. Ello abarcaba lo que el autor tenía la intención de hacer y lo que había logrado hacer según lo interpretado por otros autores en sus respuestas. Una de las consecuencias anticipadas del método se indica en el título original del ensayo de Skinner: “La irrelevancia de los Grandes Textos en la historia del pensamiento político” (Koikkalainen y Syrjämäki, 2002: 34-63).

Entre las afirmaciones más significativas de Pocock, Dunn y Skinner, enfatizadas especialmente por Pocock en todos sus escritos metodológicos, se cuenta la de que el lenguaje o discurso dentro del que trabajaba un autor, es decir, el conjunto de supuestos que él o ella estaba adoptando y empleando en la articulación de sus argumentos, establece límites para esos mismos argumentos. El lenguaje o el discurso comprendían una gramática y una retórica, y conjuntos de

supuestos sobre el uso y las implicaciones de las ideas, que dan lugar a una estructura compleja. Los autores que vivían en comunidades de usuarios de lenguajes podían innovar y alterarlos, y el punto era buscar exactamente esto, debido a que los lenguajes existentes se empleaban para articular lo que estaba sucediendo en el presente ideológico y material. Los tres autores se opusieron a enfoques basados en la presunción de conceptos fijos de análisis histórico, de suposiciones metateóricas sobre la naturaleza humana y de vocabularios teóricos opacos o ahistóricos.

Pocock avanzó al afirmar que, al comunicarse a través de actos de habla, las personas recurrían a las tradiciones o lenguajes existentes que estaban disponibles para ellos cuando formulaban sus argumentos. Al hacerlo, según la opinión de Pocock, el lenguaje adquiría una estructura, a menudo llamada discurso, esto es: series de actos de habla realizados por individuos en contextos sociales e históricos particulares. Los actos de habla confirmaban o modificaban los discursos o paradigmas en los que operaban, y lo hacían a veces de manera consciente y explícita, y a veces inconsciente e implícita (Pocock, 1989a: 3-41; 1989b: 273-291). En su trabajo, los historiadores buscaban paradigmas o discursos que habían operado históricamente, como el tipo de republicanism que alimentó la discusión en todo el mundo atlántico en la modernidad temprana, o la defensa igualmente prominente del constitucionalismo antiguo o de la historiografía de la Ilustración en el siglo XVIII, en sus variantes arminiana, anglicana y volteriana. El hecho clave fue que tales paradigmas se hicieron prominentes a través del uso, impusieron formas particulares de pensar sobre los actores históricos, y puede decirse que evolucionaron y se transformaron en diferentes circunstancias y, a veces, colapsaron y desaparecieron. El trabajo de Pocock ha implicado el estudio del ascenso y la casi desaparición de una serie de

paradigmas. El estudiante que sigue este método desde la perspectiva de Pocock descubre las numerosas razones que existen para defender estrategias políticas particulares y aprende que una serie de razones, que a menudo se contradicen entre sí, pueden en cualquier momento tener sentido para los actores históricos y por ello justificarse. En consecuencia, el historiador aprende que debe ser prudente. La historia se convierte en el estudio de la toma de decisiones en circunstancias en las que no hay blancos y negros. No existe la *necesariedad*. La historia se convierte más bien en una serie de elecciones contingentes, varias de las cuales tienen sentido. La prudencia requiere que el historiador distinga entre el marco de tradiciones ideológicas o lenguajes que los autores utilizaron para formular sus ideas y los enunciados específicos que constituyeron un argumento. Pocock distingue entre “*langue*” y “*parole*”, el lenguaje y el enunciado, y se ha referido a esta distinción en todo su trabajo (Pocock, 1985: 1-33; 1987: 19-38).

Por supuesto, la suposición de que Pocock, Skinner y Dunn estaban haciendo cosas idénticas al investigar ideas históricas es un error. John Pocock era mayor y se identificó con la opinión de Michael Oakshott de que las preguntas de investigación formuladas dentro de las humanidades se describen mejor como una conversación en curso. También dio prioridad a los paradigmas sobre las intenciones (Pocock, 1971: 25). Quentin Skinner se había formado en filosofía del lenguaje en Oxford y tenía una idea más clara de la necesidad de abordar los problemas planteados por Wittgenstein para las ciencias humanas. John Dunn, habiendo escrito un relato brillante de la relación entre la política de John Locke y el calvinismo, se desplazó rápidamente hacia el estudio de la política actual en lugar de la historia de las ideas. Al hacerlo, seguía los pasos de Peter Laslett, quien había sido según Pocock el verdadero fundador de la historia intelectual

entre finales de los años cuarenta y finales de los años cincuenta, y había decidido, significativamente, que la historia intelectual estaba demasiado divorciada de los problemas sociales y era incapaz, a diferencia de las ciencias sociales, de producir un cambio social para bien. En otras palabras, el primer historiador intelectual moderno rechazó la disciplina que él mismo había creado.

7.4.

Teniendo en cuenta estos problemas en las definiciones, ¿cómo respondieron los críticos a los historiadores de Cambridge? La respuesta es que con hostilidad. A Skinner en particular se lo atacó por ser demasiado filosófico, por no poder precisar las intenciones de un autor, por investigar cuestiones de interés puramente anticuario y por llevar a las humanidades a un callejón sin salida caracterizado por su estrechez e irrelevancia.¹ En particular, la afirmación de que la historia intelectual no estaba relacionada con el presente político se reiteró una y otra vez. Esto parecía una locura, porque el estudio de las ideas siempre había estado relacionado con los problemas del presente. Al hacer del estudio de las ideas una cuestión de historia, los historiadores intelectuales se retiraban a una torre de marfil (Tarlton, 1973: 307-328; Gunnell, 1982: 317-327; Minogue, 1988: 176-193; Wokler, 2001: 134-158). En este punto emergía supuestamente el contraste entre los historiadores de la escuela de Cambridge y escritores como Isaiah Berlin o con el mismo Foucault. Los historiadores de Cambridge se equivocaban.

1 Véase por ejemplo Margaret Leslie (1970: 433-470); C. D. Tarlton (1973: 307-208); Bhikhu Parekh y R. N. Berki (1981: 174-183). Para información general sobre esto, véase Conal Condren (1985); Mark Bevir (1999: 48-52).

Lewis Namier, el defensor de la prosopografía en el análisis histórico, parecía tener razón al afirmar, en su *England in the Age of the American Revolution* (1930), que el estudio de las ideas era un disparate, porque lo que realmente motivaba a los seres humanos era el interés egoísta. Las ideas eran engañosas porque ocultaban la verdadera fuente de la acción social.

Vale la pena recordar también la acusación de practicar un “despreciable Poncio Pilatismo”, que Antonio Gramsci formuló contra Benedetto Croce, por no tomar partido sobre los asuntos que preocupan a la masa del pueblo, por no querer asumir responsabilidades en la discusión pública y por no participar directamente en la política contemporánea (Gramsci, 1966: 174-175). E. P. Thompson tomó la posición de Gramsci con respecto a los historiadores de la Escuela de Cambridge. En *Costumbres en común* (1991) Thompson reconstruyó los puntos de vista de la gente corriente que en el siglo XVIII apoyaba la “economía moral”, que Adam Smith y los defensores de las relaciones sociales capitalistas intentaron presuntamente refutar y socavar. Los autores de Cambridge, al negarse a condenar la posición de Smith y defender la economía moral, continuaban el antiguo gesto de atacar a los pobres con herramientas intelectuales (Thompson, 1991: 274-285, 350-351). Aunque Edward Said, en *Orientalismo* o en *Cultura e imperialismo*, no discute explícitamente con autores de la Escuela de Cambridge, al mirar la historia intelectual a través de la lente de Said es fácil formular acusaciones de eurocentrismo. Al centrarse en las intenciones originales de autores de la élite, masculinos y europeos, los prejuicios del pasado se transmiten al presente. Se descuidan las voces de las minorías, especialmente de las mujeres, y de los oprimidos, especialmente de las culturas no europeas. La mayoría de los historiadores intelectuales que han trabajado en el medio

académico reconocerán hoy esas críticas. No se percibe que estemos realizando un aporte de relevancia directa para el mundo contemporáneo. No estamos reconstruyendo las historias de vida de los oprimidos ni revelando escándalos e injusticias ocultos. No estamos apoyando directamente una Nueva Izquierda o, para el caso, una Nueva Derecha. Por ello, los colegas a veces nos ven como a figuras distantes o como anticuarios sin propósito, interesados en libros que nadie leería hoy y en temas que la mayoría de las personas han olvidado o que solo podrían entender después de varias horas de explicación. En un mundo monetizado donde todo se valora según un cálculo utilitario que prioriza los resultados inmediatos y donde se desalienta el compromiso sostenido con algo que solo puede tener una relevancia indirecta, ¿cuál es el lugar del historiador intelectual?

Uno de los grandes logros en las últimas décadas, que ha hecho que la investigación de la historia intelectual se valore hoy en día, ha sido el estudio de Quentin Skinner sobre la historia de la libertad y la restauración de una definición de libertad como no dominación, que puede aplicarse directamente del pasado al presente y puede emplearse como una herramienta para juzgar la salud de una sociedad con respecto a la libertad, en todo el mundo. Muchos de nosotros habremos recibido preguntas de estudiantes potenciales que se han inspirado en la investigación de Skinner sobre la historia de las ideas sobre la libertad y que desean aplicar el modelo a sus propias historias nacionales. Esta es quizás la refutación más exitosa de la afirmación de que no existe una relación entre la historia intelectual y la política contemporánea, y no quiero entrar en más detalles aquí.

Otro punto a destacar es que, si la investigación histórica se asocia con la recuperación de voces perdidas, entonces la historia intelectual ha hecho más que cualquier otra rama de estudio para ello. Las figuras canónicas en la historia de

la filosofía ya no se estudian, al menos fuera de los departamentos de filosofía que se han vuelto contra la historia, como si los árboles más altos, desde Platón y Aristóteles hasta Aquino, Hobbes y Rawls, entablaran un diálogo entre ellos sobre problemas eternos que, suponen, solo sus obras han iluminado realmente. Quizás el mayor logro de la historia intelectual ha sido romper el canon, mostrando el beneficio de leer un texto dentro de su contexto ideológico y utilizando los textos de innumerables autores olvidados considerados brillantes y relevantes en su propio tiempo, para comprender así el significado de textos más conocidos cuya recepción tuvo mejor suerte. Al ampliar sensiblemente la gama de textos y autores que deben estudiarse para comprender el pasado, los historiadores intelectuales son especialmente adecuados para la era de Google.

¿Qué sucede con el argumento de que los historiadores intelectuales de la escuela de Cambridge promueven escepticismo, y una forma particularmente escéptica asociada con el colapso del imperio británico y de la influencia británica en el extranjero, cuando son ellos mismos el producto de una cultura de élite en decadencia? Uno de los beneficios de comenzar con lo local, o de comenzar con hechos particulares y ver el mundo desde el punto de vista de un actor histórico específico, es que el carácter distintivo de tales actores se hace rápidamente evidente y resalta la falsedad de las habituales generalizaciones. Con esto en mente, veamos con más detalle el caso de John Pocock.

7.5.

Pocock nació en Londres y ha conservado su ciudadanía británica. Pero se mudó a Nueva Zelanda cuando tenía tres años porque a su padre, Lewis Greville

Pocock, lo nombraron profesor de estudios clásicos en el Canterbury College. Después de graduarse en aquel mismo Canterbury, Pocock se trasladó a Cambridge en 1948, donde completó su doctorado bajo la supervisión de Herbert Butterfield en 1952. Luego de ocupar puestos académicos en Otago, en St. John's College, Cambridge y en Canterbury, Pocock se mudó a Misuri en 1966 donde ocupó una cátedra de historia y, finalmente, hizo lo propio en la Universidad John Hopkins, en 1974. Pocock recibió una formación de sus años iniciales en Nueva Zelanda, se considera todavía un extranjero en Estados Unidos, a pesar de haber pasado la mayor parte de su vida allí, y está tan lejos como resulta posible de ser un miembro del *establishment* británico. Tampoco es un miembro normal del *establishment* liberal progresista, como lo revela su reciente nota en *London Review of Books*, en la que propone a los lectores que no tengan tanto miedo al Brexit. Pocock ha pasado su vida intelectual contando nuevas historias sobre el pasado y desafiando a la vez la forma en que tradicionalmente se ha percibido la historia.

En su libro de 1957, *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, Pocock probó hasta qué punto los abogados ingleses, adeptos a la noción de derecho común consuetudinario y a una constitución inmemorial, fueron inhibidos en sus investigaciones históricas en comparación con sus homólogos franceses. Los abogados ingleses en los siglos XVI y XVII estaban obsesionados con la historia, pero su acercamiento al pasado era en esencia ahistórico. Para los franceses, como el monárquico François Hotman, cuyo trabajo sobre la posesión de tierras feudales apareció en 1572 (*De Feudis*), el contraste entre el legado del derecho romano y el derecho consuetudinario de las provincias francesas facilitó un estudio comparativo de las leyes a través del tiempo. Pocock dio marco a la revolución que siguió a la aparición del *Glossarium Archaeologicum* (1626) de Sir Henry Spelman,

que trazó el ascenso y la caída de las tenencias feudales y, a su vez, facilitó los nuevos tipos de pensamiento político que se pueden encontrar en *Oceana* (1656), de James Harrington, en el que la propiedad de la tierra determina el funcionamiento de las estructuras políticas. Al revelar que las perspectivas sobre el pasado diseñaron y pusieron límites a las teorías políticas en la modernidad temprana, Pocock proporcionó el ejemplo más detallado del hecho de que se estaban produciendo nuevos tipos de historia (Pocock, 1959).

En su *The Machiavellian Moment* (1975), Pocock proporcionó una historia del impulso aristotélico de vivir como ciudadano en una ciudad libre desde la modernidad temprana hasta los tiempos modernos, trazando los cimientos de la filosofía llamada humanismo cívico en las comunidades guerreras del renacimiento italiano. Los pequeños estados que florecieron en la Europa central y meridional a partir del siglo XI comenzaron a afirmar su independencia contra los príncipes de la región y contra las aspiraciones imperiales de los papas y del Sacro Imperio Romano. También lucharon entre sí. El resultado fue una especulación incesante sobre los medios para mantener las ciudades en un estado de libertad. Fue este problema el que preocupó a Maquiavelo por encima de todos los demás. El momento maquiavélico denotaba la aparición de Maquiavelo como pensador y actor político, pero más particularmente las consecuencias de sus especulaciones sobre la fundación y formación de una república, y el punto en el que la vida de la república se volvió precaria. La creación de la república siempre estuvo asociada con la crisis, y generó controversias sobre los orígenes y las posibilidades de la política (Pocock, 1975: 554).

La historia de la especulación de Maquiavelo sobre la prolongación de la vida de la república y de su muerte natural se extendió cronológica y geográficamente, incluida la adaptación que James Harrington hizo a mediados del

siglo XVII de la perspectiva de Maquiavelo sobre la historia de Roma, según la cual la práctica de las armas y la propiedad hereditaria eran condiciones previas para el disfrute de la libertad y el ejercicio de la virtud cívica. Pocock avanzó sobre las controversias provocadas por esta perspectiva en el siglo XVIII, en el contexto muy diferente de las ideas sobre la libertad y la autonomía que acompañaron el fin de las guerras de religión y el surgimiento de grandes y competitivas monarquías comerciales en Europa. Mantener estas nuevas formas de Estado requería el desarrollo de ejércitos permanentes y crédito público; estos fueron defendidos por la asociación con formas modernas de *politeness*² y elogiados por hombres como Daniel Defoe junto con el consumo y la independencia financiera, en sociedades organizados de acuerdo con la división del trabajo. Los “neoharringtonianos”, en términos de Pocock, como Andrew Fletcher, favorecían en cambio la antigua virtud, protegida y sostenida por las milicias y una élite de terratenientes, cuyo interés en el estado aseguraba su sabiduría política y la moderación de sus leyes. Los neoharringtonianos despreciaban la *politeness*, ya que creían que traía consigo la corrosión de la masculinidad, el crecimiento de formas de corrupción de la mano del surgimiento de partidos y la profesionalización de la política, y una incertidumbre mucho mayor en la sociedad civil y en la política, ejemplificada por la

2 [Nota de los traductores: Hemos optado por no traducir el término *politeness*, ya que este remite a una categoría analítica de gran relevancia para el análisis histórico contemporáneo del siglo XVIII británico, popularizada en gran medida por las obras de John Pocock y Lawrence Klein. Para profundizar en el tema, sugerimos: Pocock, J. G. A. (2002). Virtudes, derechos y manners: un modelo para historiadores del pensamiento político. *Historia e Ilustración*. Marcial Pons, pp. 317-338; Klein, L. (2002). Politeness and the Interpretation of the British Eighteenth-Century. *The Historical Journal*, 45, 4, pp. 869-898; Klein, L. (1994). *Shaftesbury and the culture of politeness. Moral discourse and cultural politics in early eighteenth-century England*. Cambridge University Press].

dependencia del Estado en la experiencia de los agentes del mercado financiero.

El choque entre las ideas “antiguas” y “modernas” sobre la libertad tuvo lugar en todo el mundo atlántico a través de discusiones sobre la estabilidad de la propiedad real y de la tierra. A su vez, se agregaron complicaciones con fenómenos como la identidad incierta de los estados compuestos por diferentes “naciones”, y también los debates en los estados protestantes y católicos sobre las probables consecuencias de la sociedad comercial para las creencias religiosas, algunas de las cuales cuestionaron la compatibilidad de las diferentes formas de culto cristiano con una organización política que compite por la supervivencia mediante el comercio y la guerra. Este estado de las cosas generó asimismo una influyente literatura en clave de jeremías cuya marca aparece fuertemente en los escritos de historiadores, políticos y filósofos de fines del siglo XVIII. La afirmación central de Pocock era que resultaba absolutamente vital distinguir entre los discursos políticos basados en ideas sobre los derechos, inspirados por la jurisprudencia y aquellos que se basaban en la aspiración de restaurar la virtud y las capacidades consideradas necesarias para el florecimiento humano en sociedad. Cómo mantener estados libres se había convertido en un lugar común del debate político bajomedieval y Pocock reveló que siempre aparecían como fondo las ideas sobre el desarrollo histórico de la libertad: ya sea que la libertad se había fundado en el mundo antiguo y era redescubierta, o que las ideas sobre la libertad se habían forjado solo después del declive de Roma, por las tribus bárbaras que derribaron al Imperio, en parte al afirmar su propio derecho a crear naciones soberanas.

El debate, todavía en curso, implicaba la definición de Europa como un continente compuesto por una multitud de poderes soberanos que buscan, o bien una convivencia

armónica, o bien los cimientos de un nuevo imperio, sobre la base de que los imperios solos eran capaces de llevar la paz a un mundo estropeado por una guerra incesante desde el comienzo del “milenio cristiano” que comenzó con la conversión del emperador Constantino. Para Pocock, el pensamiento político en Europa ha estado impregnado por la jurisprudencia y contribuyó a lo que él ha denominado “la ideología del imperio liberal”. Por el contrario, la historiografía, la escritura de grandes narrativas históricas, se ha ocupado de la historia de la transformación de la república en el imperio o de la historia de la incompatibilidad de la libertad y el imperio.

Lejos de ser puramente anticuario, Pocock siempre ha sostenido que estos problemas siguen teniendo vigencia para las culturas políticas de los estados modernos. Los temores de que el individuo solitario que dependía de sí mismo para afirmar su libertad cayese en la barbarie, o de que el individuo que se negaba a poner sus capacidades al servicio de toda la sociedad se corrompería y, en última instancia, fuera súbdito de un tirano, podían encontrarse en todas las culturas políticas modernas. Su afirmación de que los legados del humanismo cívico o el republicanismo clásico se pueden discernir particularmente dentro de los lenguajes políticos de la república estadounidense ha sido una de las razones de la controvertida recepción de su trabajo, con numerosos ataques que señalaban el carácter “liberal” en lugar de “republicano” de los orígenes de los Estados Unidos (Appleby, 1985; 1986; 1992a; 1992b).

La serie de seis volúmenes de Pocock *Barbarism and Religion* describe el viaje intelectual de Gibbon desde su exilio de juventud en Suiza y sus críticas a la *Enciclopedia* hasta el crecimiento de sus intereses históricos a través de su lectura de la narrativa iluminista del desarrollo histórico occidental en el trabajo de autores como Giannone, Voltaire,

Hume, Robertson, Ferguson y Adam Smith entre otros. Allí, Pocock se preocupa tanto con lo que Gibbon podría haber escrito como con lo que realmente escribió. De esa forma, subraya el grado en que Gibbon es malentendido cuando se lo presenta como a exponente de la retórica humanista clásica. En cambio, Gibbon se revela como el historiador de “Afro-Eurasia”, que abarca regiones que pueden describirse como chinas, árabe-iraníes, además de grecolatinas. Pocock ha explicado por qué es necesario estudiar historia sagrada, erudición, patrística, cristología y eclesiología si queremos entender el mundo de Gibbon. Pocock está argumentando que *La decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon, no se escribió con la intención de horadar la creencia en la revelación cristiana. Gibbon respondía más bien a lo que en el lenguaje de hoy se llamaría un patrimonio cultural global.

Pocock ha mostrado que la gran mayoría de las narraciones históricas combinan una historia sobre el origen de la comunidad en cuestión con una narrativa sobre la continuidad de dicha comunidad. Estas narraciones son cuestionadas, revisadas y desafiadas nuevamente en un ciclo interminable (Pocock, 2009). En opinión de Pocock, tales narrativas forman un elemento de la personalidad de un individuo que es tan importante como las definiciones tradicionales de identidad personal. Pocock se ha preocupado recientemente con el hecho de que el proceso que identificó en la era de la ilustración se está acelerando hoy debido a la pérdida de soberanía que ha acompañado el crecimiento de las relaciones federales en Europa y otros lugares. No es sorprendente que Pocock esté especialmente interesado en el colapso de las identidades y sus consecuencias. Exactamente esto es lo que ocurrió en 1973 cuando los británicos abandonaron a Nueva Zelanda y otros miembros de la antigua Commonwealth a su propio destino y se integraron a la Unión Europea. Durante décadas, Pocock ha

estado exigiendo que la historia británica se perciba desde las amplias perspectivas que habilita concebirla como la historia de lo que ha sido por momentos un imperio, cuyas periferias son tan reveladoras como su centro en Inglaterra. Pocock se ha preocupado particularmente por enfatizar la importancia de Gran Bretaña dentro de lo que llamó el “archipiélago atlántico”. Para Pocock, este enfoque genera la reflexión sobre la historia y la identidad nacionales, y produce de esa forma las siempre controvertidas narrativas del dominio, el carácter de los súbditos y de la soberanía. Su propia trayectoria lo ha convertido en la más rara de las razas, en palabras de Colin Kidd, un “intelectual liberal euroescéptico” (Kidd, 2014). Su producción historiográfica, que culmina en *Barbarism and Religion*, ha disputado la noción de Europa como continente, argumentando que nunca fue más que un subcontinente, una península de la gigantesca masa euroasiática.

En la historiografía contemporánea, Pocock discute lo que ha llamado una “cultura poshistórica” que, especialmente cuando está influenciada por narrativas posmodernas sobre la muerte del autor o la inaccesibilidad del conocimiento sobre el pasado o el presente, abandona por completo las narrativas históricas. Pocock se ha preguntado si lo que llama “ideología poshistórica”, caracterizada por la opinión de que toda la historia es invención del historiador, marca la ruptura final de la “cultura histórica” (Pocock, 2005: 293). Al mismo tiempo, recuerda a sus lectores “que la pelea continúa y aún no ha terminado” (Pocock, 2000: 41-52). La comunidad política liberal en la que se mezclan y respetan múltiples identidades es el ideal de Pocock, sostenido por narrativas históricas que siempre son discutidas y revisadas. Pocock afirma que la tarea de establecer una comunidad política de este tipo solo se ha vuelto más difícil en una época en que las vías de comunicación e información

se están transformando, causando a su vez cambios en las identidades. Dada su convicción de que la identidad del individuo nunca se disolverá y de que es improbable el fin de la historia, el proceso de creación de narraciones históricas continuará.

7.6.

¿Significa esto que la historia intelectual que propone John Pocock puede considerarse la forma arquetípica de la historia global? No creo que este sea necesariamente el caso. Los historiadores intelectuales, debido a que están reconstruyendo discusiones del pasado, tienden a ignorar los límites impuestos a esas discusiones por el presente, o recuperan perspectivas que hoy son marginales, pero que pueden enriquecer nuestro propio sentido de dónde estamos, y de lo que hacemos y deberíamos hacer. Pocock, concentrado en el universo mental de Gibbon, nos muestra a un Gibbon que llamaríamos hoy un historiador global; es una descripción anacrónica, pero útil para describir los tipos de investigación que han cruzado las fronteras disciplinarias y las fronteras nacionales y continentales, y que trataron con largos períodos de tiempo y con las principales preguntas que se plantearon las sociedades del pasado.

Hay una forma más grande y ambiciosa de historia intelectual global, y su exponente mejor conocido hoy es el difunto Istvan Hont. Para encontrarla, tenemos que mirar la historia de la investigación histórica tal como se realizó en otro momento caracterizado por el escepticismo, por la crisis e incertidumbre sobre el futuro, durante la era de la Ilustración. La historia de las ideas importaba entonces porque no estaba claro hasta qué punto los grandes estados existentes en Europa estaban haciendo algo completamente

nuevo en la historia, en la búsqueda del comercio, la guerra, el lujo y el imperio, o si estaban directamente reviviendo la historia de Roma, ubicados en el borde de un abismo que significaba el comienzo de una nueva edad oscura. La capacidad de los individuos en el mundo moderno para ser engañados por espejos de colores, por proyectos que prometen el cielo en la tierra, por propuestas evangélicas de transformación social o global, o por las promesas interesadas de los capitanes de la industria o los políticos, fue evidente ya en las primeras décadas del siglo XVIII. Las ideas y la historia de las ideas importaban entonces porque ofrecían una explicación de por qué algunos estados europeos se comprometían con el comercio como lo hicieron, con la intención de atenuar algunos de los peores efectos del egoísmo y el interés individual que servía de base del sistema económico. La ciencia del estadista o el legislador, que se enseñaba en todas las universidades bajo el rótulo de filosofía moral, incluía historias de la ley natural que explicaban la composición ideológica de la humanidad en diferentes épocas y diferentes sociedades.

En la versión de David Hume o Adam Smith, la historia de las ideas combinada con la historia económica del ascenso y la caída de los estados resultó en un análisis exhaustivo de la Europa moderna y sus perspectivas. Para Smith, el lujo desatado por el desarrollo comercial había socavado tanto al Imperio Romano como a las comunidades de la Europa feudal. Sin embargo, cuando cayó Roma, varias ciudades romanas dedicadas al comercio sobrevivieron y mantuvieron sus rutas comerciales con Oriente. Fue la adicción al consumo suntuario de las élites feudales en las grandes monarquías lo que minó su autoridad social y política. Fundamental para Smith, el republicanismo renacentista no fue la fuente de la libertad europea. Las ciudades italianas se habían desarrollado económicamente y,

en consecuencia, promovieron un régimen aristocrático de autogobierno porque transportaron los ejércitos de las monarquías de Europa durante las Cruzadas. La triste conclusión de Smith fue que la libertad europea no era producto de la libertad política. El comercio aumentó solo porque las necesidades económicas de la guerra crearon élites militares que valoraban la libertad civil. La difusión de la libertad civil en Europa fue consecuencia del lujo y la guerra. Smith, siguiendo a Hume, destruyó las ilusiones sobre la historia de la libertad europea y la presunción de su conexión con las antiguas tradiciones de libertad, o con las formas modernas de libertad política.

La asociación de la historia intelectual con las conclusiones tristes sobre el pasado no es, por lo tanto, una novedad. Por ser la historiografía que tiene el potencial de decirle la verdad al poder y de desafiar formas aún dominantes de escritura histórica, que buscan sostener el *statu quo* actual favorecido por los políticos de turno o promover proyectos revolucionarios utópicos, podemos decir que vale la pena ser un historiador intelectual, tanto local como global.

Bibliografía

- Appleby, J. (1985). Republicanism and Ideology. *American Quarterly*, 37/4, otoño.
- Appleby, J. (1986). Republicanism in Old and New Contexts. *William y Mary Quarterly*, 43, n.º. 1, enero.
- Appleby, J. (1992a). Recovering America's Historic Diversity: Beyond Exceptionalism. *Journal of American History*, 79, n.º 2, septiembre.
- Appleby, J. (1992). *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*. Harvard University Press.
- Armitage, D. (2011). Globalizing Jeremy Bentham. *History of Political Thought*, 32/1, pp. 63-82.

- Armitage, D. (2012). What's the Big Idea? Intellectual History and the Longue Durée. *History of European Ideas*, 38/4, pp. 493-507.
- Bevir, M. (1999). *The Logic of the History of Ideas*. Cambridge University Press.
- Burrow, J. W. Intellectual History in English Academic Life: Reflections on a Revolution. . Whatmore, R. y Young, B. (eds.). *Advances in Intellectual History*. Palgrave Macmillan.
- Condren, C. (1985). *The Status and Appraisal of Classic Texts*. Princeton University Press.
- Gramsci, A. (1966). *Quaderni del carcere, vol. 1: Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*. Giulio Einaudi.
- Gunnell, J. G. (1982). Interpretation and the history of political theory: apology and epistemology. *American Political Science Review*, 76.
- Kidd, C. (2014). Europe, what Europe? [reseña de Pocock, J. G. A. (2008). The Discovery of Islands: Essays in British History. *Barbarism and Religion*. Vol. III: The First Decline and Fall and Barbarism and Religion. Vol. IV: Barbarians, Savages and Empires. Cambridge University Press]. *London Review of Books* 30.21 (2008), pp. 16-17, 12 de agosto.
- Koikkalainen, P. y Syrjämäki, S. (2002). Quentin Skinner. On Encountering the Past. *Finnish Yearbook of Political Thought*, 6, pp. 34-63.
- Leslie, M. (1970). In Defence of Anachronism. *Political Studies*, 18/4, pp. 433-470.
- McMahon, D. M. y Moyn, S. (2014). Introduction: Interim Intellectual History. *Rethinking Modern European Intellectual History*. Oxford University Press.
- Minogue, K. (1988). Method in intellectual history: Quentin Skinner's Foundations. Tully, J. (ed.). *Meaning and Context Quentin Skinner and his Critics*. Princeton University Press.
- Palonen, K. (1997). An Application of Conceptual History to Itself. From method to theory in Reinhart Koselleck's 'Begriffsgeschichte'. *Finnish Yearbook of Political Thought*, 1, pp. 39-69.
- Parekh, B. y Berki, R. N. (1973). The History of Political Ideas: A Critique of Q. Skinner's Methodology. *Journal of the History of Ideas*, 34/2, pp. 163-184.
- Pocock, J. G. A. (1959). *The Ancient Constitution and the Feudal Law: A Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century: A Reissue with a Retrospect*. Cambridge University Press.

- Pocock, J. G. A. (1971). *Politics, Language & Time: Essays on Political Thought and History*. Chicago University Press.
- Pocock, J. G. A. (1975). Afterward. *The Machiavellian Moment*. Princeton University Press.
- Pocock, J. G. A. (1985). The State of the Art. *Virtue, Commerce, and History: Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge University Press.
- Pocock, J. G. A. (1987). The Concept of a Language and the Métier d'Historien: Some Considerations on Practice. Pagden, A. (ed.). *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*. Cambridge University Press.
- Pocock, J. G. A. (1989a). Languages and their implications: the transformation of the study of political thought. *Politics, Language & Time: Essays on Political Thought and History*. Chicago University Press.
- Pocock, J. G. A. (1989b). On the Non-Revolutionary Character of Paradigms: A Self-Criticism and Afterpiece. *Politics, Language & Time: Essays on Political Thought and History*. Chicago University Press.
- Pocock, J. G. A. (2000). Gaberlunzie's Return. *New Left Review*, 5, pp. 41-52.
- Pocock, J. G. A. (2005). Conclusion: history, sovereignty, identity. *The Discovery of Islands: Essays in British History*. Cambridge University Press.
- Pocock, J. G. A. (2009). The politics of historiography. *Political Thought and History. Essays on Theory and Method*. Cambridge University Press.
- Tarlton, C. D. (1973). Historicity, meaning, and revisionism in the study of political thought. *History and Theory*, 12.
- Thompson, E. P. (1991). *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*. Merlin Press.
- Wokler, W. (2001). The Professoriate of political thought in England since 1914: a tale of three chairs. D.y Hampsher-Monk, I. (eds.). *The History of Political Thought in National Context*. Castiglione, Cambridge University Press.

Los autores y las autoras

David Armitage

Profesor de Historia del Pensamiento Político e Historia Mundial en la Universidad de Harvard. También es profesor honorario de las universidades de Cambridge y Sydney. Autor de *Manifiesto por la Historia* (coescrito con Jo Guldi) y *La declaración de independencia: una historia global*. Armitage es reconocido internacionalmente por sus investigaciones en el campo de la historia global y el pensamiento político.

Keith Michael Baker

Catedrático de Historia y director del Centro France-Stanford de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad de Stanford. Recibió su doctorado de la Universidad de Londres en 1964 y enseñó en Reed College y la Universidad de Chicago. Fue director del *Journal of Modern History*. Es reconocido por su especialización en la historia intelectual y la historia de la cultura política. Ha publicado una obra clásica sobre el marqués de Condorcet, el filósofo del progreso y las ciencias sociales de la Ilustración y la Revolución francesa. Más recientemente, ha investigado los orígenes políticos y culturales de la Revolución francesa y ha contribuido al desarrollo de una nueva comprensión de ese evento y su significado para la creación de la política moderna.

Gregory Claeys

Profesor emérito de Historia del Pensamiento Político en Royal Holloway, Universidad de Londres. Ha editado numerosas obras, incluidas *Modern British Utopias 1700–1850* (8 vols.), *Restoration and Augustan British Utopias*, *Late Victorian Utopias* (6 vols.) y *The Cambridge Companion to Utopian Literature*. Es especialista en los movimientos intelectuales y el radicalismo británico del siglo XIX, y ha estudiado el movimiento socialista owenita, el debate gestado por la Revolución en Gran Bretaña y el pensamiento de Thomas Paine. Es Chair de la Utopian Studies Society, y ha realizado numerosos aportes innovadores en este campo.

Franz Leander Fillafer

Historiador austríaco dedicado al estudio del Renacimiento y la Ilustración. Ha enseñado en Göttingen, Cambridge y Londres. Su tesis doctoral analizó la Ilustración y sus legados en las tierras de los Habsburgo. Ha publicado *The Worlds of Positivism* y ha realizado contribuciones significativas a la historia intelectual.

Martín González

Profesor de Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Magister en Historia del Mundo Hispánico por la Universidad Jaume I y doctorando en la UBA. Fue becario del CONICET, ha sido investigador visitante en la Universidad de Bolonia y es miembro del proyecto “Espacios emocionales: los lugares de la utopía en la historia contemporánea” de la Universidad Autónoma de Madrid y de la Utopian Studies Society. Se desempeña como docente en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Actualmente, es Secretario de Transferencia, Relaciones Interinstitucionales e Internacionales de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y dirige el proyecto de investigación “Entre la templanza y la sátira: política, religión y ciencia en la cultura de la civilidad (Gran Bretaña, 1660-1799)”.

Julia McClure

Doctora en Historia y especialista en historia global y construcciones históricas de la pobreza y beneficencia, con un enfoque en el Imperio español. Sus trabajos apuntan

al estudio de la Orden Franciscana y, más recientemente, a la historia transatlántica de las cofradías penitenciales. Es fundadora de Poverty Research Network (Red de Investigación de la Pobreza) y es la investigadora principal de un proyecto llamado "Beyond Development: Local Visions of Global Poverty".

Juan Manuel Romero

Profesor de Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Magister en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés y doctorando en la UBA. Es miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia Cultural de la Política del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Investiga sobre el lugar de las imágenes y representaciones de los Estados Unidos en la cultura política argentina, y sobre otros problemas relacionados con la historia de la historiografía, y la historia intelectual y cultural latinoamericana. Ha participado en congresos y ha publicado artículos sobre estos temas en revistas académicas en Argentina y el exterior.

Quentin Skinner

Catedrático de Humanidades en la Universidad de Londres y Regius Professor de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge. Es uno de los principales exponentes de la Escuela de Cambridge. Ha escrito numerosas obras, entre las que se destacan *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, *Maquiavelo*, *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, *Liberty before Liberalism*, *Vision of Politics y Hobbes and Republican Liberty*. Ha recibido doctorados honoris causa y premios por su destacada labor académica.

Richard Whatmore

Profesor de Historia Moderna en la Universidad de St Andrews. Sus temas de investigación incluyen la historia intelectual. Es el redactor jefe de *History of European Ideas*. Ha publicado libros como *Terroristas, anarquistas y republicanos: los ginebrinos y los irlandeses en tiempos de revolución* y *Qué es la historia intelectual*.

